



Università
Ca' Foscari
Venezia

Corso di Laurea magistrale (*ordinamento
ex D.M. 270/2004*)
in Interpretariato e traduzione editoriale
settoriale

Tesi di Laurea

—
Ca' Foscari
Dorsoduro 3246
30123 Venezia

Los Encuentros de J. A.
González
Sainz: traducción de cinco
cuentos y comentario
traductológico

Relatore

Prof.ssa Laura Brugè

Correlatore

Prof. Stefano Ballarin

Laureando

Valentina Spoladore

Matricola 816711

Anno Accademico

2011 / 2012

Índice

Introducción	4
PRIMERA PARTE: EL PROTOTEXTO	6
La cajera.....	6
La cita	19
La señora de las pieles	29
El transeúnte	41
La salida.....	54
EL METATEXTO	64
La cassiera	64
L'appuntamento	77
La signora dal cappotto di pelle.....	87
Il passante	99
L'uscita.....	112
PARTE SEGUNDA	122
Capítulo 1	
La traducción. Aspectos generales, problemáticas y parámetros.....	122
1.1 Aspectos generales	122
1.2 Los problemas en la traducción.....	124
1.3 Criterios relevantes para la traducción de textos.....	126
1.4 Conclusiones	129
Capítulo 2	
El autor y su obra	130
2.1 El autor	130
2.2 Los Encuentros	132
2.3 Tipología de texto.....	136

2.4 La dominante	137
2.5 El lector	138
2.6 Estilo y registro	139
Capítulo 3	
El texto de llegada y las estrategias de traducción	141
3.1 Las estrategias en la traducción	141
3.2 El léxico	143
3.2.1 Los nombres propios y los topónimos	144
3.2.2 Los <i>realia</i>	145
3.2.3 El léxico técnico	148
3.2.4 Los extranjerismos	149
3.2.5 Las figuras léxicas	150
3.2.6 La fraseología	150
3.3 La sintaxis	153
3.3.1 Las figuras sintácticas	154
3.3.2 Los marcadores del discurso	156
3.3.3 Coordinación y subordinación	159
3.3.4 Las perífrasis verbales	164
Conclusión	167
Glosario	168
Bibliografía	175

Abstract

This thesis presents a work of translation, followed by a linguistic commentary. In particular, an Italian translation of a Spanish text, *Los encuentros*, is offered and later discussed; the commentary starts with a theoretical approach to the translation theory, in order to clarify the basis of the whole work, due to the fact that the last one is based on the principles and parameters described in this session. The second part of the commentary is dedicated to the author and his production; here the focus is on his life and the general trajectory he follows in his work. After this introduction, attention is given to the text translated, which is presented together with a brief interview, and it introduces the themes and main aspects about it. Finally, the last section concerns the linguistic aspect both of the source and the target text; this is done in order to compare the most different aspects between the languages, and the translator presents his choices followed by an explanation. This section is perhaps the most important because by analyzing the linguistic parts of the texts, it reflects the culture that characterizes both Spanish and Italian, and it proves how difficult it is to produce a translation very similar to the original text. Indeed, one of the main purposes of this work is to demonstrate that every translation is an attempt to recreate the source text, but the limits of language and culture hidden behind it force to change something; and this is inevitable.

INTRODUCCIÓN

Cada vez que un traductor decide emprender un trabajo de traducción, sabe que su resultado no será un resultado perfecto. Esto no quiere decir que un trabajo de este tipo no podrá constituir una traducción propiamente dicha, sino simplemente que siempre será posible encontrar versiones mejores que satisfagan un público específico. La actividad de traducir no se corresponde a algo de absoluto y fijo, en la cual existe una única versión correcta; para afirmar que una traducción es válida, existen muchos parámetros que hay que considerar, y el traductor se enfrenta con distintos problemas y muchas posibilidades entre las cuales puede elegir. El traductor, en su actividad, debe constantemente contestar a las siguientes preguntas, ¿cómo se debe afrontar un texto para traducirlo?, ¿es posible hacerlo de manera precisa y a la vez permanecer fieles al original?

Para contestar a estas preguntas, el traductor debe basarse en la teoría de la traducción, es decir, la disciplina que estudia los métodos para la traducción.

La primera parte del comentario a la traducción presentará las diferentes hipótesis que se han propuesto en el ámbito de la teoría de la traducción, y se comentarán los problemas y los parámetros que siempre es importante considerar, como el tipo de lector modelo, la poética del autor de la obra, su estilo, y la dominante del texto. Además, como veremos, todos estos parámetros deben considerarse como líneas guía, a partir de las cuales el traductor puede alejarse sin vínculos.

Luego, se pasará a examinar la obra objeto de traducción, es decir, *Los encuentros* de José Ángel González Sainz. Se presentará su temática, una breve entrevista al autor sobre su obra. Al final, se introducirán la dominante, el lector modelo, el estilo y el registro de la obra.

En el tercer y último capítulo del comentario se tratarán algunos de los aspectos lingüísticos más relevantes que caracterizan la obra original, y se reflexionará sobre el método con el cual estos han sido traducidos al italiano. La primera parte estará dedicada al léxico y se detectarán sus elementos más peculiares y que pueden dar lugar a problemas a la hora de traducirlos al italiano. Además, se presentarán las decisiones del traductor, justificándolas con respecto a otras soluciones posibles. La segunda parte del capítulo se centrará en la sintaxis, en particular, en las estructuras más peculiares del texto original, y en las elecciones que se han adoptado para traducirlas al italiano.

Todo el trabajo de traducción tiene como objetivo el de reproducir fielmente el texto original, siguiendo al mismo tiempo las elecciones del autor del texto original respecto al posible lector modelo y las dominantes del texto. De todos modos, este trabajo debe considerarse una propuesta, un intento de traducción, que siempre puede mejorarse o modificarse dependiendo del objetivo que el traductor se propone, o de la intención de quien comisiona el trabajo.

Los Encuentros

La cajera

Aparte de que probablemente fuese sábado, como el primer día, y de que quizá también, como aquella vez, el tren hubiera llegado con un retraso no tan desagradable por lo excesivo cuanto inequívoco y abrumador a causa de la ya de por sí prolongada longitud del trayecto, y de que —por señalar tan sólo otras presumibles coincidencias— en las calles haría poco también por aquellos días que habrían estrenado sus escotes las muchachas y adelantado sus mesas los cafés al auge primaveral de las aceras, nada autorizaba a suponer que no hubiese transcurrido sin embargo desde entonces un tiempo, si no excesivo, por lo menos inequívoco, y si acaso no para todos sí ciertamente en lo que a él mismo se refería. Aunque sólo fuese, sin reparar siquiera en las pequeñas mudanzas con las que apremia ineluctablemente el tiempo a una fisonomía —menos pelo, ahondadas arrugas en la frente, irreversibles patas de gallo—, porque su desenvoltura ahora en la estación y la índole impecable y aprendida de sus movimientos por el vestíbulo distaban extraordinariamente de la torpe desorientación de aquel primer día.

Tres horas le obligaba prácticamente a permanecer en la ciudad, entonces como ahora, el enlace con el próximo tren que debía conducirlo a Barcelona sin tener que efectuar ya ningún otro transbordo. Aquella primera vez, tardó lo suyo desde luego en desurdirse e hilvanar con una mínima consistencia —era un hombre en principio apocado, con gafas— los dos o tres movimientos que, como consignar la maleta o abonar un suplemento, tenía que coordinar con cierta celeridad si quería aprovechar a fondo el intervalo entre los trenes para recorrer la ciudad sin demasiadas prisas antes de proseguir viaje hacia otro andén casi siempre repleto y un taxi y una habitación de hotel a media noche.

En un extremo del vestíbulo de la estación se apiñaban las consignas automáticas de equipajes —unas cavidades metálicas, unas ranuras, unos llavines numerados— que sólo funcionaban con monedas de un franco. Por mera casualidad había traído consigo un billete francés que cambió mediante la compra de un periódico en una lengua con la que, a decir verdad, solamente a duras penas se desenvolvía. Depositó su maleta y, una vez así desembarazado del peso, acudió con cierto aturdimiento a guardar cola ante la única

ventanilla abierta, atendida con petulancia por un empleado que pulsaba convulsivamente un botón frente a una pantalla por la que se iban iluminando al parecer destinos, tarifas y procedencias. Dos jóvenes -de complexión robusta, con uniforme- llegaron al mismo tiempo que él -¿o tal vez después?— y se situaron primero desenvueltamente a su lado y luego delante con ostentación. Hablaban en voz alta, y sin duda con arrogancia, ocupando un amplio espacio en su turno. A veces, interponiendo una breve pausa en su conversación, se volvían de pronto hacia él —era un hombre en principio apocado, con gafas —y no conseguía entonces reprimir la impresión de que no le contemplaban sino de arriba abajo y por encima del hombro. Al girarse de nuevo hacia adelante, tampoco podía por menos que apoderarse de él la certeza de que, si disminuían en algo el tono —evidentemente de chanza, aunque no lograra entender a las claras —, no era más que para agraviarle por lo bajo tomándolo por cierto como un objeto de su presunción y un pretexto más de su suficiencia. «¿Pero que se habrá creído? ¿Que va a ser él acaso distinto?», parecían indicar aduciendo en efecto una ley, unos designios, o quién sabe si un agujero sin poder evitar a continuación emitir sonoramente espiraciones y reticencias con un deje generalizado de mofa.

Cuando les llegó el turno, aguardaron un momento con parsimonia apoyados a ambos lados en la repisa de la ventanilla -¿para ratificar un destino?, ¿para dejar por sentada una precedencia?— y le dedicaron una sonrisa al parecer de soslayo y como mascando algo manifiestamente elástico entre unos dientes en efecto muy blancos.

Más de tres veces se hizo repetir el empleado aquella vez un destino, una hora de salida y un tipo de suplemento antes de que una impresora electrónica estampase en el acto unas cifras que él debió luego comprobar por menudo.

Tanto la poca calderilla francesa que entre unas cosas y otras le había quedado, como la hora ya de sobras cumplida —era sábado por otra parte— del cierre de los bancos, no le iban a dispensar para aquellas casi tres horas más que la compra de alguna escueta frugalidad en uno de esos prolíficos despachos de pastas que menudean por doquier —y que, de halagar algo, sería más el olfato con el infundio de sus grasas horneadas que el paladar desde luego o el estómago- o la morigerada consumición de un café o un refresco en alguna mesa de terraza o algún ricón de mostrador.

Embocó el Cours Jaurès, más adelante denominado Rue de la République, que le había de llevar según todas las indicaciones hacia algún lugar del centro. Al poco rato, sin embargo, advirtió la presencia a su izquierda de un gran supermercado extrañamente abierto todavía a aquellas horas, y no dudó en mudar de acera y en sustituir el hipotético

bar o la pastelería por alguna eventual pieza de fruta y un paquete por ejemplo de galletas.

Una mujer de edad a primera vista indescifrable, que lo mismo podía ser joven como muy vieja, hermosa como muy fea –por cuanto a la frondosidad de un cabello suelto de extraña plenitud que ocultaba sus facciones, unía unos ademanes recargados, parsimoniosos e inelegantes –, frotaba reconcentrada, mecánicamente, con una bayeta estropajosa que de tanto en tanto escurría en un cubo de agua negra, un suelo amplio y embaldosado a la entrada del establecimiento, cuya suciedad sin embargo no tanto suprimía cuanto uniformaba, no tanto conjuraba con sus productos y su actividad, cuanto atraía a causa de la humedad con que continuamente dotaba a unos dominios que, más que abarcarlos con su incesante aplicación, por ello mismo acaso justamente los desguarnecía.

Franqueó de puntillas la superficie humedecida de las baldosas de la entrada procurando dejar el menor rastro posible de sus pisadas y sonrió al pasar –con una mirada tímida y sin recepción ni respuesta– a la mujer. Sin que pareciera importarle su paso lo más mínimo, ésta se apresuró no obstante a trasladar de inmediato el cubo de agua negra y el movimiento circular de su fregona hacia el lugar por donde había cruzado, dejando de ese modo al descubierto el flanco recién frotado que, al punto, aprovecharon para entrar o salir otros clientes, con sus bolsas repletas los más –pero seguramente sin haber por ello tampoco entendido nada–, con un solo producto algunos, otros sin nada.

Introdujo tres manzanas en una de las bolsas de papel que la sección de fruta del autoservicio tenía dispuestas al efecto y eligió un paquete de galletas bretonas. La cajera, en pie, con regular uniforme azul y ojos ajetreados de abrumada vivacidad, sometía de un modo ineludiblemente maquinal y displicente cada uno de los productos a la lectura del dispositivo de láser con que estaba equipada la caja. Los pasaba, con ligero movimiento de frotación y por la parte del código impreso en el envoltorio –una superficie rectangular que comprende un número variable de barras verticales con mayor o menor grosor en el trazo, sensibilizadas sobre blanco y asociadas a una serie de al menos una docena de guarismos –, a través de un cristal bajo el que se hallaba instalado el mecanismo de lectura. Todo el conjunto estaba situado a un lado de la caja, en la plataforma de exposición y acarreo de las compras que antecede a una pequeña cinta transportadora. Al final de ésta, los productos se bifurcan dentro de una superficie convenientemente acotada y bipartida en su extremo para una mayor celeridad y entente en el cobro. El encendido de una luz verde acompañada de un pitido constituye la señal inequívoca de que la lectura ha sido certeramente efectuada por el láser –contrariamente a una luz roja con ausencia de sonido, que exige la reiteración del movimiento de frotación del artículo contra el cristal hasta tanto una señal verde y

sónica del aparato no atestigüe la conclusión positiva de la operación y dé vía libre, por lo tanto, a la lectura del próximo producto –. Cada serie numérica tiene asignado un artículo y un precio en el programa de la caja electrónica, el último de los cuales –el precio– aparece automáticamente en el contador digital lumínico de la registradora, y ambas informaciones – artículo y coste –, en el comprobante de papel que se proporciona al cliente con la compra.

De este modo la cajera no se ve obligada en toda la operación a presionar tecla alguna si la lectura –como en la mayor parte de los casos, y a no ser por una defectuosa impresión o deterioro en el envoltorio– se realiza con éxito. Queda por lo tanto exenta del adicional esfuerzo de atención, habilidad personal, memorización y destreza en las valoraciones erradas, oscilantes o inexistentes que antes eran necesarias en los tradicionales procedimientos manuales, y la operación entera está dotada por consiguiente de un empaque de automatismo, celeridad y exactitud ciertamente deslumbrante. No así, sin embargo, cuando se trata de las bolsas que contienen productos de las secciones de charcutería no envasadas industrialmente y de las procedentes del autoservicio de frutas y verduras, que exigen todavía la manipulación del teclado por parte de la cajera, una vez pesadas estas últimas mercancías en la balanza automática situada en lo alto de la caja.

La empleada sometió el paquete de galletas a la lectura del láser y, antes de pesar las manzanas, recibió la advertencia –en una lengua en verdad a duras penas comprensible– de que en el caso de que éstas elevaran el precio total a una cifra de la que, por coyunturales motivos de cambio de moneda extranjera que no venía a cuento explicar, no disponía absurdamente en aquellos momentos, tendría que hacerle el favor no sólo de disculparle, sino de prescindir también de una –o acaso dos– unidades de fruta, a fin de poder satisfacer el precio final con la exigua suma de francos en su haber. El mismo restituiría desde luego la manzana sobrante –o acaso el par– a su lugar y sección de procedencia sin que tuviera ella que molestarse, claro está, ni moverse en ningún momento de su sitio.

Una sonrisa condescendiente –con puntas sin embargo al parecer de malicia por el rabillo del ojo– se opuso por un momento en silencio a su azorado atolondramiento al comunicarle el total.

- Me falta un franco.
- Déjelo, ya me lo dará la próxima vez que venga.
- Pero es que yo no vivo aquí.
- Es lo mismo, así podrá venir de más lejos.

A la salida, una mujer de edad indescifrable –y que lo mismo podía ser fea como muy hermosa, vieja como muy joven– cancelaba con su fregona, en uno de los lados del vestíbulo, las pisadas de los clientes que por aquella parte entraban en el establecimiento, pero al hacerlo –y de un modo por cierto inextricablemente tenaz e irreprochable– no podía menos que dejar por ello mismo desguarnecido el flanco opuesto al que atendía, acabado de restregar sin embargo momentos antes –no tanto para limpiarlo ciertamente, como para que al igualarlo no se vieran sus acúmulos– con un mocho mugriento y desgastado que, de vez en cuando, introducía en un cubo de agua negra mil veces acarreado de acá para allá en el territorio infinito y embaldosado de su celebración.

Violento por tener que atravesar otra vez la superficie de aquella actividad –¿o era un designio, una ley quizá o quién sabe si un agüero?– e incómodo por creer que estorbaba su labor en lugar de generarla, se acercó a ella como para ganarse de alguna forma su indulgencia con una pregunta que más tenía en realidad de talismán o de muestra tal vez de consideración o temor, o a lo mejor de acatamiento incluso por su parte, que de verdadera y escueta solicitud.

–Disculpe usted por favor, ¿falta mucho para llegar al centro? –le dijo.

–Cómo se nota que es usted joven. Todos preguntan lo mismo y, cuando llegan, si es que alguno efectivamente llega y si en realidad existe de veras ese centro para él, cosa harto improbable en todo caso, ya tienen que estar entonces inmediatamente de vuelta – respondió la mujer sin levantar un momento la mirada ni dar siquiera una cara que continuaba ocultando boca abajo un cabello suelto de extraña lozanía. Tampoco atenuó el ritmo un solo instante ni interrumpió la índole maquinal de unos movimientos que no dudaron en restregarle incluso por encima sus zapatos cuando, primero de un modo tangencial, y luego efectivamente sobrepuesto, la trayectoria de la fregona debió atravesar indefectiblemente el punto que en aquel momento a duras penas ocupaban.

Varias veces desde entonces tuvo que efectuar aquel mismo recorrido y atenerse a aquella misma combinación de trenes a lo largo de los años sucesivos. La modesta, pero emergente empresa para la que trabajaba en Milán desde que concluyó sus estudios le había comisionado –en una operación que era más de control que de ninguna otra cosa– para el asesoramiento en la gestión de la sucursal que la firma había establecido recientemente en Barcelona. Con un intervalo aproximado de mes y medio o dos meses como mucho, y en condiciones normales, entre uno y otro viaje de inspección, debió

trasladarse consecuentemente a partir de entonces a la capital catalana para, al cabo de una semana de apretado trabajo, estar otra vez de vuelta a su domicilio y a la rutina de un puesto que, si no exento de responsabilidad y relevancia, no le despertaba ya el interés ni le suponía en verdad la dedicación y el acicate de otros tiempos. De modo que aquella novedad, no obstante el desgaste adicional que le ocasionaban los desplazamientos en tren –cuyos servicios siempre utilizaba debido a su insuperable sensación de vértigo y miedo al avión, tan impropia por otra parte de su categoría profesional–, le había aligerado un tanto del peso de monotonía que le iban dejando irremisiblemente la índole por lo demás solitaria de su trabajo y el tedio de su domesticidad. Le faltaba tiempo su última jornada laboral en Milán –casi siempre un viernes, como la primera vez– para coger aquel mismo día el expreso de medianoche y, tras un trayecto de ajetreada litera –a la que acabó no obstante por acostumbrarse a las mil maravillas– y un primer cambio en Niza de madrugada, llegar a Avignon aún por la mañana, a una hora de comercios abiertos todavía y con el tiempo sobrado para depositar sus bultos en consigna –unas cavidades metálicas, unas ranuras, unos llavines numerados–, abonar el suplemento del próximo enlace y adentrarse por el Cours Jaurès, más adelante Rue de la République, cada viaje más decidido, más radiante, más inquieto.

Unos dos meses después del primer cambio de trenes de Avignon, con abundante moneda francesa esta vez en el bolsillo y un mayor dominio de los movimientos del viaje, se sorprendió acudiendo en derechura, no bien llegado el tren a la ciudad y despachadas las operaciones de rigor, hacia una caja automática de supermercado –Cours Jaurès arriba– y una sonrisa llena y condescendiente, con asomos sin embargo seguramente de malicia por el rabillo del ojo, que con la mayor de las probabilidades no le había abandonado por cierto en todo aquel tiempo transcurrido.

Allí estaba, en la misma caja de la izquierda y con idéntico aspecto desenvuelto y displicente que la vez anterior. Sin reparar en ningún otro artículo ni sondear siquiera algún otro probable capricho de su apetito, escogió unas manzanas y, con análogo paquete de galletas al del primer día, se dirigió a la caja de la izquierda donde una sonrisa llena, respingona, de inequívoco reconocimiento –y cierta malicia seguramente por el rabillo del ojo–, sucedió a unas embarulladas frases en una lengua en verdad a duras penas comprensible. Vino a recordarle cómo, haría ya casi unos dos meses, y de un modo ciertamente ridículo e incoherente que por lo menos él no conseguiría olvidar en mucho tiempo, le había quedado a deber un franco que ella había tenido en aquella ocasión la amabilidad de no cobrarle y que ahora le devolvía muy agradecido; agradecimiento por otro lado que, si no tenía inconveniente y el horario de cierre al mediodía era efectivamente

el indicado en la puerta, él querría hacer extensivo a ser posible a una copa –un aperitivo, un refresco...– en algún bar cercano.

La esperó a la salida con su bolsa de manzanas y sus galletas bretonas –era un hombre en principio apocado, con gafas–, abstraído en las trayectorias circulares que una mujer de edad indescifrable –y que lo mismo podía haber acabado de llegar que estar allí desde siempre– describía con su fregona por el suelo del vestíbulo ante el supermercado, no se sabía muy bien si para cancelar –con la caduca humedad de unas aguas renegridas en las que de tanto en tanto escurría unos flecos lacios y deshilachados– las huellas de quienes se aventuraban a adentrarse por el territorio que su vigilia flanqueaba, o bien para que quedara inexorablemente rubricada, a causa precisamente de esa incesante actividad –y aunque sólo fuera por el breve, casi inexistente lapso de tiempo que precedía a su eclipse–, cualquier incursión, cualquier oscilación en la entrada o la salida, o cualquier paso –osadía, atolondramiento o necesidad– por leve, o contundente, o cuidadoso o efímero que fuera.

Salió al poco con una botella de Bordeaux –de marca, a decir verdad, más que apreciada efectivamente codiciada– y una sonrisa llena, derramada, de malicia seguramente por el rabillo del ojo. Le cogió del brazo y le convidó a su casa, calle arriba, a la izquierda según se sube del carrusel triste de espejos que remueve las músicas de los domingos de la infancia y los tigres de los sueños en la plaza de L’Horloge.

Era un piso pequeño, blanco y abuhardillado que compartía con dos estudiantes –más o menos amigas, más o menos hermosas– y llenaban de música a todas horas del día y de la noche. Una manilla blanca, de porcelana, cerraba imperfectamente por dentro la puerta que, pintada de un barniz de distinto color cada pocos meses, daba acceso a su cuarto. El señaló las angosturas del tiempo y ella fue por un sacacorchos a la cocina; tras una leve incisión circular con la punta del mismo, desprendió el capuchón de plástico de la botella y ella trajo dos vasos; él se quitó la chaqueta y ella se sentó en el colchón extendido en el suelo; se aplicó concentrado a extraer el corcho de la botella y una blusa tirada al desgaire sobre una silla descubrió unos pechos llenos, respingones de alguna forma como su sonrisa; acabó colmando los vasos y los acercó al borde del lecho, fuera del alcance de donde había echado las ropas, antes de que ella lo besara primero en el cuello y él apremiara un brindis sobre su cuerpo de vino entre las sábanas.

Todavía quedaba un fondo no apurado de botella en el suelo, cuando el asperjeo del agua de una ducha, entreverado de risas y medias frases en una lengua desigualmente pronunciada, precedió por breves instantes a un portazo apresurado y a un estrépito de tacones retumbando precipitadamente escaleras abajo hacia un andén.

En el viaje de vuelta, al cabo de unos seis días apretados de trabajo y compromisos, ella le aguardó puntualmente en la estación para un entero fin de semana en un piso pequeño, blanco y abuhardillado, en el que sólo raras veces llegaron a accionar un picaporte de porcelana para franquear la puerta, azul entonces, de una habitación hacia un pasillo –y un baño o una cocina– de una casa compartida.

Desde entonces se vieron siempre cada dos meses. A la ida la recogía en el supermercado y compraba cada vez manzanas como el primer día; ella salía con su botella de Bordeaux y su sonrisa llena y respingona para él, y se precipitaban sin pérdida de un momento a cerrar por dentro un pomo blanco de una puerta azul –o verde o rosa– en un apartamento abuhardillado a la izquierda del carrusel del L’Horloge. A la vuelta, era ella quien le esperaba en la estación para un fin de semana entero tras una puerta verde –o rosa o malva–, y le obsequiaba con manzanas y galletas bretonas para la continuación de un viaje al cogollo del tedio de su intimidad.

Intentó menudear los viajes, hacerlos más frecuentes, menos espaciados uno de otro, pero ningún motivo avalaba la necesidad de cambio alguno en su periodicidad o duración y el régimen matrimonial de su domesticidad, por otra parte, no permitía tampoco ningún otro trayecto que no fuera habitual o compartido.

Los intervalos se les fueron haciendo cada vez más largos y sus encuentros más exiguos, más intensos, más extenuantes tras el pomo de porcelana que cerraba imperfectamente una puerta rosa –o malva o roja– en un apartamento abuhardillado. El sonido del agua en la ducha dejó de preceder con sus risas atropelladas al portazo del fin de cada encuentro a la ida, y un taxi puntual apuraba segundos por las calles desde detrás del carrusel antiguo de los espejos. Mejoró una lengua antes a duras penas comprensible y ella no olvidaba nunca una provisión de manzanas como el primer día para la prosecución del viaje de su vuelta. Pero se les empezaron a hacer descabelladamente interminables las esperas, inverosímiles las emociones de los cuerpos la vigilia, la inquietud de reconocerse, de acogerse, de deshacerse sobre un colchón en la moqueta; y se les fue volviendo sobre todo enteramente insoportable la pavorosa consunción final de las despedidas tras un silbato en un andén en perspectiva.

A medida que se hacían más insuficientes los encuentros, más incompletos, se volvían también cada vez inadvertidamente más impulsivos tras la puerta malva –o roja o negra– del apartamento junto al carrusel, y comenzaron a hablar de planes, de proyectos, de

separaciones y traslados. Jamás habían vivido semejante intensidad de sentimientos, análoga firmeza, mayor vehemencia de los cuerpos o más crecido deseo de estar juntos que lo que llevaban experimentando ambos mutuamente hasta entonces. El vuelo inimaginable que habían tomado sus encuentros había desbordado toda posible contención y no cabía ciertamente más que darle definitiva rienda suelta, hacer valer todos sus derechos y consagrarse de lleno con entusiasmo a la opulenta sugestión de sus promesas.

Pero aquel día probablemente fuera sábado, como el primero de sus escalas en la ciudad, y el tren habría llegado incluso –como entonces– con un retraso tal vez no tan intolerable por lo excesivo cuanto inequívoco y abrumador a causa de la ya de por sí prolongada duración del trayecto. En las calles habían adelantado también sus mesas los cafés y las muchachas proponían sus escotes al auge primaveral de las aceras.

Bajó del tren como siempre y, con la misma prisa que otras veces, se dirigió en derechura, Cours Jaurès arriba, luego Rue de la République, al supermercado todavía abierto ciertamente a aquellas horas, donde una mujer de edad indescifrable abarcaría sin duda impenitentemente el vestíbulo –una ley, unos designios, tal vez un agujero– con las renegridas trayectorias ovilladas además en el dictaminado desasosiego de los sueños.

Le faltó tiempo al entrar para buscarla al punto con la mirada frente a su caja de la izquierda, para verificar un sobrecogimiento y convenir una inminencia como lo había hecho antes tantas veces, pero en su lugar una joven con gafas, cuya primera impresión de delgadez saltaba en seguida a la vista, repasaba mecánicamente productos sobre el cristal –cuyo importe se contabilizaba en el acto sobre el marcador digital de la caja– en la plataforma de lectura automática del aparato contable.

Con una botella sin embargo de Bordeaux –de una marca, a decir verdad, más efectivamente codiciada que apreciada–, se precipitó desazonado a la salida por la fila de la cajera de las gafas. Hizo ademán –dos o tres pasos azorados– de dirigirse hacia la mujer de edad indescifrable que refregaba incesantemente el vestíbulo, casi al mismo tiempo no obstante en que ella –sin detener siquiera un momento la ensortijada perseverancia de su cometido– ya había echado mano del cubo e iniciaba un desplazamiento en su contra destinado a cancelar sin duda las huellas que habría de dejar ineludiblemente en su escarceo. Se detuvo, y volvió sobre sus pasos que ya sin embargo habían desaparecido para dejar lugar otra vez a la homogénea superficie de la humedad tras la bayeta; pero al tener que imprimirlos de nuevo sobre el embaldosado –aunque sólo fuera en el visto y no visto que precedía a la sinuosa persistencia de unos flecos lacios y deshilachados–, sintió que

fallaban las piernas, que se tambaleaba ligeramente antes de ganar aprisa la calle y perseverar en dirección a la plaza de L'Horloge para doblar aceleradamente luego a la izquierda –tras el carrusel que giraba aquel día con un movimiento que se le antojó más rápido, más disonante, más estrepitosamente vertiginoso– y subir sin pérdida de un momento las escaleras hacia un apartamento pequeño, blanco y abuhardillado.

Después de sofocar en el menor tiempo posible un jadeo inoportuno ante una puerta y apretar con expectación las estridencias de un timbre, tal vez el silencio –sólo al final entrecortado por pasos y algún portazo– se prolongase efectivamente en exceso antes de que asomara tras una cadenilla una cara –medianamente hermosa, a medias recordada, medio dormida– que le miró de hito en hito y, sin salir de su asombro –ni descorrer la cadenilla de la puerta–, respondió con vaguedad en todo momento, y probablemente evasivas, a las escuetas preguntas que le formuló cada vez más inquieto, más acalorado, más hundido.

Le rogó en todo caso que hiciera el favor de coger la botella de Bordeaux, entrarla a la habitación del pomo blanco de porcelana que dejaba mal cerrada la puerta roja –o tal vez negra– por dentro y colocarla, si no era mucha la molestia, en la moqueta junto al colchón. «A todas las habitaciones se tiene acceso a través de un pomo blanco de porcelana y todas cierran luego, por otra parte, igualmente mal –respondió–, aunque por ello mismo tal vez a ninguna de las ocupantes de ninguna de las habitaciones puedan venirnos de manera alguna mal unos tragos de Bordeaux, y a mí, se lo puedo asegurar, por las especiales condiciones que concurren justamente este día, menos que a nadie.»

El contestó embarulladamente –era un hombre en principio apocado, con gafas– que no se trataba de eso, pero que a lo mejor también daba igual, aunque lo que él quería no era sino que la encontrase quien ella sabía muy bien y además en el suelo, junto al colchón, y que por otro lado no había más que hablar tampoco a causa del escaso margen con que contaba antes de la salida del tren. Fue a darle rápidamente un beso por encima de la cadenilla, al mismo tiempo sin embargo que ella –en lo que pretendió ser un movimiento espontáneo de anticipación– quiso besarlo también, pero por debajo no obstante de unos eslabones de metal que un instintivo, pero tardío desplazamiento de rectificación por ambas partes –ascendente en ella, descendente en él–, hizo que los dos se encontrasen fríamente entre los labios.

Quizá algunos detalles de la escalera, que bajó sin embargo con precipitación, escarbaran con saña en algún rincón de su desasosiego. Hacía calor desde luego en el enrarecido espacio del portal del edificio, y una figura borrosa se perfiló entonces no

obstante un momento tras el traslúcido cristal del ventanillo de la portería, pero al ir espasmódicamente a acercarse a ella –para preguntar algo tal vez, para pedir alguna razón– desapareció de inmediato para no responder al cabo ni al tamborileo de unos nudillos sobre el cristal, ni a las voces, ni a los gritos siquiera con que acompañó más tarde desacompadadamente la acentuada insistencia de su repiqueteo.

Salió a la calle sin la menor intención de perder un segundo y dobló con premura por la plaza del carrusel abajo. Una música parada no tenía por qué significar, si bien se mira, más que la interrupción que precede a la proximidad de un nuevo movimiento. Sin embargo, todo el aire de la ciudad era poco para su ahogo, para la pesadez de congoja que le ascendía paulatinamente desde la ingle a la garganta cuanto menor era el tiempo que le quedaba y más se acercaba otra vez –más desazonado ahora, más anhelante– al supermercado en el que, con toda probabilidad, una mujer de edad fundamentalmente indescifrable, y que lo mismo podía ser una que ser muchas, la misma o tal vez muy otra, restablecería la homogénea humedad del vestíbulo con los trazos circulares, retorcidos y redundantes de una bayeta vieja y estropajosa que, de tanto en tanto, introduciría por cierto en las aguas idénticas y detenidas de un perenne pero vanamente consabido balde adyacente.

Quiso hacer como que no veía a la mujer de la fregona, como que no la había visto nunca ni nadie jamás se hubiese apercibido de la implacable prescripción de su ejercicio en la antesala. Traspasó el vestíbulo y entró con el ímpetu inconsciente del cuerpo que se desploma en el vacío, que se desnuda a su llegada, porque al rebasarlo una muchacha con gafas, cuya primera impresión de delgadez saltaba en seguida a la vista, continuaba sin embargo impertérrita al frente de la caja de la izquierda. Dudó un momento al principio, tras el que sus movimientos fueron ya automáticos después, descontados. De sobras conocía la situación de los artículos que iba a adquirir, y la continuación de su viaje –más remoto ahora, más impensable– con mayor razón y en mayor medida sin duda que otras veces requería de alguna provisión para el camino.

Fue a guardar cola a la izquierda, al mismo tiempo sin embargo –¿o tal vez antes?– que dos jóvenes de complexión robusta y con uniforme que se situaron primero desenvueltamente a su lado y luego delante con ostentación. Hablaban en voz alta, y sin duda alguna con arrogancia, ocupando un amplio espacio en su torno. A veces, interponiendo una breve pausa en la conversación, se volvían de pronto hacia él y lo contemplaban de arriba abajo por encima del hombro. «¿Pero qué se habría creído?, ¿que iba a ser él acaso distinto?», parecían indicar al girarse de nuevo hacia la cajera aduciendo

en efecto –y con un tono evidente de chanza– una ley, unos diseños o tal vez un agujero.

Cuando les llegó el turno, aguardaron un momento con parsimonia galanteando a la cajera y engatusándola por lo visto con juegos de manos y petulancias –¿o eran billetes?– antes de volverse una vez más hacia él, dedicarle una sonrisa de suficiencia y emitir a continuación espiraciones sonoras y reticencias al parecer de soslayo.

De un modo maquinal y displicente la cajera sometió luego cada uno de los productos a la lectura del dispositivo láser con que estaba equipada la caja. Los pasaba, con ligero movimiento de frotación y por la parte del código impreso en el envoltorio –una superficie rectangular que comprende un número variable de barras verticales de mayor o menor grosor en su trazo, sensibilizadas sobre blanco y asociadas a una serie de al menos una docena de guarismos–, a través de un cristal bajo el que se hallaba instalado el mecanismo de lectura. Todo el conjunto estaba situado a un lado de la caja, en la plataforma de exposición y acarreo de las compras que antecede a una pequeña cinta transportadora. Al final de ésta, los productos se bifurcan –¿para ratificar un destino?, ¿para dejar por sentada una precedencia?– dentro de una superficie convenientemente acotada y bipartida en su extremo para facilitar una mayor entente y celeridad en el cobro.

Salieron por fin los dos jóvenes uniformados y le llegó su vez. La muchacha pasó el paquete de galletas a través del cristal y el precio se iluminó en el contador. Acto seguido – algunos artículos requieren ese leve esfuerzo adicional de apreciación–, pesó las manzanas en la balanza digital y tecleó el importe en la registradora que, tras oprimir el traste correspondiente, emitió el montante final y la factura en el resguardo.

Este ejercicio de tasación, más o menos breve o prolongado, y con mayor o menor disposición o cansancio por parte de la cajera, es repetido innumerables veces y de modo semejante durante años y edades enteras de la vida, y no sólo por la empleada de las gafas cuya primera impresión de delgadez saltaba en seguida a la vista, sino palmariamente por el resto de las muchachas –qué duda puede haber, una transacción, un código respectivamente atareadas en todas las demás cajas registradoras de todos los demás autoservicios. Las valoraciones se efectúan por lo demás de forma análoga no ya en cada caso y con cada uno de los clientes, sino durante todas las veces en que, después de una primera y fortuita ocasión, y a lo largo de un tiempo indefinido que lo mismo puede ser mucho como también muy escaso, improbable como quizá también muy cierto, el asiduo vuelve con sus artículos en un enlace casual de itinerarios. No de otra forma, por cierto, le habría sucedido igualmente a él, como no puede ser menos que natural e inexorable, con la cajera también de la sonrisa llena y respingona con asomos seguramente de malicia por el

rabillo del ojo –ella en la contabilidad, él con sus productos, pero también a la inversa, claro está, y simultáneamente o por veces –durante los seis meses en que se había trasladado con él a Milán –algunos artículos requieren un leve esfuerzo adicional de apreciación– después de la separación de su mujer, para iniciar sin duda juntos la mejor y más esperanzada de las vidas en común, nueva y duradera y ensayada con tantas garantías de satisfacción como de entendimiento en las pausas del transbordo de los viajes.

El resultado –igual hasta se podía llamar lectura– de esos meses de convivencia no había sido el menos esperado, el más alejado de cuanto ciertamente podían imaginar. Desafortunado a lo mejor sería poco decir, fatídico tal vez e incluso hasta recíprocamente destructivo. Pero quizá simple y llanamente realizado. Ella había regresado pocas semanas antes a Avignon y éste era el primer enlace desde entonces –tal vez más rememorativo que otra cosa– de trenes hacia el sur. Una señal verde y sónica del aparato de lectura había atestiguado la realización final de la operación y daba acaso vía libre al próximo producto, después de que una luz roja sin duda con ausencia de sonido hubiera exigido ciertamente por más tiempo la reiteración del movimiento de frotación contra el cristal.

Ni por un momento dudó de la presencia al salir de una mujer de edad imperturbable – que igual que estaba allí se hallaba también en todas partes, y lo mismo era despedirse de ella que volverla a encontrar más tarde continuamente tras la despedida, joven o muy vieja, hermosa o también muy fea, la misma, pero igualmente muy otra –aplicada a la perseverancia de unos trazos incesantes, circulares y ensortijados con una bayeta lacia y deshilachada que, de cuando en cuando, escurría en un cubo de aguas negras no tanto para enjuagarla o aclararla, cuanto para restaurar la prescripción antigua e impenitente de su actividad. Y no tanto para cancelar la suciedad como para constatarla, para extender y proponer su humedad y atraer en ella las marcas de los pasos que se llenan de azoro y precaución al comienzo, de sobrecogimiento y temor ante una tarea incomprensible de pura y sencillamente cotidiana –otros cruzan impertérritos, sin miramiento alguno–, y de vana desesperación en cualquier caso más tarde al verificar que otra cosa ciertamente no hay sobre el embaldosado, ni tan triste ni tan gozosa, ni tan nueva y ancestral al mismo tiempo, efímera y a la vez perenne, y hermosa a la par que abominable, aunque incluso hasta se vayan ya desvaneciendo las huellas que se dejan en él al mismo tiempo en que se están plasmando.

La cita

No podía faltar ya mucho, efectivamente, para que sonara la hora convenida en el reloj de la torre, aunque a decir verdad ninguna convicción podía sin embargo abrigar a ciencia cierta que corroborara de veras no sólo aquella impresión, sino tampoco –si bien se miraba– la contraria. El reloj distaba en todo caso pocos metros de allí y él había creído estar constantemente atento a unas campanadas que, de haberse producido, de sobras hubiesen abarcado, como tenía ya comprobado otras veces, la mayor parte del itinerario que había seguido hasta entonces. De modo que, lejos de precipitarse, decidió más bien para hacer tiempo, y para matar tal vez los escasos minutos que probablemente le separaban aún de la hora concertada, entrar a echar un vistazo, por somero y superfluo que fuera, en una luminosa tienda de electrodomésticos que le venía allí a mano, espoleado además por la curiosa imagen de un hombre de mediana edad con gafas, provisto por cierto a su espalda de una pequeña mochila de tela negra impermeable, que aparecía en aquel instante reproducido en las docenas de pantallas de televisión del escaparate –de más y menos pulgadas y tanto en color como en blanco y negro– y que, no sabía muy bien por qué, si por su estampa atónita y confusa o por la propia dispersión de su imagen, le había llamado al paso poderosamente la atención. La empleada –una muchacha desenvuelta e incluso apabullante– alzaba su voz sobre el sordo acúmulo de ruidos que conformaba la recargada atmósfera del establecimiento: el zumbido ambiguo y peliagudo de los electrodomésticos, la inquietud de los clientes, sus voces, el repiqueteo en el fondo de unas pulsaciones sobre un teclado. Quizá fuese por el murmullo del comercio o, más bien, por el tono preeminente y estrepitoso de la empleada, lo cierto era que no hubiese podido decir, al cabo tal vez sólo de un rato al parecer, si había o no oído la hora convenida en el reloj de la torre. O quizá el cierre de la puerta del establecimiento –pensó– ajustaba tan impecable e inapelablemente sobre su marco, que el interior del mismo quedaba poco menos que insonorizado a los ruidos procedentes de afuera, y cualquier débil sonido que hubiese podido entonces sin embargo franquear tal obstáculo habría sido rápidamente contrarrestado y amortiguado por el murmullo de fondo del local, de modo que él, y aunque en ningún momento hubiese abandonado en verdad las primeras posiciones inmediatas a la puerta, frente a las pantallas iluminadas de televisión, de ninguna manera hubiera podido tener ocasión tampoco de oír nada.

Aunque quién sabe –se dijo– si incluso no habría sonado todavía, a pesar de que ahora

ya más bien se inclinaba a pensar que, con toda probabilidad y fuera por el motivo que fuera, simplemente le habría pasado desapercibido su sonido, pues en cualquier caso no se puede decir tampoco que hubiese prestado excesiva atención mientras se admiraba ante la imagen múltiple y simultánea de aquel hombre de las gafas. Del mismo modo, no había que olvidar que se trataba, en resumidas cuentas, de una sola campanada en las medias sin carillón alguno que la precediese, y habría bastado en consecuencia solamente el aturdimiento que producía aquella voz incesante y chillona, o incluso cualquier descuido de su ensimismamiento o –lo que es lo mismo– su propia y obstinada curiosidad por contemplar a sus anchas aquella imagen concurrente del hombre de las gafas, para no percibir, o no saber al menos decir si se había o no emitido, el puntual y efímero sonido de aquel reloj. Cuanto más que, al poco de haber entrado, la empleada pareció encontrar ocasión adicional inmejorable para elevar todavía más el volumen de su ya de por sí estentórea voz en un cliente, de aspecto no obstante pulido y respetable, que se empecinaba en solicitarle, por lo visto como de costumbre y con unas maneras, es verdad, corteses y hasta galantes que en modo alguno rayaban sin embargo en el empalago de la cursilería, si podía cambiar, por favor y por evidentes razones, el programa de las pantallas de televisión.

–Lo siento mucho, caballero, pero ya le he dicho mil veces que aquí no se ven programas, y ni siquiera se ve la televisión, aquí únicamente se ven televisores. Y, en último extremo, usted ya debiera saber, no sólo porque se lo repito yo cada día hasta desgañitarme, sino merced a su edad y sobre todo a su experiencia, que es el Encargado quien pone desde edad inmemorial en funcionamiento los televisores y quien pulsa también los interruptores de los canales y los programas de una forma evidentemente inapelable, hasta el punto de que si alguna vez una de nosotras, o alguno de los clientes – porque desaprensivos, malvados o simplemente ilusos siempre los ha habido–, se ha atrevido a contrariarle y a intentar presionar otro botón distinto al que El había oprimido –y no me meto ya ni en el motivo, ni en las razones que seguramente le asistirían– el castigo entonces no se ha hecho esperar no digo ya al final de mes o al término de la jornada, sino ni siquiera segundos, a no ser que hubiera decidido de antemano jugar con la suerte del pobre incauto y divertirse a su costa con el itinerario de tragedia que aquel acto de atolondrado desacato sin duda le acarrearía en adelante. De modo que –y se lo digo por última vez– ni es competencia mía ni podría yo jamás ni en ningún caso cambiarle a usted de canal.

Debió bastarle un ademán suplementario a la intención de abandonar ella la parte trasera del mostrador, acompañado de una invitación, en frase al parecer consecutiva, a hacer no

llegó a oír muy bien qué cosas –pero en todo caso acabadas en «ñetas» o «nietas»– para que el solicitante no dudara en salir de inmediato del establecimiento sin aguardar siquiera a utilizar el tiempo de réplica que a veces conceden las conversaciones.

Entre la extraña y desapacible atención al hombre de la mochila negra multiplicado en las pantallas y el imprevisto interés por el solicitante, la verdad era que pocas esperanzas de contabilidad le podían ya quedar sobre el tiempo que llevaba allí dentro y menos aún, si cabe, sobre si habrían transcurrido o no, y en el primer caso si rebasados con mucho, los pocos minutos que probablemente antes le separaban –si así era en realidad de la hora de la cita. Claro está que hubiese podido haber inquirido la hora a cualquiera de los clientes que allí se encontraba o había concurrido desde su entrada y que, a falta de otra cosa mejor que hacer, no habría vacilado presumiblemente en responderle. Sin embargo, venía reparando de un tiempo a esta parte en lo inconveniente y desagradable que empezaba a resultarle a la gente ese tipo de preguntas, tras las que ya casi nadie – no digamos un caballero distinguido o una jovencita, sino incluso un chiquillo o un parado– dudaba en recelar la existencia de otras intenciones en el fondo más disimuladas, más oscuras, pues no en vano todo el mundo cuenta ya en la actualidad por lo menos con un par de relojes de pulsera – uno analógico, otro digital– y resulta, no ya de mal tono, sino de inquietante y sospechosa inferioridad revelar con preguntas de esa índole que uno a lo mejor no sólo en realidad no lleva reloj, sino que tal vez incluso carece de él o, lo que es más, ni siquiera cree acaso conveniente la utilización de un instrumento tan inapelablemente imprescindible como poco menos que preceptivo en la práctica de toda persona de provecho y asequible por lo demás para cualquiera.

Dado que la solicitud de cambio de canal efectuada a la empleada no había degenerado en abierta discusión como algunos clientes –por medio de una intensificación más ruidosa de las respiraciones, quién sabe si suspiros o en todo caso carraspeos y comentarios al margen de dudoso destinatario– parecían desear o recelarse, y sólo uno o dos individuos, partidarios indudablemente del solicitante a juzgar por sus anteriores demostraciones de apoyo, habían salido al final tras el mismo en manifestación de inequívoca solidaridad, había optado también al mismo tiempo por intentar desligarse del extraño magnetismo de las pantallas y precipitarse a la calle no ya tanto a lo mejor para acudir con puntualidad a su cita como para saber si efectivamente aún llegaba puntual.

Diez minutos pasaban ya en el reloj de la torre de la hora convenida y sin embargo no estaba. Miró a un lado y a otro entre los transeúntes que caminaban por la amplia acera y escudriñó los grupos de ociosos que allí solían reunirse a discutir o distraerse; dio una

ojeada entre los árboles, a la vuelta de la esquina, tras el quiosco, e incluso con mayor atención si cabe delante de sí mismo, que es donde más difícil se hace a veces encontrar a quien con alguna inquietud se está buscando. Pero no había llegado todavía a pesar de la hora o, por lo menos, él no acertaba a ver por allí el menor rastro de su persona, a no ser que –se descubrió temiendo–, tras una breve espera y acuciada sin duda por algún imponderable, se hubiera tenido ya que marchar antes de lo que con toda seguridad hubiese deseado. Pero diez minutos era en todo caso muy poco tiempo para ponerse a hacer ningún tipo de conjetura y lo que se imponía claramente era esperar, teniendo en cuenta además –tuvo que reconocer– que él no había sido nunca tampoco lo que se dice un dechado de puntualidad, ni en esa ocasión por lo pronto ni en otras muchas anteriores, con ella o con cualquier otra persona, lo que muy bien podía incluso haberle dado pábulo para retrasarse un poco y no tener así que esperarle presumiblemente más de lo debido. De modo que, con aire esmeradamente tranquilo y despreocupado, se puso a dar arriba y abajo algún paso en breve trecho, mirando entorno a las veces, oteando el semáforo, la parada del autobús, la salida del metro o la bocacalle de enfrente sin dar mayores muestras de impaciencia o nerviosismo.

Sin embargo, llegó otro autobús –el día era claro, caluroso– y ella no descendió entre quienes se apearon. Tampoco estaba entre los que intermitentemente cruzaban y volvían a cruzar por el semáforo y, ni por aquella bocacalle de enfrente ni por ninguna otra, se la pudo ver llegar en los minutos sucesivos. Se detuvo otro autobús, y otro más al poco, que ostentaban en sus parabrisas diferentes recorridos por los que sin embargo podía igualmente haber llegado con certeza desde ángulos opuestos de la ciudad. De ninguno de ellos bajó y él comenzó a mirar el reloj de la torre con casi la misma frecuencia con la que observaba el fondo de la calle o la multitud que se agrupaba ante el semáforo. Advertía, ya más distante, los intervalos con que emergían del metro los viajeros y los veía ascender, llegar, desvanecerse una y otra vez con la misma persistencia de su contrariedad, acechando vanamente además a cada instante una inminencia por un extremo u otro de la acera donde sin embargo no había cesado en ningún momento su paseo.

Un tanto había remitido desde luego su aplomo ante la espera y, aunque sin apariencia alguna aún de excitación –el día era claro, caluroso–, lo cierto era que había comenzado ya inadvertidamente a dar rienda suelta a sus elucubraciones sobre la tardanza. Era verdad que un retraso inicial como aquél en el que él mismo había incurrido, claro está que efectivamente a su pesar, no implicaba en principio una espera excesiva por parte de nadie, aun en el caso de que hubiese sido perfectamente puntual o, puestos a suponer, de que hubiera llegado a la cita incluso con alguna antelación, y que diez minutos, con ser

ciertamente para cualquiera, y más para ella misma, una prueba evidente de indelicadeza, no dejaban de encajar sin excesivos reparos dentro de lo que bien puede considerarse como normal, o por lo menos disculpable en estas latitudes, máxime que, por poco que se le conociera, nadie podía llamarse en ningún caso a engaño –como queda dicho– sobre su presunto celo en cuestiones de puntualidad. Pero cabía igualmente la posibilidad –que antes había querido ahuyentar por el fácil recurso del poco tiempo hasta entonces transcurrido y que ahora, ya casi veinte minutos después, no podía por menos que despuntar con mayor virulencia además– de que, movida por vete tú a saber qué urgencia o eventualidad, hubiera en ese caso llegado puntual no tanto para esperarle, cuanto para respaldar con una corta y apremiada espera su posterior ausencia. O era probable también, por qué no, que llevada siempre por tales premuras, y a pesar de su indudable empeño y su descontada intención, ni siquiera se hubiese presentado por cierto a la cita, lo que muy bien tenía que ser digno por otra parte de tomarse por lo menos igualmente en cuenta. Claro que esta última posibilidad –el día era cálido, bochornoso– le acarrearía alguna dificultad suplementaria, toda vez que no se le ocurría dónde podía llamar o ser llamado –no disponía de teléfono– para recabar alguna razón sobre su incomparecencia. De modo que más le valía aguardar y no desesperarse, aunque más de treinta minutos después de la hora convenida es verdad que empezaba a suponer ya un margen de tiempo de cierta consideración.

Por otro lado, si en lugar de apurarle aquellos imponderables para después de la hora de la cita, le hubiesen acuciado por el contrario con anterioridad a ella –una visita imprevista, un recado ineludible, una avería inoportuna o, quién sabe, alguna desazón, algún incidente–, se podía dar por cierto que no le quedaba entonces otra cosa que esperar todavía con calma, porque si el imprevisto, pongamos, o el accidente incluso o la avería, no eran de mayor cuidado, era poco menos que seguro que no dejaría de acudir con un retraso entonces no ya más o menos normal sino considerable, que ella sería la primera ciertamente en lamentar y padecer, y explicar más tarde tras una llegada que, por consiguiente, bien podría con toda evidencia aplazarse todavía algún rato más.

Aliviado un tanto por la solidez de este último razonamiento, alargó su paseo, con mayor distensión ahora, hasta la boca del metro por su izquierda. Los viajeros surgían a intervalos acalorados de su interior y él se entretuvo, como lo había ya hecho antes observando los escaparates, la velocidad triste de los coches o las siluetas femeninas, ante el detallado plano de la ciudad que flanqueaba a su izquierda la entrada del subterráneo. Presumiblemente fuera la súbita zozobra que le invadió lo que le hizo apoyar de improviso una mano sobre la inconcebible vastedad de aquel mapa, por cuanto debió caer entonces en

la cuenta –el día era cálido, canicular– de que se hallaba ya en aquellas alturas de la espera en que le empiezan a asaltar a uno, sin remisión ya ni medias tintas, toda clase de dudas e inseguridades sobre la concreta concertación de una cita. Efectivamente, no podría haber sostenido a ciencia cierta en ese momento, y a la vista por lo demás de aquel plano, que fuera aquél y no otro el sitio convenido. Solía quedar, cuando le era dado a él anticiparse o proponer un emplazamiento, en cuatro o cinco lugares preferentemente –un par de cafés céntricos, una calle peatonal, el reloj de la torre o una cervecería de su barrio– y era aquél ciertamente uno de ellos; pero nada le llevaba a recordar ahora que hubiese sido justamente aquél, y no cualquier otro de los enumerados, el sitio elegido en esa ocasión. No podía rememorar una palabra, una alusión, una mínima explicación a aquel lugar por más que lo intentaba. Recorrió con la mirada el plano ante sus ojos y se sintió perdido, aturdido por un tráfico que sin lugar a dudas se había incrementado y por una temperatura –era un día sofocante– ciertamente en aumento dada ya la hora avanzada –casi la una y media– por la que se iba precipitando la mañana.

Aunque, puestos a dudar, el caso era que tampoco podía dar ahora ya de ninguna forma por seguro que fuera las doce y media la hora convenida y no, por ejemplo, las dos y media, que tanto se le parecía fonéticamente y que muy bien podía haber sido la que en efecto ella hubiese comprendido. Eso sería, evidentemente había entendido las dos y media y no las doce y media como él pensaba haberle dicho, porque, por otra parte, no creía recordar tampoco en absoluto que se hubiese mencionado en ningún momento la idea de ir a comer juntos. Antes al contrario, parecía rememorar ahora que se daba tácitamente por supuesto el ir a tomar café o una copa, aunque, en ese caso, tampoco acababa de comprender muy bien por qué no había quedado entonces en uno de los cafés del centro en que solía citar también con frecuencia a sus amistades y que de forma más idónea se hubiese prestado lógicamente para aquella ocasión.

Descartaba, claro está, que hubiera declinado venir por temor tal vez a que la intimidad entre ellos se hubiese ido luego acentuando con el pasar, ya no sabía si decir, de la mañana o de la tarde, aunque desde luego no era otro su propósito y a lo mejor podía habérselo dado a entender sin la perspicacia y el disimulo apropiados para el caso, o de un modo desatinado, torpe y como por descontado que a ella le hubiese podido por cierto, si no contrariar abiertamente, sí tal vez incomodar. Pero no, lo más probable era que hubiese confundido la hora; nada más fácil en efecto para quien ha de llegar que tornar una por otra, las doce por las dos, y ni sería aquella la primera vez ni la última que se producía un equívoco semejante y de tan poca monta en el fondo, cuyas desazones además para quien ha tenido que pechar con el retraso se transforman en una clara disposición a la sonrisa, y

aun al descargo o disculpa ajena, en cuanto se vislumbra a la que ha de acudir en el apelmazado horizonte de la espera y ésta nos hace partícipes –un alivio, una aquiescencia, un júbilo– del contratiempo o el malentendido que ha motivado su demora con una turbación y un desconcierto abrumados que no pueden por menos que hacernos olvidar de inmediato las vanas y enrevesadas circunvoluciones de la razón frente a la espera.

No quedaba pues sino armarse de paciencia una vez más, redoblar la confianza en su llegada y multiplicar –amortiguada en este punto seguramente su inquietud por lo tonificante sin duda de aquellas deducciones– los objetos de distracción y pasatiempo. No iba a desistir ahora que llevaba ya casi hora y media aguardándola y resultaba poco menos que innegable que se hubiera verificado un equívoco horario de tan fácil factura como aquél, siendo así además que, si abandonaba ahora, no sólo renunciaría a su eventual, pero más que probable llegada dentro de unos treinta minutos aproximadamente, sino al disfrute sobre todo de su superioridad moral sobre el malentendido y la demora, además de despojar por otra parte de sentido a la larga espera en la que había estado decididamente empeñado hasta entonces; fuera de que, mientras tanto, iba a ser también mucha casualidad que, en lugar tan céntrico y a horas tan concurridas, y dada fundamentalmente su total disponibilidad y apertura, no encontrara por cierto a nadie conocido –una vieja amistad, alguna cara bonita, alguna proclividad de la mirada, quién sabe si algún encuentro decisivo.

Pidió una cerveza y un bocadillo en un bar de la misma acera, al que había entrado más por afinidad con el modo particular de pasar y repasar un trapo de flecos deshilachados unas manos femeninas sobre una barra –ya se sabe, una superficie, una bayeta, unos trazos infinitamente circulares–, que por matar un hambre que a duras penas sentía o ahogar con mayor celeridad el rato sobre un taburete o acodado a un mostrador. La camarera –claro–, una muchacha desenvuelta e incluso apabullante, alzaba su voz sobre el acúmulo de ruidos que conformaba la recargada atmósfera del establecimiento –el zumbido ambiguo y peliagudo del televisor, el desasosiego de los clientes, varias voces, el repiqueteo incesante de las cucharillas contra alguna concavidad de cristal o porcelana–. Una pantalla encendida de televisión mostraba a las claras en aquel preciso instante a un hombre, de mediana edad por cierto, con gafas y provisto a su espalda de una pequeña mochila de tela negra impermeable, que caminaba arriba y abajo de un modo que en ningún caso hubiera podido pasarle desapercibido, aunque no fuera más que por su desapacible actitud –por lo visto también de espera–, o mejor, por el porte inconfundible, devastado y ubicuo de quien siempre aguarda, de aquél que, sobrecargado por los endémicos pertrechos de una apegada impedimenta a su espalda, ha aguardado y aguardará siempre en la vida una revuelta, un

recodo amable, una mujer, una cita tal vez sólo propiamente.

Pero en aquel mismo momento justamente, un individuo, de aspecto no obstante pulido y respetable, había irrumpido en el establecimiento y se había puesto de improviso a solicitar a la camarera, primero de buenos modos y más tarde por cierto desapaciblemente, que cambiara sin pérdida de tiempo el canal del aparato de televisión que dominaba, con la desamparada y omnipresente imagen del hombre que aguarda, la oblonga superficie del bar. De nada hubieron de servir ni los ruegos ni las imprecaciones posteriores, toda vez que la camarera, sin dejar por ello de atender a un público más bien nutrido e indudablemente expectante –con toda probabilidad a causa de lo que a ellos por cierto también les iba en el resultado de aquella insistencia– ni de pasar la bayeta cada dos por tres sobre los residuos y cercos de las consumiciones, le reiteró que a ella nada le podía caber en un asunto de tanta enjundia y por lo demás axiomático e inapelable y que, como muy bien sabía ya aunque se empeñase cada vez en ignorarlo, no era sino el Encargado el que, a pesar de no aparecer nunca por allí –por lo que difícilmente podía nadie haberle visto ni oído por supuesto jamás–, accionaba siempre y desde un principio los mandos de la pantalla y los interruptores de la programación. Lo demás no era –continuó repitiéndole– más que vana porfía y ganas de revolver, por otro lado y como él sabía muy bien, inútilmente. A cada uno –y cada día– le correspondía lo que le correspondía y no quedaba más remedio que tener conformidad y, si acaso, un poco de mano izquierda para intentar sortear con algún asomo de eficacia la desolación. A no ser, por el contrario –agregó– que quiera uno obstinarse, sin fundamento ni provecho alguno desde luego, en ser deportado al disparadero estéril de una por lo demás dudosa y vana rebeldía. Desde la barra, miraba a ratos alternos la pantalla del hombre que aguarda y el inhóspito desasosiego del solicitante, y contemplaba también –un alivio, una aquiescencia, un júbilo– a las muchachas que pasaban y traspasaban veraniegas ante los cristales del establecimiento. Admiraba además, como embobado, los movimientos bruscos, pero copiosos y denodadamente saludables o voraces de la camarera –una muchacha desenvuelta, apabullante–, y sus brazos llenos, calurosos, que tornaba una y otra vez a remangar hasta por encima del hombro, le originaban una extraña satisfacción. La miraba a los ojos –ella a veces también a lo mejor bebía sorbos de cerveza– y cruzaban sin cesar las muchachas ante la cristalera del bar, cuando de pronto le sobrecogió la duda –el día era sofocante– ya no tan sólo del sitio o de la hora, sino propiamente de ella misma también, de la que tenía ineluctablemente que acudir a aquella cita. Cayó en la cuenta de que no sólo no podía asignarle unos ojos, un cabello, un modo de caminar o sonreír, sino que ni siquiera conseguía adjudicarle un nombre.

Salió a la calle precipitadamente; en el reloj de la torre daban las dos y media y él empezó a escudriñar con desazón todas las miradas, todos los andares. Inquiría a las que se detenían o aminoraban el paso, las interpelaba por la espalda si se alejaban, con una sonrisa si las veía llegar desde lejos; imaginaba perfiles, gestos, alicientes. Indagaba si alguna podía ser ella o era más bien ella cada una, si todo no sería al cabo más que un malentendido o si de nada serviría su total disponibilidad, su contumaz empecinamiento en la espera. Se interrogaba si algún ademán le resultaba conocido, alguna prenda de vestir, algún complemento, si algún rasgo en alguna de ellas se parecía en algo a no sabía muy bien qué de quién, o si bien, por el contrario, nada de ello a lo mejor –ninguna sugestión, ningún escorzo– dejaba por cierto de ser ajeno a su incumbencia. Porque por mucho que lo intentara, tampoco conseguía en realidad recordar cuándo ni con qué medio –una llamada telefónica, una conversación, un recado– había establecido verdaderamente aquella cita. No lograba, para colmo, ni aun acordarse de que la hubiera en efecto siquiera concertado, a no ser tal vez –un alivio, una aquiescencia– con su propia espera, con su total y consagrada disponibilidad a la espera o, quién sabe incluso, si no igualmente en todo caso –¿también él?– con su obstinada e implorante apostasía.

Pero no, presumiblemente el error no estribaba ni en la hora ni en el lugar, sino en el día, porque, puestos a ver, qué garantía le cabía a él de que fuera justamente ese día y no al siguiente, o incluso al otro –¡es tan fácil que hubiera implícitamente dado por sentado el día de hoy o que ella hubiese querido entender el siguiente!–. Y por si fuera poco, quién sabía además, en último extremo, si la que en verdad se aguarda no podía incluso, justamente por ese tesón y ese enfebrecimiento puestos en la espera, sino retraerse y llegar hasta a eludir su comparecencia en la cita, a soslayar la angustia ante los emplazamientos, su aparición ante la impaciencia, sin que ello tuviera desde luego que obstar sin embargo en esencia a la espera, que a otra cosa en realidad no está sujeta evidentemente más que a su perseverancia.

Habrían dado ya probablemente las cuatro en el reloj de la torre, cuando decidió regresar a casa con el pensamiento puesto sin duda en volver a todo trance al día siguiente, pero se llegó antes sin embargo un momento al bar en el que había consumido con anterioridad unos ratos frente a la camarera de los brazos remangados y vueltos a remangar –ella a veces también a lo mejor bebía sorbos de cerveza– para proceder a la recogida de algo que había dejado allí al parecer olvidado al salir.

Nadie se había llevado su pequeña mochila de tela negra impermeable, una mochila precisamente igual a la del hombre de mediana edad con gafas que aguardaba siempre,

cada día también e infructuosamente, en la escindida soledad de sus pantallas simultáneas, e igual también exactamente –claro está– a la que portaba a la espalda aquel hombre de aspecto no obstante pulido y respetable que entraba todos los días renegando y pidiendo con insistencia, a gritos incluso muchas veces, pero siempre inútilmente, que cambiaran por obvios motivos de canal una programación no tanto insoportable cuanto sentenciada, y no tan redundante como irrevocablemente decretada y, sobre todo, esperanzada.

La señora de las pieles

Echar a suertes quién de los dos tenía que bajar por alguno de los ingredientes del desayuno –normalmente leche o café– las mañanas en que, por imprevisión o negligencia del día anterior, hubieran advertido su carencia, era una de las pocas costumbres por cierto de la arraigada tenacidad de su rutina que conservaba todavía para ambos algún asomo de aliciente, algún regusto si se quiere de inquietud, aunque no fuera más que el prurito de cada uno de prolongar estrictamente por su cuenta, durante unos minutos siquiera nada más, la pereza de la mañana entre unas sábanas.

Aquel día, si bien por un sospechoso expediente que más con el puro y simple azar con que solían dirimir –normalmente la noche anterior– la eventual falta matinal, le había correspondido a él proveer a una crucial insuficiencia de café que un imperdonable descuido de la víspera había ocasionado. Debía creer, es cierto, y aunque ningún síntoma hubiese hecho a las claras según él su aparición al respecto, que ella se había sentido efectivamente indispuesta, ya incluso desde horas antes del amanecer, a causa de uno de esos malestares que regularmente aquejan a las mujeres y de los que ellas –como es natural y a sabiendas además de la adicional solicitud que suele originar la recepción de la noticia en sus acompañantes– tan oportuno partido aciertan siempre a sacar mediante un responsable alegato, cuando menos, a una inextricable sustitución doméstica en los turnos, compras, limpiezas y gestiones que parece que componen, sobre todo a partir de cierta edad, la única cotidiana realidad de una madurez razonable.

El invierno atenazaba por aquellas fechas con sus más duras inclemencias y no había que escatimar cuidados por tanto al abrigarse en esos primeros y esporádicos escarceos del cuerpo en la mañana. De modo que puso un cierto esmero –como era por otra parte su costumbre– en la elección de indumentaria y se vistió con toda la calma que le permitía una precavida antelación prevista de común acuerdo para un desayuno sin agobios. Se enfundó con empaque el abrigo gris marengo y echó mano de una bufanda con la que rodeó minuciosamente su cuello antes de abandonar el portal de aquel número diecisiete de una calle en cuesta, doblar una esquina a la derecha y entrar, a eso de unos setenta u ochenta metros, en un pequeño comercio de alimentación profesionalmente abierto ya a aquellas horas.

El local, regentado por una impasible pareja ya bien entrada en años, presentaba en su

ingreso un par de comprometidos escalones hacia abajo a los que no obstante introducía una campanilla en la parte alta de la puerta, cuyo sonido, ciertamente, no habría sido sin embargo ideado tanto para el aviso del inminente apuro que un umbral reservaba al cliente, cuanto para el control y la displicente constatación que de esa forma ejercía la esmerada pareja que, en sus muchos años tras un mostrador atestado, a buen seguro habría podido contemplar –y recordar más tarde probablemente al calor de una vieja estufa de butano en su vivienda del piso superior– una entretenida serie de trompazos, tambaleos e incertidumbres del paso ajeno ante un umbral.

Compaginaba el negocio los servicios de una pequeña y rudimentaria taberna (una copa de aguardiente en la mañana, una partida de mus a media tarde en la única mesa disponible entre los tonelillos de vino, unas cervezas en la parte izquierda de la barra – preferentemente atendida por él– a la caída de la tarde) con los propios de una tienda de ultramarinos que había adquirido en los últimos años cierto tono de selección, seguramente debido a que unía a un reducido, pero bien escogido surtido de artículos, la impecable perseverancia con que seguía manteniendo al cabo de los tiempos los mismos extraños, artesanos e improbables proveedores: un apicultor de Brihuega, un chacinero de la falda del Moncayo, un conservero riojano o un inquietante torrefactor de la ribera del Ebro que bajaba sin falta de madrugada a la ciudad los primeros jueves de cada mes con su cargamento de maltas y achicorias, siempre con el mismo aroma, con la misma chaqueta, con idéntico cigarro de picadura en la comisura izquierda de la boca de una cara sin mirada.

Abrió la puerta del comercio, extrañamente abarrotado aquella mañana, y el repiqueteo de la campanilla no pudo impedir que diese un ligero traspié al entrar. Varias caras, unas de repente, otras más tarde, se volvieron desapaciblemente entonces hacia él. «¿Se ha hecho usted daño?», inquirió una señora con un chaquetón extremadamente grande que guardaba cola a dos pasos de la entrada. Los tenderos, ya bien despabilados a pesar de la hora, habían alzado de un modo mecánico desde detrás del mostrador una mirada indistinta e inexpresiva para examinado un momento con sequedad –ella tenía una cara agria– y volver imperturbablemente en el acto a sus tráfgos. Dos individuos, de mediana edad, con las bolsas de trabajo a sus pies, ladearon en leve escorzo la cabeza antes de apurar, entornando inexorablemente los párpados, sendas copas de aguardiente a la izquierda. El resto –tres mujeres, una chiquilla, algún varón– era parroquia inequívoca de la parte del ultramarinos preferentemente atendida por la viejecilla impasible. Aguardaban tanda rigurosa tras una clienta en chándal y zapatillas de deporte que iba llenando a sus anchas un capazo de una, dada la hora, inconcebible retahíla de productos, no sin inquirir, para cada uno de ellos

respectivamente, fecha de caducidad, año de cosecha, existencia de emulsionantes o distancia del lugar de origen respecto a una central térmica o nuclear.

Debió sentirse por lo visto impacientado ante aquel puntillo de remilgada cachaza madrugadora y más de un mohín de inquietud tuvo que escapársele explícitamente de entre sus gestos –ya se sabe, un chasquido, una respiración más acentuada, una constante nerviosidad en la postura– porque alguien, indudablemente varón, probablemente cliente también de un solo artículo y a no dudar escasamente abrigado para los rigores del clima y de la hora, rubricó sus gestos de inconveniencia con un comentario positivamente dirigido no tanto a corroborar un disgusto o a manifestar una solidaridad ante él, cuanto a menoscabar el tedio que ocasionaba aquella espera mediante ese fútil recurso, tan característico por otra parte de quienes todavía ponen empeño en algún género de sociabilidad, al intercambio generalizado de unos pareceres no tan vanos de ordinario como fatuos, necios o impertinentes.

–Mujeres –dijo con evidente atildamiento y como sacudiéndose con una mano muy blanca alguna mota de polvo en la solapa–, tan escrupulosas a veces y sin embargo tan carentes de escrúpulos, tan atractivas y a renglón seguido tan enteramente faltas de atractivo, tan imprescindibles y al propio tiempo insoportables. ¿Y cuánto tarda en llegar –me dirá usted– el primer signo de impaciencia, el primer indicio de rutina, la primera sospecha de que todo ha concluido irremisiblemente ya para dejar sólo paso al yermo de la conformidad y la insidia de la insignificancia?, ¿cuánto en aparecer un nuevo azar, una punzante necesidad, un renovado afán de plenitud, un encuentro?

»El otro día no obstante volví a ver a una mujer sin duda alguna excepcional, extraordinaria. Aquí mismo en esta tienda. Los labios carnosos, la cabellera abundante y aún revuelta sobre su abrigo de pieles, la mirada tersa, altiva, y toda la morosa impudicia todavía del sueño en sus gestos, en los movimientos de su cuerpo –créame, caballero– seguramente desnudo, asombroso, bajo el abrigo. Aquí mismo en esta tienda; a comprar leche, naturalmente. Y no es la primera vez que la veo, siempre de la misma forma y a las mismas horas.

Se sintió cansado de pronto, incómodo. No le faltaba ya otra cosa –pensó–, de buena mañana, que tener que aguantar, además de la talludita del chándal al engreído regreso de sus vueltas a la manzana, a aquel enardecido visionario madrugador. Contestó con una sonrisa a desgana, entre asentidora y superior, y aprovechó haber escuchado un «ya nada más» pronunciado enaltecendoramente por la deportista, para dar un paso adelante que no sólo acreditaba su impaciencia sino que recordaba al otro con apremio la inmediata

proximidad de su vez. Al poco salía –un cuarto de café molido y unas galletas– para doblar rápidamente a escasos metros una esquina a la izquierda y entrar en el número diecisiete de aquella calle en cuesta.

Dos días después, fue por cierto la leche lo que faltó para completar un desayuno que por nada del mundo –hay costumbres que apuntalan durante toda una vida una relación– dejaban de tomar en casa y con algún sosiego, aunque en ello les fuera desde luego el levantarse con una mayor antelación. Ni uno ni otro habían podido iniciar nunca una jornada de sopetón, marchándose deprisa y corriendo al trabajo por la mañana sin solución ninguna de continuidad entre el sueño y la precipitación, entre la cesación y el atropello, y cuando no podía por menos que ocurrir así, el día empezaba entonces enmarañado de nervios, de desazón y premoniciones.

Comoquiera que ella siguiese con toda evidencia indispuesta, tuvo que ser él otra vez quien bajara ineluctablemente a la tienda por la leche. Sin embargo, desde el momento mismo en que percibió aquella exigencia advirtió que, contrariamente a otras veces, no parecía que le costara aquel día ningún esfuerzo arreglarse para bajar a la calle. Puso un cierto esmero en su atuendo –mayor incluso del que era por otra parte su costumbre– y cogió con resolución su abrigo gris marengo y su bufanda antes de abandonar aquel diecisiete de una calle en pendiente con mayor soltura esa mañana en la madrugadora modorra de las horas.

A los días, volvió a reproducirse la misma carencia matinal y sorprendió que no refunfuñara en absoluto ante el adverso resultado del trivial juego de azar –unos dedos descubiertos al unísono de las manos diestras de ambos para determinar una suma par o impar respectivamente adscrita a sus opciones –con que despejaban desde hacía tiempo la disputa de su rutinaria incertidumbre. Pero no sólo no se quejó ni aquel día ni los siguientes en que, por ventura o dejadez, le había correspondido siempre a él hacerse cargo de las compras, sino que, en lo sucesivo, dejaron incluso de practicar aquel, no por leve y banal menos eficaz, juego de azar de la madrugada ante su continuo ofrecimiento a bajar él todos los días para subvenir a la negligencia o el descuido de la víspera que, es verdad, en todo caso sólo a él en los últimos tiempos, y de forma extrañamente perseverante, era en efecto atribuible.

Y lo cierto es que daba la impresión de que hubiera dejado de costarle lo más mínimo no sólo levantarse, sino abrigarse de inmediato para hacerse al frío de aquellas horas a la intemperie. Había arrumbado por lo visto toda pereza, toda molicie bajo las mantas ante un despertador, e incluso cesaron en adelante de preocuparse por las provisiones para el día

siguiente, pues ningún trabajo parecía en efecto suponerle ya aquella, en otro tiempo, disputada escaramuza matinal. Es más, salía al parecer hasta con agrado, con solicitud; era como si hubiese adquirido de repente –él, hombre de costumbres, de obsesiones casi vamos a decir– un nuevo hábito tan inamovible ya sin embargo por la función que desempeñaba como por el extraño placer que debía acaso comportarle. Y el que había sido así uno de los pocos alicientes de azar que todavía conservaba la pareja se desvaneció de improviso como una sal delicuescente. Aunque bien es verdad que ella no sólo prolongaba siempre su sueño en esos ratos de la madrugada en que mejores satisfacciones proporciona, sino que los desayunos ganaron ciertamente en frescura y abundancia: la leche era siempre del día –y no pasteurizada como antes–, no se echaba nunca en falta el café ni la miel ni la mantequilla, y acabaron pasando revista a un convincente surtido de pastas y mermeladas de todo tipo y sabor, hasta el punto de que incluso llegó a acumularse alguno de esos artículos algo más de lo debido.

Se hubiese podido observar –y ella sin duda podría haberlo hecho de no ser por la costumbre de total despreocupación y complacencia que había contraído con el imprevisto cambio de actitud de su marido –que se levantaba incluso algo más pronto aún de lo habitual y demoraba cada vez más sus estancias, imperceptiblemente al principio, pero ya más a las claras con el paso de los días, en la aledaña tienda de ultramarinos. Pero de lo que no cabía en resumidas cuentas ninguna duda, a juzgar por lo mucho que escrutaba y saludaba en torno al entrar, era de que se había amoldado a la perfección a la compañía del restringido grupo de asiduos de la madrugada: la mujer del chándal, los bebedores de aguardiente a la izquierda, la señora con el chaquetón extremadamente grande que le preguntaba si se había lastimado cada vez que trastabillaba al entrar o el extraño torrefactor de los primeros jueves de mes, sin olvidar tampoco a algún que otro varón, indudablemente clientes por lo visto como él al principio también de un solo artículo. No se diría sino que los buscaba ansiosamente con la mirada al ir hacia la tienda, al asomarse a ella sobre todo, una vez dentro luego ante el mostrador o en el trayecto de regreso a casa después.

Un día, sin embargo –muy rara debía ser la mañana que él no bajase a la tienda–, ella tuvo que reprocharle, no sin cierta severidad, que cada día sin excepción se tuviera que tirar leche en aquella casa. Tan contumaz era la perseverancia sin intervalos con que se empecinaba en comprarla cada mañana, que las cajas a medio consumir se agriaban en verdad dentro y fuera del frigorífico, del mismo modo que se enmohecían las mermeladas empezadas porque siempre había otra nueva que probar, se secaban las pastas y enranciaban las mantequillas y se echaba a perder en general todo alimento. A pesar de ello, no dejó de traer un solo día ni la leche ni ninguno de los demás componentes de un

desayuno cada vez más copioso y diversificado y, si nada en realidad se necesitaba o se echaba ciertamente de menos, ahí estaba él –hombre de costumbres, de obsesiones casi vamos a decir– para originar al punto su falta o proveer para un día siguiente que, a su vez, proveía también a sí mismo y a los sucesivos como si la función hubiese suplantado y erradicado disparatadamente a la necesidad.

De modo que se fueron acumulando por la cocina tarros y más tarros de miel y mermelada, tarrinas de mantequilla de todas las procedencias y paquetes de las más diversas y variopintas galletas, pero sobre todo leche, cajas enteras de leche fresca que se agriaban por todas partes y que ella no daba abasto a tirar. El café lo siguió trayendo también a manos llenas y hubo que habilitar frascos mayores para contenerlo, pero no contento con ello, estableció asimismo variedades de mezclas y sucedáneos –malta, achicoria y hasta una mixtura a base de bellotas que le había recomendado un jueves el torrefactor.

Al cabo de las semanas –¿pero duró sólo un invierno aquella pesadilla?– ella ya no aguantaba más; en los armarios de la cocina ya no había sitio en verdad para otra cosa que no fueran los malditos acopios del desayuno y no existía despensa ni alacena que hubiera podido contener un abastecimiento de aquella envergadura, tal vez solamente atribuible a una economía doméstica enloquecida o a una extraña intendencia familiar de preguerra. Y lo peor ni siquiera eran las cajas de leche echadas a perder a diario, vertidas nada más abrirlas en el desagüe del fregadero o tiradas incluso sin empezar al cubo de la basura, sino su continua distracción, su permanente aire alelado y absorto para todo lo que no fuera al parecer el acarreo –o la disipación más bien– de la maldita leche inaugural, máxime cuando él además –hombre insistente, obcecado vamos a decir– no había hecho hasta entonces más que un uso estremadamente moderado de aquel líquido primordial que casi no empleaba –y ella no podía menos que recordar con asombro su precedente desprecio– sino para aclarar un poco el café con unas gotas únicamente por la mañana.

Le amenazó, si seguía con aquella chifladura de las compras, con pasar recado a la pareja del ultramarinos para que no volvieran a servirle nada más (era difícil, eran de una profesionalidad impecable) o con irse a desayunar por el contrario al bar de enfrente de su oficina. No podía soportar su inalterable atención puesta en no sabía dónde ni por qué, y su llegada a casa como un pánfilo por la mañana, repleto con las bolsas de la compra en ambas manos, le sacaba de quicio cada día más. Lo llamó despilfarrador, botarate, cocinillas. Su matrimonio, que no descansaba casi exclusivamente más que en la rutina y el desinterés mutuo, empezó a correr de esa forma graves riesgos ante un motivo de interés y

novedad por lo demás tan estafalario e imprevisto, y él –hombre obstinado, obsesivo–, aun alegando en su defensa unos sólidos conocimientos de intendencia pertinentemente adquiridos durante su servicio militar como cabo de cocina, prometió firmemente enmendarse. No atinaba a comprender lo que le sucedía, pero no tenía más remedio que admitir que andaba como embobado por las mañanas y, en su descargo, intentaba hablar luego de búsqueda, de la belleza y los orígenes, del alimento primordial y de no sabía cuántas cosas más.

Pero si cesó de allegar suministros para el desayuno –por lo menos en la disparatada medida en que lo había hecho hasta entonces–, no por ello dejó de salir cada día de casa a la misma hora y de darse un paseo, entrara o no, hasta la tienda de ultramarinos. Abría la puerta y echaba un vistazo convulso a derecha e izquierda para saludar por lo visto a los asiduos antes de que una campanilla volviera a rubricar la estridencia de una aparición largamente luego comentada. Con el tiempo, acabó entrando otra vez –comprara o no nada– para tomarse un chinchón en la parte izquierda del mostrador preferentemente atendida por el marido impasible, en pie y en silencio, y en la compañía solitaria de los bebedores de aguardiente. Una señora con un chaquetón extremadamente grande –¿estaba embarazada, o acusaba explícitamente unas formas entrañables, maternas?– solía acercarse a él con frecuencia y afearle –estirándole el abrigo, arreglándole la bufanda en torno al cuello– afablemente su conducta. «¿Le ocurre a usted algo, caballero? Si estuviera en mi mano hacer algo por usted, no dude por favor un momento en comunicármelo», le decía antes de volver a una compra interrumpida, a una cola o a unos comentarios por lo bajo, y con miradas en derredor a intervalos, con la tendera imperturbable. La vaharada de inequívoca procedencia ética, que a duras penas acertaba a disimular a la vuelta de su paseo matinal –una goma de mascar, un cigarrillo, repetidas aspiraciones y exhalaciones por la boca con sonoro aspaviento– empezó desde luego a ser percibida, no sin sorpresa primero y alarma más tarde, por una mujer que no pudo dejar de cuestionarse sobre la validez y las consecuencias de las medidas restrictivas que, en lo tocante a la compra del desayuno –otras limitaciones venían ya de atrás–, no había podido por menos que imponerle. Incluso llegó a sospechar si no se trataría de alguna forma efectiva de represalia frente a aquellas restricciones, porque lo que desde luego no podía creer en ningún caso era que hubiese llegado a olvidar también –ya lo había hecho con la fecha del aniversario de bodas, con la de su cumpleaños y con buena parte de sus gustos sobre el color, el diseño y la lectura– su profunda e inveterada repugnancia hacia el alcohol.

Las discusiones, como cualquier otro apartado de su cotidianeidad doméstica, no debieron trascender tampoco en ese caso –no obstante la aspereza y contundencia de los

reproches— los límites establecidos por el impecable rigor de su rutina, y ni siquiera llegaron por lo visto tarde tampoco aquel día a sus respectivas oficinas. Ella aprovechó sin embargo para recordarle —seguramente a gritos, seguramente manoteando con algún objeto en el aire— no ya sus fobias étlicas, sino la fecha del aniversario de bodas y de su cumpleaños, y el disgusto que le producían el color marrón, los jerseys de cuello alto, los calcetines a cuadros y las novelas de Benet. Le prohibió tajantemente que volviera a beber, y menos aún por la mañana o antes de tornar a su presencia, y apostilló —con anterioridad a un portazo que, más que cerrar, abría un mayor desconcierto si cabe a su desazón de las mañanas— con un «y quedan dos semanas para mi cumpleaños» sonoro, desafiador y retumbante.

Al día siguiente, apareció con un chándal de dos piezas y unas zapatillas deportivas, y le aseguró que el capítulo de la bebida se podía dar por concluido para siempre y que de ahora en adelante, por el contrario y para remediarlo, iría a dar corriendo unas vueltas a la manzana todas las mañanas para mantener una forma que los años y la vida de sedentaria molicie que conducía se estaban empeñando por cierto con saña en menoscabar. Dio varias vueltas a la manzana pasando y repasando ante el número diecisiete de una calle en cuesta y ante una tienda de ultramarinos a cuyo campanilleo no dejaba nunca de asomarse, cada vez más sofocado, más febril, más consumido, siempre que llegaba a su altura.

Debió ser la índole tan primeriza como perseverante —era hombre insistente, obcecado vamos a decir—, del ejercicio matinal lo que le produjo a no dudar aquella dolorosa y punzante parálisis en los músculos de las piernas, durante todo aquel día y los sucesivos apenas pudo moverse de la cama, del sofá frente al televisor o de la silla que solía ocupar en la cocina, justamente en ocasión de que fue a faltar por cierto a la mañana siguiente alguno de los ingredientes básicos del desayuno —¿precisamente leche?

Bajó por primera vez ella en mucho tiempo y preparó un desayuno frugal y desangelado, sin que en ningún momento le abandonase una sonrisa reprobadora y burlona que tendía ostensiblemente al escarnio en alguna de las metáforas más abiertamente sexuales —hay debilidades que apuntalan durante toda una vida una relación— con las que apostilló todas y cada una de las alusiones a sus agujetas.

Parcialmente recuperado, al correr para estar en forma sucedió el paseo matinal para despejarse, pero no por ello, ciertamente, dejó de asomarse un solo día a una tienda de ultramarinos cuya impertérrita clientela matutina se había acostumbrado sin duda a esperar, tras un tímido repiqueteo de una campanilla, una cabeza expectante y nerviosa que miraba fuera de sí a derecha e izquierda con celeridad, para desaparecer febrilmente al instante y

volver a presentarse al cabo de unos minutos con la misma expectación, pero con un mayor desasosiego cada vez y una creciente tristeza en los ojos que iba acentuándose además a simple vista a medida que pasaban los días y menudeaban sus apariciones. Cuanto más indeciso, más pudoroso o disimulado era el campanilleo, más atraía sin embargo la atención de los compradores –en la parte derecha del mostrador– e incluso, a partir de un cierto momento, hasta de los silenciosos bebedores de aguardiente solidariamente atendidos –a la izquierda– por el tendero. Una señora, con un chaquetón extremadamente grande y sin duda anticuado para sus años, se apostaba a veces vigilante junto a la entrada, pero ni aun así llegaba casi nunca a tiempo para ofrecerle un alivio, un consuelo, un estímulo incluso entre sus brazos redondos.

Una de aquellas mañanas, no mucho después por cierto del abandono de sus propósitos deportivos, entró sin embargo de cuerpo entero en el interior de la tienda. Parecía como si hubiese escogido el día de mayor afluencia en el local –cada vez, es verdad, más increíblemente abarrotado a aquellas horas–, o por lo menos una de esas naturalmente poco improbables ocasiones en que una discusión, no por madrugadora menos acalorada, sobre una precedencia en la tanda o una pretensión de privilegio en el trato, descarga enconos tenazmente acrisolados durante años de vecindad y malevolencia por dos clientas y divide al instante a los asiduos en partidarios acérrimos de una u otra de las partes en litigio, en favor o en contra de la cual esgrimen atávicas desavenencias y secretas afinidades al fin confrontadas por el menor y más insustancial de los detalles. El único cliente varón de la parte derecha del mostrador, escasamente abrigado por cierto para las asperezas del clima y de la hora –¿era invierno riguroso todavía?– había conseguido sin embargo mantenerse imparcial con una cautela a todas luces digna de encomio y se había desplazado, como por instinto y en contra de lo que era habitual en él, hacia el lado izquierdo del mostrador, atendido por un tendero cuya solicitud respecto a los bebedores de aguardiente –probablemente solteros, probablemente forasteros y en todo caso siempre dos– invariablemente se extremaba en aquellos trances con el obsequio de una nueva ronda por su parte, a la que un vaciado instantáneo, al unísono y al coleteo de las copas parecía que instaba por unanimidad sin mediar la menor señal de entendimiento.

–Mujeres –afirmó–, tan hermosas un día e inesperadamente tan insignificantes a diario, tan proclives y asimismo tan esquivas, tan anheladas y a la vuelta de la esquina tan intratables, tan inaguantables, tan próximas y a la par inalcanzables. ¿Y cuánto tarda en llegar la primera desconsideración, la primera infidelidad, el primer desquite?, ¿cuánto tarda uno en saber –se lo anticipo– que apenas concluye el desconsuelo de su falta, principia, casi sin solución alguna de continuidad, la condena a su presencia? ¿Y que si

ésta finaliza no es más que para inaugurar otra vez ipso facto el tormento de la falta de tormento?

»Me figuro que habrá tenido usted ya de sobras por otra parte ocasión sin embargo de admirarla: los labios carnosos, la cabellera abundante y aún revuelta sobre su abrigo de pieles, la mirada tersa, altiva...

–Mire usted caballero, llevo pasando meses, años me parece ya por esta tienda, cada día y a estas mismas horas, y con una dedicación y una perseverancia rayanas por cierto en la obsesión, en la neurosis casi estoy por decirle, y ni por asomo he logrado ver una sola vez tan siquiera a esa mujer de su delirio. Me temo que madruga usted en exceso o que no duerme como debiera.

–No se lo crea usted, pero no hará ni cuatro días que la vi entrar por última vez, los labios carnosos, la cabellera abundante, la morosa impudicia todavía del sueño en sus gestos, en los movimientos de su cuerpo desnudo –créame–, asombroso bajo el abrigo.

No faltó ninguna de las mañanas sucesivas. La despensa se volvió a llenar de mermeladas, de paquetes de galletas y panes tostados, y la leche volvió a agriarse en cajas a medio consumir por todos los rincones; las tarrinas de mantequilla se enranciaban sin llegar siquiera a empezarse, envejecía el pan y no había fecha de caducidad que no se sobrepasara ni aguante conyugal que sobrellevase con algún resabio de paciencia ni conformidad los redoblados despropósitos de aquellos días.

Desde que oyó por primera vez al cliente de la tienda a principios de aquel invierno inacabable –¿fue sólo un invierno o todo el tiempo era invierno?–, no había dejado un solo instante de desear a aquella mujer desconocida, de anhelarla, de soñar desapaciblemente con ella dormido o despierto. No podía vivir sin verla, sin la idea al menos de poder tenerla un día a su alcance, a su lado, sin concebir aunque sólo fuera aquella posibilidad, aquella cifra opuesta a su rutina, aquella réplica a un deseo adormecido por la amansada cotidianeidad de la desgana.

Volvieron, en términos cada vez más agrios desde luego que amenazaban con precipitar a las claras su efectiva separación, las reprimendas por las compras y el desbarajuste de las mañanas, pero sólo como preámbulo al aliento aguardientoso del retorno y a unas redomadas ínfulas deportivas que le acarrearón esta vez, debido sin duda a la suplementaria contribución del alcohol, una extraña serie de trastornos y ligeras complicaciones respiratorias. Lejos de combatir las hasta su total restablecimiento, una saña ineluctable obcecaba sus pasos –era hombre insistente, obsesivo– y le arrastraba a salir y a correr por la manzana como alma que lleva el diablo, deteniéndose tan sólo a recobrar

febrilmente el aliento y a echar al mismo tiempo una mirada, cada vez más rápida, más extraviada y errática, al interior de la tienda de ultramarinos, donde la pareja ya bien entrada en años –ella tenía una cara agria– alzaba impertérrita un momento la vista y una señora, provista de un chaquetón en verdad extremadamente grande, intentaba en vano por todos los medios a su alcance ofrecerle en efecto, y con mayor desesperación también cada vez, algo así como un consuelo, un apoyo o una racionalidad suficiente tras el campanileo sin embargo progresivamente más desapacible, más imprevisto y frecuente. Los problemas respiratorios acabaron completando un nada halagüeño cuadro de complicaciones pulmonares que lo redujeron ineludiblemente a guardar cama durante las semanas sucesivas. Más que mitigarse, los estragos de la enfermedad parecían no obstante agravarse con el paso de los días y ello debió poner coto sin duda a la aprensión con que se había ido llenando el pasillo días atrás de muebles embalados, de maletas y cajas en las que con toda seguridad no hubieran podido encontrarse ni jerseys de cuello alto, ni prendas de color marrón ni novelas de Benet.

Lo atendió con esmero y condescendencia –algunas solicitudes apuntalan durante toda una vida una relación– hasta que una mañana debió encontrarse por cierto ya algo mejor de lo habitual en aquellos días. Aunque lejos desde luego de su total restablecimiento, se levantó temprano otra vez y descendió inmediatamente a la calle a pesar de las quejas y los improperios de ella. Desde entonces, no dejó de frecuentar de nuevo un solo día la tienda, y no ya de madrugada, sino también durante todo el resto de una jornada cuya mayor parte transcurría en la zona atendida por el tendero impasible, en la compañía solitaria de los bebedores de aguardiente al amanecer y de otros clientes, más tarde, que no podían ciertamente evitar en su presencia una incómoda sensación de inquietud –un chasquido, una respiración más acentuada, una constante nerviosidad en la postura.

Al cabo de los días, él volvió a casa de madrugada cargado otra vez con las bolsas de la compra. Tras franquear el umbral, se detuvo mecánicamente de espaldas a la puerta, apoyó todo su peso sobre el pie derecho y, tomando como eje esa pierna, se echó ligeramente hacia adelante con la cabeza gacha –y balanceándose un momento con una bolsa repleta en cada mano– para empujar sin volverse, mediante el talón del zapato izquierdo parsimoniosamente hacía atrás, la puerta de entrada de la casa hasta cerrarla. Ella no se había levantado todavía y ésa fue la última vez que creyó verle.

Había contemplado mil veces aquel gesto desde la cama, mil veces en los últimos tiempos aquel movimiento apocado, minúsculo, exhausto, pero se dio cuenta sin embargo en seguida de que no lo había visto ninguna en verdad. Aquel gesto –de tan doméstico

puramente insignificante— compendió no sabía cómo de pronto ese día todos sus odios y todas sus insatisfacciones, condensó de repente años de repulsión y desavenencias de improviso puestos allí asombrosamente de manifiesto y colmó, sin sombra alguna entonces de duda —hay trivialidades que precipitan un día irremisiblemente el armazón entero de una vida—, todo el no poder ya más de aquel invierno y todo el malestar y la irritación contenidos durante años enteros de arraigada tenacidad de la rutina.

Se levantó inmediatamente de la cama con una violencia inusitada y sin ponerse nada fue directa al recibidor. «Mandaré a recoger mis cosas», gritó mientras se calzaba de prisa y corriendo los zapatos y él la veía coger, aterrado, al lado del abrigo gris marengo que acababa de colgar —¿pero había estado allí desde siempre?—, una vistosa prenda de pieles que ella se puso al momento por encima, tal como estaba, para salir de una vez —los labios carnosos, la cabellera abundante, la morosa impudicia todavía del sueño en sus gestos— definitivamente de aquel número diecisiete de una calle en cuesta.

El transeúnte

En memoria de Andrei Tarkowski

Por más que me haya puesto a pensarlo ya desde hace tiempo, sobre todo a medida que se decantaba con fuerza la ambivalencia de mi sentimiento inicial hacia él, no he logrado distinguir con algún asomo de certeza el momento en que debí advertirlo por primera vez. Me ha dado por pensar que debió ser en todo caso en esa peculiar actitud suya, tan improbable a la par que tan común, de acodarse a un mostrador en el fondo de un local, de mantenerse en pie, encorvado y sin embargo erguido, con la pierna derecha plegada sobre el saliente del zócalo de la barra y un vaso, siempre terciado al parecer, ante una mirada escasa y vana cuya devastación extravía de tanto en tanto entre la concurrencia y acaba por conferir a toda su pesona – si es que alguna duda podía aún caber al respecto– esa índole melancólica que me lo hace tan inconfundible, de buenas a primeras, en cuanto pongo un pie en cualquier bar a cualquier hora del día o de la noche, y esté el local vacío o abarrotado, y despejado el ambiente o congestionado de humos, de músicas y rostros.

Aunque esa pose, con ser de las que mejor le caracterizan o la que con mayor frecuencia acaso encarne ante mi vista, no es ni con mucho la única que asume en las numerosas ocasiones –cada vez más y más constantes– en que me lo he ido encontrando a lo largo de estos últimos tiempos, ya que no sólo me topo con él en los bares por los que acostumbro a recalar de vez en cuando, sino también en los itinerarios que suelo seguir para ir a casa o al trabajo, en las calles por donde paseo o los escaparates ante los que me detengo. Y como si no bastara, su asiduidad en los mismos está terminando por ser cuando menos exactamente la misma en los últimos meses que la mía, pues si vamos a ver, contadas serán las ocasiones en que no me lo encuentro últimamente cuando entro en un bar, cuando salgo un momento a estirar las piernas o voy por cualquier recado a cualquier sitio no sólo del barrio, sino incluso ya de cualquier otra zona de la ciudad.

Un día –no se llega a saber nunca por qué sí entonces y no antes–, repara uno en cierta persona y cae inadvertidamente en la cuenta de que se ha cruzado ya con él en anteriores ocasiones, de que lo ha visto numerosas veces antes de aquella aunque sólo entonces se produjera una conciencia de la repetición, y su familiaridad repentina se le figura en ese momento como una desconsideración retrospectiva o una negligencia del conocimiento o la sensibilidad. A partir de entonces, sin embargo, no cesa ya uno de inquirirse sobre el

presumible curso retroactivo de sus concomitancias –como si en ello le cupiese en el fondo alguna baza imprescindible a la memoria– y de fantasear sobre la probable personalidad, aficiones o dolencias de quien desde aquel momento se ha incorporado ya de alguna forma a su curiosidad cuando menos.

Al principio, aunque a decir verdad tampoco podría distinguir exactamente de cuánto datan esos inicios conscientes, creo suponer que me lo encontraba poco. Raras veces debí coincidir con él y, cuando así ocurría, era siempre de refilón y aprisa, sin que diera otra opción que a constatar de pasada la casualidad o el cruce. No obstante, fui cayendo poco a poco en la cuenta de que me agradaba topármelo por la calle o encontrarlo en la cola de un autobús o un supermercado, y de que aquella serie de coincidencias, al tiempo que se adensaba y diversificaba el lugar y las horas –sin llegar por eso nunca a dirigirnos la palabra–, me iba produciendo cada vez una mayor, aunque bien es cierto que extraña satisfacción, sobre todo a medida que advertía el modo en que empezaba, no sólo a consolidarse, sino a apuntar a zonas del gusto o la costumbre que de muy buena gana confluían con las mías. Recuerdo el día, a este respecto, en que di con él por primera vez en un cine de las afueras en el que proyectaban a la sazón un ciclo de películas de un director ruso minoritario. A partir de aquella tarde no dejé de verle ningún día, mientras duró la mencionada programación, tomar asiento en una butaca solitaria de la parte de atrás de la platea y quedarse incluso –como solía hacer por otra parte también yo– a repetir alguna de las proyecciones sin inmutarse lo más mínimo ni mirar en ningún momento a nadie, y sin aprovechar siquiera los intermedios para estirar las piernas, fumar un cigarrillo o visitar un aseo, ni acusar por ello el menor cansancio ante unas películas densas, lentísimas y extenuantes que, aparte de mí y a juzgar además por la escasez de público, a nadie como a él parecían extrañamente incumbir.

Otras veces acertaba a distinguirlo –siempre por casualidad desde luego y sin previo aviso en todo caso– paseando durante horas cabizbajo por el parque; o bien parado, en pie, aparatosamente detenido en medio de una calle o de un paseo a fin de escrutar el paso –siempre oblicuo, siempre velocísimo– de una muchacha en bicicleta, o para intentar distinguir en vano el vuelo de algún ave –alondras, ciertamente– en primavera. A veces sentía ganas de hablarle, de acercármele, pero cuanto más grandes eran los deseos que me asaltaban de interpelarle o saludarle al menos, más me retenía una extraña suerte de pudor, creía yo, o de impedimento más o menos tabuado que iba simultáneamente y de rondón haciéndome fuerte asimismo respecto a él.

Un día fui a encontrármelo también en una de las librerías del centro de la ciudad que

con mayor frecuencia suelo visitar. Me sorprendió –supongo que también agradablemente– comprobar de pronto que los libros que hojeaba solían ser siempre curiosamente de mi gusto o de mi incumbencia, y que manoseaba viejas ediciones o huroneaba entre las novedades con un tesón y un interés que podían parecer en un principio rayanos en la voracidad, para no adquirir al cabo, sin embargo, más que un par de mapas y un par de guías de una ciudad de centroeuropa a los que antes no había dedicado siquiera la menor de las atenciones. En adelante, habría de percibir también cómo observaba exactamente el mismo comportamiento el resto de las veces que acerté a coincidir con él en la librería, con la salvedad tal vez de que he creído siempre distinguir luego entre sus compras los mismos mapas y las mismas guías. Pero donde con mayor asiduidad acostumbraba a dar con él era en el bar, de pie siempre, en una postura que a pesar de que demostrase una avezada destreza en los tratos con la barra, el camarero o el local, no dejaba nunca de revelar por cierto una profunda incomodidad y una distante extrañeza. Jamás se sabía si esperaba a alguien o si justamente había acudido allí para no esperar efectivamente a nadie; y tampoco se podía nunca dilucidar si aguardaba un vaso de vino, si lo había ya consumido, o si estaba por el contrario allí para cualquier otra cosa menos precisamente para beber un vaso de vino, o de cualquier otro licor, en la postura perfectamente inconfundible del bebedor de alcohol. O incluso, en el caso a lo mejor ni siquiera evidente de que tuviese un vaso ante sí en el mostrador y fuese suyo –lo que por otra parte no dejaba desde luego de verificarse, aunque no tantas veces como en un principio me hubiera podido parecer–, tampoco se llegaba nunca a discernir si su vaso se hallaba terciado porque hubiera consumido ya efectivamente lo que cabía suponer que había estado lleno momentos antes, o porque, por el contrario, renunciaba en cambio a beber lo que nunca había estado colmado con anterioridad o alcanzado justamente su medida.

Pero lo cierto era que no hubiese podido negar que me gustara tropezarme con él –la mano derecha cerrando recogidas las solapas de su enorme abrigo durante el invierno, o una curiosa pluma blanca de ave asomada a cierto misterio en el ojal de su chaqueta en primavera–, y que me alegraba cada vez que avizoraba su silueta en el fondo de una calle o de un local, que me empezaba a sentir, en resumidas cuentas, casi como acompañado con sus encuentros, con el calor de vecindad que emanaba su reconocimiento a lo lejos, su paso momentáneo a mi costado, la sensación de su presencia en mi torno; aun cuando las veces en que salía de casa decidido a buscarlo, o con la tácita intención de encontrármelo, no diese entonces nunca con él, antes bien, bastaba que pensase en encontrarlo para que no acertara a verlo en todo el día; de ahí que el encuentro sólo se produjese de una forma imprevista y fortuita, no premeditada nunca ni querida, aleatoria, y que cuando, no

obstante el deseo y la voluntad, se llegaba a verificar –lo que, como ya he dicho, tenía lugar progresivamente con mayor frecuencia– me llenaba cada vez más de una rara satisfacción bien es verdad que no ajena –como luego he logrado saber– a cierta equívoca forma de complacencia.

Más de una vez me había preguntado ya entonces por la verdadera naturaleza de esa simpatía o de ese agrado, por el fondo de esa extraña fuente de apego y atracción cuya naturalidad empecé a pensar si sería debida a aquellas aparentes afinidades, a un presagio de futuro entendimiento o a alguna tácita necesidad de complementariedad o adjuntía que por lo visto, y en modo que tal vez instintivamente llegara incluso a antojárseme indispensable por entonces, había creído que se podría satisfacer de alguna forma con él. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo y se iban intensificando nuestras coincidencias –sin que por ello llegáramos nunca a cruzarnos una sola palabra o a intercambiar el más mínimo saludo, ni tan siquiera una sonrisa o una mirada de reconocimiento–, comenzaron a asaltarme, poco a poco e inadvertidamente, no ya inquietudes sino más directamente aprensiones o hasta sospechas sobre su modo de ser o comportarse.

Lo había visto en efecto siempre solo, siempre con una abrupta tristeza en el fondo de una mirada vana y escurridiza que no llegaba en realidad a mirar probablemente casi nunca a parte alguna. En ninguna de las múltiples ocasiones en que me había fijado en él –cada vez con mayor ahínco por cierto y expectación– le había observado jamás ni hablar ni pasear con nadie ni ir o volver decidido a ningún sitio y, lo que no podía sino parecer una empedernida soledad, comenzó a alimentar en mí una creciente e inopinada piedad sospechosa hacia él.

Lo contemplaba caminar siempre abstraído por el lado de adentro de las aceras, rozando casi las fachadas y los salientes de los escaparates y los anuncios, y más de una vez le vi darse de bruces con los clientes que salían de improviso de una tienda o un portal con prisa o quedarse indolentemente pasmado, desamparado ante una bocacalle tras haber perdido el arrimo y abrigo de las casas. Me lo encontraba las noches de los viernes, de los sábados, el domingo entero deambulando por un parque o ante un cine o cabe una barra, al fondo extraviado de un local indiferente. A veces, extraía un mapa doblado del abrigo y lo desplegaba despacio, alisándolo luego con la palma extendida de la mano contra un buzón de correos o sobre un mostrador. Se pasaba entonces las horas muertas buscando o verificando tal vez lugares e itinerarios y plegando más tarde y volviendo a plegar, por un orden en los dobles cada vez distinto y un ahínco vano y renovado, esos planos que

dejaba luego siempre desdoblados por imposibles en cualquier rincón de bar o sobre cualquier superficie de automóvil.

En alguna ocasión, he llegado a ver también cómo inquiría a un paseante cualquiera nadie sabía muy bien qué razón o paradero desdoblándole el mapa de sopetón ante su mirada y sin pronunciar no obstante una sola palabra, sino ayudándose todo lo más con algún explícito ademán de desconcierto para el que no tenía, en realidad, que formalizar gesto adicional alguno. El interpelado respondía entonces invariablemente –y chapurreando siempre sin embargo alguna lengua extranjera o, en caso de no conocer ninguna distinta de la propia, desfigurándola a conciencia para hacerse así sin duda entender mejor– que o bien aquel mapa estaba equivocado o aquello en ningún modo podía corresponder no ya a la ciudad sino ni siquiera al país en el que se encontraban. Pero ante su mirada incrédula y recalcitrante, y la parsimonia en retirar el plano o darse por enterado, había quien continuaba dando explicaciones y porfiando o discutiendo –evidentemente sólo consigo mismo– y acababa incluso rasgándole con rabia el mapa en cuatro trozos y tirándoselos acto seguido a la cara, no sin antes haber refutado de todo punto con violencia –y sin duda únicamente a sí mismo– el menor adarme incluso de posibilidad de que fuera la realidad –y no el mapa– la que pudiera estar acaso equivocada.

No obstante, aquel movimiento de inquietante piedad hacia él, lejos de ir consolidándose, se fue entreverando cada vez más, y cada vez más desventajosamente, con una mezcla de curiosidad casi morbosa primero y un incipiente sentimiento de repudio más tarde que, aunque tímido al comienzo, iba dejándome experimentar sin oponerle, bien es verdad, excesivos reparos. Efectivamente, si por un lado la extraña índole de su soledad no conseguía más que agrandar en mí el interés por su persona y disparar las cábalas sobre su pasado y sobre la causa de aquella arraigada y virtual melancolía, no parecía al mismo tiempo que surtiese ni mucho menos idéntico efecto la naturaleza tan profundamente enquistada, enrarecida y omnipresente que de tal actitud podía percibirse en todo lugar y a todas horas. Antes al contrario, su mirada delgada, oblicua e insegura, de una lentitud sin embargo espasmódica y ensimismada que aun no mirando al cabo cosa alguna no por ello dejaba nunca de mirarla, y su desentendimiento incluso, por otra parte, de esa minuciosa y desproporcionada importancia que para el solitario paradójicamente suele encerrar cada uno de los gestos que adopta o de los movimientos o ademanes que vanamente emprende, comenzaron a insolentarme con mi primera propensión de simpatía, de afinidad y complacencia con él, y más cuando quise caer en la cuenta del viscoso enaltecimiento del que en el fondo hacía objeto a su debilidad, de su terminantemente apegada impotencia para abordar a una persona, a una mujer o una concurrencia, para afrontar una calle o

moverse en un local.

Pero lo cierto era que ni siquiera se trataba ya de eso puesto que, cuanto más lo observaba, a la par que se renovaba y ensanchaba en mí un sentimiento de despego que daba incluso cada vez más inopinadamente paso a la más evidente de las repulsiones –pero no por ello decrecía no obstante mi curiosidad–, más cuenta me daba de que ante mí tenía a un ser demasiado solo como para estar solamente solo y de que, cuando se abría de improviso la puerta de un bar en el que se encontraba, en ningún caso levantaba jamás la vista para escrutar quién entraba como hacen inmediatamente en un local los solitarios, movidos automáticamente por el resorte de la esperanza de ver llegar a algún conocido o, en último extremo, a cualquiera que sea susceptible de poder acaso mitigar su soledad por aquel día. Pero jamás llegué a verle a él un movimiento de inquietud a este propósito, un amago de acercarse a alguien o entablar cualquier tipo de relación ni seria, ni frívola, ni de ninguna otra clase y, si alguien por casualidad se dirigía a él para preguntarle algo o pedirle fuego o hacerle algún comentario trivial o descontentado con el fin probable de entrar en conversación o echarle explícitamente un cable a su soledad, él casi nunca respondía ni se daba siquiera muchas veces por aludido y, si lo hacía, era de un modo sumario y descompuesto, prácticamente inaudible, que en ningún momento lo sacaba de su aislamiento ni confería a su interlocutor la menor opción a continuar adelante.

Una tarde del verano pasado, en la que había dejado abiertas de par en par las puertas del local el dueño de uno de los bares donde más frecuentemente solía encontrarlo por entonces –debido sin duda al calorazo insoportable que allí se había concentrado y con la segura intención de mitigarlo en parte con el aire fresco de la calle–, lo vi de pronto arrancarse desde el fondo del mostrador para salir y, no creo que fuese porque advirtiera –no sé cómo, a decir verdad, porque no me había movido todavía– que yo me disponía a seguirlo, sino a todas luces por esa índole reconcentrada, completa y sorda de su soledad, una vez hubo franqueado el umbral de salida y dado dos pasos hacia fuera, se detuvo de repente aturdido con la sensación seguramente poderosísima y abrumadora de haberse dejado la puerta abierta tras él. Hizo todavía un ensimismado ademán de contrariedad y se volvió de inmediato sobre sus pasos a cerrarla. Aquel gesto –no podría decir muy bien por qué– me hizo comenzar a odiarlo, a concebir ya abiertamente por él una suerte de repulsiva hostilidad que desde entonces no ha hecho por cierto sino crecer y ahondarse.

Yo no sé si él habrá reparado alguna vez en mí, acaso ni siquiera se haya dado cuenta todavía de las innumerables veces que de un tiempo a esta parte nos hemos cruzado y encontrado en uno u otro sitio, de la concomitancia de nuestros espacios e itinerarios y la

superposición de nuestros ritmos; ni mucho menos –ciertamente– habrá llegado a apercibirse de que lo sigo, de que su figura me inquieta y exacerba mi sosiego, y su presencia ha ido levantando en mí a lo largo de estos últimos años –porque seguramente de años tiene que hablarse si se quiere establecer algún cómputo– sentimientos profundos y encontrados de un extraño y escabroso reconocimiento.

Comoquiera que sea, es ya mucho el tiempo transcurrido y, por más que mi relación con él haya atravesado distintas fases y contradictorios estados de ánimo, ahora ya no me cabe ninguna duda de que, si alguna vez escrutaba el cielo en sus paseos, en modo alguno era para intentar vislumbrar el más alto e improbable de los vuelos de las aves, el de las alondras en primavera –qué otro si no podía ser–, sino porque tenía que saber a ciencia cierta que toda tentativa, por lo demás urbana y que ni tentativa siquiera podía llamarse por lo ensimismado y remoto de la observación, indefectiblemente estaba condenada de todas todas al fracaso. Del mismo modo, si percibía también el tránsito –siempre oblicuo, siempre velocísimo– de alguna muchacha en bicicleta, lo que advertía más bien –estoy seguro– era el hecho de que hubiera pasado más que su paso propiamente, y ni que decir tiene que, si hojeaba algún libro con lo que de buenas a primeras incluso podía parecer voracidad, no era más que para que el paso de sus hojas desmintiera cualquier otro interés que no fuera justamente el propio hecho de pasar las páginas y de adquirir al fin –sin más cuidado ni aliciente que alargar una mano automática a un anaquel conocido– los mismos mapas y los mismos dos ejemplares de la misma guía de una ciudad de centroeuropa.

Pero lo que ya dio al traste con el poco aguante piadoso y complaciente que aún conservaba en relación con él y disparó definitivamente mi aborrecimiento por la naturaleza enquistada e inapelable de su melancolía, fue el detalle de una tarde –que debía ser de primavera a juzgar por la no sé si premonitoria pluma blanca de ave prendida en un ojal de su chaqueta –en que le vi pasear con su habitual y reconcentrado desabrimiento, por otro lado como pocas veces ostensible, por una calle silenciosa del casco antiguo de la ciudad. Tras él se iba acercando el repiqueteo escueto y danzarín, extremadamente sugestivo y prometedor en su levedad sonora, de unos pasos sin lugar a dudas femeninos. Por poco creíble que pueda parecer, y más a medida que se aproximaba claramente encantador el taconeo, que se le echaba encima, que le pisaba incluso los talones con el intrigado aguijón de su inquietud y le adelantaba al poco, en ningún momento mostró el menor interés, la menor expectativa por volverse, por ver quién era y se acercaba y si venía acaso hacia él o hubiera quizá podido hacerlo; y no sólo no llegó nunca a darse la vuelta, sino ni siquiera a realizar el menor ademán de volverse, el más ligero amago de intención, como tampoco, un momento después, consintió en darse ni siquiera por aludido ante la

mirada de la joven –hermosa, de tacón alto– que le rebasó al cabo sonriendo.

Desde aquella tarde mi sentimiento de animadversión no ha cesado de madurar y acentuarse. He llegado a detestarlo con toda mi alma, a despreciarlo en lo más hondo cuando me lo topo aturdido ante una encrucijada o lo descubro absorto entre la multitud de los viernes por la noche ante un vaso –a ciencia cierta terciado– que ni sé por añadidura si ha pedido para beber o para rechazarlo. He intentado no volver a verlo, modificar mis costumbres y mis itinerarios, cambiar de supermercado, de estanco y librería, no ir al cine, no pasear, trastocar en definitiva mis ritmos y restringir o reemplazar mis territorios. Pero todo ha sido en vano, continúo encontrándomelo apenas salgo de casa, en cuanto doy un paso o acudo a un desayuno o a una copa vespertina, hasta el punto de que he llegado incluso a pensar que es él, y no yo, el que me persigue, el que rastrea a su modo por la ciudad mis huellas y mi carácter, el que alberga una inhóspita curiosidad o un piadoso desdén por mi persona, e igual hasta ha llegado por cierto a odiarme tanto como yo a él o, aun para colmo, acaso mi rencor no sea estrictamente más que la escueta proyección del suyo y yo tal vez más lo aborrezco cuanto mayor es su abominación por mí.

Al principio me bastaba pensar en encontrarlo para no dar con él en todo el día, pero ahora el menor deseo o la más escondida esperanza de no verle me lo estampa en la calle a las primeras de cambio y sin la menor remisión. Y ahí lo tengo ya, como un pasmarote que ni sabe ni quiere saber qué hacer con su soledad, con sus dichosas guías bajo el brazo y sus planos doblados y vueltos a doblar de un modo febril e incomprensible, como un aturdido apático y extraviado siempre no se sabe si en la ciudad o en el plano o en la misma pérdida.

Ya he dicho antes que no lo vi nunca encontrarse con nadie ni buscar jamás a nadie, y jamás advertí que a nadie esperara a no ser tal vez, y de una forma remota y terminante acaso en el fondo, a sí mismo, a que él mismo tornase después de haber perdido un momento el arrimo de las fachadas en las calles o el ensimismamiento de su mirada tras levantar inútilmente los ojos hacia una sensación o un recuerdo –¿centroeuropa otra vez?– del elevado vuelo de las alondras.

Algo cuya importancia quizá no haya sabido yo sino subestimar, o quién sabe si hasta silenciar instintivamente o aun empeñarme en arrinconar incluso a sabiendas por mi parte –tal vez un proyecto o un cometido, o una potencia a lo mejor o una mujer–, pero de algún modo sin duda vinculado a sus dichosas guías y a sus endemoniados planos, debe ser lo que efectivamente tuvo que haber perdido y, sin embargo, no totalmente a sí mismo todavía en esa pérdida. Porque probablemente ya pocas dudas puedan caber por lo demás a estas alturas de que el secreto, o por lo menos el espacio de todo ese extravío, hay que

buscarlo en esas guías que compra siempre a pares y en el desconcierto de su relación con esos planos que despliega al azar y olvida a veces, o se le caen, ante un semáforo, o sobre la capota de un coche, o en alguno de los bares donde luego el camarero hace acopio para vender más tarde a los turistas en viaje certero hacia aquel país o aquella ciudad de centroeuropa.

Pero quién sabe, por otro lado, si lo que en verdad estará buscando –si es que algo busca en realidad o algo aguarda– no es sino llegar a perderse definitivamente o a perder más bien esa parte de sí que a lo mejor aún se obstina, llegar a no padecer ya por más tiempo ni la zozobra de las bocacalles ni la sensación –o el recuerdo, o la pulsión quizá no tan enteramente dominada– de las alondras en lo alto, ni la aparente invitación de los libros ni el ambiguo amparo de los simulacros y los mapas. Tal vez en el fondo no esté sino pidiendo a gritos con la insolencia de su actitud solitaria que le ayuden a concluir ya por fin con la extravagancia de su aflicción, con el empecinamiento en desplegar una y otra vez el plano ante los transeúntes no ya en demanda de nada, sino justamente por demandar absolutamente nada, por preguntarse otra vez –y seguramente nada más que a sí mismo– si lo equivocado es la ciudad o es el plano, o el transeúnte más bien o incluso la mera y presuntuosa representación o, por qué no, el propio hecho de preguntar o de insinuar tan sólo esa pregunta que ni siquiera acaso es tal, porque quién sabe también si no habrá llegado ya para colmo a lo mejor a intuir hace tiempo que lo equivocado tal vez sólo sea el error, la propia concepción del error, y que lo que por tal se tiene no debiera en rigor considerarse más que un experimento del que aquél es sólo su lógica coronación y necesario término, y la señal acaso justamente para volver a empezar de nuevo –con menos ilusión, pero no por ello con mayor sabiduría– o para comenzar si no –si flaquea el empeño o la paciencia o el humor de vivir– a volver definitivamente. Pero esa intuición, que no puedo por menos que sospechar que le es propia desde hace ya mucho tiempo, esa convicción –podría incluso decir– de que tal comprensión ha de llegar además necesariamente siempre tarde o por lo menos cuando ya nada pueda hacerse en efecto por dejar de ser uno la infausta consecuencia de su ahora denigrada y ridícula concepción del error –y no su continuado e insistente, por cuanto inútil, experimento–, hace que no logre ya ver efectivamente en él, por mucho que consiguiera esforzarme, más que el repulsivo objeto de mis más íntimas iras y de mi más reconcentrado rencor.

Por eso cada día lo aborrezco más, porque con su desolada y ridícula estampa ha conseguido inducirme a caer también en esos vericuetos de la razón solitaria, en esa vorágine infame su desesperación. He llegado a deplorar cada uno de sus gestos, cada una de las posturas que adopta o de los movimientos que emprende, e intento evitarlo con todas

mis fuerzas, rehuirlo de día y de noche, y en la realidad tanto como en la imaginación. Apenas lo diviso cambio de acera o tuerzo por otra calle; he suprimido los paseos vespertinos, la parsimonia tras el trabajo o ante una cola de autobús, las visitas a las exposiciones o el callejeo dominical, e incluso he acabado por soslayar mis costumbres o mis necesidades más elementales. Muchos días no salgo, no como, y he empezado a faltar al trabajo. Pero cualquier esmero por escabullirme, cualquier cuidado por eludirlo es inútil, porque aun la más mínima salida, el menor recado o el más inverosímil de los itinerarios, no ya de la ciudad, sino por supuesto también de la memoria, me lo devuelve ante mis ojos como un aparecido. Me atosiga incluso la sola sensación de su presencia, me atormenta la obsesión de encontrármelo a cada paso, a cada pensamiento; sé que me sigue, que me acecha, que me acosa, que intenta atraparme en la lógica irremisible de su pérdida, adonde sólo ha ido a buscarse con el extravío de sus mapas y de mi propio aborrecimiento.

Pero hoy va a ser por fin el último día, de hoy ya no puede pasar y proseguir así empedernidamente adelante como hasta ahora, no puede continuar por más tiempo esta escalada absurda y reconcentrada de nuestra común abominación, de nuestro mutuo rencor –porque ahora ya no me cabe la menor duda de que es también sólo odio, un odio estricto y vengativo, lo que le impulsa a atormentarme.

Esta tarde voy a arreglarme y voy a salir decididamente a su encuentro, un encuentro abierto por fin y sin ambages, me cueste lo que me cueste afrontarlo y aunque tenga que volver del revés todos los recovecos de la ciudad o del alma por donde he ido exacerbadamente encontrándomelo o esquivándolo a lo largo de estos últimos tiempos.

Me afeitaré –eso sí– con esmero, apurando tranquilamente la cuchilla frente al desvaído azogue de mi espejo, y me acicalaré como conviene a una cita tanto tiempo aplazada. Me pondré la camisa verde de algodón –que habré planchado ya previamente con mis mejores artes para el encuentro– y el pantalón de lino a juego con mi mejor chaqueta. Pero antes habré acudido ya al doble fondo del aparador y la habré extraído con cuidado, habré desmontado sus piezas una a una de antemano y lubricado escrupulosamente todas ellas para absorber luego con tesón el exceso de grasa acumulado en las superficies y orillado en los rincones. Es curiosamente pequeña para su potencia, un modelo de gran calibre ideado sólo en siete pulgadas y media de largo y con un cañón de poco más de la mitad de esa longitud. En total no debe pesar mucho más que una buena máquina de fotografiar de aficionado y su culata no obstante admite cargadores de hasta siete proyectiles –más uno en la recámara–. Carece de seguro de empuñadura y todo el chasis es de una aleación sumamente ligera. El visor trasero es ajustable y las cachas son de madera, al parecer de

buena calidad, con acabado en acero empavonado de negro. Por evidentes razones de peso, el muelle de retroceso y la barra-guía, en lugar de presentarse por separado como es lo corriente, forman una sola unidad. Al aceitarla habré vuelto por cierto a caer efectivamente en la cuenta y no habré vacilado en repasar con esmero el paño por sus intrínquilis. El ahorro de peso ha eliminado también como contrapartida cualquier dispositivo de amortiguación, por lo que la Star modelo PD adolece de fuertes retrocesos que a quien la empuñe le conviene tener siempre y en todo momento presentes.

Lo encontraré –estoy seguro– con su maldito plano sobre la barra del bar donde más veces lo he visto en estos años y su presencia, cara a cara por fin esta vez, no hará – no puede hacer– sino colmar aún más si cabe toda la insoportable aversión que he ido pacientemente nutriendo y acumulando sin tasa por él. Porque no puedo admitir si bien lo pienso la menor duda de que esté allí, el menor atisbo siquiera de vacilación de que venga hoy también él definitivamente a mi encuentro y, aunque cualquier postura o expresión en él me producen ya irremisiblemente igual oprobio e idéntica repulsión, sé –es como si lo estuviera viendo– que ostentará hoy a ciencia cierta ese gesto inconfundible con los planos como un baldón a mi llegada. Pero estoy seguro en cualquier caso de que estará, de que tiene que estar indiscutiblemente allí –pondría la mano en el fuego– aunque sólo sea para arrepentirse en seguida, para maldecir ipso facto –pero ya demasiado tarde– el día y la hora en que debió concebir o dejarse arrastrar por la tortura de esta obcecada pesadilla. Estará allí y, cualquiera que sea la actitud que adopte al verme o la sensación que manifieste, no ha de conseguir por supuesto sino encender más mis ánimos y aquilatar todavía más –no me cabe duda– la decisión que debí haber tomado hace ya mucho tiempo. Y es que he comprendido por fin además –y lo he sabido a lo mejor desde la primera vez que lo vi, pero sin querer admitido hasta hoy– que, si de verdad se empeña en plegar sus planos y volverlos a plegar una y otra vez por una arista o un orden en los dobleces en algún momento distinto de aquél que en un comienzo conformó su plegado, no es más que para ratificar al cabo la dificultad, la imposibilidad –se podría decir en el fondo– de que luego queden ya doblados y dispuestos a su plena satisfacción como al principio. Y, cuanto más lo intenta, más se reconfirma cada vez –podría jurarlo– en que sucede además de modo análogo a como le ocurre también a uno en relación con las mujeres, porque si una vez, si una primera vez por casualidad se ha amado a alguna de ellas con toda la verdad y todo el ardor y toda la falta de prevención y raciocinio con que a veces se puede incluso amar a una mujer, y ello ha inaugurado consecuentemente para uno no sólo la vida, sino las pautas, el molde y la hechura misma y definitiva de la vida, y luego todo ese amor y esa

ingenuidad hermosa y primera –sea porque es ley que así suceda o por los motivos aparentes que sea y que de fijo tendrán en él que ver con sus dichosas guías de la ciudad de centroeuropa– se han perdido o se han echado a perder de un modo verosímilmente abrupto y unívoco y desdichado, ya nunca más entonces, ya nunca jamás ni en ningún momento ni lugar, podrá uno recomponerse por cierto de modo mínimamente satisfactorio en otro orden o por otras aristas que no sean las primitivas que lo conformaron, aquéllas por las que desde luego ya jamás podrá volverse a rehacer aunque sólo sea en último extremo por los distintos intentos sucesivos.

Y esa idea, esa constatación que día a día corrobora con sus planos comprados y vueltos a comprar y olvidados –ahora sé que adrede y no por ningún descuido– nada más usarlos sobre los mostradores de los bares o las capotas de los coches, esa patética y nauseabunda certidumbre a cuyo desamparo se reduce todo su capital y toda su conducta, es la única pervivencia de una vida que ha consagrado ya desde no sé cuánto tiempo atrás íntegramente a acorralarme, a desgastar mi voluntad y mellar mi perseverancia, mi entendimiento, es el arma de zapa con la que ha ido minando denodadamente toda la textura de mi alegría, toda la razón de mi esperanza, la condena que no ha tenido empacho en recordarme y refrotarme cada día, cada hora a quemarropa, y ante la que demasiado sabe que carezco por completo de los argumentos suficientes para una réplica necesaria, salvo el de acudir, como he tenido que hacer hoy en efecto, al doble fondo de un aparador a comprobar al cabo yo también que, pese a las mayores y aun infinitas posibilidades teóricas, sólo me cabe contar por cierto, por imponderables razones personales desde luego, con una sola bala únicamente –más otra en la recámara.

Pero ahí está ya efectivamente, con sus planos desdoblados y sus guías de una ciudad de centroeuropa, haciendo ademán de inquirir algo –o demostrar más bien, que eso nunca se sabe– al que acaba justamente de entrar. Ahí está, pretendiendo hacerse no obstante el desentendido a mi bala en el cargador –más otra en la recámara–, apostado junto a su condenada copa terciada en la barra que hoy voy a hacerle apurar excepcionalmente de una vez y al colete sin remisión hasta su última gota. Ahí está ya por fin frente a frente el talante solitario, enigmático y absorto con sus extrañas preguntas las pocas veces que consiente insólitamente en despegar los labios, en esa actitud suya, tan improbable a la par que tan común, de acodarse a un mostrador en el fondo de un local, de mantenerse en pie, encorvado y sin embargo erguido, con la pierna derecha plegada sobre el saliente del zócalo de la barra y una inquietante pluma blanca de ave en su chaqueta de entretiempo – ¿era premonición, o un regalo?– que se desprende ahora definitivamente del ojal al tiempo

que yo me desabrocho justamente la americana para introducir con parsimonia mi mano hacia un gatillo que accionará de inmediato, en verdad sin mayores sobresaltos, el mecanismo por el que una bala –más otra antes en la recámara– va a salir al momento percutida hacia aquel individuo cuya mirada escasa y vana todavía extravía por un instante siquiera su devastación entre la concurrencia y cuya índole inconfundiblemente melancólica me está devolviendo aún, por última vez ahora, la gran luna del espejo tras el mostrador en el que por lo visto tantas veces se ha abstraído y enredado la razón de ese hombre que ya, ahora mismo, casi no acierto a ver estampado en el azogue –verde la camisa, recién planchada, a juego la chaqueta con el pantalón de lino– porque, a una segunda y a buen seguro certera detonación –una sola bala en el cargador–, ha precedido otra, en cierta forma fallida –una más en la recámara–, precisamente hacia la zona inguinal, que me acaba de hacer prorrumpir en un berrido preliminar y espeluznante, mientras se me ciegan ya, por fin, definitivamente en este mismo instante, el dolor de los reflejos y las luces y las guías y el plano del espejo del adiós de centroeuropa.

La salida

Con el día tan bueno que estaba haciendo no tenía perdón quedarse en casa. Los brotes de los árboles parecían haber ocasionado como de improviso una tonalidad de verde reciente por las calles y no debían ser sino mirlos los que ya prorrumpían de mañana con su canto anaranjado. Además, le daba la impresión de que llevaba ya días, o tal vez semanas, y hasta incluso a lo mejor meses o, en cualquier caso, mucho tiempo sin poner un pie en la calle, sin llegar a echar mano siquiera de un picaporte dorado con relieves –¿eran motivos geométricos?– y darle un giro de unos noventa grados a la derecha para dejar a continuación franqueada una puerta que una doble vuelta de llave, por fuera, dejaría luego ocluida hasta un regreso.

El sol parecía engendrar en las cosas su mejor tersura y debía tener con certeza recados que efectuar y obligaciones seguramente largo tiempo relegadas, amigos que se irían quedando orillados en el desuso de las agendas, compras que hacer y compromisos además quizá ya difícilmente aplazables. Quién sabía, por otra parte, con qué imprevistas coincidencias o imponderables no sería capaz de sorprenderle una jornada como aquélla en la que en modo alguno tendrían tampoco que faltarle, por lo demás, distracciones y esparcimientos tras un tiempo ciertamente tan dilatado sin salir. No iba pues a dejar pasar también aquella mañana para disfrutar de un día tan incuestionablemente espléndido, para acabar de resolver incluso alguno de sus trámites pendientes –raro es hoy en día el domicilio que no cuenta en verdad con algún asunto en tramitación– y para concurrir a los lugares, a las citas y las personas que efectivamente componían su existencia. De modo que no había vuelta de hoja, se arreglaría en un instante y saldría sin mayor dilación a la calle, a la presencia de las gentes y la gestión de las cosas, al trato de los negocios de amor y convivencia. Atrás iba a quedar desde luego por un momento la casa, ese criadero de nervios y fantasmagoría, el orden de sus enseres y el crispado concierto de sus horas, porque un día soleado y diáfano como aquél ofrecía con empaque una razón suficiente de exteriores.

Aprovecharía para ponerle sobre y dirección a la carta que tenía escrita desde hacía días y para echarla en el primer buzón que encontrase, claro que para ello tendría antes que buscar bien en los cajones alguna de las agendas viejas –¿sería en la roja, o en la que le regaló Enrique?– en que a buen seguro conservaría aquella dirección. No es que estuviera

por cierto, es verdad, completamente decidida a mandarla –una larga historia de desavenencias y malos entendidos sustentaba aquella indecisión–, pero no podía por menos que echarla después de haberla escrito por otra parte con tanto esfuerzo y minuciosidad. Conque lo primero era revolver de arriba abajo los cajones hasta dar efectivamente con la agenda y, ya que se ponía a ello, buscar de paso los recibos que tenía que pagar, los comprobantes anteriores y la cartilla del banco, y los documentos necesarios para darse de alta en una entidad hospitalaria de carácter privado a la que desde hacía ya tiempo, por consejo de algunos amigos y creciente hipocondría propia, venía por cierto queriéndose afiliarse. Sin embargo, no dejaba de abrigar en realidad, a este respecto, una cierta desazón ante la posible falta o pertinencia de alguno de los requisitos exigidos para la solicitud de ingreso, ya que, en tal caso, sabía muy bien que no le cabía esperar sino la más crasa e inerme de las claudicaciones ante la conocida soberbia de los empleados tras una ventanilla, de cuya insolencia –había pensado siempre– creemos no darnos por enterados no tanto a causa de la costumbre cuanto por la confianza, inútil en el fondo, de poder pasar por alto la ubicua materialidad de nuestra continua deshonra.

No sería la primera vez, por otro lado, que careciera de uno de los documentos requeridos, a decir verdad por completo disparejo, o que alguno de ellos no reuniese las características adecuadas, y la pejiquera inútil de las colas –siempre largas, siempre en locales mal ventilados y con luz artificial de fluorescentes–, añadida a esa consabida y segura humillación ante la arrogancia sin fisuras del empleado, la verdad era que se le hacía un poco cuesta arriba.

Pero seguramente no sería para tanto y, era más, entre que buscaba una cosa y otra y se arreglaba un poco para salir, se le iría todavía algún tiempo que no estaría mal si aprovechaba también para poner una lavadora y poder así tender antes de salir una ropa que, con aquel día, estaría desde luego ya perfectamente seca a su regreso. De modo que lo primero, antes que nada, sería meter las prendas sucias, las blancas de algodón por ejemplo, en la máquina y –esperando que no se le hubiera agotado justamente el detergente para lavadora, porque, en caso contrario, no le quedaría más remedio que hacerlo a mano– ponerla de inmediato en funcionamiento. Había que pensar en todo y, por otra parte, tampoco es que estuviera ni medio bien que, ya que salía un día, lo hiciera de cualquier manera y vestida con lo primero que se le viniera a las manos. Tenía que ponerse algo, no digamos por todo lo alto, pero por lo menos entonado, airoso, puesto que, aunque por un lado si se llegaba a ver a Isabel con un vestido en cierto modo más elegante o atractivo de lo ordinario, automáticamente iba a levantar –demasiado lo sabía ella– los celos vivamente competitivos de su amiga (pues nada le iba a impedir interpretar esa –desde su

punto de vista— adicional elegancia como una maliciosa alusión al contraste con la depresiva postración que ella padecía tras su última desavenencia afectiva), por otro lado, tampoco podía descuidar en un día como ése su atuendo, por cuanto no sería de extrañar que por la tarde, ya fuera en el cine o tomando alguna copa por algún sitio, coincidiese con cualquier amigo y hasta, quién sabe —habían tenido y conservado siempre los mismos gustos—, con el propio Enrique. Es más, sería conveniente que no saliese sin asearse y retocarse a fondo, porque no es sino en esos días justamente en que una sale de cualquier modo a la calle cuando tiene que hacer frente a los más comprometidos encuentros.

Tomaría por supuesto una buena ducha antes de salir o, mejor aún, un buen baño de sales, tranquila y relajada, no sin haberse depilado no obstante previamente con esmero unas piernas y atendido a unas uñas a decir verdad algún tiempo descuidadas. Eso es, pondría a calentar lo primero la cera —antes tendría que haber puesto ya la lavadora— e inmediatamente regularía el agua para que se fuese llenando la bañera, en tanto ella procedía a extender arriba y abajo la cera por unas piernas donde ciertamente no iba a tener más remedio que encontrarse de nuevo con su edad. Enrique —nada garantizaba el encuentro, pero no había por ello tampoco por qué descartarlo— era en exceso escrupuloso en lo tocante al aseo corporal, aunque lo cierto es que al cabo casi nunca redundaba en nada. La mayor parte de los escauceos de intimidad que se iniciaban entre ellos —había que admitir— se quedaban luego en eso, en caricias progresivamente más tristes, más sórdidas, en roce, en sueño, en entumecimiento, en nada; pero si no era con un cuerpo limpio y aromático —aunque fuera de cualquier inmundo jabón o perfume insoportable— ya incluso ni siquiera eso comenzaba.

Podría llamarle antes de salir de casa, pero eso no haría sino complicar unas cosas ya bastante complejas de suyo. Si él no daba señales de vida habrían de verse sólo, si es que por cierto se veían, en un encuentro casual; aunque, bien pensado, no sabía ni siquiera si tenía en realidad muchos deseos de volver a verle. Más bien —si se detenía en ello— ciertamente hasta le arredraba la posibilidad de encontrarle, de oírle, de verle acaso con otra persona —tal vez hasta con la propia Luisa— o de someterse sin duda a la larga retahíla de reproches y vejaciones con los que en los últimos tiempos concluían invariablemente todos sus encuentros. La verdad era que en el fondo no tenía malditas las ganas de volver a verle, es más, si se apuraba, hasta estaría dispuesta a no salir de casa, a sacrificar aquel estupendo día de sol y postergar una vez más todos sus compromisos si tuviera la más mínima certeza de que iba a cruzárselo en algún sitio. Sólo en casa, en efecto, podía estar a salvo de él, de su detestable belleza y sus maneras felinas y marrulleras que la dejaban siempre luego en la estacada, ansiosa, humillada y envilecida hasta solamente ella sabía

dónde. Sólo entre sus cuatro paredes él no volvería acaso nunca a buscarla, a acosarla, a amenazar su endeble serenidad con una sonrisa, con un resquicio entreabierto en el recuerdo, con un cabello al desgaire sobre una sien incomprendible.

Pero había que pensar que no tenía por qué encontrarle necesariamente; evitaría con empeño los lugares y los itinerarios por los que con más probabilidad podría coincidir con él y se aventuraría por otros locales y a otras horas, y hasta, puestos a ir al cine, escogería adrede, aunque le pesara, el programa más efectivamente alejado de sus propios gustos. No iba a impedirle disfrutar también de un día como aquél quien ya le había echado por cierto tantas cosas antes y tantas veces a perder, y ni siquiera iba a evitar desde luego que se arreglase como le apeteciera, como más a gusto y mejor se le antojara. En el fondo, una mujer no se arregla siempre nada más que para sí misma y eso era ni más ni menos lo que ella se disponía a hacer.

Bien mirado, lo que le convenía antes que nada –antes incluso de llenar la bañera y poner a calentar la cera– era lavarse un cabello que, aunque no es que lo tuviera sucio en realidad ni particularmente desatendido, desde luego ganaría en buena medida con un lavado a propósito. Y se pondría su traje nuevo de lino, a pesar de que para ello tuviera que entretenerse previamente en meterle un poco el dobladillo a la falda y repasar a continuación unas costuras que llevaba aplazando ya además desde hacía tiempo. Esto último se pondría a hacerlo en primer lugar –sólo después, evidentemente, de poner la lavadora para que fuera funcionando por su cuenta– a fin de que no le diese luego pereza; cuanto más que, si tenía en efecto que pasarse a última hora de la mañana por la oficina para entregar sus últimos trabajos, le convenía por supuesto estar bien presentable y hasta de buen ver, causar una grata impresión como dicen –ya se sabe, un encargo, un contrato, unas expectativas.

No es que fuera lo que se dice de su agrado por cierto ir a la oficina, antes bien, retrasaba por lo general una y otra vez el momento de presentarse en ella. En realidad, le repugnaba en el fondo tener que entrar en aquellos despachos, tener que someterse, aunque sólo fuera por los breves momentos que duraba la entrevista, a aquella mirada soberbia y desenvuelta del Jefe de Negociado, llena de una viscosa altivez que de veras le oprimía desde el esófago hasta la raíz del cabello. Le repateaba además francamente tener que saludar e intercambiar luego amabilidades y halagos de una sección a otra con quienes lo más probable es que no alentaran por ella más que odio o desprecio o, en el mejor de los casos, la más tajante indiferencia. Por no hablar ya de los días en que se veía arrastrada más tarde a ir a comer con alguno de los que no están después sino esperando siempre el

menor paso en falso, el más inadvertido descuido, para asestarte luego una humillación, un infundio, un codazo en la misma boca del estómago de la dignidad o la supervivencia. De modo que, sin darse excesiva cuenta por lo visto y a expensas por cierto de sus ingresos y su carrera, solía aplazar a menudo en días, y hasta en semanas, y tal vez incluso en meses o, en todo caso, mucho tiempo sus entregas por no pasar aquel mal rato, aquella insidia burocrática de la angustia.

Pero ahora el día le acompañaba y acolcharía en parte sin duda la particular contundencia de su aborrecimiento. Lo que tenía que hacer era ordenarse y, claro está, empezar primero por dar un cepillado a los zapatos. Coser, lavarse el cabello, depilarse y arreglarse las uñas de las manos vendría luego –ciertamente esto último no antes de que acabara la lavadora su programa y hubiese tendido la ropa–, y para el final dejaría por supuesto un ligero, pero eficaz maquillaje: una leve sombra de ojos, unos toques de color en la mejilla, un poco de carmín nada más en los labios. Si bien es verdad que esa mañana justamente no le apetecía lo más mínimo pintarse o, por lo menos, enfrentarse tal vez al duelo del espejo durante un combate cada vez más redundantemente desigual. Y no tanto porque el espejo incurriese de rondón en una atribución de edad y menoscabo ya de atrás por cierto vanamente aceptados, cuanto porque en el fondo por él no asomaban sino el Jefe de Negociado y su secretaria, y Enrique también, y Luisa e Isabel... y el portero, sobre todo el portero, que ni siquiera perdería tiempo ni energía en saludarla para poder inspeccionarla así más a sus anchas, para poder darle minuciosamente un repaso de arriba abajo como sólo saben hacer los porteros y los policías, y desnudarla, escrutar su paso como con un escalpelo, juzgarla porque sale y porque no sale, porque está sola y no está sola y se ha arreglado o dejado de arreglar más o menos de cuanto acostumbra o debiera. Tendría por lo menos que sortear su presencia –pensó–, que evitar su encuentro, que eludirlo del modo que fuera y a costa de lo que fuese, porque se sentía desfallecer con sólo contemplar la escena –no le había pedido ni un favor ni una indicación desde aquella vez, pero su grosería le atosigaba con sólo cruzárselo, con imaginarlo tan sólo. Aunque no iba tampoco a arredrarse por tan poca cosa ni cargar unas tintas ya de suyo suficientemente saturadas y lo mejor sería que, antes que nada, se preparase un buen desayuno para ir luego tranquilamente por orden –¿diríamos racional o geométrico?– haciendo las cosas lo mejor posible, con juicio y sin ahogos.

Lo primero pondría el agua en una cazuela a calentar y, mientras no hirviese, se aplicaría a lavar en un momento la tetera y las tazas que, junto con los demás cacharros y cubiertos, a buen seguro que no podían por menos que atestar el fregadero. Luego calentaría la tetera, introduciría una bolsita de té –¿lo haría de jazmín, o negro?– y vertería

el agua hirviendo; en tanto se hacía el té buscaría la mermelada, las tostadas –la mantequilla la tendría ya que haber sacado antes– y pondría los cubiertos sobre la mesa. Cuando menos –¿quedaría leche?– desayunaría con un poco de sosiego pues, de lo contrario, en seguida se apoderan de una irremediablemente los nervios hasta en un día como el que estaba haciendo. Máxime a la hora de sacar luego el coche del aparcamiento, al extraerlo de la fila donde desde hacía días, o tal vez semanas, y hasta a lo mejor meses o, en cualquier caso, mucho tiempo lo tenía aparcado, encajonado seguramente por delante y detrás por conductores a no dudar desaprensivos –todas las personas son ineluctablemente desaprensivas a la que se acogen a un volante–, y de donde le iba a costar sus buenos sudores arrancar. Lo cierto era que maldita la gracia que le hacía también tener que utilizar el coche, habida cuenta, por si fuera poco, de que si no recordaba mal la calle entera estaba además en obras desde hacía una eternidad –hay calles en las ciudades de las que nunca se sabe ni la fecha del comienzo ni, mucho menos, la del final de unas obras que nadie siquiera vislumbra a qué obedecen. Para remate, de eso sí podía estar segura en cualquier caso por el estrépito que llegaba hasta su casa en cuanto abría una ventana, en ese momento estaban levantando por lo visto el asfalto de la parte que hasta entonces había quedado útil a la circulación, por medio, para colmo, de esos taladradores a compresión cuyo estruendo era verdaderamente incapaz de soportar unos segundos sin enloquecer. Le habían parecido siempre la cifra del tormento que tiene gala infligir el progreso con sus reparaciones, y la idea de realizar una maniobra con el coche en aquellas condiciones, bajo la observación impecable y burlona además de los obreros y con aquel traqueteo infernal que le perforaba las sienas, y el polvo ubicuo, y la carbonilla, y el hedor a gas, a putrefacción y alcantarilla que en todo caso desprenden siempre las zanjas abiertas en las ciudades, se le hacía, se mirara por donde se mirara, poco menos que insuperable. Ya la sola imagen del breve trayecto hasta el coche entre el estrépito de los taladros y la confusión de la polvareda le producía un inexorable repeluzno en todo el cuerpo, una repulsiva contracción de repugnancia; pero en fin, no habría sino que hacer de tripas corazón por un rato y, aun si vamos a ver, ¿no llevaba desde hacía tiempo por casa los tapones de cera en los oídos la mayor parte del día –y de la noche– para amortiguar en lo que cupiera los ruidos de uno y otro origen?, pues bastaba con dejárselos puestos un poco más hasta que hubiese conseguido salir como fuera al menos del radio de acción de los compresores. Aunque –si bien se mira– de buena gana se los dejaría también durante prácticamente todo el día, porque para lo que en realidad había que oír –pensaba–, y no ya, con ser mucho, del suplicio del tráfico rodado y los frenazos y sirenas y arranques de los coches, sino de las mismas conversaciones de las gentes por las calles e inclusive de las

propias amistades, tal vez más le valdría hacer literalmente oídos sordos. Es más, a lo mejor le quedaba así mayor ocasión luego de contento al no haber percibido, o haberlo hecho sólo de una forma débil y amortiguada, las interminables necesidades que no hay más remedio por lo que parece que oír a cada instante.

Se podía poner, para mayor seguridad de obstrucción, dos tapones de cera en cada oído en lugar de uno. Los apretaría convenientemente de modo que se amoldaran de forma hermética al orificio auricular y bastaba luego con tener cuidado en no echarse el pelo de la melena por detrás de las orejas para no dejar al descubierto –en la comida, en la entrevista con el Jefe de Negociado o ante una copa– unos simples reductores sonoros que a lo mejor alguien podría no obstante tomarse quién sabe si hasta a mal. Porque, bien considerado, ¿a quién podía encontrar en el café, o durante la cena, o a la hora incluso de la copa vespertina? ¿A Julia, que presumiría de hijos y querría sin duda apabullarla sonsacándole no sabía qué frustraciones o resentimientos? ¿A Mercedes, insoportablemente ufana con su nuevo cargo en la Empresa, al que se había aupado sin embargo gracias justamente al trabajo y a las ideas que había tenido buen tino siempre en sacarle a ella para luego envanecerse en su presencia? ¿O a Isabel incluso, que no había perdido nunca la menor ocasión para indisponerla, por medio de las indiscreciones y chismes más despreciables e infundados, con cuantos varones se le hubieran acercado con mayor o menor agrado?

Y ésas seguían siendo sin embargo en realidad sus amistades –como seguramente en el fondo las amistades al fin y al cabo de todo el mundo–; por no hablar ya de los hombres, con los cuales las únicas emociones que probablemente había conservado a aquellas alturas estribaban en ver de cuál de las dos o tres maneras de rigor se le echarían en cada ocasión encima, si le acariciarían la mano antes de besarla o le mandarían una de las suyas enseguida entre las piernas, si la invitarían o no a cenar y, en el primer caso, por cuánto les saldría la hombrada o en qué precio valoraban por tanto una escaramuza con ella, aparte de comprobar más tarde qué órbitas de egoísmo, engreimiento y ramplonería no alcanzarían desde un comienzo entre unas sábanas.

Pero a lo mejor tampoco tenía por qué lamentarse en exceso, pues en realidad bien cabía que nada hubiese acaso tan análogo a lo que podía sentir cada uno por poco que se pusiera también alguna vez siquiera a pensarlo. Vivía, es cierto, en una época de chacales, de necia voracidad y rigurosa presunción que ni paraba mientes en nada ni en nada encontraba tasa ni medida, pero eso no podía aguarle no ya un esparcimiento en día de sol tan espléndido como el que estaba haciendo, sino incluso la realización de ciertas diligencias que no podía por menos que efectuar de una vez por todas y que ya había aplazado en anteriores

ocasiones durante días o semanas, o tal vez meses y, en todo caso, mucho tiempo, como para retrasar una vez más una salida. Haría antes, eso sí, unos ejercicios matinales de relajación en la terraza –el agua del té la pondría luego, aunque no así la lavadora– que sin duda le templarían los nervios y la predispondrían favorablemente para bregar con mayores garantías durante todo el día. Y a propósito de la lavadora –observó–, no debía olvidar en ningún caso ponerla en el programa del centrifugado si quería evitar luego toda posible controversia con la vecina del entresuelo por causa del goteo de la ropa tendida, como ya le había ocurrido desapaciblemente por cierto otras veces y que, en verdad, contribuía a quitarle entre unas cosas y otras las pocas ganas que le quedaban muchos días hasta de abrir las ventanas de su casa ya ni para ventilarla siquiera. Por otra parte, y en el fondo – para qué nos íbamos a engañar–, lo que en realidad entraba, más que aire, no era la mayor parte de las veces sino el hollín de la contaminación y la carbonilla impalpable de las radiaciones, de modo que a lo mejor tampoco perdía tanto al no abrirlas y así por lo menos se mantenía al abrigo de la exasperación de los litigios y la tizne ubicua de los carburantes.

Probablemente no fueran sino cirros lo que había aparecido por el cielo y cuanto más lo pensaba o más se detenía en sus preparativos –¿serían de orden geométrico, puramente racionales?– menos deseos le iban quedando de llegarse hasta un picaporte dorado con relieves –¿también geométricos?– y darle un giro a la derecha de unos noventa grados para dejar franqueada una puerta a continuación que una doble vuelta de llave, por fuera, dejaría ocluida hasta un regreso.

Pero había que sobreponerse, que espantar como moscardones de tormenta las insidias de la representación y las asechanzas de la pereza. Se arreglaría – aún había a menudo quien se volvía en la calle a mirarla– y saldría de casa lo más pronto posible, y lo mejor era que, antes de iniciar ninguna cosa, se tendiese en la terraza –previamente habría que darle por lo menos un barrido– para realizar una tanda de ejercicios de relajación cuya práctica, desde hacía ya algún tiempo y sin razón alguna aparente, había dejado lamentablemente abandonada. Porque luego las contrariedades se van hacinando a medida que transcurren las horas y el día va abriendo, de sopetón o edulcoradamente, su flor de nerviosismo y hostilidad a cada paso. Como el trago del Banco. Nada aborrecía más que tener que entrar en un Banco, que tener que guardar cola –la más solitaria y hermética de las colas– frente a los cristales blindados de los mostradores tras los que menudean difusos petímetros a los que ni se oye nunca ni se entiende y que parecen ostentar en la dinámica gravedad de su silencio todo el empaque callado del dinero, toda la deificación del tiempo acuñado en la deletérea arrogancia de unas cifras y una fe y una opulencia.

Sólo la idea de entrar allí, de revisar con el empleado los recibos que le llevaban descontando por duplicado desde hacía tiempo al parecer y de tener que discutir sobre cuestiones de saldo, edad, deberes, honorarios o imposiciones con un súbdito del que en el fondo no era sino Aquél ante quien es inútil toda queja o demanda o desconcierto, le quitaba otra vez la poca voluntad que a decir verdad le iba ya quedando de salir de casa. Y más si encima se topaba allí –como le había ocurrido por cierto en otras ocasiones– con su ex marido, siempre pronto a malinterpretarla, a tergiversar sus palabras y sus deseos, a sorprender aviesas motivaciones en cualquier gesto, impulso o movimiento. Y no porque fuera especialmente enconada todavía su animadversión o excepcional, por así decir, su amable malevolencia, ni tampoco a causa siquiera de que no estuvieran en realidad mínimamente cicatrizadas las heridas que no puede menos que dejar, sobre todo más tarde, cualquier trato de intimidad –toda vez que, por lo demás, poco se andaban unas con otras todas sus anteriores relaciones–, sino que, justamente, no era su presencia más que la réplica y el compendio allí ineluctablemente materializados de cualquier otra relación y de cada una de ellas.

No, lo primero, con prioridad incluso a la puesta en funcionamiento de la lavadora –o tal vez sólo también inmediatamente después–, sería poner un poco de música en la radio, escoger algo alegre para animarse, algo distraído del estilo de esos programas matinales de ritmos pegadizos que emite como es natural cualquier emisora entre publicidades, una sintonía agradable y despejada que se aviniera desde luego con un día tan espléndido como el que se había despertado.

Eso era, lo más racional sería preceder toda actividad con un poco de música antes que nada –ya para entonces, claro está, habría tenido por lo menos que haberse levantado de la cama–; aunque, para ser sinceros, lo cierto era que cada vez que conectaba la radio o la televisión en los últimos, vamos a decir días, pero también podrían ser semanas, o tal vez meses y, en todo caso, mucho tiempo, acababa siempre invariablemente maldiciendo con furor su iniciativa ante la sarta implacable de indiferencia, presunción y estolidez de que orgullosamente se prevalían. Y lo que sobre ninguna otra cosa detestaba –poco menos, en verdad, que con toda su alma– eran los interminables despropósitos de los locutores, la infinita majadería alegre de sus comentarios y la reducción del tiempo a ese *continuum* de vacuidad a la que llaman programación, a ese impreso en blanco que hay que rellenar permanentemente como sea y de lo que sea, de modo que la mayor parte de las emisoras –y de los canales sobre todo– no se le antojaban al poco más que una intolerable y tediosa apología de la canallada, de la necedad y el mal gusto. Como por otra parte casi todo el cine y casi todos los lugares de moda a los que, en el fondo, le repateaba entrar y buscar un

sitio o una persona para besuquearla al pronto e intercambiar la misma serie adocenada de comentarios y alusiones a la cartelera, a la actualidad y al tráfigo de las vidas íntimas de propios y conocidos que la última vez, hace días, o semanas, o tal vez meses y en todo caso mucho, muchísimo tiempo.

Y puestos a anticipar, hasta se atrevía a prever –incluso con escaso margen seguramente de error– lo que podría depararle al final aquella jornada. Encontraría a alguien, a algún amigo de antes o de ahora –qué más podía dar–, más envejecido o, por el contrario, renovado e incluso rejuvenecido por algún cambio en el estilo o la fisonomía, y la convidaría a cenar a lo mejor, con muy buenas maneras, cualquier porquería más o menos cara en un restaurante probablemente selecto y exclusivo, o nuevo, o refinado –llaman refinamiento a cualquier estupidez de la conducta, la presentación o la etiqueta– con la vista siempre puesta en el reloj y en la última frase antes de entrar en un coche que la conduciría, amable o porfiadamente, hasta su casa para consumir la última y no obstante preliminar y repulsiva copa de la noche –ellos siempre guardan alguna confesión para ese momento– ante unas sábanas de un día esplendorosamente nauseabundo de sol como el que sin embargo habría hecho.

No, la verdad era que lo mejor que podía hacer era lo que llevaba realizando desde hacía no sabía si días o semanas o tal vez meses o en cualquier caso mucho tiempo: desconectar todos los aparatos, la radio y la televisión sobre todo, cerrar las ventanas –los postigos y las persianas por supuesto primero– y echar los cerrojos, correr el pasador –claro está– y la cadenilla de la entrada, tapar la mirilla y olvidarse de todo, de Enrique y de Julia, de la depresión de Isabel y los recibos del Banco, de su ex marido, de la entrega del trabajo y el aparcamiento del coche, del ruido, de la clínica, del tedio de las colas y la cochambre de las gentes en el despeñadero de avaricia de su destrucción. Los infinitos relieves, tal vez estrictamente racionales –¿o geométricos?– de su pensamiento quizá no fueran a impedirle sin embargo echar mano siquiera de un picaporte dorado para darle a lo mejor un giro y dejar una puerta, con mayor abundamiento, con una doble vuelta de llave condenada por dentro.

Traducción italiana

La cassiera

Se si esclude il fatto che verosimilmente era sabato, come il primo giorno, e che forse, come quella volta, il treno aveva di nuovo un ritardo sgradevole non tanto perché eccessivo, quanto perché inequivocabile e irritante a causa della lunghezza del percorso già di per sé estesa, e che – solo per indicare altre coincidenze supponibili – anche in quei giorni per le strade mancava poco prima che le ragazze mettessero in mostra le proprie scollature e i bar mettessero fuori i tavoli al culmine primaverile dei marciapiedi, niente autorizzava a supporre che da allora non fosse tuttavia trascorso un tempo, se non eccessivo, almeno inequivocabile, e se non per tutti di certo per ciò che lo riguardava.

Anche solo perché, senza nemmeno considerare i piccoli cambiamenti con i quali il tempo inevitabilmente incalza la fisionomia – meno capelli, profonde rughe in fronte, irreversibili zampe di gallina -, la sua attuale disinvoltura in stazione e l'indole impeccabile e di conoscenza dei suoi movimenti nel vestibolo distavano eccezionalmente dal disorientamento maldestro di quel primo giorno.

Tre ore era praticamente obbligato a rimanere in città, allora come ora, a causa della coincidenza che doveva portarlo a Barcellona senza dover effettuare nessun altro cambio. Quella prima volta ci mise certamente un po' a districarsi e coordinare con una minima stabilità – era un uomo inizialmente indolente, con gli occhiali – i due o tre movimenti, come depositare la valigia o pagare un supplemento, che doveva coordinare con una certa celerità se voleva approfittare pienamente della pausa tra i treni per percorrere la città senza troppa fretta prima di proseguire il viaggio verso un'altra banchina quasi sempre strapiena e verso un taxi e una stanza in hotel, a mezzanotte.

In uno degli estremi del vestibolo della stazione erano ammassati i depositi bagagli automatici – delle cavità metalliche, delle fenditure, delle serrature numerate – che funzionavano solo con monete da un franco.

Per puro caso aveva portato con sé una banconota francese che cambiò comprando un quotidiano in una lingua in cui, a dire il vero, se la cavava con molta difficoltà. Consegnò la sua valigia e, una volta liberatosi del peso, si diresse con una certa lentezza a rispettare la fila davanti all'unico sportello aperto, di cui si occupava con petulanza un impiegato

che premeva in modo convulsivo un pulsante davanti ad uno schermo attraverso il quale apparentemente si illuminavano via via destinazioni, tariffe e partenze. Due ragazzi – di costituzione robusta, con l'uniforme – arrivarono nello stesso momento – o dopo di lui? - e si sistemarono dapprima sfrontatamente in fianco a lui e poi, in modo ostentato, davanti. Parlavano a voce alta, e senza dubbio con arroganza, occupando uno spazio vasto attorno a loro. A volte, interponendo una breve pausa nella conversazione, si giravano all'improvviso verso di lui – era un uomo inizialmente goffo, con gli occhiali – e allora non riusciva a reprimere l'impressione che lo fissassero esclusivamente dall'alto in basso e con disprezzo. Nemmeno quando si giravano di nuovo verso lo sportello poteva fare a meno di impossessarsi di lui la certezza che, se abbassavano un po' il tono - sicuramente di scherno, anche se non riusciva a capire chiaramente -, era solo per offenderlo a bassa voce facendolo certamente diventare un oggetto della loro presunzione e un ulteriore pretesto per la loro superiorità. «Ma chi si crede di essere? Si sente forse diverso?», sembravano voler dire adducendo di fatto una legge, dei propositi, o chissà, un presagio, senza poter fare a meno subito dopo di espirare ed emettere reticenze in modo rumoroso con un accento generale di beffa.

Quando arrivò il loro turno, attesero un momento con parsimonia appoggiati ad entrambi i lati della mensola dello sportello – per confermare una destinazione? Per dare per scontata una priorità? - e gli dedicarono un sorriso apparentemente di sbieco e come masticando qualcosa di chiaramente elastico tra i denti, di fatto molto bianchi.

Più di tre volte l'impiegato si fece ripetere quella volta una destinazione, un orario di partenza e un tipo di supplemento prima che una stampante elettronica imprimesse subito delle cifre che egli dovette poi verificare in modo dettagliato.

Sia i pochi spiccioli francesi che tra una cosa e l'altra gli erano rimasti, che l'ora trascorsa già da un po' – del resto era sabato – di chiusura delle banche, non gli avrebbero concesso durante quelle quasi tre ore niente di più che l'acquisto di qualche sobria frugalità in uno di quei ricchi negozi di pastine che si trovano frequentemente dappertutto – e che, se soddisfano qualcosa, sarebbe senza dubbio più l'olfatto con la menzogna dei suoi grassi infornati che il palato o lo stomaco – o il morigerato consumo di un caffè o una bibita in un tavolo all'aperto di un bar o in qualche angolo del bancone.

Si infilò in Cours Jaurès, più avanti chiamato Rue de la République, che, stando a tutte le indicazioni, doveva portarlo da qualche parte in centro. Poco dopo, tuttavia, avvertì la presenza alla sua sinistra di un grande supermercato stranamente ancora aperto a quell'ora, e non ebbe dubbi sul cambio di marciapiede e sulla sostituzione dell'ipotetico bar o della pasticceria con un eventuale pezzo di frutta o un pacchetto per esempio di

biscotti.

Una donna di età a prima vista indecifrabile, che poteva essere giovane come molto vecchia, bella come molto brutta – per quanto unisse alle frondosità di un capello sciolto di una pienezza singolare che nascondeva i tratti del viso, dei modi esagerati, parsimoniosi e privi di eleganza -, sfregava assente, in modo meccanico, con uno strofinaccio sbrindellato che di tanto in tanto strizzava in un secchio di acqua nera, un pavimento ampio e piastrellato all'entrata dell'edificio, la cui sporczia tuttavia non eliminava ma piuttosto rendeva uniforme, non rimuoveva con i suoi prodotti e la sua attività, ma piuttosto attirava a causa dell'umidità che forniva continuamente a domini che, più che includere con la sua incessante applicazione, proprio per questo forse indeboliva.

In punta di piedi attraversò la superficie inumidita delle piastrelle dell'entrata sforzandosi di lasciare la minor traccia possibile delle sue impronte e mentre passava sorrise – con uno sguardo timido e senza una ricezione né una risposta – alla donna. Apparentemente senza dare la minima importanza al suo passaggio, questa si affrettò tuttavia a spostare subito il secchio di acqua nera e il movimento circolare dello spazzolone verso il luogo che aveva attraversato, lasciando in questo modo scoperto il lato sfregato recentemente da cui, subito, approfittarono per entrare o uscire altri clienti, la maggior parte con le borse per la spesa strapiene – ma sicuramente senza per questo aver capito qualcosa -, con un solo prodotto alcuni, altri senza niente.

Infilò tre mele in una delle borse di carta che la sezione frutta del self-service aveva appositamente a disposizione e scelse un pacchetto di biscotti bretoni. La cassiera, in piedi, con la divisa azzurra secondo la regola e gli occhi mossi da stupefatta vivacità, in modo inevitabilmente meccanico e disgustato sottoponeva ciascun prodotto alla lettura del dispositivo laser di cui era dotata la cassa. Li faceva passare, sfregando lievemente e dalla parte del codice stampato sulla confezione – una superficie rettangolare che include un numero variabile di barre verticali con linee più o meno spesse, sensibili rispetto alla parte bianca e associate a una serie di almeno una dozzina di cifre -, sopra un vetro sotto cui era collocato il meccanismo di lettura. Tutto l'insieme era situato a un lato della cassa, sulla piattaforma di esposizione e spostamento degli acquisti che precede un piccolo nastro trasportatore. In fondo a quest'ultimo, i prodotti si biforcano all'interno di una superficie opportunamente delimitata e divisa in due nella parte finale per consentire una maggior velocità e decisione al momento dell'incasso. L'accensione di una luce verde accompagnata da un fischio costituisce il segnale inequivocabile che la lettura è stata correttamente effettuata dal laser – contrariamente a una luce rossa con assenza di suono,

che richiede la ripetizione dello sfregamento dell'articolo sul vetro fino a quando un segnale verde e sonoro dell'apparecchio indichi la conclusione positiva dell'operazione e dia, pertanto, via libera alla lettura del prossimo prodotto-. A ogni serie numerica sono assegnati un articolo e un prezzo nel programma della cassa elettronica, l'ultimo dei quali – il prezzo – appare automaticamente sullo schermo del registratore, ed entrambe le informazioni – l'articolo e il costo -, sullo scontrino che si fornisce al cliente insieme alla spesa.

In questo modo la cassiera non è costretta a premere tasti durante l'operazione, se la lettura – come succede nella maggior parte dei casi, e a meno che la stampa non sia difettosa o la confezione sia danneggiata – si realizza con successo. Di conseguenza, rimane esente dallo sforzo aggiuntivo di attenzione, capacità personale, memorizzazione e destrezza nelle valutazioni errate, vacillanti o inesistenti che prima erano necessarie nei tradizionali procedimenti manuali, e l'intera operazione è dotata di conseguenza di un aspetto di automatismo, celerità ed esattezza certamente sorprendente. Non si può dire lo stesso, tuttavia, per quanto riguarda le borse che contengono prodotti delle sezioni di salumi non impacchettati industrialmente e quelle provenienti dal self-service di frutta e verdura, che ancora esigono la manipolazione della tastiera da parte della cassiera, una volta che queste ultime merci sono state pesate sulla bilancia automatica situata sulla parte superiore della cassa.

L'impiegata sottopose il pacchetto di biscotti alla lettura del laser e, prima di pesare le mele, ricevette l'avvertimento – in una lingua a dire la verità a malapena comprensibile – che nel caso in cui queste elevassero il prezzo totale a una cifra di cui, per una combinazione di motivi di cambio della moneta straniera che non era il momento di spiegare, assurdamente non disponeva in quei momenti, avrebbe dovuto fargli il favore non solo di scusarlo, ma anche di fare a meno di una – o forse due – unità di frutta, affinché il prezzo finale soddisfacesse l'esigua somma di franchi in suo possesso. Lui stesso avrebbe rimesso immediatamente la mela in più – o, se fosse, il paio di mele in più – al suo posto nella sezione di provenienza senza che dovesse essere lei a disturbarli, ovviamente, o a doversi muovere mai dal suo posto.

Un sorriso accondiscendente – con punte tuttavia apparentemente di malizia dalla coda dell'occhio – si oppose per un momento, in silenzio, al suo spaventato stupore quando gli comunicò il totale.

-Mi manca un franco.

-Lasci stare, me lo darà la prossima volta che verrà.

-Ma io non vivo qui.

-Non importa, così potrà venire da più lontano.

All'uscita, una donna di età indecifrabile – e che poteva essere brutta come molto bella, vecchia come molto giovane – cancellava con lo spazzolone, a uno dei lati dell'ingresso, le impronte dei clienti che entravano nello stabilimento da quella parte, ma mentre lo faceva – e in modo di sicuro inestricabilmente tenace e irreprensibile – non poteva che lasciare, proprio per questo, senza protezione il fianco opposto a quello del quale si occupava, che aveva finito di sfregare tuttavia poco prima – non tanto per pulirlo correttamente, ma affinché nel renderlo uguale non si vedessero gli accumuli – con un mocio sudicio e logoro che, ogni tanto, introduceva in un secchio d'acqua nera trasportato mille volte da qua a là nel territorio infinito e piastrellato della sua celebrazione.

Aggressivo per il fatto di dover attraversare un'altra volta la superficie di quell'attività – o era un disegno, forse una legge o chissà se un presagio? – e a disagio perché credeva di ostacolare il suo lavoro invece di generarlo, si avvicinò a lei come se volesse guadagnarsi in qualche modo la sua indulgenza con una domanda che in realtà aveva più del talismano o della dimostrazione forse di considerazione o timore, o magari di rispetto persino da parte sua, che di vera e semplice richiesta.

-Chiedo scusa, manca molto per arrivare in centro? – le disse.

-Come si vede che è giovane. Tutti chiedono la stessa cosa e, quando arrivano, se effettivamente qualcuno arriva e se in realtà esiste davvero questo centro per lei, cosa abbastanza improbabile comunque, allora devono già essere immediatamente di ritorno – rispose la donna bocconi senza alzare lo sguardo un momento e neppure mostrando un viso che un capello sciolto di un vigore bizzarro continuava a nascondere. E non attenuò nemmeno il ritmo per un solo istante né interruppe l'indole meccanica di movimenti che senza dubbio gli sfregarono persino le scarpe nella parte superiore quando, prima in modo marginale, e poi di fatto sovrapposto, la traiettoria dello spazzolone dovette attraversare immancabilmente il punto che a malapena occupavano in quel momento.

Diverse volte da allora dovette effettuare lo stesso percorso e attenersi alla stessa combinazione di treni durante gli anni successivi. La modesta ma emergente impresa per cui lavorava a Milano da quando aveva concluso gli studi gli aveva commissionato – in un'operazione più di controllo che altro – la consulenza nella gestione della succursale che la ditta aveva stabilito recentemente a Barcellona. Con un intervallo di circa un mese e mezzo o due al massimo, e in condizioni normali, tra un viaggio di ispezione e l'altro, dovette perciò trasferirsi da allora nella capitale catalana per essere di ritorno, dopo una

settimana di duro lavoro, un'altra volta presso il suo domicilio e alla routine di un luogo di lavoro che, se non era esente da responsabilità e rilevanza, non gli suscitava più l'interesse né onestamente comportava la dedizione e l'incentivo di altri tempi. Perciò quella novità, nonostante lo spreco aggiuntivo che gli causavano gli spostamenti in treno – i cui servizi utilizzava sempre data la sua insuperabile sensazione di vertigine e paura dell'aereo, d'altro canto così inadatta alla sua categoria professionale –, l'aveva alleggerito un po' del deposito di monotonia che gli stavano lasciando irrimediabilmente l'indole per lo più solitaria del suo lavoro e il tedio dell'ambiente domestico. Aveva tempo durante il suo ultimo giorno di lavoro a Milano – quasi sempre di venerdì, come la prima volta – per prendere quello stesso giorno l'espresso di mezzanotte e, dopo un tragitto in una cuccetta piena di trambusto – a cui finì ciononostante per abituarsi molto bene – e un primo cambio a Nizza di buon mattino, arrivare ad Avignone sempre la mattina, a un'ora di negozi ancora aperti e con tempo in abbondanza per depositare i suoi pacchi al deposito bagagli – delle cavità metalliche, delle fessure, delle serrature numerate –, comprare il supplemento della coincidenza successiva e addentrarsi lungo Cours Jaurès, più avanti Rue de la République, ogni viaggio più deciso, più raggianti, più inquieto.

Circa due mesi dopo il primo cambio treni di Avignone, questa volta con abbondante moneta francese nel borsellino e un dominio maggiore dei movimenti del viaggio, si sorprese mentre accorreva in dirittura, non appena il treno arrivò in città e sbrigate le operazioni d'obbligo, di una cassa automatica del supermercato – verso la fine di Cours Jaurès – e di un sorriso pieno e accondiscendente, ma con segni di malizia sicuramente dalla coda dell'occhio, che con grande probabilità non l'aveva di certo abbandonata durante tutto quel tempo che era trascorso.

Era lì, alla stessa cassa di sinistra e con lo stesso aspetto disinvolto e sdegnoso della volta precedente. Senza soffermarsi su altri articoli e senza nemmeno sondare qualche altro probabile capriccio del suo appetito, scelse delle mele e, con un pacchetto di biscotti analogo a quello del primo giorno, si diresse verso la cassa di sinistra dove un sorriso pieno, verso l'alto, di inequivocabile riconoscimento – e di sicuro una certa malizia dalla coda dell'occhio –, seguì ad alcune frasi confuse in una lingua a dire il vero difficilmente comprensibile. Le ricordò come, già quasi un paio di mesi prima, e in un modo certamente ridicolo e incoerente che almeno lui non sarebbe riuscito a dimenticare per molto tempo, era rimasto in debito di un franco che lei in quell'occasione aveva avuto la gentilezza di non riscuotergli e che ora le ridava molto riconoscente; riconoscenza d'altra parte che, se lei non avesse avuto inconvenienti e l'orario di chiusura al pomeriggio era

effettivamente quello indicato sulla porta, voleva estendere se possibile a qualcosa da bere – un aperitivo, una bibita...- in qualche bar lì vicino.

La aspettò all'uscita con la sua borsa piena di mele e i suoi biscotti bretoni – era un uomo inizialmente indolente, con gli occhiali -, assorto nelle traiettorie circolari che una donna di età incomprensibile – e che poteva essere appena arrivata così come essere lì da sempre – descriveva con il suo spazzolone per il pavimento dell'ingresso davanti al supermercato, non si capiva molto bene se per cancellare – con la momentanea umidità di un'acqua annerita in cui di tanto in tanto strizzava delle frange lisce e sfilacciate – le impronte di coloro che si arrischiavano ad addentrarsi nel territorio che la sua vigilanza fiancheggiava, o piuttosto affinché restasse inesorabilmente siglata, proprio a causa di codesta attività incessante – e anche se solo per il breve, quasi inesistente lasso di tempo che precedeva la sua eclissi -, qualsiasi incursione, qualsiasi oscillazione all'entrata o all'uscita, o qualsiasi passaggio – insolenza, sbadataggine o imprudenza – lieve o contundente, o attento o effimero che fosse.

Uscì dopo poco con una bottiglia di Bordeaux – una marca, a dire il vero, desiderata più che apprezzata – e un sorriso pieno, generoso, sicuramente di malizia dalla coda dell'occhio. Lo prese sottobraccio e lo invitò a casa sua, la via più avanti, a sinistra mano a mano che si sale rispetto alla giostra di cavalli dagli specchi tristi che rimescolano le musiche delle domeniche dell'infanzia e le tigri dei sogni in piazza de L'Horloge.

Era un appartamento piccolo, bianco e mansardato che divideva con due studentesse – più o meno amiche, più o meno belle – e che riempivano di musica a tutte le ore del giorno e della notte. Una maniglia bianca, di porcellana, chiudeva in modo imperfetto da dentro la porta che, ogni tanto dipinta con una vernice di colore diverso, dava accesso alla sua camera. Egli fece notare il tempo ristretto e lei andò a cercare un cavatappi in cucina; dopo una lieve incisione circolare con la punta dello stesso, staccò il tappo di plastica della bottiglia e lei portò i bicchieri; lui si tolse la giacca e lei si sedette sul materasso disteso per terra; si applicò concentrato ad estrarre il tappo della bottiglia e una camicetta lanciata con noncuranza su una sedia fece scoprire dei seni pieni, all'insù in qualche modo come il suo sorriso; finì di riempire i bicchieri e li avvicinò al bordo del letto, fuori dalla portata del luogo in cui aveva gettato i vestiti, prima che lei lo baciasse dapprima sul collo e lui urgesse un brindisi di vino sul suo corpo tra le coperte.

Restava ancora un fondo non consumato di bottiglia sul pavimento, quando gli schizzi dell'acqua di una doccia, mescolati a risate e mezze frasi in una lingua pronunciata in modo disuguale, precedette per pochi istanti il colpo frettoloso di una porta e uno strepito di tacchi che rimbombavano precipitosamente per le scale che portavano giù verso un

binario.

Nel viaggio di ritorno, al termine di circa sei giorni pieni di lavoro e impegni, lei lo aspettò puntualmente alla stazione per un intero fine settimana in un piccolo appartamento, bianco e mansardato, in cui solo poche volte arrivarono ad azionare una maniglia di porcellana per oltrepassare la porta, allora azzurra, di una stanza che dava su un corridoio – e un bagno o una cucina – di una casa condivisa.

Da allora si videro sempre ogni due mesi. All'andata la andava a prendere al supermercato e comprava ogni volta mele come il primo giorno; lei usciva con la sua bottiglia di Bordeaux e il suo sorriso pieno e verso l'alto per lui, e si precipitavano senza perdere un momento a chiudere da dentro un pomello bianco di una porta azzurra – o verde o rosa – in un appartamento mansardato, a sinistra della giostra dei cavalli de L'Horloge. Al ritorno, era lei ad aspettarlo alla stazione per un intero fine settimana dietro una porta verde – o rosa o malva -, e festeggiava il suo arrivo con mele e biscotti bretoni per continuare un viaggio nel cuore del tedio della sua intimità.

Cercò di ripetere più spesso i viaggi, renderli più frequenti, meno distanti uno dall'altro, ma nessun motivo avallava la necessità di qualche cambiamento nella loro periodicità o durata e il regime matrimoniale della loro vita domestica, d'altra parte, non permetteva nessun altro tragitto che non fosse abituale e condiviso.

Gli intervalli gli diventarono sempre più lunghi e i loro incontri sempre più esigui, più intensi, più estenuanti dietro il pomello di porcellana che chiudeva in modo imperfetto una porta rosa – o malva o rossa – in un appartamento mansardato. Il suono dell'acqua nella doccia smise di precedere con le sue risate chiassose lo sbattere della porta della fine di ogni incontro all'andata, e un taxi puntuale salvava secondi per le strade da dietro l'antica giostra dei cavalli degli specchi. Migliorò una lingua prima difficilmente comprensibile e lei non dimenticava mai un rifornimento di mele come il primo giorno per la prosecuzione del viaggio di ritorno di lui. Ma iniziarono a esser loro assurdamente interminabili le attese, inverosimili le emozioni dei corpi la vigilia, l'inquietudine di riconoscersi, accogliersi, disfarsi su un materasso sulla moquette; e gli diventò soprattutto completamente insopportabile il pauroso sfinimento finale dei congedi dopo un fischio in un binario in prospettiva.

A mano a mano che gli incontri si facevano sempre più insufficienti, incompleti, diventavano anche inavvertitamente sempre più impulsivi dietro la porta malva – o rossa o nera – dell'appartamento vicino alla giostra dei cavalli, e iniziarono a parlare di piani, di progetti, di separazioni e trasferimenti. Non avevano mai vissuto una simile intensità di

sentimenti, un'analogia fermezza, una maggiore veemenza dei corpi o un desiderio più grande di stare insieme che quello che avevano sperimentato entrambi reciprocamente fino ad allora. Il volo inimmaginabile che avevano assunto dai loro incontri aveva oltrepassato ogni contenzione possibile e di certo non restava che lasciarlo andare definitivamente, far valere tutti i suoi diritti e consacrarsi totalmente con entusiasmo alla suggestione opulenta delle sue promesse.

Ma quel giorno molto probabilmente era un sabato, come il primo dei suoi scali in città, e il treno era arrivato persino – come allora – con un ritardo forse non tanto intollerabile per essere eccessivo quanto inequivocabile e irritante a causa della durata del tragitto di per sé già estesa. Per le strade anche i bar avevano messo fuori i tavolini e le ragazze presentavano le proprie scollature al culmine primaverile dei marciapiedi.

Scese dal treno come sempre e, con la stessa fretta di altre volte, si diresse dritto, Cours Jaurès in su, poi Rue de la République, verso il supermercato certamente ancora aperto a quelle ore, dove una donna di età incomprensibile avrebbe senza dubbio dominato in modo impenitente l'ingresso – una legge, un disegno, forse un presagio – con le annerite traiettorie ellittiche anche nell'angoscia confusa dei sogni.

Non ebbe tempo mentre entrava di cercarla rapidamente con lo sguardo davanti alla sua cassa di sinistra, per verificare uno spavento e convenire su un'imminenza come l'aveva fatto molte volte in passato, ma al suo posto una giovane con gli occhiali, la cui prima impressione di magrezza era immediatamente evidente, faceva scorrere i prodotti in modo meccanico sul vetro – il cui importo si registra subito sul contatore digitale della cassa – del piano di lettura automatica dell'apparecchio contabile.

Tuttavia, con una bottiglia di Bordeaux – di una marca, a dire il vero, più desiderata effettivamente che apprezzata –, si precipitò agitato verso l'uscita in coda dalla cassiera con gli occhiali. Fece per dirigersi – due o tre passi inquieti – verso la donna di età incomprensibile che sfregava incessantemente l'ingresso, quasi nello stesso momento tuttavia in cui lei – senza fermare nemmeno per un momento la perseveranza circolare del suo incarico – era già ricorsa al secchio e iniziava uno spostamento opposto a lui destinato senza dubbio a cancellare le impronte che avrebbe inevitabilmente lasciato nel suo tentativo. Si fermò, e tornò sui suoi passi che tuttavia erano già scomparsi per lasciare spazio di nuovo alla superficie omogenea dell'umidità dietro lo straccio; ma al momento di doverli stampare di nuovo sulle piastrelle – fosse anche solo nel vedo non vedo che precedeva la sinuosa persistenza di frange lisce e sfilacciate –, sentì che le gambe gli cedevano, che barcollava leggermente prima di arrivare rapidamente in strada e

mantenersi in direzione di piazza de L'Horloge per poi passare nervosamente oltre e andare a sinistra – dietro la giostra dei cavalli che quel giorno girava con un movimento che gli sembrò più rapido, più stonato, molto più vertiginoso – e salire senza perdere un momento le scale verso un appartamento piccolo, bianco e mansardato.

Dopo aver soffocato nel minor tempo possibile un affanno inopportuno davanti a una porta e aver premuto con grande aspettazione il suono stridente di un campanello, forse il silenzio – solo alla fine inframmezzato da dei passi e dallo sbattere di una porta – effettivamente si prolungò troppo prima che si affacciasse dietro una catenella un viso – mediamente bello, ricordato a metà, mezzo addormentato – che lo guardò attentamente e, senza smettere di essere sorpreso – né sganciare la catenella della porta -, rispose in modo vago per tutto il tempo, e forse in modo elusivo, alle domande dirette che le formulò sempre più inquieto, sempre più passionale, sempre più sfinito.

La supplicò in ogni caso che gli facesse il favore di prendere la bottiglia di Bordeaux, di introdurla nella stanza dal pomo bianco in porcellana che lasciava la porta rossa – o forse nera – chiusa male da dentro e posizionarla, se non era troppo il disturbo, sulla moquette accanto al materasso. «A tutte le stanze si accede attraverso un pomo bianco in porcellana e tutte si chiudono, d'altra parte, ugualmente male – rispose -, nonostante proprio per questo forse a nessuna delle inquiline può dare affatto fastidio qualche sorso di Bordeaux, e a me, posso assicurarle, date le condizioni particolari che si sommano proprio oggi, meno che a chiunque.»

Egli rispose in modo confuso – era un uomo inizialmente indolente, con gli occhiali – che non si trattava di quello, ma che forse non gli importava nemmeno, anche se ciò che lui voleva era solo che la trovasse chi lei sapeva molto bene e inoltre sul pavimento, accanto al materasso, e che d'altra parte non si poteva nemmeno stare a parlare a causa dello scarso margine che aveva a disposizione prima della partenza del treno. Le diede rapidamente un bacio da sopra la catenella, nello stesso momento tuttavia in cui anche lei – in quello che volle essere un movimento spontaneo di anticipazione – volle baciarlo, anche se al di sotto degli anelli di metallo che un istintivo, ma tardo spostamento di rettifica da entrambe le parti – lei ascendente, lui discendente -, fece sì che i due si incontrassero freddamente tra le labbra.

Forse alcuni dettagli della scala, che scese tuttavia in modo precipitoso, curiosarono con crudele insistenza in qualche angolo della sua agitazione. Faceva senza dubbio caldo nello scarso spazio del portone dell'edificio, e tuttavia una figura confusa si profilò allora un momento dietro il vetro traslucido dello sportello della portineria, ma mentre si avvicinava spasmodicamente a lei – forse per chiedere qualcosa, per richiedere qualche

spiegazione – sparì subito per non rispondere alla fine né al tamburellare delle nocche sul vetro, né alle voci, e nemmeno alle grida con cui più tardi accompagnò aritmicamente l'accentuata insistenza del suo tamburellare.

Uscì in strada senza la minima intenzione di perdere un secondo e svoltò in fretta giù verso la piazza della giostra con i cavalli. La fine di una musica non aveva motivo di significare, a ben vedere, più che l'interruzione che precede la prossimità di un nuovo movimento. Tuttavia, l'aria della città intera era poca per il suo soffocamento, per il fastidio dell'affanno che lentamente gli saliva dall'inguine alla gola mano a mano che diminuiva il tempo che gli restava e più si avvicinava un'altra volta – più angosciato adesso, con più desiderio – al supermercato in cui, con ogni probabilità, una donna di età fondamentalmente indecifrabile, e che poteva essere una come potevano essere molte, la stessa o magari molto diversa, avrebbe ristabilito l'umidità omogenea dell'ingresso con i tratti circolari, contorti e ridondanti di un vecchio strofinaccio sbrindellato che, di tanto in tanto, avrebbe certamente immerso nella stessa acqua scarsa di un perpetuo ma inutilmente conosciuto secchio adiacente .

Volle comportarsi come se non avesse visto la donna con lo spazzolone, come se non l'avesse mai vista né qualcuno si fosse mai reso conto della prescrizione implacabile del suo esercizio nell'anticamera. Oltrepassò l'ingresso ed entrò con l'impeto incosciente di un corpo che precipita nel vuoto, che viene colpito alla testa al suo arrivo, perché mentre una donna con gli occhiali, la cui prima impressione di magrezza saltava subito agli occhi, lo sorpassò, continuava comunque imperterrita a dirigersi verso la cassa di sinistra. All'inizio restò in dubbio per un momento, dopodiché i suoi movimenti divennero automatici, scontati. Conosceva a memoria l'ubicazione degli articoli che avrebbe acquistato, e il proseguimento del suo viaggio – più remoto ora, più impensabile – a maggior ragione e in misura maggiore senza dubbio rispetto ad altre volte richiedeva qualche provvista per il cammino.

Andò a mettersi in coda a sinistra, nello stesso momento tuttavia – o forse prima? – di due giovani di costituzione robusta e in uniforme che prima lo affiancarono in modo disinvolto e poi gli si misero davanti in modo ostentato. Parlavano a voce alta, e senza alcun dubbio con arroganza, occupando uno spazio ampio attorno a loro. A volte, inserendo una breve pausa nella conversazione, si giravano inaspettatamente verso di lui e lo esaminavano dalla testa ai piedi con superiorità. “Ma chi si crede di essere? Si sente forse diverso?”, sembravano indicare mentre si giravano di nuovo verso la cassiera adducendo di fatto – e con un evidente tono di scherno – una legge, dei propositi o forse un presagio.

Quando arrivò il loro turno, si trattennero un momento con parsimonia a corteggiare e lusingare la cassiera apparentemente con giochi di prestigio e facendo i presuntuosi – o erano biglietti? – prima di girarsi ancora una volta verso di lui, dedicargli un sorriso altezzoso ed espirare subito sonoramente ed emettere reticenze in modo apparentemente indiretto.

In modo meccanico e indifferente la cassiera sottopose poi ogni prodotto alla lettura del dispositivo laser di cui era dotata la cassa. Li faceva passare, sfregando lievemente e dalla parte del codice stampato sulla confezione – una superficie rettangolare che include un numero variabile di barre verticali con linee più o meno spesse, sensibili rispetto alla parte bianca e associate a una serie di almeno una dozzina di cifre -, sopra un vetro sotto cui era collocato il meccanismo di lettura. Tutto l'insieme era situato a un lato della cassa, sulla piattaforma di esposizione e spostamento degli acquisti che precede un piccolo nastro trasportatore. In fondo a quest'ultimo, i prodotti si biforcano – per confermare una destinazione?, per dare per scontata una precedenza? – all'interno di una superficie opportunamente delimitata e divisa in due nella parte finale per consentire una maggiore decisione e velocità al momento dell'incasso.

Alla fine i due giovani in divisa uscirono e arrivò il suo turno. La ragazza fece scorrere il pacchetto di biscotti lungo il vetro e il prezzo si illuminò sullo schermo. Subito dopo – alcuni articoli richiedono quel lieve sforzo in più di prezzatura -, pesò le mele sulla bilancia e digitò l'importo sul registratore che, dopo aver fatto pressione sul bottone corrispondente, emise l'importo finale e la fattura sullo scontrino.

Questo esercizio di tassazione, più o meno breve o prolungato, e con maggiore o minore disposizione o stanchezza da parte della cassiera, viene ripetuto infinite volte e in modo simile per anni ed epoche intere della vita, e non solo dall'impiegata con gli occhiali la cui prima impressione di magrezza era subito evidente, ma chiaramente anche dal resto delle ragazze – che dubbio può esserci?, una transazione, un codice – impegnate rispettivamente in tutte le altre casse di tutti gli altri self-service. I calcoli sono effettuati per lo più in modo simile non per ogni caso e con ciascun cliente, ma piuttosto tutte le volte in cui, dopo una prima occasione fortuita, e durante un tempo indefinito che può essere abbondante o scarso, improbabile o certo, la persona assidua torna con i suoi articoli in una combinazione casuale di itinerari. Non sarebbe certamente successo in altro modo anche a lui, come non può essere se non naturale e inesorabile, anche con la cassiera con il sorriso pieno e all'insù con segni di malizia di sicuro dalla coda dell'occhio – lei nella contabilità, lui con i suoi prodotti, ma anche al contrario, chiaramente, e simultaneamente o a turno – durante i sei mesi in cui si era trasferito a Milano – alcuni

articoli richiedono un leggero sforzo aggiuntivo di prezzatura – dopo la separazione da sua moglie, per iniziare senza dubbio insieme la migliore e più desiderata vita in comune, nuova e duratura e messa alla prova con tante garanzie di soddisfazione e di accordo durante le pause del cambio dei viaggi.

Il risultato – si potrebbe addirittura dire la lettura – di quei mesi di convivenza non era stato se non quello meno sperato, quello più lontano certamente da ciò che potessero immaginare. Definirlo sfortunato forse sarebbe troppo poco, magari faticoso e persino reciprocamente distruttivo. Ma forse realizzato in modo semplice e chiaro. Lei era tornata poche settimane prima ad Avignone e questa era la prima combinazione da allora – forse più rievocativa che altro – di treni verso il sud. Un segnale verde e sonoro dell'apparecchio di lettura aveva confermato la realizzazione finale dell'operazione e dava forse via libera al prossimo prodotto, dopo che una luce rossa di sicuro senza suono aveva richiesto di certo per più tempo la reiterazione della sfregatura contro il vetro.

Nemmeno per un momento dubitò della presenza all'uscita di una donna di età imperturbabile – che mentre stava lì si trovava anche da altre parti, ed era lo stesso congedarsi da lei o incontrarla di nuovo più tardi continuamente dopo il congedo, giovane o molto vecchia, bella o anche molto brutta, la stessa, ma anche molto diversa – applicata alla perseveranza di linee incessanti, circolari e inanellate con uno straccio liscio e sfilacciato che, di tanto in tanto, strizzava in un secchio di acqua nera non tanto per sciacquarlo o renderlo più chiaro, quanto piuttosto per restaurare la prescrizione antica e incorreggibile della sua attività. E non tanto per cancellare lo sporco quanto per ribadirlo, per estendere e presentare la sua umidità e attrarre in essa le impronte dei passi che si riempiono di inquietudine e precauzione all'inizio, di spavento e timore davanti a un compito incomprensibile per essere così puramente e semplicemente quotidiano – altri attraversano imperterriti, senza alcuna attenzione -, e di inutile disperazione in ogni caso più tardi nel verificare che di sicuro non c'è altro sul pavimento piastrellato, né così triste né così allegro, né così nuovo e allo stesso tempo ancestrale, effimero e contemporaneamente perpetuo, e bello e simultaneamente ripugnante, nonostante vadano via via scomparendo persino le impronte che vi si lasciano nello stesso momento in cui stanno prendendo forma.

L'appuntamento

Non poteva mancare molto, in effetti, al suono dell'ora convenuta sull'orologio della torre, anche se a dire il vero non poteva avere nessuna convinzione che confermasse con certezza davvero non solo quell'impressione, ma nemmeno – a ben guardare – quella contraria. L'orologio distava in ogni caso pochi metri da lì e lui pensava di essere stato costantemente attento a dei rintocchi che, se si fossero prodotti, avrebbero raggiunto abbondantemente, come aveva già sperimentato altre volte, la maggior parte dell'itinerario che aveva seguito fino ad allora. Perciò, invece di precipitarsi, decise piuttosto dato che c'era tempo, e forse per ammazzare gli scarsi minuti che probabilmente ancora lo separavano dall'ora concordata, di entrare a dare un'occhiata, per superficiale e superflua che fosse, in un negozio luminoso di elettrodomestici che gli capitava vicino, stimolato inoltre dall'immagine curiosa di un uomo di mezza età con gli occhiali, dotato, ovviamente sulla schiena, di un piccolo zaino di tela nera impermeabile, che appariva in quel momento riprodotto sulle dozzine di schermi delle televisioni in vetrina – a più o meno pollici e a colori o in bianco e nero – e che, non sapeva bene per quale motivo, se per il suo aspetto attonito e confuso o per la dispersione stessa della sua immagine, aveva richiamato in modo potente la sua attenzione mentre passava di lì.

La commessa – una ragazza disinvolta e che intimidiva persino – alzava la voce al di sopra dell'accumulo sordo di rumori che conformava l'atmosfera sovraccarica del locale: il ronzio ambiguo e ingegnoso degli elettrodomestici, l'inquietudine dei clienti, le loro voci, il ripetuto battere dei tasti in fondo al negozio. Forse per il mormorio del negozio, o piuttosto, per il tono preminente e strepitante della commessa, ciò che era certo era che non avrebbe potuto dire, forse solo un po' di tempo dopo apparentemente, se aveva sentito o meno l'ora convenuta dall'orologio della torre. O forse la chiusura della porta – pensò – si accordava in modo talmente impeccabile e inappellabile al suo telaio, che l'interno del locale risultava praticamente insonorizzato rispetto ai rumori provenienti da fuori, e qualsiasi suono debole che tuttavia avesse potuto allora oltrepassare tale ostacolo sarebbe stato rapidamente contrastato e attenuato dal mormorio di fondo del locale, quindi lui, e nonostante in nessun momento avesse abbandonato di fatto le posizioni vicinissime alla porta, davanti agli schermi illuminati della televisione, non avrebbe comunque avuto occasione di sentire nulla.

Anche se chissà – disse tra sé – se non avesse persino già suonato, nonostante tuttavia ora era portato a pensare che, con ogni probabilità e indipendentemente dal motivo, non

se n'era semplicemente reso conto, dato che comunque non si può nemmeno dire che avesse prestato eccessiva attenzione mentre si sorprendevo davanti all'immagine molteplice e simultanea di quell'uomo con gli occhiali. Inoltre, non bisognava dimenticare che si trattava, dopotutto, di un solo rintocco incompleto senza una melodia che lo precedesse, di conseguenza sarebbe bastato solo lo stordimento che produceva quella voce incessante e stridula, o persino una qualsiasi distrazione dai suoi pensieri o – che è lo stesso – la sua peculiare e ostinata curiosità di contemplare liberamente quell'immagine concomitante dell'uomo con gli occhiali, per non percepire, o almeno non saper dire se era stato emesso o meno, il suono puntuale ed effimero da quell'orologio. Tanto più che, poco dopo la sua entrata, la commessa sembrò trovare un' insuperabile occasione addizionale per alzare ancora di più il volume della sua voce già di per sé stentorea con un cliente, di aspetto comunque curato e rispettabile, che si ostinava a chiederle, a quanto pare come era sua abitudine e in un modo, è vero, cortese e persino galante che in nessun modo aveva tuttavia quasi della sdolcinatezza ricercata, se poteva, gentilmente e per ragioni evidenti, cambiare il programma degli schermi della televisione.

-Mi dispiace molto, signore, ma le ho già detto migliaia di volte che qui non si guardano programmi, e non si guarda nemmeno la televisione, qui si guardano solamente televisori. E, come ultima cosa, lei dovrebbe già sapere, non solo perché glielo ripeto io ogni giorno fino a sgolarsi, ma anche per la sua età e soprattutto la sua esperienza, che è l'Incaricato che da tempo immemorabile mette in funzione i televisori e spinge anche gli interruttori dei canali e dei programmi in modo evidentemente inappellabile, fino al punto che se qualche volta una di noi, o uno dei clienti – perché di persone senza scrupoli, malvagie, o semplicemente illuse ce ne sono sempre state -, si è azzardato a opporsi e a provare a premere un pulsante diverso rispetto a quello che Lui aveva premuto – e non entro nel motivo, e neppure nelle ragioni che di sicuro ci saranno state – la punizione allora non si è fatta attendere non dico alla fine del mese o al termine della giornata lavorativa, ma nemmeno qualche secondo, sempre che non avesse deciso in precedenza di giocare con la sorte del povero ingenuo e di divertirsi a sue spese con l'itinerario della tragedia che quell'atto di sbadata imprudenza senza dubbio gli avrebbe comportato nell'immediato futuro. Quindi – e glielo dico per l'ultima volta – non è né mia competenza né potrei io mai e in alcun caso cambiare il canale per lei.

Dovette bastargli un gesto supplementare all'intenzione di lei di abbandonare la parte posteriore del bancone, accompagnato da un invito, in una frase apparentemente consecutiva, a farsi non riuscì a udire molto bene cosa – ma che comunque finiva in “ere” o “iere” - affinché il richiedente non avesse dubbi nell'uscire immediatamente dal locale

senza nemmeno aspettare per utilizzare il tempo di replica che a volte concedono le conversazioni.

Tra l'attenzione bizzarra e sgradevole all'uomo con lo zaino nero moltiplicato sugli schermi e l'improvviso interesse per il richiedente, la verità era che gli potevano restare poche speranze di contabilità sul tempo che stava passando lì dentro e ancora meno, se possibile, se erano trascorsi o no, e nel primo caso se erano stati oltrepassati di molto, i pochi minuti che forse prima lo separavano – se era veramente così – dall'ora dell'appuntamento. È chiaro che avrebbe potuto chiedere l'ora a qualsiasi cliente che si trovava lì o che era arrivato dalla sua entrata e che, in mancanza di qualcosa di meglio da fare, probabilmente non avrebbe esitato a rispondergli. Tuttavia, da qualche tempo si rendeva conto di quanto inopportuno e sgradevole iniziava a risultare alla gente questo tipo di domande, dietro le quali quasi nessuno – non diciamo un signore distinto o una giovincella, ma persino un bambinetto o un disoccupato – dubitava nel sospettare l'esistenza di altre intenzioni in fondo più camuffate, più oscure, dato che non invano il mondo dispone attualmente per lo meno di un paio di orologi da polso – uno analogico, l'altro digitale – e risulta, non tanto poco elegante, ma di inquietante e sospettosa inferiorità rivelare con domande di quest'indole che una persona forse non solo in realtà non porta l'orologio, ma magari addirittura non ne possiede uno o, peggio ancora, non ritiene nemmeno conveniente l'utilizzo di uno strumento così irrimediabilmente imprescindibile così come poco meno che obbligatorio nell'uso da parte di qualsiasi persona di valore e, per il resto, accessibile per chiunque.

Dato che la richiesta del cambio di canale effettuata verso l'impiegata non era degenerata in discussione aperta come alcuni clienti – attraverso un'intensificazione più rumorosa delle respirazioni, chissà se sospiri o in ogni caso schiarimenti di voce e considerazioni a margine di dubbia destinazione – sembravano desiderare o sospettare, e solo un individuo o due, che senza dubbio parteggiavano per il richiedente a giudicare dalle loro precedenti dimostrazioni di appoggio, erano usciti alla fine dietro allo stesso come manifestazione di inequivocabile solidarietà, aveva anche lui optato allo stesso tempo per cercare di separarsi dallo strano magnetismo degli schermi e precipitarsi in strada forse non tanto per recarsi puntuale al suo appuntamento ma per sapere se effettivamente sarebbe arrivato ancora puntuale.

Dieci minuti erano già passati sull'orologio della torre rispetto all'ora convenuta e tuttavia non c'era. Guardò da una parte e dall'altra tra i passanti che camminavano lungo il marciapiede ampio e scrutò i gruppi di oziosi che erano soliti riunirsi lì per discutere o distrarsi; diede un'occhiata tra gli alberi, dietro l'angolo, dietro l'edicola, e persino con

maggior attenzione se possibile davanti a sé, che è dove diventa più difficile a volte trovare chi con un po' di inquietudine si sta cercando. Ma non era ancora arrivata nonostante l'ora o, per lo meno, non vedeva da quelle parti il minor segno della sua persona, a meno che – scoprì di temere –, dopo una breve attesa e senza dubbio di fretta a causa di qualche imprevisto, avesse dovuto andare via già prima di quando sicuramente desiderasse. Ma dieci minuti erano in ogni caso troppo pochi per mettersi a fare congetture di qualunque tipo e quello che si imponeva chiaramente era aspettare, tenendo conto inoltre – dovette riconoscere – che egli non era mai stato proprio quello che si dice un modello di puntualità, né in quell'occasione per il momento né in molte altre anteriori, con lei o con qualsiasi altra persona, e ciò avrebbe potuto benissimo persino far sì che lei ritardasse un po' e non dovesse così aspettarlo presumibilmente più del dovuto. Perciò, con aria accuratamente tranquilla e senza preoccupazioni, si mise a passeggiare su e giù per un tratto breve, guardandosi intorno a volte, esaminando il semaforo, la fermata dell'autobus, l'uscita della metro o l'imbocco della strada di fronte senza dimostrare particolare impazienza o nervosismo.

Tuttavia, arrivò un altro autobus – il giorno era chiaro, caloroso – e lei non scese tra quelli che smontarono. Non era nemmeno tra coloro che attraversavano in modo intermittente il semaforo e tornavano ad attraversarlo e, né attraverso quell'imbocco della strada di fronte né attraverso altri, la si poté vedere arrivare nei minuti successivi. Si fermò un altro autobus, e un altro poco dopo, che mettevano in mostra sui parabrezza diversi percorsi per i quali tuttavia avrebbe potuto ugualmente arrivare con certezza da angoli opposti della città. Da nessuno di essi scese ed egli iniziò a guardare l'orologio della torre con quasi la stessa frequenza con cui osservava la strada in fondo o la moltitudine che si raggruppava davanti al semaforo. Avvertiva, già più distante, gli intervalli con cui emergevano dalla metro i viaggiatori e li vedeva salire, arrivare, scomparire ancora e ancora con la stessa persistenza della sua contrarietà, spiando vanamente inoltre a ogni istante un'imminenza da un estremo del marciapiede o dall'altro dove tuttavia non era cessata in nessun momento la sua passeggiata.

Un po' era di certo diminuita la sua disinvoltura davanti all'attesa e, sebbene senza apparenza alcuna di eccitazione – il giorno era chiaro, caloroso –, quello che era certo era che aveva già cominciato inavvertitamente a lasciar libere le sue elucubrazioni sul ritardo. Era vero che un ritardo iniziale come quello in cui lui stesso era incorso, è chiaro che effettivamente suo malgrado, non implicava all'inizio un'attesa eccessiva da parte di nessuno, anche nel caso fosse stata perfettamente puntuale o, supponendo, che fosse arrivata all'appuntamento persino con un po' di anticipo, e che dieci minuti, pur essendo

di sicuro per chiunque, e anche per lei, una prova evidente di indelicatezza, non smettevano di rientrare senza troppe difficoltà all'interno di quello che può considerarsi come normale, o per lo meno scusabile a queste latitudini, a maggior ragione dato che, per quanto poco lo si conoscesse, nessuno in nessun caso poteva sbagliarsi – come abbiamo detto – riguardo al suo presunto zelo nelle questioni di puntualità. Ma c'era ugualmente la possibilità – che prima aveva voluto respingere per il facile ricorso al poco tempo trascorso fino ad allora e che ora, già quasi venti minuti dopo, non poteva fare a meno di considerare con grande virulenza per giunta – che, mossa da vai a sapere quale urgenza o eventualità, fosse in questo caso arrivata puntuale non tanto per aspettarlo, quanto per giustificare con un'attesa corta e affrettata la sua successiva assenza. O era anche probabile, perché no, che spinta sempre da tali urgenze, e nonostante il suo impegno indubitabile e la sua scontata intenzione, non si fosse nemmeno presentata all'appuntamento, cosa che d'altra parte doveva essere certamente degna di essere tenuta per lo meno allo stesso modo in considerazione. È chiaro che quest'ultima possibilità – il giorno era caldo, afoso – gli avrebbe provocato qualche difficoltà ulteriore, tutte le volte che non gli veniva in mente dove poteva chiamare o essere chiamato – non disponeva del telefono – per reclamare qualche ragione sulla sua mancata apparizione. Perciò era meglio che aspettasse e non si disperasse, anche se è vero che oltre trenta minuti dopo l'ora convenuta iniziavano a presupporre già un margine di tempo di una certa considerazione.

D'altra parte, se quegli imprevisti al posto di metterle fretta dopo l'ora dell'appuntamento, le avessero al contrario messo pressione prima di questo – una visita imprevista, una commissione ineludibile, un guasto inopportuno o, chissà, un malessere, un incidente –, si poteva essere certi che allora non gli restava altro che aspettare ancora con calma, perché se l'imprevisto, mettiamo, o persino l'incidente o il guasto, non erano molto preoccupanti, era poco meno che sicuro che sarebbe arrivata con un ritardo allora già non più o meno normale ma considerevole, di cui lei sarebbe stata sicuramente la prima a dispiacersi e soffrire, e spiegare più tardi dopo l'arrivo che, di conseguenza, avrebbe potuto evidentemente ritardare ancora qualche momento in più.

Un po' sollevato dalla solidità di quest'ultimo ragionamento, allungò la sua passeggiata, ora con una maggiore distensione, fino all'imboccatura della metro alla sua sinistra. I viaggiatori spuntavano a intervalli accalorati dal suo interno ed egli si intratteneva, come aveva già fatto prima osservando le vetrine, la velocità insignificante delle macchine o i profili femminili, davanti alla pianta dettagliata della città che fiancheggiava alla sua sinistra l'entrata del sotterraneo. Presumibilmente fu l'angoscia repentina che lo invase

che gli fece appoggiare all'improvviso una mano sull'inconcepibile vastità di quella mappa, perché dovette accorgersi allora – il giorno era caldo, soffocante – che si trovava a quei livelli dell'attesa in cui inizia ad assalire una persona, senza remissione né pacatezza, ogni tipo di dubbio e insicurezza sul concreto accordo di un appuntamento. Effettivamente, non avrebbe potuto sostenere con certezza assoluta in quel momento, e vedendo inoltre quella pianta, che fosse quello e non un altro il luogo stabilito. Era solito accordarsi, quando gli veniva offerta la possibilità di farsi avanti per primo o proporre una ubicazione, preferibilmente su quattro o cinque luoghi – un paio di bar centrali, una via riservata ai pedoni, l'orologio della torre o una birreria nel suo quartiere – e quello era certamente uno di questi; ma niente lo portava a ricordare ora che fosse proprio quello, e non uno qualsiasi tra gli elencati, il posto scelto in quell'occasione. Non riusciva a rammentare una parola, un'allusione, un minimo riferimento esplicito a quel luogo per quanto ci provasse. Scorre con lo sguardo la pianta che era davanti ai suoi occhi e si sentì perso, stordito dal traffico che senza ombra di dubbio era aumentato e dalla temperatura – era un giorno soffocante – certamente in aumento data l'ora avanzata – quasi l'una e mezza – verso cui precipitava la mattina.

Per quanto, nel dubbio, il caso era che ora non poteva nemmeno assicurare in qualche modo che fossero le dodici e mezza l'ora stabilita e non, per esempio, le due e mezza, che si assomigliavano tanto foneticamente e che poteva essere benissimo quest'ultima che di fatto lei aveva colto. Doveva essere così, evidentemente aveva capito le due e mezza e non le dodici e mezza come pensava di averle detto, perché, d'altra parte, non credeva nemmeno di ricordare affatto che si fosse menzionata in qualche momento l'idea di andare a mangiare qualcosa insieme. Anzi, sembrava rammentare ora che si era dato per scontato tacitamente di andare a prendere un caffè o a bere qualcosa, nonostante, in questo caso, non comprendesse molto bene perché allora non si era accordato su uno dei bar del centro in cui di solito si dava appuntamento con frequenza con i suoi amici e che logicamente si prestava in modo più idoneo a quell'occasione.

Scartava l'ipotesi, è ovvio, che si fosse rifiutata di venire per timore forse che l'intimità tra loro si sarebbe via via accentuata poi con il passare, non sapeva se dire, della mattina o del pomeriggio, anche se di certo il suo proposito non era che quello e forse glielo aveva fatto capire senza la perspicacia e la dissimulazione appropriati al caso, o in modo sconsiderato, inopportuno e come dando per scontato che avrebbe potuto di sicuro, se non farla arrabbiare apertamente, forse sì darle fastidio. Ma no, la cosa più probabile era che avesse confuso l'ora; niente di più facile in effetti per chi deve arrivare che scambiare l'una per l'altra, le dodici per le due, e non sarebbe stata quella né la prima né l'ultima

volta che si produceva un tale equivoco e di così poca importanza in fondo, i cui fastidi inoltre per chi ha dovuto farsi carico del ritardo diventano una chiara disposizione al sorriso, e persino alla giustificazione o alla discolpa altrui, non appena si scorge colei che deve presentarsi al pesante orizzonte dell'attesa e questa ci rende partecipi – un sollievo, un'acquiescenza, un giubilo – del contrattimo o del malinteso che ha motivato il suo ritardo con un turbamento e uno sconcerto stupiti che non possono se non farci dimenticare subito le vane e complicate circonvoluzioni della ragione di fronte all'attesa.

Non restava quindi che armarsi di pazienza ancora una volta, raddoppiare la fiducia nel suo arrivo e moltiplicare – attenuata a questo punto di sicuro la sua inquietudine da quanto tonificanti erano le sue deduzioni – gli oggetti di distrazione e passatempo. Non avrebbe desistito ora che l'attendeva già da quasi un'ora e mezza e risultava poco meno che innegabile che si fosse verificato un equivoco tanto facile come quello dell'orario, considerando inoltre che, se abbandonava ora, non solo avrebbe rinunciato al suo eventuale, ma più che probabile arrivo tra trenta minuti approssimativamente, ma soprattutto al piacere della sua superiorità morale riguardo al malinteso e al ritardo, oltre a privare d'altra parte di senso la lunga attesa in cui era stato risolutamente ostinato fino ad allora; a parte il fatto che, nel frattempo, sarebbe stato inoltre un caso che, in un luogo così centrale e a ore così frequentate, e date fondamentalmente la sua totale disponibilità e apertura, non avesse certamente incontrato nessuno di conosciuto – una vecchia amicizia, un volto gradevole, uno sguardo proclive, chissà se un incontro decisivo.

Chiese una birra e un panino in un bar dello stesso marciapiede, in cui era entrato più per affinità con il modo particolare in cui delle mani femminili passavano e ripassavano uno straccio con le frange sfilacciate su un bancone – si sa, una superficie, un panno, dei tratti infinitamente circolari –, che per ingannare una fame che a malapena sentiva o per ammazzare con più celerità il tempo su uno sgabello o con i gomiti sul bancone. La cameriera – chiaro –, una ragazza disinvolta e persino intimidatoria, alzava la voce sopra l'accumulo di rumori che dava forma all'atmosfera pesante dello stabilimento – il ronzio ambiguo e ingegnoso del televisore, l'inquietudine dei clienti, varie voci, l'incessante tintinnare dei cucchiaini contro qualche concavità di vetro o porcellana –. Uno schermo acceso della televisione mostrava chiaramente in quel preciso istante un uomo, di certo di mezza età, con gli occhiali e provvisto sulla schiena di un piccolo zaino di tela nera impermeabile, che camminava su e giù in un modo che in nessun caso a lui avrebbe potuto passare inosservato, anche solo per il suo atteggiamento sgradevole – a quanto pare pure di attesa –, o meglio, per il portamento inconfondibile, devastato e ubiquo di chi aspetta sempre, di colui che, sovraccarico per l'attrezzatura endemica di un

impedimento attaccato alla schiena, ha aspettato e aspetterà sempre nella vita una svolta, un'amabile insenatura, una donna, forse precisamente solo un appuntamento.

Ma proprio in quello stesso momento, un individuo, di aspetto comunque curato e rispettabile, era piombato nel locale e si era messo all'improvviso a chiedere alla cameriera, dapprima in modo gentile e poi certamente in modo brusco, che cambiasse senza perdere tempo il canale della televisione che dominava, con l'immagine indifesa e onnipresente dell'uomo che aspetta, la superficie oblunga del bar. A niente dovettero servire le suppliche o le imprecazioni posteriori, dato che la cameriera, senza per questo smettere di servire un pubblico piuttosto nutrito e senza dubbio in attesa – con ogni probabilità a causa di ciò che anche a loro di sicuro veniva in tasca dall'esito di quell'insistenza – né di passare lo straccio ogni cinque minuti sui residui e gli aloni circolari delle consumazioni, gli ripeté che lei non c'entrava niente in un argomento di tale sostanza e d'altronde assiomatico e inappellabile e che, come già sapeva molto bene nonostante si ostinasse ogni volta ad ignorarlo, era solo l'Incaricato che, nonostante non comparisse mai da quelle parti – per cui era difficile che qualcuno l'avesse mai visto o sentito –, azionava sempre e dall'inizio i comandi dello schermo e gli interruttori della programmazione. Il resto non era – continuò a ripetergli – che vana testardaggine e voglia di irritare, d'altra parte e come egli sapeva molto bene, inutilmente. A ciascuno – e ogni giorno – spettava ciò che spettava e non c'era altro rimedio che mostrare conformità e, se fosse, avere un po' di astuzia per cercare di schivare con qualche parvenza di efficacia la desolazione. Sempre che, al contrario – aggiunse –, una persona non voglia ostinarsi, senza alcun fondamento né vantaggio indubbiamente, ad essere deportato nella strettoia sterile di una d'altronde dubbiosa e vana ribellione.

Dal bancone, guardava a momenti alterni lo schermo dell'uomo che aspetta e l'inospitale agitazione del richiedente, e contemplava anche – un sollievo, un'acquiescenza, un giubilo – le ragazze che passavano davanti e oltrepassavano estive le vetrine del locale. Ammirava inoltre, come imbambolato, i movimenti bruschi, ma copiosi e audacemente salutari o voraci della cameriera – una ragazza disinvolta, intimidatoria –, e le sue braccia piene, calorose, su cui tornava ripetutamente a rimboccarsi le maniche fino a sopra la spalla, gli provocavano una strana soddisfazione. La guardava negli occhi – anche lei a volte forse beveva sorsi di birra – e senza sosta le ragazze passavano davanti alla vetrina del bar, quando improvvisamente lo sorprese il dubbio – il giorno era soffocante – non solo del luogo o dell'ora, ma anche proprio di lei stessa, di colei che doveva inevitabilmente presentarsi a quell'appuntamento. Si rese conto che non solo non poteva assegnarle degli occhi, dei capelli, un modo di camminare o sorridere, ma che non

riusciva nemmeno ad attribuirle un nome.

Uscì in strada in modo precipitoso; sull'orologio della torre davano le due e mezza ed egli iniziò a scrutare con angoscia tutti gli sguardi, tutte le andature. Indagava quelle che si fermavano o diminuivano il passo, le interpellava a tradimento se si allontanavano, con un sorriso se le vedeva arrivare da lontano; immaginava profili, gesti, stimoli. Indagava se qualcuna poteva essere lei o piuttosto ciascuna era lei, se alla fine non sarebbe stato tutto un malinteso o se a nulla sarebbe servita la sua totale disponibilità, la sua contumace ostinazione nell'attesa. Si interrogava se qualche gesto gli risultasse conosciuto, qualche indumento, qualche accessorio, se qualche tratto in alcune di loro assomigliava in qualcosa a non sapeva molto bene cosa o di chi, o se, al contrario, niente di ciò forse – nessun suggerimento, nessuno scorcio – smettesse certamente di essere estraneo alla sua incombenza. Perché per quanto ci provasse, in realtà non riusciva nemmeno a ricordare quando né con che mezzo – una chiamata telefonica, una conversazione, un messaggio – aveva stabilito davvero quell'appuntamento. Non arrivava nemmeno, era il colmo, a ricordarsi di averlo di fatto concordato, se non forse – un sollievo, un'acquiescenza – con la sua attesa, con la sua totale e consacrata disponibilità all'attesa o, chissà persino, se non forse allo stesso modo – anche lui? - con la sua ostinata e implorante apostasia.

Ma no, presumibilmente l'errore non stava né nell'ora né nel luogo, ma nel giorno, perché, a ben vedere, che garanzia aveva che fosse proprio quel giorno e non il seguente, o persino un altro – è così facile che avesse implicitamente dato per scontato il giorno di oggi o che lei avesse voluto capire il seguente –. E come se non bastasse, chi sapeva inoltre, in extremis, se colei che davvero si aspetta non si fosse persino, proprio per questa costanza ed esaltazione posti nell'attesa, ritirata e fosse arrivata a eludere la sua comparsa all'appuntamento, a schivare l'angoscia di fronte alle situazioni, la sua comparsa di fronte all'impazienza, senza che questo dovesse certamente essere d'ostacolo tuttavia all'attesa nella sua essenza, che ad altro in realtà non è soggetta evidentemente se non alla sua perseveranza.

Probabilmente erano già suonate le quattro sull'orologio della torre, quando decise di rientrare a casa con il pensiero senza dubbio di tornare a tutti i costi il giorno seguente, e tuttavia prima fece un momento un salto al bar in cui aveva speso anteriormente un po' di tempo davanti alla cameriera con le braccia con le maniche rimboccate e rimboccate nuovamente – a volte anche lei forse beveva sorsi di birra – per procedere a raccogliere qualcosa che aveva lasciato lì in apparenza dimenticato mentre usciva.

Nessuno si era portato via il suo piccolo zaino di tela nera impermeabile, uno zaino esattamente uguale a quello dell'uomo di mezza età con gli occhiali che aspettava sempre,

anche lui ogni giorno e infruttuosamente, nella solitudine scissa dei suoi schermi simultanei, e pure esattamente come – è chiaro – quello che portava sulla schiena quell'uomo di aspetto comunque curato e rispettabile che entrava tutti i giorni brontolando e chiedendo con insistenza, molte volte persino urlando, ma sempre inutilmente, che cambiassero per ovvi motivi canale a una programmazione non tanto insopportabile quanto sentenziata, e non tanto ridondante quanto irrevocabilmente decretata e, soprattutto, speranzosa.

La signora dal cappotto di pelle

Tirare a sorte chi dei due doveva scendere per qualcuno degli ingredienti della colazione – normalmente latte o caffè – le mattine in cui, per imprevidenza o negligenza del giorno precedente, ne avessero avvertito la mancanza, era certamente una delle poche abitudini della tenacia radicata della loro routine che conservava ancora per entrambi qualche segno di incentivo, se si vuole qualche retrogusto di inquietudine, nonostante non fosse che la smania di ciascuno di prolungare rigorosamente per conto proprio, anche solo per qualche minuto, la pigrizia della mattina tra delle lenzuola.

Quel giorno, anche se a causa di un espediente sospetto che aveva più a che vedere con una questione di forza maggiore femminile, che con il puro e semplice caso con cui erano soliti dirimere – normalmente la notte precedente – l'eventuale mancanza mattutina, era toccato a lui provvedere a una cruciale insufficienza di caffè che una imperdonabile disattenzione della vigilia aveva provocato. Doveva credere, certamente, e nonostante nessun sintomo avesse fatto palesemente secondo lui la sua comparsa a riguardo, che lei si fosse sentita effettivamente indisposta, persino da prima dell'alba, a causa di uno di quei malesseri che regolarmente affliggono le donne e di cui loro – come è naturale e conoscendo bene inoltre l'addizionale sollecitudine che è solita originare la ricezione della notizia nei loro accompagnatori – azzeccano sempre a trarre un così opportuno profitto tramite un'argomentazione responsabile, almeno, per un'inestricabile sostituzione domestica nei turni, nelle spese, nelle pulizie e gestioni che sembrano comporre, soprattutto a partire da una certa età, l'unica realtà quotidiana di una maturità ragionevole.

L'inverno era attanagliante in quei giorni con le sue inclemenze più dure e non c'era per tanto da lesinare le attenzioni nel coprirsi in quei primi e sporadici tentativi del corpo la mattina. Perciò mise una certa accortezza – com'era d'altronde sua abitudine – nella scelta degli indumenti e si vestì con tutta la calma che gli permetteva un prudente anticipo previsto di comune accordo per una colazione senza affanno. Si infilò con classe il cappotto grigio scuro e prese una sciarpa che si arrotolò scrupolosamente al collo prima di abbandonare il portone di quel numero diciassette di una strada in pendio, superare un angolo a destra ed entrare, dopo circa settanta o ottanta metri, in un piccolo negozio di alimentari professionalmente aperto già a quelle ore.

Il locale, diretto da una coppia impassibile già ben avanti con gli anni, presentava al suo

ingresso un paio di scalini pericolosi verso il basso introdotti comunque da una campanella sulla parte alta della porta, il cui suono, certamente, non era stato tuttavia ideato tanto per avvisare dell'imminente difficoltà che una soglia riservava al cliente, quanto per il controllo e la sdegnosa constatazione che in questo modo esercitava la scrupolosa coppia che, nei suoi molti anni dietro un bancone gremito, certamente aveva potuto contemplare – e rammentare più tardi probabilmente al calore di una vecchia stufa di butano nella loro abitazione del piano superiore – una divertente serie di colpi, traballamenti e incertezze del passo altrui davanti a una soglia.

Conciliava il negozio i servizi di una piccola e rudimentale osteria (un bicchiere di grappa la mattina, una partita a carte a metà pomeriggio sull'unico tavolo disponibile tra le botticelle di vino, delle birre sulla parte sinistra del bancone – in cui preferibilmente serviva lui – alla fine del pomeriggio) con quelli propri di un negozio di alimentari che aveva acquisito negli ultimi anni un certo tono di selezione, sicuramente dovuto al fatto che univa a un ridotto, ma ben selezionato assortimento di articoli, l'impeccabile perseveranza con cui continuava a mantenere durante gli anni gli stessi strani, artigianali e improbabili fornitori: un apicoltore di Brihuega, un salumiere della falda del Moncayo, un conserviere riojano o un inquietante esperto nella torrefazione della riva dell'Ebro che scendeva puntualmente all'alba in città i primi giovedì di ogni mese con il suo carico di malto e cicoria, sempre con lo stesso aroma, con la stessa giacca, con l'identica sigaretta rullata nella commessura sinistra della bocca di un viso privo di sguardo.

Aprì la porta del negozio, stranamente affollato quella mattina, e lo scampanio della campanella non poté impedire che facesse un leggero scivolone mentre entrava. Diversi visi, alcuni subito, altri più tardi, si girarono sgradevolmente verso di lui. «Si è fatto male?», indagò una donna con un giaccone estremamente grande che aspettava in fila a due passi dall'entrata. I negozianti, già ben svegli nonostante l'ora, avevano alzato in modo meccanico da dietro il bancone uno sguardo indistinto e inespressivo per esaminarlo un momento con durezza – lei aveva un viso aspro – e tornare imperturbabilmente al loro daffare all'istante. Due individui, di media età, con le borse del lavoro ai loro piedi, inclinarono la testa con una lieve angolazione prima di vuotare, socchiudendo inesorabilmente le palpebre, i rispettivi bicchieri di grappa a sinistra. Il resto – tre donne, una bambina, qualche uomo – era clientela inequivocabile dell'alimentari preferibilmente servita dalla vecchietta impassibile. Aspettavano formando un gruppo rigoroso dietro una cliente in tuta e scarpe sportive che andava riempiendo liberamente una sporta di una, data l'ora, inconcepibile sfilza di prodotti, non senza indagare, per ognuno di essi rispettivamente, data di scadenza, anno di raccolta, presenza

di emulsionanti o distanza del luogo di origine rispetto a una centrale termica o nucleare.

A quanto pare dovette sentirsi spazientito davanti a quel puntiglio di leziosa flemma mattiniera e più di una smorfia di inquietudine dovette scappargli esplicitamente dai suoi gesti – si sa, uno schiocco, una respirazione più accentuata, un costante nervosismo nella postura – perché qualcuno, indubbiamente uomo, probabilmente cliente anche lui con un solo articolo e senza dubbio scarsamente vestito per i rigori del clima e dell'ora, siglò i suoi gesti di inconvenienza con un commento positivamente diretto non tanto a corroborare un disgusto o a manifestare una solidarietà davanti a lui, quanto a diminuire il tedio che causava quell'attesa mediante quel futile espediente, così caratteristico d'altra parte di coloro che ancora si sforzano in qualche sorta di socievolezza, dello scambio generalizzato di qualche parere non tanto vano per il fatto di essere ordinario quanto vuoto, nescio o impertinente.

–Donne – disse con evidente sottolineatura e come scrollandosi con una mano molto bianca qualche granello di polvere sul risvolto –, tanto scrupolose a volte e tuttavia tanto carenti di scrupoli, tanto attraenti e subito così interamente carenti di attrazione, tanto imprescindibili e allo stesso tempo insopportabili. E quanto tarda ad arrivare – mi dirà lei – il primo segno di impazienza, il primo indizio di routine, il primo sospetto che tutto ha finito irremissibilmente per lasciare spazio solo all'eremo della conformità e all'insidia dell'insignificanza, quanto a comparire di nuovo il caso, una necessità pungente, un rinnovato affanno di pienezza, un incontro?

»L'altro giorno comunque rividi una donna senza alcun dubbio eccezionale, straordinaria. Proprio qui in questo negozio. La labbra carnose, la chioma abbondante e ancora disordinata sopra un cappotto di pelle, lo sguardo terso, altezzoso, e tutta la morosa impudicizia ancora del sonno nei suoi gesti, nei movimenti del suo corpo – mi creda, signore – di sicuro nudo, meraviglioso, sotto il cappotto. Proprio qui in questo negozio; per comprare il latte, naturalmente. E non è la prima volta che la vedo, sempre allo stesso modo e alle stesse ore.

Si sentì improvvisamente stanco, a disagio. Gli mancava solo – pensò –, di prima mattina, di dover sopportare, oltre alla spilungona con la tuta al presuntuoso ritorno dei suoi giri per l'isolato, quell'esaltato visionario mattutino. Rispose con un sorriso controvoglia, tra il consensuale e il superiore, e approfittò di aver ascoltato un «basta così» pronunciato sonoramente dalla sportiva, per fare un passo avanti che non solo accreditava la sua impazienza ma ricordava frettolosamente all'altro l'immediata prossimità del suo turno. Poco dopo usciva – un quarto di caffè macinato e dei biscotti – per superare rapidamente pochi metri dopo un angolo a sinistra ed entrare al numero

diciassette di quella strada in pendio.

Due giorni dopo, fu a sua volta il latte a mancare per completare una colazione che per niente al mondo – ci sono abitudini che puntellano durante tutta una vita una relazione – smettevano di fare a casa e con un po' di tranquillità, anche se per questo dovevano certamente alzarsi con maggiore anticipo. Né l'uno né l'altro avevano mai potuto iniziare una giornata all'improvviso, andandosene in fretta e correndo al lavoro la mattina senza nessuna soluzione di continuità tra il sonno e la fretta, tra l'interruzione la cessazione e la precipitazione, e quando non poteva che succedere così, il giorno iniziava allora in un groviglio di nervi, di inquietudine e premonizioni.

Poiché lei continuava evidentemente a essere indisposta, dovette essere di nuovo lui a scendere ineluttabilmente al negozio per il latte. Tuttavia, dal momento stesso in cui percepì quell'esigenza avvertì che, contrariamente ad altre volte, non sembrava quel giorno costargli alcuno sforzo il fatto di sistemarsi per scendere in strada. Mise una certa cura nel suo aspetto – persino più di quella che era d'altra parte sua abitudine mettere – e prese con decisione il cappotto grigio scuro e la sciarpa prima di abbandonare quel diciassette di una strada in pendio con maggior scioltezza in quell'occasione nella mattiniera sonnolenza delle ore.

Dopo alcuni giorni, tornò a riprodursi la stessa carenza mattutina e fu sorprendente che non bofonchiasse per niente davanti all'avverso risultato del triviale gioco di fortuna – le dita scoperte all'unisono delle mani destre di entrambi per determinare una somma pari o dispari rispettivamente ascritta alle loro opzioni – con cui risolvevano da tempo la disputa della loro incertezza routinaria. Ma non solo non si lamentò né quel giorno né i seguenti in cui, per fortuna o pigrizia, era spettato sempre a lui farsi carico delle spese, ma, successivamente, smisero persino di fare quel per quanto insignificante e banale non meno efficace gioco di fortuna dell'alba di fronte alla sua continua offerta di scendere tutti i giorni per sovvenire alla negligenza o alla disattenzione della vigilia che, è vero, in ogni caso solo a lui negli ultimi tempi, e in modo stranamente perseverante, era in effetti attribuibile.

E la verità è che sembrava che avesse smesso di costargli del tutto non solo alzarsi, ma anche coprirsi immediatamente per adattarsi al freddo di quelle ore alle intemperie. Aveva a quanto pare abbandonato ogni pigrizia, ogni mollezza sotto le coperte di fronte a una sveglia, e cessarono persino da quel momento di preoccuparsi per le provviste per il giorno successivo, dato che nessun fastidio sembrava in effetti implicare per lui quella, in passato, disputata scaramuccia mattutina. Inoltre, usciva a quanto pare addirittura con piacere, con premura; era come se avesse acquisito all'improvviso – lui, uomo

abitudinario, potremmo quasi dire ossessivo – una nuova abitudine già talmente inamovibile tuttavia per la funzione che svolgeva così come per lo strano piacere che doveva forse comportargli. E ciò che era stato così uno dei pochi incentivi del caso che ancora conservava la coppia svanì all'improvviso come sale deliquescente. Sebbene è pure vero che non solo lei prolungava sempre il sonno in quei momenti dell'alba in cui questo fornisce migliori soddisfazioni, ma anche che le colazioni migliorarono certamente in freschezza e abbondanza: il latte era sempre quello del giorno – e non pastorizzato come prima –, non si sentiva mai la mancanza di caffè, né di miele, né di burro, e finirono per passare in esame un convincente assortimento di paste e marmellate di tutti i tipi e sapori, fino al punto in cui arrivò persino ad accumularsi qualcuno di quegli articoli più del dovuto.

Si sarebbe potuto osservare – e lei senza dubbio avrebbe potuto farlo se non fosse per l'abitudine di totale spensieratezza e tolleranza compiacenza che aveva contratto con l'imprevisto cambio di atteggiamento del marito – che si alzava persino ancora un po' prima del solito e ritardava sempre di più le sue permanenze, in modo impercettibile all'inizio, ma con il passare dei giorni più chiaramente, nel limitrofo negozio di alimentari. Ma ciò di cui non c'era dopotutto nessun dubbio, a giudicare da quanto scrutava e salutava intorno quando entrava, era il fatto che si era adattato alla perfezione alla compagnia del ristretto gruppo di assidui dell'alba: la donna con la tuta, i bevitori di grappa a sinistra, la signora con il giaccone estremamente grande che gli chiedeva se si era fatto male ogni volta che inciampava quando entrava o lo strano esperto nella torrefazione dei primi giovedì del mese, senza dimenticare pochi altri uomini, indubbiamente clienti anche loro come lui a quanto pare all'inizio di un solo articolo. Si direbbe che li cercava ansiosamente con lo sguardo andando verso il negozio, affacciandosi ad esso soprattutto, poi una volta dentro davanti al banco o nel tragitto di ritorno a casa più tardi.

Un giorno, tuttavia – molto rara doveva essere la mattina in cui lui non scendeva in negozio –, lei dovette rimproverargli, non senza una certa severità, che ogni giorno senza eccezione bisognasse buttare via il latte in quella casa. Talmente contumace era la perseveranza senza intervalli con cui si ostinava a comprarlo ogni mattina, che i cartoni non del tutto consumati si inacidivano in verità dentro e fuori dal frigorifero, così come ammuffivano le marmellate iniziate perché ce n'era sempre una nuova da provare, si seccavano le paste e irrancidiva il burro e si deteriorava in generale qualsiasi alimento. Nonostante ciò, non smise di portare un solo giorno né il latte né nessuno degli altri componenti di una colazione sempre più copiosa e diversificata e, se niente in realtà si

necessitava o certamente mancava, era lui – uomo abitudinario, ossessivo potremmo quasi dire – a provocarne subito la mancanza o a provvedere per un giorno successivo che, a sua volta, provvedeva anche a se stesso e ai successivi come se la funzione avesse soppiantato e sradicato assurdamente la necessità.

Di modo che andarono accumulandosi per la cucina barattoli e barattoli di miele e marmellata, vasetti di burro di tutte le provenienze e pacchetti dei più svariati e variopinti biscotti, ma soprattutto latte, cartoni interi di latte fresco che si inacidivano da tutte le parti e che lei non faceva in tempo a buttare. Il caffè pure continuò a portare generosamente e si dovettero abilitare contenitori più grandi per contenerlo, ma non contento, stabilì anche varietà di miscele e sucedanei – malto, cicoria e persino una mistura a base di ghiande che gli aveva raccomandato un giovedì l'esperto nella torrefazione.

Dopo qualche settimana – ma durò solo un inverno quell'incubo? - lei non ne poteva più; negli armadi della cucina non c'era davvero più posto per altre cose che non fossero le maledette provviste della colazione e non esisteva dispensa né credenza che avesse potuto contenere un rifornimento di quella portata, forse attribuibile solamente a un'economia domestica impazzita o a una strana intendenza familiare dell'anteguerra. E la cosa peggiore non erano nemmeno i cartoni del latte deteriorati giornalmente, versati non appena si aprivano nel condotto di scarico del lavello o persino buttati ancora chiusi nel secchio della spazzatura, ma la sua continua distrazione, la sua permanente aria tonta e assorta per tutto quello che non fosse a quanto pare il trasporto – o piuttosto la dissipazione – del maledetto latte inaugurale, soprattutto quando lui inoltre – uomo insistente, accecato diremmo – non aveva fatto fino ad allora che un uso estremamente moderato di quel liquido primordiale che quasi non impiegava – e lei non poteva che ricordare con stupore il suo precedente disprezzo – se non per schiarire un po' il caffè con qualche goccia solamente la mattina.

Lo minacciò, se continuava con quella mania degli acquisti, di passare parola alla coppia dell'alimentari affinché non tornassero a servirlo mai più (era difficile, erano di una professionalità impeccabile) o di andare invece a fare colazione al bar di fronte al suo ufficio. Non poteva sopportare la sua inalterabile attenzione posta non sapeva dove o perché, e il suo arrivo a casa come un tonto di mattina, strapieno di borse della spesa in entrambe le mani, la faceva uscire dai gangheri ogni giorno di più. Lo chiamò sperperatore, balordo, impiccione. Il loro matrimonio, che si basava quasi esclusivamente sulla routine e il mutuo disinteresse, iniziò a correre in questo modo gravi rischi di fronte a un motivo di interesse e novità d'altronde così strambo e impreveduto, e lui – uomo

ostinato, ossessivo –, anche adducendo in sua difesa delle solide conoscenze di intendenza acquisite in modo pertinente durante il servizio militare come capo di cucina, promise fermamente di emendarsi. Non azzecava a comprendere quello che gli succedeva, ma non poteva se non ammettere che camminava come intontito di mattina e, in sua difesa, cercava di parlare poi di ricerca, della bellezza e delle origini, dell'alimento primordiale e non sapeva di quante altre cose.

Ma se cessò di accumulare provviste per la colazione – per lo meno nell'assurda misura in cui lo aveva fatto fino ad allora –, non per questo smise di uscire ogni giorno di casa alla stessa ora e di fare una passeggiata, che entrasse o meno, fino al negozio di alimentari. Apriva la porta e dava un'occhiata convulsa a destra e a sinistra per salutare apparentemente gli assidui prima che un campanello tornasse a testimoniare lo stridore di un'apparizione poi a lungo commentata. Con il tempo, finì per entrare un'altra volta – comprasse o no qualcosa – per prendere una grappa all'anice nella parte sinistra del bancone preferibilmente servita dal marito impassibile, in piedi e in silenzio, e nella compagnia solitaria degli altri bevitori di grappa. Una signora con una giaccone estremamente grande – era incinta, o mostrava esplicitamente delle forme gradevoli, materne? - era solita avvicinarsi a lui con frequenza e rimproverargli – tendendogli il cappotto, sistemandogli la sciarpa intorno al collo – affabilmente la sua condotta. «Ha bisogno di qualcosa, signore? Se posso fare qualcosa per lei, non esiti per cortesia nemmeno un momento a comunicarmelo», gli diceva prima di tornare a una spesa interrotta, a una coda o a dei commenti a voce bassa, e con sguardi attorno a intervalli, con la negoziante imperturbabile.

La zaffata di inequivocabile provenienza etilica, che a malapena riusciva a dissimulare al ritorno dalla sua passeggiata mattutina – una gomma da masticare, una sigaretta, ripetute aspirazioni ed esalazioni con la bocca con gesto sonoro – iniziò senza dubbio a essere percepita, non senza sorpresa all'inizio e allarme più tardi, da una moglie che non poté smettere di interrogarsi sulla validità e le conseguenze delle misure restrittive che, per quanto concerne la spesa della colazione – altre limitazioni venivano già da prima –, non aveva potuto che imporgli. Arrivò persino a sospettare che si trattasse di qualche forma efficace di rappresaglia di fronte a quelle restrizioni, perché ciò che indubbiamente non poteva credere in nessun caso era che fosse arrivato a dimenticare anche – lo aveva già fatto con la data dell'anniversario di matrimonio, con quella del suo compleanno e con buona parte dei suoi gusti sul colore, il disegno e la lettura – la sua profonda e inveterata ripugnanza verso l'alcol.

Le discussioni, come qualsiasi altro capitolo della loro quotidianità domestica, non

dovettero estendersi nemmeno in quel caso – nonostante l'asprezza e la contundenza dei rimproveri – oltre i limiti stabiliti dall'impeccabile rigore della loro routine, e a quanto pare non arrivarono tardi nemmeno quel giorno ai loro rispettivi uffici. Lei approfittò tuttavia per ricordargli – di sicuro gridando, di sicuro gesticolando con qualche oggetto in aria – non le sue fobie etiliche, ma la data dell'anniversario di matrimonio e del suo compleanno, e il disgusto che le provocavano il colore marrone, i maglioni a collo alto, le calze a quadri e i romanzi di Benet. Gli proibì tassativamente di tornare a bere, e meno ancora di mattina o prima di tornare in sua presenza, e postillò – con anteriorità a una porta sbattuta che, più che chiudere, apriva un maggiore sconcerto se possibile alla sua agitazione della mattina – con un «e mancano due settimane al mio compleanno» sonoro, di sfida e rimbombante.

Il giorno seguente, apparì in tuta e scarpe sportive, e le assicurò che il capitolo della bevuta si poteva dare per concluso per sempre e che da ora in avanti, al contrario e per rimediare, sarebbe andato correndo a fare dei giri per l'isolato tutte le mattine per mantenere una forma che gli anni e la vita di sedentaria mollezza che conduceva si stavano impegnando certamente con insistenza a diminuire. Fece diversi giri nell'isolato passando e ripassando davanti al numero diciassette di una strada in pendio e davanti a un negozio di alimentari al cui scampanello non smetteva mai di affacciarsi, sempre più accalorato, più febbrile, più esaurito, ogni volta che arrivava alla sua altezza.

Dovette essere l'indole, tanto inesperta come perseverante – era un uomo insistente, accecato diremo –, dell'esercizio mattutino ciò che produsse senza dubbio quella dolorosa e acuta paralisi ai muscoli delle gambe, e durante quell'intero giorno e i successivi riuscì a muoversi appena dal letto, dal divano davanti al televisore o dalla sedia che era solito occupare in cucina, proprio nell'occasione in cui venne di certo a mancare la mattina seguente qualcuno degli ingredienti basilari della colazione – proprio il latte?

Scese per la prima volta lei dopo molto tempo e preparò una colazione frugale e grossolana, senza che in alcun momento la abbandonasse un sorriso di rimprovero e burlone che tendeva ostensibilmente allo scherno in alcune metafore più apertamente sessuali – ci sono debolezze che puntellano per tutta una vita una relazione – con cui postillò tutte e ognuna delle allusioni ai suoi crampi.

Parzialmente ristabilito, alla corsa per essere in forma seguì la passeggiata mattutina per rinvigorirsi, ma non per questo, certamente, smise di affacciarsi un solo giorno a un negozio di alimentari la cui imperterrita clientela mattutina si era senza dubbio abituata ad aspettare, dopo un timido scampanio, una testa in attesa e nervosa che guardava fuori di sé a destra e sinistra con celerità, per scomparire febbrilmente all'istante e tornare a

presentarsi dopo pochi minuti con la stessa aspettativa, ma con una maggior inquietudine ogni volta e una crescente tristezza negli occhi che andava inoltre accentuandosi a prima vista a mano a mano che passavano i giorni e si intensificavano le sue apparizioni. Quanto più era indeciso, pudico e dissimulato lo scampanello, tanto più tuttavia attraeva l'attenzione dei compratori – nella parte destra del bancone – e persino, a partire da un certo momento, dei silenziosi bevitori di grappa serviti in modo solidale – a sinistra – dal negoziante. Una signora, con un giaccone estremamente grande e senza dubbio antiquato per la sua età, si appostava a volte vigilante accanto all'entrata, ma nemmeno così arrivava quasi mai in tempo per offrirgli un sollievo, un conforto, uno stimolo persino tra le sue braccia rotonde.

Una di quelle mattine, certamente non molto dopo l'abbandono dei suoi propositi sportivi, entrò tuttavia con tutto il corpo all'interno del negozio. Sembrava che avesse scelto il giorno di maggior affluenza nel locale – incredibilmente sempre più affollato, è vero, a quelle ore –, o per lo meno una di quelle naturalmente poco improbabili occasioni in cui una discussione, non meno infervorata per il fatto di essere mattiniera, riguardo una precedenza nel gruppo o una pretesa di privilegio nel modo, scarica un astio tenacemente affinato durante anni di vicinanza e malevolenza da due clienti e divide all'istante gli assidui in sostenitori acerrimi di una o dell'altra parte in litigio, in favore o contro cui brandiscono atavici dissapori e segrete affinità che alla fine si confrontano attraverso il minore e più inconsistente dei particolari. L'unico cliente maschio della parte destra del bancone, di sicuro scarsamente vestito per le asprezze del clima e dell'ora – era ancora inverno rigoroso? –, era riuscito tuttavia a restare imparziale con una cautela senza dubbio degna di elogio e si era spostato, come d'istinto e al contrario di ciò che era abituale in lui, verso il lato sinistro del bancone, servito da un negoziante la cui sollecitudine rispetto ai bevitori di grappa – probabilmente scapoli, probabilmente forestieri e comunque sempre due – arrivava invariabilmente al limite in quei momenti con l'ossequio di un altro giro da parte sua, che uno svuotamento istantaneo, all'unisono e tutto d'un fiato dei bicchieri sembrava sollecitare all'unanimità senza che si verificasse il minore segnale di intendimento.

Donne – affermò –, un giorno così belle e inaspettatamente così insignificanti quotidianamente, così propense e pure così schive, così anelate e girato l'angolo così intrattabili, così insopportabili, così vicine e allo stesso tempo irraggiungibili. E quanto tarda ad arrivare la prima sconsideratezza, la prima infedeltà, la prima ripicca?, quanto si tarda a sapere – glielo anticipo – che non appena si conclude lo sconforto per la loro mancanza, inizia, quasi senza alcuna interruzione, la condanna della loro presenza? E che

se questa termina non è che per inaugurare ancora ipso facto il tormento della mancanza di tormento?

»Immagino che lei abbia avuto d'altronde ampiamente occasione di ammirarla: le labbra carnose, la capigliatura abbondante e ancora in disordine sopra il cappotto di pelle, lo sguardo terso, altezzoso...

–Senta signore, è da mesi, mi sembra anni già che passo in questo negozio, ogni giorno e a questa stessa ora, e con una dedizione e una perseveranza che sfiorano certamente l'ossessione, quasi la nevrosi direi, e neanche bene sono riuscito a vedere una sola volta la donna del suo delirio. Temo che lei si svegli troppo spesso all'alba e non dorma come dovrebbe.

- Non creda, l'ho vista entrare l'ultima volta neanche quattro giorni fa, le labbra carnose, la capigliatura abbondante, ancora la morosa impudicizia del sonno nei suoi gesti, nei movimenti del suo corpo nudo – mi creda –, meraviglioso sotto il cappotto.

Non mancò nessuna delle mattine successive. La dispensa tornò a riempirsi di marmellate, di pacchetti di biscotti e pane tostato, e il latte tornò a inacidirsi in cartoni consumati a metà da tutte le parti; i vasetti di burro si irrancidivano senza arrivare nemmeno a iniziarsi, invecchiava il pane e non c'era data di scadenza che non fosse superata né tolleranza coniugale che sopportasse con qualche retrogusto sgradevole di pazienza o conformità i raddoppiati propositi di quei giorni.

Da quando udì per la prima volta il cliente del negozio all'inizio di quell'inverno interminabile – fu solo un inverno o tutto il tempo era inverno? -, non aveva smesso un solo istante di desiderare quella donna sconosciuta, di anelarla, di sognarla spiacevolmente da addormentato o da sveglio. Non poteva vivere senza vederla, senza l'idea per lo meno di poterla avere un giorno alla sua portata, al suo fianco, senza concepire anche solo quella possibilità, quella cifra opposta alla sua routine, quella replica a un desiderio intorpidito dall'ammansita quotidianità della svogliatezza.

Tornarono, in termini senz'altro sempre più agri che minacciavano di precipitare manifestamente la loro effettiva separazione, il rimprovero per le spese e lo scompiglio della mattina, ma solo come preambolo all'alito da grappa del ritorno e a certe dissimulate presunzioni sportive che gli causarono questa volta, senza dubbio dovuto al contributo supplementare dell'alcol, una strana serie di disordini e leggere complicazioni respiratorie. Lontano dal combatterle fino al suo completo ristabilimento, un furore ineluttabile offuscava i suoi passi – era un uomo insistente, ossessivo – e lo trascinava a uscire e a correre per l'isolato come un'anima in pena, fermandosi solo per recuperare febbrilmente il respiro e per dare allo stesso tempo un'occhiata, sempre più rapida, più

smarrita ed erratica, all'interno del negozio di prodotti alimentari, dove la coppia già ben avanti con gli anni – lei aveva un viso agro – alzava imperterrita lo sguardo un momento e una donna, con un giaccone in realtà estremamente grande, cercava invano con tutti i mezzi alla sua portata di offrirgli effettivamente, e anche con sempre maggior disperazione, qualcosa come una consolazione, un appoggio o una razionalità sufficiente dopo lo scampanello tuttavia progressivamente più spiacevole, più imprevisto e frequente.

I problemi respiratori finirono per completare un quadro per niente promettente di complicazioni polmonari che lo ridussero in modo ineludibile a stare a letto durante le successive settimane. Più che mitigarsi, i danni della malattia sembravano tuttavia aggravarsi con il passare dei giorni e ciò dovette senza dubbio mettere un freno all'apprensione con cui il corridoio si era via via riempito giorni prima di mobili imballati, di valigie e cartoni in cui quasi sicuramente non si sarebbero potuti trovare né maglioni a collo alto, né capi di color marrone né romanzi di Benet.

Si prese cura di lui con attenzione e condiscendenza – ci sono sollecitudini che puntellano una relazione per tutta una vita – fino a che una mattina egli dovette sentirsi senza dubbio un po' meglio di come era solito in quei giorni. Nonostante fosse sicuramente lontano dal suo ristabilimento completo, si alzò presto un'altra volta e scese immediatamente in strada malgrado le lamentele e gli impropri di lei. Da allora, non smise un solo giorno di frequentare di nuovo il negozio, e non solo all'alba, ma anche durante tutto il resto di una giornata la maggior parte della quale trascorreva nella zona servita dal negoziante impassibile, con la solitaria compagnia dei bevitori di grappa all'alba e, più tardi, di altri clienti che non potevano certamente in sua presenza evitare una scomoda sensazione di inquietudine – un schiocco, una respirazione più accentuata, un costante nervosismo nella postura.

Dopo qualche giorno, tornò a casa all'alba carico un'altra volta di borse della spesa. Dopo aver aperto l'uscio, si fermò in modo meccanico di schiena alla porta, appoggiò tutto il peso sul piede destro e, prendendo quella gamba come asse, si gettò leggermente in avanti con la testa piegata – e dondolandosi un momento con una borsa strapiena in ciascuna mano – per spingere senza girarsi, mediante il tallone della scarpa sinistra parsimoniosamente all'indietro, la porta d'entrata della casa fino a chiuderla. Lei non si era ancora alzata e quella fu l'ultima volta che credette di vederlo.

Aveva contemplato mille volte quel gesto dal letto, mille volte negli ultimi tempi quel movimento indolente, minuscolo, esausto, ma si rese conto subito tuttavia che non lo aveva mai visto in realtà. Quel gesto – del tutto insignificante tanto era domestico - non

sapeva come riassunse all'improvviso quel giorno tutti i suoi odi e tutte le sue insoddisfazioni, condensò all'improvviso anni di repulsione e dissapori improvvisamente messi lì incredibilmente in evidenza e colmò, senza ombra alcuna allora di dubbio – ci sono banalità che un giorno irremissibilmente fanno crollare l'intera struttura di una vita – , tutto il non poterne più di quell'inverno e tutto il malessere e l'irritazione contenuti per anni interi di radicata tenacia della routine.

Si alzò immediatamente dal letto con una violenza insolita e senza mettersi niente andò direttamente all'ingresso. «Manderò qualcuno a raccogliere le mie cose», gridò mentre si metteva con la massima celerità le scarpe ed egli la vedeva prendere, terrorizzato, a lato del cappotto grigio scuro che aveva appena appeso – ma era sempre stato lì? -, un vistoso capo di pelle che lei si mise subito sopra, così com'era, per uscire una volta per tutte – le labbra carnose, la capigliatura abbondante, la morosa impudicizia ancora del sonno nei suoi gesti – definitivamente da quel numero diciassette di una strada in pendio.

Il passante

In memoria di Andrej Tarkovskij

Per quanto mi sia messo a pensarci sopra già da tempo, soprattutto a mano a mano che si decantava con forza l'ambivalenza del mio sentimento iniziale verso di lui, non sono riuscito a distinguere attraverso un qualche indizio di certezza il momento in cui dovetti notarlo per la prima volta. Mi è venuto in mente che doveva essere in ogni caso in quel suo peculiare atteggiamento, così improbabile e allo stesso tempo così comune, di appoggiare i gomiti su un bancone in fondo a un locale, di mantenersi in piedi, curvo e tuttavia eretto, con la gamba destra piegata sopra il saliente dello zoccolo del bancone e un bicchiere, sempre a quanto pare a metà, davanti a uno sguardo scarso e vano la cui devastazione si smarrisce di tanto in tanto tra i presenti e finisce per conferire a tutta la sua persona – se per caso poteva ancora esserci qualche dubbio al riguardo – quell'indole malinconica che lo rende per me così inconfondibile, a prima vista, non appena metto piede in qualunque bar a qualunque ora del giorno o della notte, e che il locale sia vuoto o gremito, e che l'ambiente sia limpido o congestionato di fumo, musiche e volti.

Ciò nonostante quella posa, anche se è tra quelle che lo caratterizzano meglio o quella che forse con maggior frequenza si incarna davanti a me, non è per niente l'unica che assume nelle numerose occasioni – sempre più costanti – in cui l'ho via via incontrato durante questi ultimi tempi, dato che non solo lo me lo incrocio nei bar in cui sono solito comparire di tanto in tanto, ma anche negli itinerari che sono solito seguire per andare a casa o al lavoro, per le strade in cui passeggio o alle vetrine davanti a cui mi fermo. E come se non bastasse, la sua assiduità negli stessi luoghi sta finendo per essere quanto meno esattamente la stessa che negli ultimi mesi ho io, dato che se andiamo a controllare, saranno contate le occasioni in cui non lo incontro ultimamente quando entro in un bar, quando esco un momento a stirare le gambe o quando vado a fare qualsiasi commissione in qualunque luogo non solo del quartiere, ma persino di qualsiasi altra zona della città.

Un giorno – non si arriva mai a sapere perché allora e non prima –, ci si accorge di una certa persona e ci si rende inavvertitamente conto che lo si è già incrociato in occasioni precedenti, che lo si è visto numerose volte prima di quella nonostante solo allora si sia prodotta una coscienza della ripetizione, e la sua repentina familiarità si raffigura in quel momento come una sconsideratezza retrospettiva o una negligenza della conoscenza o della sensibilità. A partire da allora, tuttavia, non smette uno di inquisirsi riguardo al

presumibile corso retroattivo delle proprie concomitanze – come se in esso si trovasse in fondo qualche vantaggio imprescindibile per la memoria – e di fantasticare sulla probabile personalità, gusti o dolori di colui che da quel momento si è incorporato in qualche modo quanto meno nella propria curiosità.

All'inizio, malgrado a dire il vero non potrei nemmeno distinguere esattamente a quando risalgono quegli esordi coscienti, mi sembra di averlo incontrato in poche occasioni. Rare volte dovetti coincidere con lui e, quando succedeva, era sempre di sfuggita e di fretta, senza che ci fosse altra opzione che il constatare en passant la casualità o l'incrocio. Ciò nonostante, a poco a poco mi resi conto che mi faceva piacere trovarmelo per strada o incontrarlo in coda davanti a un autobus o al supermercato, e che quella serie di coincidenze, nello stesso momento in cui si addensavano e diversificavano il luogo e le ore – senza arrivare per questo mai a rivolgerci la parola –, mi produceva una sempre maggiore, sebbene di sicuro strana soddisfazione, soprattutto a mano a mano che avvertivo il modo in cui iniziavano, non solo a consolidarsi, ma a puntare verso zone del gusto o delle abitudini che confluivano spesso e volentieri nelle mie. Ricordo il giorno, a questo proposito, in cui lo incontrai per la prima volta in un cinema di periferia in cui proiettavano allora un ciclo di film di un regista russo minoritario. A partire da quel pomeriggio non smisi di vederlo nemmeno un giorno, mentre durò la programmazione menzionata, prendere posto in una poltrona solitaria della parte posteriore della platea e restare persino – come ero solito fare d'altra parte anch'io – a ripetere alcune proiezioni senza scomporsi minimamente né guardare in nessun momento nessuno, e senza nemmeno approfittare degli intermezzi per stirare le gambe, fumare una sigaretta o visitare la toilette, né accusare per questo la minima stanchezza di fronte a dei film densi, lentissimi ed estenuanti che, a parte me e a giudicare inoltre dalla scarsità di pubblico, a nessuno come a lui sembravano stranamente riguardare.

Altre volte riuscivo a distinguerlo – sempre per caso ovviamente e in ogni caso senza avviso previo – mentre passeggiava per ore pensieroso per il parco; oppure fermo, in piedi, con ostentata immobilità in mezzo a una strada o a un corso con il fine di scrutare il passaggio – sempre obliquo, sempre velocissimo – di una ragazza in bicicletta, o per cercare di distinguere invano il volo di qualche uccello – allodole, certamente – in primavera. A volte mi veniva voglia di parlargli, di avvicinarlo, ma quanto più grandi erano i desideri che mi assaltavano di interpellarlo o almeno salutarlo, tanto più mi tratteneva un strana sorta di pudore, io credevo, o di impedimento più o meno tabù che si faceva simultaneamente e al tempo stesso inaspettatamente forte rispetto a lui.

Un giorno me lo trovai anche in una delle librerie del centro della città che sono solito

visitare con maggior frequenza. Mi sorprese – suppongo anche piacevolmente – verificare subito che i libri che sfogliava erano soliti essere sempre curiosamente di mio gradimento o di mia incombenza, e che tastava vecchie edizioni o curiosava tra le novità con un impegno e un interesse che all'inizio potevano sembrare al limite del vorace, per non acquistare alla fine, tuttavia, che un paio di mappe e un paio di guide di una città centroeuropea a cui prima non aveva dedicato nemmeno la minore attenzione. Più avanti, avrei percepito anche come osservava esattamente lo stesso comportamento il resto delle volte che riuscii a coincidere con lui in libreria, forse salvo il fatto che ho sempre creduto di distinguere poi tra i suoi acquisti le stesse mappe e le stesse guide.

Ma il luogo in cui con maggiore assiduità ero solito incontrarlo era il bar, sempre in piedi, in una postura che nonostante dimostrasse un'abile destrezza nelle maniere con il bancone, il cameriere o il locale, non smetteva mai di rivelare senza dubbio un profondo disagio e una distante stranezza. Non si sapeva mai se aspettava qualcuno o se si era recato lì proprio per non aspettare effettivamente nessuno; e nemmeno si poteva mai chiarire se aspettava un bicchiere di vino, se lo aveva già consumato, o se al contrario era lì per qualsiasi altra cosa tranne che per bere un bicchiere di vino, o di qualsiasi altro liquore, nella postura perfettamente inconfondibile del bevitore di alcol. O persino, nel caso forse nemmeno evidente in cui tenesse un bicchiere davanti a sé sul banco e questo fosse suo –ciò che d'altra parte non smetteva senza dubbio di verificarsi, anche se non così spesso come all'inizio mi sarebbe potuto sembrare –, nemmeno si arrivava mai a discernere se il suo bicchiere era a metà perché aveva già effettivamente consumato quello che si supponeva fosse stato pieno momenti prima, o perché, al contrario, rinunciava invece a bere quello che non era mai stato riempito prima o aveva raggiunto proprio la sua misura.

Ma la cosa certa era che non avrei potuto negare che mi piacesse incontrarlo – la mano destra che chiudevava i risvolti del suo enorme cappotto durante l'inverno, o una curiosa piuma bianca di uccello che spuntava appena dall'occhiello della sua giacca in primavera –, e che ero contento ogni volta che scrutavo la sua sagoma in fondo a una strada o a un locale, che iniziavo a sentirmi, in conclusione, quasi come accompagnato dai i suoi incontri, dal calore di vicinanza che emanava il suo riconoscimento da lontano, il suo passaggio momentaneo al mio fianco, la sensazione della sua presenza intorno a me; sebbene le volte in cui uscivo di casa deciso a cercarlo, o con la tacita intenzione di incontrarlo, non lo incrociassi mai, anzi, bastava che pensassi di incontrarlo perché non riuscissi a vederlo tutto il giorno; per questo l'incontro si produceva solamente in modo imprevisto e fortuito, mai premeditato né voluto, aleatorio, e quando, nonostante il

desiderio e la volontà, si arrivava a verificare – ciò che, come ho già detto, aveva luogo progressivamente con maggiore frequenza – mi riempiva sempre di più di una rara soddisfazione in realtà non estranea – come sono arrivato a sapere poi – a qualche forma equivoca di compiacenza.

Più di una volta mi ero chiesto già allora riguardo la vera natura di quella simpatia o di quel gradimento, riguardo l'indole di quella strana fonte di attaccamento e attrazione la cui naturalità iniziai a pensare se fosse dovuta a quelle apparenti affinità, a un presagio di un futuro intendimento o a una qualche tacita necessità di complementarità o associazione che a quanto pare, e di modo che forse istintivamente arrivavo persino a mettermi in testa che fosse indispensabile per allora, avevo creduto si sarebbe potuta soddisfare in qualche modo con lui. Tuttavia, a mano a mano che trascorreva il tempo e si andavano intensificando le nostre coincidenze – senza che per questo arrivassimo mai a dirci una sola parola o a scambiare il minimo saluto, e nemmeno un sorriso o uno sguardo di riconoscimento –, iniziarono ad assalirmi, a poco a poco e inavvertitamente, non inquietudini ma direttamente apprensioni o addirittura sospetti riguardo al suo modo di essere o comportarsi.

In effetti lo avevo visto sempre solo, sempre con un'aspra tristezza nel fondo di uno sguardo vano e sfuggente che probabilmente non arrivava in realtà a guardare quasi mai da nessuna parte. In nessuna delle molteplici occasioni in cui avevo prestato attenzione a lui – ogni volta con maggior impegno senza dubbio e aspettativa – lo avevo visto parlare o passeggiare con qualcuno né andare o tornare con determinazione da nessun posto e, ciò che non poteva se non sembrare una solitudine incorreggibile, iniziai ad alimentare in me una crescente e impreveduta pietà sospettosa verso di lui.

Lo contemplavo mentre camminava sempre assorto lungo il lato interno dei marciapiedi, quasi sfregando le facciate e i salienti delle vetrine e degli annunci, e più di una volta lo vidi scontrarsi quasi con i clienti che uscivano all'improvviso da un negozio o un portone di fretta o rimanere indolentemente sbalordito, indifeso davanti all'imboccatura di una strada dopo aver perso l'appoggio e il rifugio delle case. Lo incontravo la notte il venerdì, il sabato, la domenica intera mentre deambulava in un parco o davanti a un cinema o vicino a un bancone, nel fondo isolato di un locale indifferente. A volte, estraeva una mappa piegata dal cappotto e la apriva lentamente, appianandola poi con il palmo aperto della mano contro una buca delle lettere o sopra un bancone. Trascorreva allora il tempo perso cercando o forse verificando luoghi e itinerari e piegando più tardi e ripiegando, con un ordine nelle pieghe ogni volta diverso e un impegno vano e rinnovato, quei piani che lasciava poi sempre stesi, tanto erano

esasperanti, in qualunque angolo di un bar o sopra qualsiasi superficie dell'automobile.

In qualche occasione, sono arrivato anche a vedere come inquisiva a un passante qualsiasi nessuno sapeva molto bene che informazione o recapito stendendogli la mappa all'improvviso davanti agli occhi e senza pronunciare nonostante ciò una sola parola, ma aiutandosi il più possibile con qualche gesto esplicito di sconcerto per il quale non doveva, in realtà, concretizzare alcun gesto addizionale. L'interpellato rispondeva allora invariabilmente – e farfugliando sempre tuttavia qualche lingua straniera o, nel caso non ne conoscesse nessuna diversa dalla propria, deturpandola con impegno per farsi così senza dubbio capire meglio – che o quella mappa era sbagliata o quella in nessun modo poteva corrispondere non solo alla città ma nemmeno al paese in cui si trovavano. Ma davanti al suo sguardo incredulo e recalcitrante, e alla parsimonia nel ritirare il piano o nel dichiarare di aver capito, c'era chi continuava a dare spiegazioni e a impuntarsi o a discutere – evidentemente solo con se stesso – e finiva persino per stracciargli con rabbia la mappa in quattro pezzi e per lanciarglieli subito dopo in faccia, non senza prima aver confutato interamente con violenza – e senza dubbio unicamente a se stesso – persino la minima possibilità che fosse la realtà – e non la mappa – quella che magari poteva essere sbagliata.

Malgrado ciò, quel movimento di inquietante pietà verso di lui, lontano dal consolidarsi, si andò combinando sempre di più, e sempre più svantaggiosamente, a un miscuglio di curiosità quasi morbosa all'inizio e a un incipiente sentimento di ripudio più tardi che, nonostante da principio fosse timido, lasciavo via via si sperimentasse in me senza che gli opponessi, è vero, eccessive obiezioni. Effettivamente, se da un lato la bizzarra indole della sua solitudine non riusciva che a ingrandire in me l'interesse verso la sua persona e a incrementare le cabale riguardo il suo passato e riguardo la causa di quella radicata e virtuale malinconia, allo stesso tempo non sembrava sortire per niente lo stesso effetto la natura così profondamente incistata, rarefatta e onnipresente che si poteva percepire da un simile atteggiamento in qualsiasi luogo e a qualsiasi ora. Anzi al contrario, il suo sguardo povero, obliquo e insicuro, di una lentezza tuttavia spasmodica e assorta che anche se alla fine non guardava niente non per questo smetteva mai di guardare, e persino la sua inconsapevolezza, d'altra parte, di quella minuziosa e sproorzionata importanza che per il solitario paradossalmente di solito racchiude ciascuno dei gesti che adotta o dei movimenti o modi che vanamente intraprende, iniziarono a insolentirmi rispetto alla mia prima impressione di simpatia, di affinità e compiacenza verso lui, e ancora di più quando volli rendermi conto della viscosa esaltazione di cui in fondo rendeva oggetto la sua debolezza, della sua categoricamente fedele impotenza nell'abbordare una persona, una

donna o dei presenti, nell'affrontare una strada o muoversi in un locale.

Ma la cosa certa era che non si trattava nemmeno di quello dato che, quanto più lo osservavo, allo stesso tempo in cui si rinnovava e allargava in me un sentimento di disaffezione che in maniera sempre più inattesa favoriva persino la più evidente delle repulsioni – ciò nonostante non per questo diminuiva la mia curiosità –, tanto più mi rendevo conto che davanti a me avevo un essere troppo solo per essere solamente solo e che, quando si apriva improvvisamente la porta di un bar in cui si trovava, in nessun caso alzava mai lo sguardo per scrutare chi entrava come fanno immediatamente in un locale i solitari, mossi automaticamente dalla molla della speranza di vedere arrivare qualcuno di conosciuto o, al limite, chiunque sia suscettibile di poter forse mitigare la loro solitudine per quel giorno. Però mai arrivai a vedergli un movimento di inquietudine a questo proposito, un accenno ad avvicinarsi a qualcuno o intavolare qualsiasi tipo di relazione né seria, né frivola, né di qualsiasi altro tipo e, se qualcuno per caso si dirigeva a lui per chiedergli qualcosa o se aveva da accendere o per fargli qualche commento triviale o scontato con il fine probabile di entrare in conversazione o gettare una corda alla sua solitudine, egli quasi mai rispondeva e molte volte dissimulava e, se lo faceva, era in un modo sommario e scomposto, praticamente inudibile, che in nessun momento lo faceva uscire dal suo isolamento né conferiva al suo interlocutore la minore opzione per proseguire.

Un pomeriggio della scorsa estate, in cui il proprietario di uno dei bar in cui più frequentemente ero solito incontrarlo allora aveva lasciato completamente aperte le porte del locale – senza dubbio dovuto all'insopportabile afa che faceva lì e con la sicura intenzione di mitigarlo in parte con l'aria fresca della strada –, lo vidi all'improvviso staccarsi dal fondo del bancone per uscire e, non credo fosse perché avvertisse – non so come, a dire la verità, perché non mi ero ancora mosso – che io mi disponevo a seguirlo, ma senza dubbio a causa di quell'indole riservata, completa e sorda della sua solitudine, una volta superata la soglia dell'uscita e fatti due passi fuori, si fermò all'improvviso stordito con la sensazione di sicuro potentissima e opprimente di essersi lasciato la porta aperta dietro. Fece ancora un gesto assorto di contrarietà e tornò immediatamente indietro a chiuderla. Quel gesto – non potrei dire bene perché – mi fece iniziare a odiarlo, a provare apertamente per lui una sorta di repulsiva ostilità che da allora non ha fatto di certo che crescere e diventare più profonda.

Io non so se lui mi ha notato qualche volta, forse non si è nemmeno reso conto ancora delle innumerevoli volte in cui da qualche tempo ci siamo incrociati e incontrati in un luogo o in un altro, della concomitanza dei nostri spazi e itinerari e della sovrapposizione

dei nostri ritmi; e tanto meno – certamente – avrà avvertito che lo seguo, che la sua figura mi inquieta e irrita la mia calma, e la sua presenza è andata accrescendo in me durante questi ultimi anni – perché di sicuro bisogna parlare di anni se si vuole fare qualche calcolo – sentimenti profondi e opposti di uno strano e scabroso riconoscimento.

Ad ogni modo, il tempo trascorso è già molto e, nonostante la mia relazione con lui abbia attraversato diverse fasi e stati d'animo contraddittori, ora non ho nessun dubbio sul fatto che, se qualche volta scrutava il cielo durante le sue passeggiate, in alcun modo era per cercare di scorgere il più alto e improbabile tra i voli degli uccelli, quello delle allodole in primavera – che altro poteva essere altrimenti –, ma perché doveva sapere con certezza che qualsiasi tentativo, per lo più urbano e che non si poteva nemmeno definire tentativo tanto assorta e remota era l'osservazione, indefettibilmente era condannato al fallimento in tutto e per tutto. Allo stesso modo, anche se percepiva il transito – sempre inclinato, sempre velocissimo – di qualche ragazza in bicicletta, quello che avvertiva piuttosto – sono sicuro – era il fatto che fosse passata più che il suo passaggio vero e proprio, e non c'è bisogno di dire che, se sfogliava qualche libro con ciò che a prima vista poteva sembrare persino voracità, era solo perché l'atto di girare le pagine smentisse qualsiasi altro interesse che non fosse proprio il fatto di girare le pagine e di acquistare alla fine – senza altra attenzione né incentivo che quello di allungare una mano automatica verso uno scaffale conosciuto – le stesse mappe e gli stessi due esemplari della stessa guida di una città centroeuropea.

Ma ciò che mi fece perdere la poca sopportazione pietosa e condiscendente che ancora conservavo in relazione a lui e che elevò al massimo definitivamente il mio fastidio per la natura incistata e inappellabile della sua malinconia, fu il particolare di un pomeriggio – che doveva essere di primavera a giudicare dalla piuma bianca di uccello, non so se di premonizione, a un occhiello della giacca – in cui lo vidi passeggiare con la sua abituale e riservata asprezza, d'altro canto ostensibile come poche volte, lungo una strada silenziosa del centro storico della città. Dietro di lui si andava avvicinando il tacchettio secco e ballerino, estremamente suggestivo e promettente nella sua leggerezza sonora, di passi senza ombra di dubbio femminili. Per quanto possa sembrare poco credibile, e ancor più a mano a mano che si avvicinava chiaramente incantevole il tacchettio, che gli che gli arrivava addosso, che gli mordeva i talloni con l'intrigante stimolo della sua inquietudine e tra poco l'avrebbe superato, in nessun momento mostrò il minimo interesse, la minore aspettativa tanto da girarsi, per vedere chi era e si avvicinava e se veniva per caso verso di lui o se avesse magari potuto farlo; e non solo non arrivò mai a voltarsi indietro, ma nemmeno a realizzare il minor gesto di girarsi, il minimo sintomo di intenzione, come

nemmeno, un momento dopo, consentì a sentirsi alluso dallo sguardo della giovane – bella, con il tacco alto – che alla fine lo lasciò indietro sorridendo.

A partire da quel pomeriggio il mio sentimento di avversione non ha cessato di maturare e accentuarsi. Sono arrivato a detestarlo con tutta la mia anima, a disprezzarlo nel più profondo quando me lo trovo intontito davanti a un incrocio o lo scopro assorto tra la moltitudine dei venerdì notte davanti a un bicchiere – di certo a metà – che non so nemmeno per giunta se ha chiesto per bere o per rifiutarlo. Ho provato a non rivederlo, a cambiare le mie abitudini e i miei itinerari, a cambiare supermercato, edicola e libreria, a non andare al cinema, a non passeggiare, a sconvolgere in definitiva i miei ritmi e a restringere o rimpiazzare i miei territori. Ma è stato tutto invano, continuo a incontrarmelo non appena esco di casa, non appena faccio un passo o mi reco a fare colazione o a bere un bicchiere vespertino, fino al punto che sono persino arrivato a pensare che sia lui, e non io, che mi perseguita, che rastrella a modo suo per la città le mie impronte e il mio carattere, che alberga una curiosità inospitale o un pietoso disprezzo per la mia persona, e allo stesso modo è arrivato di certo persino a odiarmi tanto quanto io odio lui o, come se non bastasse, addirittura il mio rancore forse è solo la pura proiezione del suo e magari tanto più lo aborro quanto maggiore è il suo disprezzo per me.

All'inizio mi bastava pensare di incontrarlo perché non accadesse in tutta la giornata, ma adesso il minore desiderio o la speranza più nascosta di non vederlo me lo stampa per strada all'improvviso e senza la minima remissione. Ed eccolo lì, come un imbambolato che non sa e non vuole sapere cosa fare con la sua solitudine, con le sue fastidiose guide sotto il braccio e i suoi piani piegati e ripiegati in modo febbrile e incomprensibile, come una persona intontita, apatica e persa sempre non si sa se nella città o nel piano o nella perdita stessa. Ho già detto prima che non lo vidi mai incontrarsi con qualcuno né cercare mai nessuno, e mai notai che aspettasse qualcuno se non forse, e in un modo remoto e magari categorico in fondo, se stesso, che il sé tornasse dopo aver perso un momento la protezione delle facciate per le strade o l'astrazione del suo sguardo dopo aver alzato inutilmente gli occhi verso una sensazione o un ricordo – ancora l'Europa centrale? - del volo elevato delle allodole.

Qualcosa la cui importanza forse non ho saputo se non sottovalutare, o chissà se addirittura istintivamente silenziare o persino impegnarmi ad accantonare pur sapendolo – forse un progetto o un'incombenza, o magari una potenza o una donna –, ma senza dubbio vincolato in qualche modo alle sue sventurate guide e ai suoi piani indemoniati, dev'essere quello che doveva effettivamente aver perso e, tuttavia, non ancora tutto se stesso in tale perdita. Perché d'altra parte probabilmente restano pochi dubbi arrivati a

questo punto che il segreto, o perlomeno lo spazio di tutto quello smarrimento, deve essere cercato nelle guide che compra sempre in coppia e nel disorientamento della sua relazione con quei piani che spiega a caso e a volte dimentica, o gli cadono, davanti a un semaforo o sulla cappotta di una macchina, o in alcuni dei bar in cui poi il cameriere li accumula per venderli più tardi ai turisti di sicuro in viaggio verso quel paese o quella città centroeuropea.

Però chissà se, d'altra parte, ciò che in realtà sta cercando – se davvero cerca o aspetta qualcosa – non sia se non arrivare a perdersi definitivamente o a perdere piuttosto quella parte di sé che magari ancora si ostina, arrivare a non patire più né l'inquietudine dell'imbocco delle strade né la sensazione – o il ricordo, o la pulsione forse non completamente dominata – delle allodole in alto, né l'apparente invito dei libri né l'ambiguo sostegno dei simulacri e delle mappe. Forse in fondo sta solo chiedendo a gran voce con l'insolenza della sua attitudine solitaria che lo aiutino a concludere finalmente la stravaganza della sua afflizione, l'ostinazione di spiegare in modo ripetitivo il piano davanti ai passanti non per domandare qualcosa, ma proprio per non domandare assolutamente niente, per chiedersi di nuovo – e di sicuro solo a se stesso – se è la città a essere sbagliata o il piano, o piuttosto il passante o persino la mera e presuntuosa rappresentazione o, perché no, il fatto stesso di domandare o anche solo insinuare quella domanda che forse non lo è nemmeno, perché chissà se non è arrivato anche per colmo forse a intuire da tempo che ciò che è sbagliato magari è solo l'errore, la concezione stessa dell'errore, e che ciò che si considera tale non dovrebbe in realtà essere considerato più di un esperimento di cui l'errore è solo il logico coronamento e limite necessario, e forse proprio il segnale per ricominciare ancora – con meno illusione, ma non per questo con maggior sapienza – o altrimenti per iniziare – se perde vigore l'impegno o la pazienza o la gioia di vivere - a tornare definitivamente. Ma questa intuizione, che non posso fare a meno di sospettare che gli appartenga già da molto tempo, questa convinzione – potrei persino dire – del fatto che tale comprensione deve necessariamente arrivare sempre tardi o perlomeno quando non si può in realtà più fare niente perché una persona smetta di essere la nefasta conseguenza della sua concezione ora denigrata e ridicola dell'errore – e non il suo continuo e insistente, per quanto inutile, esperimento –, fa sì che non sia in grado effettivamente di vedere in lui, per quanto riesca a sforzarmi, che il repulsivo oggetto delle mie ire più intime e del mio rancore segreto.

Per questo lo aborro ogni giorno di più, perché con la sua apparenza desolata e ridicola è riuscito a spingere anche me a cadere in quei luoghi impervi della ragione solitaria, in quella voragine infame del suo abbandono e della sua disperazione. Sono arrivato a

deplorare ogni suo gesto, ciascuna delle posture che adotta o dei movimenti che intraprende, e cerco di evitarlo con tutte le mie forze, sfuggirlo di giorno e di notte, e tanto nella realtà quanto nell'immaginazione. Non appena lo scorgo cambio marciapiede o svolto in un'altra strada; ho eliminato le passeggiate vespertine, la parsimonia dopo il lavoro o davanti alla coda dell'autobus, le visite alle mostre o il passeggio domenicale, e ho persino finito per schivare le mie abitudini o le mie necessità più semplici. Molte volte non esco, non mangio, e ho iniziato a mancare al lavoro. Ma qualunque accortezza per svignarmela, qualunque attenzione per eluderlo è inutile, perché persino la minima uscita, la minore commissione o l'itinerario più inverosimile, non già della città, ma di certo anche della memoria, me lo riporta davanti agli occhi come se fosse un fantasma. Mi inquieta persino la sola sensazione della sua presenza, mi tormenta l'ossessione di incontrarmelo a ogni passo, a ogni pensiero; so che mi segue, che mi spia, che mi perseguita, che cerca di catturarmi nella logica irremissibile della sua perdita, dove solo è andato a cercarsi attraverso lo smarrimento delle sue mappe e della mia avversione.

Ma oggi finalmente sarà l'ultimo giorno, da oggi non può passare e proseguire così ostinatamente come finora, non può continuare ancora questa scalata assurda e tacita del nostro comune disprezzo, del nostro mutuo rancore – perché ora non ho più alcun dubbio sul fatto che è solo odio, un odio preciso e vendicativo, ciò che lo spinge a tormentarmi.

Questo pomeriggio mi preparerò e uscirò in modo risoluto a incontrarlo, un incontro aperto finalmente e senza circonlocuzioni, costi quello che costi affrontarlo e nonostante debba ripercorrere in senso contrario tutti i meandri della città o dell'anima attraverso cui esasperatamente l'ho incontrato o l'ho schivato durante gli ultimi tempi.

Mi farò la barba – questo sì – con accortezza, utilizzando tranquillamente il rasoio davanti al mercurio scolorito del mio specchio, e mi agghinderò come si addice a un appuntamento posticipato per molto tempo. Mi metterò la camicia verde di cotone – che avrò previamente stirato con le mie migliori abilità per l'incontro – e i pantaloni di lino abbinati alla mia giacca migliore. Ma prima sarò già ricorso al doppio fondo dell'armadio e l'avrò estratta con attenzione, avrò scomposto le sue parti una a una in anticipo e le avrò lubrificate tutte in modo scrupoloso per assorbire poi con impegno l'eccesso di grasso accumulato sulle superfici e sfuggito negli angoli. È curiosamente piccola per la sua potenza, un modello di grande calibro ideato solo in sette pollici e mezzo di lunghezza e con una canna di poco più della metà di questa longitudine. In totale non deve pesare molto di più rispetto a una buona macchina fotografica di un appassionato e ciò nonostante il suo calcio ammette caricatori che contengano fino a sette proiettili – oltre a uno in canna–. Di sicuro è senza impugnatura e tutto il telaio è fatto di una lega molto

leggera. Il mirino posteriore è regolabile e i manici sono in legno, a quanto pare di buona qualità, con rifinitura in acciaio ricoperta di antiruggine nero. Per ragioni evidenti di peso, la molla di recupero e la barra di guida, al posto di comparire separatamente come si usa al momento, formano una singola unità. Oliandola di sicuro me ne sarò effettivamente reso conto di nuovo e non avrò vacillato nel ripassare con accuratezza il panno attraverso i punti più ostili. Il risparmio nel peso ha anche eliminato per compensare qualsiasi dispositivo di ammortizzazione, perciò la Star modello PD è priva di forti rinculi, cosa che a chi la impugna conviene tenere sempre e in qualsiasi momento presente.

Lo incontrerò – sono sicuro – con il suo piano maledetto sopra il bancone del bar dove l'ho visto più volte in questi anni e la sua presenza, finalmente faccia a faccia questa volta, non farà che – non può che – colmare ancora di più se possibile tutta l'avversione insopportabile che ho via via nutrito pazientemente e accumulato senza misura per lui. Perché nonostante lo pensi non posso ammettere il minor dubbio sul fatto che sia lì, nemmeno il minor indizio di vacillamento che anche lui venga oggi definitivamente a incontrarmi e, anche se qualsiasi posizione o espressione in lui mi producono in modo irremissibile lo stesso obbrobrio e repulsione identica, so – è come se lo stessi vedendo – che ostenterà oggi di sicuro quel gesto inconfondibile con i piani come un insulto al mio arrivo. Ma in ogni caso sono sicuro che ci sarà, che deve indiscutibilmente essere lì – ci metterei la mano sul fuoco – anche solo per pentirsi subito, per maledire ipso facto – ma già troppo tardi – il giorno e l'ora in cui dovette concepire o lasciarsi trascinare dalla tortura di quest'incubo offuscato.

Sarà lì e, qualunque sia l'atteggiamento che adotterà quando mi vedrà o la sensazione che manifesterà, è evidente che non riuscirà che a incitare in modo ulteriore le mie intenzioni e avvalorare ancora di più – non ho dubbi – la decisione che avrei dovuto prendere già molto tempo fa. E il fatto è che inoltre ho capito finalmente – e forse l'ho saputo dalla prima volta che l'ho visto, ma senza volerlo ammettere fino a oggi – che, se davvero si ostina a piegare i suoi piani e a ripiegarli mille volte seguendo un bordo o un ordine nelle pieghe qualche volta diverso rispetto a quello che in un primo momento ha formato alla sua piegatura, è solo per ratificare alla fine la difficoltà, l'impossibilità – si potrebbe dire in fondo – che poi sia, come all'inizio, del tutto soddisfatto di come restino piegati e collocati. E, più ci prova, più ogni volta si convince di nuovo – potrei giurarlo – ciò succeda, in modo simile inoltre al modo in cui accade anche a una persona con le donne, perché se una volta, se una prima volta per caso si è amata qualcuna di loro in modo sincero e con tutto l'ardore e senza alcun pregiudizio e raziocinio con cui a volte si

può addirittura amare una donna, e questo ha inaugurato di conseguenza per una persona non solo la vita, ma anche le linee guida, lo stampo e la configurazione stessa e definitiva della vita, e poi tutto questo amore e questa ingenuità generosa e iniziale – sia perché è una legge il fatto che succeda così o a causa degli apparenti motivi, e che di sicuro avranno a che fare con le sue benedette guide della città centroeuropea – si sono perse o rovinate in un modo probabilmente brusco e univoco e sfortunato, allora mai più, mai più in nessun momento o luogo, una persona potrà ricomporsi di certo in modo minimamente soddisfacente secondo un altro ordine o altri bordi che non siano i primi che gli hanno dato forma, quelli che di certo non potrà più seguire per rifarsi anche se solo alla fine attraverso i diversi tentativi successivi.

E tale idea, tale constatazione che giorno per giorno corrobora i suoi piani comprati e ricomprati e dimenticati – ora so che apposta e non per qualche dimenticanza - subito dopo averli usati sopra i banconi dei bar o la cappotta delle macchine, tale patetica e nauseabonda certezza al cui abbandono si riduce tutto il suo capitale e tutta la sua condotta, è l'unica forma di sopravvivenza di una vita che ha consacrato già da non so quanto tempo interamente a mettermi alle strette, a consumare la mia volontà e a pregiudicare la mia perseveranza, il mio raziocinio, è l'arma di zigrino con cui ha minato in modo audace tutta la struttura della mia allegria, tutta la ragione della mia speranza, la condanna che non ha avuto difficoltà a ricordarmi e rinfacciarmi ogni giorno, ogni ora a bruciapelo, e di fronte a cui sa fin troppo bene che sono del tutto privo degli argomenti sufficienti per una replica necessaria, salvo quello di ricorrere, come infatti ho dovuto fare oggi, al doppio fondo di un armadio per verificare infine anch'io che, nonostante le maggiori e persino infinite possibilità teoriche, non mi resta di sicuro che disporre, senza dubbio a causa di imponderabili ragioni personali, di un solo e unico proiettile – più un altro in canna.

Ma eccolo effettivamente già lì, con i suoi piani spiegati e le sue guide di una città centroeuropea, facendo cenno di domandare qualcosa – o piuttosto dimostrare, questo non si sa mai – a colui che è proprio appena entrato. Eccolo lì, mentre vuole fare comunque il finto tonto davanti al mio proiettile nel caricatore – più un altro in canna – , posizionato accanto al suo condannato calice a metà sul bancone che oggi gli farò vuotare eccezionalmente tutto in una volta e d'un fiato senza remissione fino all'ultima goccia. Eccolo lì infine, faccia a faccia, l'umore solitario, enigmatico e assorto con le sue domande bizzarre le poche volte in cui consente insolitamente di scollare le labbra, in quel suo atteggiamento, così improbabile e allo stesso tempo così comune, di appoggiare i gomiti su un bancone in fondo a un locale, di restare in piedi, curvo e tuttavia eretto, con

la gamba destra piegata sopra il saliente dello zoccolo del bancone e un'inquietante piuma bianca di uccello nella giacca da mezza stagione – era premonizione, o un regalo? - che si stacca ora definitivamente dall'occhiello mentre io mi sbottono proprio la giacca sportiva per introdurre con parsimonia la mia mano verso un grilletto che azionerà subito, di fatto senza maggiori soprassalti, il meccanismo attraverso cui un proiettile – più un altro in canna – uscirà subito colpendo quell'individuo il cui sguardo scarso e vano ancora distrae almeno per un istante dalla sua devastazione tra i presenti e la cui indole inconfondibilmente malinconica mi sta restituendo ancora, per l'ultima volta ora, il grande specchio dietro il bancone in cui a quanto pare molte volte si è isolata e intrappolata la ragione di quest'uomo che già, in questo stesso momento, quasi non riesco a vedere stampato sul mercurio – verde la camicia, stirata di recente, abbinata la giacca ai pantaloni di lino – perché, a una seconda e di sicuro riuscita detonazione – un solo proiettile nel caricatore –, ne è preceduta un'altra, in qualche modo fallita – un'altra in canna –, precisamente verso la zona inguinale, che mi ha appena fatto scoppiare in un urlo preparatorio e raccapricciante, mentre mi si accecano, infine, definitivamente in questo stesso istante, il dolore dei riflessi e le luci e le guide e il piano dello specchio dell'addio centroeuropeo.

L'uscita

Con una giornata così bella era imperdonabile restare in casa. Le gemme degli alberi sembravano aver prodotto come d'improvviso una tonalità di verde fresco per le strade e dovevano essere di sicuro merli quelli che prorompevano già la mattina con il loro canto arancione. Inoltre, aveva l'impressione che fossero giorni, o magari settimane, e forse persino mesi o, a ogni modo, molto tempo che non metteva un piede in strada, che non arrivava nemmeno a utilizzare una maniglia dorata con rilievi – erano motivi geometrici? – e dargli un giro di circa novanta gradi verso destra per lasciarsi alle spalle una porta aperta che un doppio giro di chiave, dall'esterno, avrebbe lasciato poi chiusa fino a un ritorno.

Il sole sembrava generare nelle cose la loro lucentezza migliore e doveva avere di certo commissioni da effettuare e obblighi di sicuro relegati da molto tempo, amici dimenticati nel disuso delle agende, acquisti da fare e inoltre impegni forse già difficilmente rinviabili. Chissà, d'altra parte, con quali coincidenze inaspettate o imprevisi non sarebbe stata capace di sorprenderla una giornata come quella in cui in nessun modo le sarebbero mancate, per il resto, distrazioni e divertimenti dopo un periodo di tempo certamente così esteso che non usciva. Quindi non avrebbe lasciato passare anche quella mattina per godere di un giorno così indiscutibilmente splendido, per riuscire a risolvere persino alcune delle sue pratiche in sospenso – raro è al giorno d'oggi il domicilio che non dispone in realtà di nessuna questione in fase di inoltro – e per raggiungere i luoghi, gli appuntamenti e le persone che di fatto formavano la sua esistenza. Perciò non c'erano ripensamenti, si sarebbe preparata in un istante e sarebbe uscita senza ulteriore indugio in strada, alla presenza della gente e alla gestione delle cose, al tratto dei commerci amorosi e di convivenza. Indietro senza dubbio sarebbe rimasta per un momento la casa, quell'allevamento di nervi e fantasmagoria, l'ordine dei suoi utensili e l'exasperata armonia delle sue ore, perché un giorno soleggiato e diafano come quello offriva con il suo aspetto una ragione sufficiente dall'esterno.

Ne avrebbe approfittato per porre busta e indirizzo alla lettera che aveva scritto da giorni e per inserirla nella prima buca che avesse trovato, certo, per questo avrebbe dovuto prima cercare bene nei cassetti qualcuna delle agende vecchie – in quella rossa, o in quella che le regalò Enrique? – in cui di sicuro aveva conservato quell'indirizzo. Non è che fosse a questo proposito, è vero, completamente decisa a mandarla – una lunga storia

di dissapori e malintesi sosteneva quell'indecisione –, ma non poteva fare e meno di spedirla dopo averla scritta d'altra parte con tanto sforzo e minuziosità. Di conseguenza la prima cosa da fare era frugare dall'alto al basso in tutti i cassetti fino a trovare di fatto l'agenda e, già che si metteva a fare ciò, cercare anche le ricevute che doveva pagare, gli scontrini precedenti e il libretto della banca, e i documenti necessari per iscriversi in un ente ospedaliero privato al quale già da tempo, sotto il consiglio di alcuni amici e crescente ipocondria personale, voleva davvero associarsi. Tuttavia, non cessava di avere in realtà, a questo proposito, una certa inquietudine di fronte alla possibile mancanza o pertinenza di qualcuno dei requisiti che si esigevano per la richiesta di entrata, poiché, in quel caso, sapeva molto bene che non poteva se non aspettarsi il più grossolano e inerme dei cedimenti davanti alla nota superbia degli impiegati dietro uno sportello, della cui insolenza – aveva sempre pensato – crediamo di non accorgerci non tanto a causa dell'abitudine quanto per la fiducia, inutile in fondo, di poter passare oltre l'ubiqua materialità del nostro continuo disonore.

Non sarebbe stata la prima volta, d'altra parte, che era priva di uno dei documenti richiesti, a dire il vero per il fatto che era del tutto assurdo, o non riuniva le caratteristiche adeguate, e l'inutile seccatura delle code – sempre lunghe, sempre in locali poco ventilati e con luce artificiale di fluorescenti –, aggiunta a quella risaputa e sicura umiliazione di fronte alla robusta arroganza dell'impiegato, la verità era che le costava un po' di fatica.

Ma sicuramente non sarebbe stato così grave e, inoltre, tra il cercare una cosa e l'altra e il prepararsi un po' per uscire, sarebbe passato ancora del tempo di cui non avrebbe guastato approfittare per fare anche una lavatrice e poter così stendere prima di uscire una biancheria che, con quella giornata, sarebbe stata di sicuro già perfettamente asciutta al suo ritorno. Perciò la prima cosa da fare, prima di tutto il resto, sarebbe stato mettere i vestiti sporchi, quelli bianchi in cotone ad esempio, nella macchina e – sperando che non le si fosse consumato proprio il detersivo per lavatrice, poiché, in caso contrario, non avrebbe avuto altra soluzione che farlo a mano – farla partire subito. Bisognava pensare a tutto e, d'altra parte, non era nemmeno una buona cosa che, visto che usciva un giorno, lo facesse senza attenzione e vestita con la prima cosa che le capitava in mano. Doveva indossare qualche capo, magari non da gran sera, ma perlomeno abbinata, di un colore vivace, dato che, nonostante da un lato se si fosse vista Isabel con un vestito in un certo senso più elegante o attraente del normale, automaticamente avrebbe suscitato – lei lo sapeva troppo bene – i sospetti vivamente competitivi della sua amica (giacché niente le impediva di interpretare quella – dal suo punto di vista – addizionale eleganza come una maliziosa allusione in contrasto con il depressivo abbattimento che lei soffriva dopo il suo

ultimo dissapore affettivo), dall'altro, non poteva nemmeno trascurare in un giorno come quello il suo vestito, dato che non ci sarebbe stato da sorprendersi che nel pomeriggio, che fosse al cinema o che stesse bevendo qualcosa in qualche posto, incontrasse per caso un amico qualsiasi e persino, chissà – avevano sempre avuto e conservato gli stessi gusti –, lo stesso Enrique. Anzi, le sarebbe convenuto non uscire senza prepararsi e perfezionare il trucco, perché è proprio nei giorni in cui si esce senza troppa attenzione che bisogna far fronte agli incontri più impegnativi.

Avrebbe fatto di certo una bella doccia prima di uscire o, ancora meglio, un bel bagno con i sali, tranquilla e rilassata, non senza essersi depilata comunque previamente in modo accurato le gambe ed essersi presa cura delle unghie a dire il vero trascurate per un po' di tempo. Ovvero, avrebbe messo a scaldare per prima cosa la cera – prima avrebbe dovuto già accendere la lavatrice – e immediatamente avrebbe regolato l'acqua affinché la vasca si riempisse, mentre procedeva a stendere su e giù la cera lungo delle gambe dove di certo non avrebbe avuto altro rimedio se non scontrarsi nuovamente con la sua età. Enrique – niente garantiva l'incontro, ma non c'era nemmeno motivo di scartarlo – era eccessivamente scrupoloso per ciò che riguardava la cura del fisico, anche se la cosa certa è che alla fine quasi niente risultava a beneficio di niente. La maggior parte dei tentativi di intimità che iniziavano tra loro – doveva ammettere – si concludevano poi così: con carezze progressivamente più tristi, più sordide, con sfregamenti, sogno, torpore, con niente; ma se non era con un corpo pulito e profumato – anche se con qualsiasi immondo sapone o profumo insopportabile – non iniziava nemmeno quello.

Avrebbe potuto chiamarlo prima di uscire di casa, ma ciò non avrebbe fatto che complicare cose che erano già di per sé abbastanza complesse. Se lui non dava segni di vita si sarebbero visti solo, se davvero si vedevano, in un incontro casuale; nonostante, a pensarci bene, non sapesse nemmeno se in realtà desiderava così tanto rivederlo. Piuttosto – se si metteva a considerare ciò – certamente addirittura la spaventava la possibilità di incontrarlo, di sentirlo, di vederlo per caso con un'altra persona – magari persino la stessa Luisa – o di sottomettersi senza dubbio alla lunga serie di rimproveri e vessazioni con cui negli ultimi tempi si concludevano invariabilmente tutti i loro incontri. La verità era che in fondo non aveva la minima voglia di rivederlo, inoltre, se si stancava, sarebbe stata addirittura disposta a non uscire di casa, a sacrificare quel giorno stupendo di sole e a rinviare ancora una volta tutti i suoi impegni se avesse avuto anche la minima certezza che l'avrebbe incrociato in qualche posto. Solo in casa, infatti, poteva essere al sicuro da lui, dalla sua detestabile bellezza e dalle sue maniere feline e ingannatrici che poi nel momento del bisogno l'abbandonavano sempre, lasciandola ansiosa, umiliata e svilita lei

sola sapeva fino a che punto. Solo tra le sue quattro pareti lui non sarebbe tornato forse mai a cercarla, a tormentarla, a minacciare la sua fragile serenità con un sorriso, con uno spiraglio semiaperto nel ricordo, con dei capelli trascurati sopra una tempia inconcepibile.

Ma doveva pensare che non era detto che lo avrebbe necessariamente incontrato; si sarebbe impegnata a evitare i luoghi e gli itinerari nei quali con più probabilità avrebbe potuto trovarsi nel suo stesso momento e si sarebbe avventurata in altri locali e ad altre ore, e, se fosse andata al cinema, avrebbe persino scelto di proposito, nonostante le dispiacesse, la programmazione più lontana di fatto dai suoi gusti. Non le avrebbe impedito di godere anche di un giorno come quello colui che le aveva già di certo distrutto tante cose e tante volte, e non avrebbe nemmeno evitato senza dubbio che si preparasse come le andava, come più e meglio aveva voglia. In fondo, una donna si fa bella sempre e solo per se stessa e ciò era né più né meno quello che stava per fare.

A ben vedere, ciò che le conveniva fare prima di tutto – persino prima di riempire la vasca e mettere a scaldare la cera – era lavarsi dei capelli che, anche se non erano in realtà sporchi né particolarmente poco curati, senza dubbio sarebbero migliorati in buona misura con un opportuno lavaggio. E avrebbe indossato il suo vestito nuovo in lino, seppure per questo avrebbe dovuto dedicarsi previamente a fare un po' di orlo alla gonna e a ripassare subito dopo delle cuciture, un'altra cosa che continuava a rimandare da tempo. Quest'ultima si sarebbe messa a farla per prima – solo dopo, evidentemente, aver messo in funzione la lavatrice affinché andasse da sola – perché non le passasse poi la voglia; tanto più che, se doveva in effetti passare in tarda mattinata in ufficio per consegnare i suoi ultimi lavori, le conveniva di certo essere ben presentabile e addirittura di aspetto gradevole, causare un'impressione piacevole come dicono – si sa, un incarico, un contratto, delle aspettative.

Non che fosse ciò che si dice di suo gusto di certo andare in ufficio, al contrario, ritardava in generale di continuo il momento di presentarsi là. In realtà, la disgustava in fondo dover entrare in quegli studi, doversi sottomettere, anche se solo per i brevi momenti in cui durava il colloquio, a quello sguardo di superbia e disinvoltura dell'Alto Dirigente, pieno di un'altezzosità viscosa che davvero la soffocava dall'esofago alla radice dei capelli. Inoltre francamente la disturbava dover salutare e scambiare poi gentilezze e lusinghe da una sezione all'altra con coloro che è molto probabile non provavano per lei che odio o disprezzo o, nel migliore dei casi, la più tagliente indifferenza. Per non parlare dei giorni in cui si vedeva trascinata più tardi ad andare a mangiare con chi non fa altro poi che aspettare sempre il minimo passo falso, la disattenzione più inavvertita, per assestarti poi un'umiliazione, un inganno, una gomitata nella bocca stessa dello stomaco

della dignità o della sopravvivenza. Di conseguenza, senza rendersi troppo conto a quanto pare e a spese di certo delle sue entrate e della sua carriera, era solita posticipare spesso di giorni, e persino settimane, e magari addirittura mesi o, in ogni caso, molto tempo le sue consegne per non trascorrere quel brutto momento, quell'insidia burocratica dell'angoscia.

Ma ora il giorno l'accompagnava e avrebbe ammorbido in parte senza dubbio la particolare categoricità della sua avversione. Quello che doveva fare era sistemarsi e, è chiaro, iniziare dapprima a dare una spazzolata alle scarpe. Cucire, lavarsi i capelli, depilarsi e sistemarsi le unghie delle mani sarebbero venuti dopo – certamente quest'ultimo non prima che la lavatrice finisse il programma e che lei avesse steso la biancheria –, e avrebbe lasciato per il finale com'è ovvio un leggero, ma efficace trucco: un leggero ombretto, qualche tocco di colore sulla guancia, un po' di rossetto color carminio e niente più sulle labbra. Sebbene è vero che proprio quella mattina non aveva per niente voglia di truccarsi o, perlomeno, affrontare forse il lutto dello specchio durante un combattimento sempre più eccessivamente disuguale. E non tanto perché lo specchio incorresse in modo sfacciato in un'attribuzione di età e deterioramento già da tempo di certo vanamente accettate, quanto perché in fondo vi comparivano l'Alto Dirigente e la sua segretaria, e anche Enrique, e Luisa e Isabel... e il portinaio, soprattutto il portinaio, che non avrebbe nemmeno perso tempo né energia a salutarla per poterla ispezionare così con ancora più libertà, per poterla minuziosamente ripassare dalla testa ai piedi come solo i portinai e i poliziotti sanno fare, e denudarla, scrutare il suo passaggio come se avesse uno scalpello, giudicarla perché esce e perché non esce, perché è sola e perché non lo è e si è sistemata o ha smesso di farlo più o meno di quanto fosse solita o dovesse. Avrebbe dovuto perlomeno schivare la sua presenza – pensò –, evitare di incontrarlo, eluderlo in qualsiasi modo e costasse quello che costasse, perché si sentiva mancare le forze solo contemplando la scena – non gli aveva chiesto né un favore né un'indicazione da quella volta, ma la sua villania la inquietava solo incrociandolo, solo immaginandolo. Anche se non sarebbe nemmeno retrocessa per così poco né esagerato qualcosa già di per sé sufficientemente saturo e la cosa migliore sarebbe stata, prima di tutto, prepararsi una buona colazione per andare poi tranquillamente per ordine – diremmo razionale o geometrico? – facendo tutto nel miglior modo possibile, con giudizio e senza fretta.

Per prima cosa avrebbe messo a scaldare l'acqua in una casseruola e, prima che cominciasse a bollire, si sarebbe applicata a lavare in un attimo la teiera e le tazze che, insieme alle altre stoviglie e posate, di sicuro non potevano che riempire il lavello. Poi avrebbe scaldato la teiera, introdotto una bustina di tè – al gelsomino, o nero? – e avrebbe versato l'acqua bollente; mentre aspettava il tè avrebbe cercato la marmellata, le fette di

pane tostato – il burro avrebbe già dovuto tirarlo fuori prima – e avrebbe messo le posate sulla tavola. Almeno – c'era ancora del latte? – avrebbe fatto colazione con un po' di tranquillità dato che, in caso contrario, subito i nervi si impadroniscono irrimediabilmente di una persona persino in un giorno come quello che faceva. Ancora di più al momento di tirare fuori poi la macchina dal parcheggio, al momento di estrarla dalla fila in cui da giorni, o forse settimane, e persino magari mesi o, in ogni caso, molto tempo l'aveva parcheggiata, incastrata di sicuro davanti e dietro da conducenti senza dubbio sprezzanti – tutti sono ineluttabilmente sprezzanti quando si rifugiano dietro un volante –, e da cui le sarebbero costati i suoi sudori strapparla. Di certo malediceva il fatto di dover usare la macchina, considerato, come se non bastasse, che se non ricordava male nell'intera strada c'erano anche in lavori in corso da un'eternità – ci sono strade nelle città di cui non si conosce mai né la data di inizio né, ancor meno, quella di fine di lavori che nessuno individua a cosa siano subordinati. Per giunta, di questo sì poteva essere sicura in ogni caso dal frastuono che arrivava fino a casa sua non appena apriva la finestra, in quel momento stavano togliendo a quanto pare l'asfalto dalla parte che fino ad allora era risultata utile alla circolazione, attraverso, quello era il colmo, quei martelli pneumatici il cui fragore era davvero incapace di sopportare per qualche secondo senza impazzire. Le erano sempre sembrate la somma del tormento che il progresso è orgoglioso di infliggere con le sue riparazioni, e l'idea di realizzare una manovra con la macchina in quelle condizioni, sotto osservazione impeccabile e burlona inoltre degli operai e con quello scoppiettio infernale che le perforava le tempie, e la polvere ubiqua, e la carbonella, e il fetore di gas, di putrefazione e fogna che in ogni caso rilasciano sempre i fossi aperti nelle città, diventava per lei, da qualsiasi prospettiva, praticamente insuperabile. La sola immagine del breve tragitto fino alla macchina tra il frastuono dei trapani e la confusione del polverone le produceva un inesorabile brivido in tutto il corpo, una repulsiva contrazione di ripugnanza; ma in fin dei conti, non c'era che sforzarsi di dissimulare per un po' e, a ben guardare, non portava da tempo per casa i tappi nelle orecchie la maggior parte del giorno – e della notte – per smorzare per quanto possibile i rumori provenienti da una cosa o da un'altra?, allora bastava che se li tenesse un po' di più fino a che non fosse riuscita a uscire in qualche modo almeno dal raggio di azione dei compressori. Sebbene – a ben guardare – li avrebbe lasciati molto volentieri anche praticamente tutto il giorno, perché per quello che in realtà doveva sentire – pensava –, e non già, che era molto, del supplizio del traffico a quattro ruote e delle frenate e sirene e messe in moto delle macchine, ma delle conversazioni stesse delle persone per le strade e anche delle amicizie, forse tanto valeva fare letteralmente orecchie da mercante. Inoltre, magari le

restava così maggiore occasione poi di contentezza per non aver appreso, o averlo fatto solo in forma debole e attenuata, le interminabili stupidaggini che non c'era altro a quanto pare che udire con frequenza.

Si poteva mettere, per una maggiore sicurezza di ostruzione, due tappi in ogni orecchio al posto di uno. Li avrebbe schiacciati in modo adeguato per far sì che si adattassero in modo ermetico all'orifizio auricolare e poi era sufficiente fare attenzione a non mettersi i capelli della chioma dietro le orecchie per non lasciare scoperti – mangiando, durante il colloquio con l'Alto Dirigente o davanti a un aperitivo – dei semplici riduttori sonori per cui magari qualcuno avrebbe potuto comunque chissà se addirittura prendersela. Perché, a pensarci bene, chi poteva incontrare in bar, o durante la cena, o persino all'ora dell'aperitivo vespertino? Julia, che si sarebbe vantata dei figli e avrebbe senza dubbio voluto confonderla carpendo da lei non sapeva che frustrazioni o risentimenti? Mercedes, insopportabilmente presuntuosa con il suo nuovo posto in Azienda, su cui si era innalzata tuttavia proprio grazie al lavoro e alle idee che aveva avuto sempre la destrezza di tirarle fuori per poi vantarsene in sua presenza? O persino Isabel, che non aveva mai perso occasione per indisporla, attraverso le indiscrezioni e le chiacchiere più spregevoli e infondate, riguardo a quanti uomini le si sarebbero avvicinati con maggiore o minore piacere?

E quelle continuavano a essere tuttavia in realtà le sue amicizie – così come sicuramente in fondo le amicizie alla fin fine di tutti –; per non parlare degli uomini, con i quali le uniche emozioni che probabilmente aveva conservato arrivata a quel punto si basavano sul fatto di vedere in quale delle due o tre maniere di rigore le si sarebbero buttati addosso, se le avrebbero accarezzato la mano prima di baciarla o se le avrebbero mandato subito una delle loro tra le gambe, se l'avrebbero o meno invitata a cenare e, nel primo caso, quanto sarebbe valsa loro la prodezza o quanto davano valore per tanto a una scaramuccia con lei, a parte verificare più tardi quali orbite di egoismo, superbia e volgarità non avrebbero raggiunto da principio tra delle lenzuola.

Ma forse non aveva nemmeno motivo di lamentarsi in modo eccessivo, dato che in realtà era alquanto possibile che non ci fosse niente di così analogo a ciò che poteva sentire ciascuno per quanto poco si mettesse qualche volta anche solo a pensarci. Viveva, questo è certo, in un'epoca di sciacalli, di presuntuosa voracità e rigorosa presunzione che né rifletteva su niente né trovava limitazione o misura in niente, ma ciò non poteva interrompere non già un divertimento in un giorno di sole così splendido come quello che faceva, ma persino la realizzazione di certe incombenze che non poteva fare a meno di effettuare una volta per tutte e che aveva già posticipato in occasioni precedenti per giorni

o settimane, o forse mesi e, in ogni caso, molto tempo, come per ritardare ancora una volta un'uscita. Avrebbe prima fatto, questo sì, qualche esercizio mattutino di rilassamento in terrazzo – l'acqua del tè l'avrebbe messa su dopo, non così la lavatrice – che senza dubbio le avrebbe disteso i nervi e l'avrebbe predisposta favorevolmente per resistere con maggiori garanzie durante tutto il giorno. E a proposito della lavatrice – osservò –, non doveva dimenticare in nessun caso di programmarla con la centrifuga se voleva poi evitare qualsiasi controversia possibile con la vicina dell'ammezzato a causa del gocciolamento della biancheria stesa, come le era già spiacevolmente successo di certo altre volte e fatto che, in tutta onestà, contribuiva a toglierle tra una cosa e l'altra la poca voglia che molti volte le rimaneva anche di aprire le finestre di casa neanche per ventilarla. D'altra parte, e in fondo – perché stavamo per sbagliarci –, ciò che entrava in realtà, più che aria, la maggior parte delle volte non era che la fuliggine dell'inquinamento e la carbonella impalpabile delle radiazioni, perciò forse non perdeva nemmeno molto non aprendole e così almeno si manteneva al riparo dall'exasperazione dei litigi e dal fumo ubiquo dei carburanti.

Probabilmente non erano che cirri ciò che era apparso in cielo e più ci pensava e si fermava nei suoi preparativi – di origine geometrica, puramente razionali? – meno desiderio le restava di avvicinarsi a una maniglia dorata con rilievi – anch'essi geometrici? – e farla girare verso destra di circa novanta gradi per lasciarsi alle spalle subito dopo una porta che un doppio giro di chiave, da fuori, avrebbe lasciato chiusa fino a un ritorno.

Ma bisognava imporsi, spaventare come mosconi di tempesta le insidie della rappresentazione e le trappole della pigrizia. Si sarebbe preparata – spesso c'era ancora chi si girava a guardarla per strada – e sarebbe uscita di casa il prima possibile, e la cosa migliore da fare era che, prima di iniziare qualsiasi cosa, si stendesse in terrazzo – prima ci sarebbe stato bisogno almeno di una spazzata – per fare una serie di esercizi di rilassamento la cui pratica, già da qualche tempo e senza alcuna ragione apparente, aveva lasciato spiacevolmente da parte. Perché poi i contrattempi si vanno accumulando a mano a mano che passano le ore e il giorno va aprendo, all'improvviso o in modo edulcorato, il suo fiore di nervosismo e ostilità ripetutamente. Come il disgusto della Banca. Niente era più odioso di dover entrare in una Banca, dover rimanere in coda – la più solitaria ed ermetica delle code – davanti ai vetri blindati degli sportelli dietro cui spesso sono presenti dandy indistinti che non si sentono mai e non li si capisce e che sembrano ostentare nella dinamica enormità del loro silenzio tutta la silenziosa classe del denaro, tutta la deificazione del tempo coniato nella deleteria arroganza di alcuni numeri e una

fede e un'opulenza.

La sola idea di entrare lì, di revisionare con l'impiegato le ricevute che a quanto pare da tempo le scontavano per due e di dover discutere riguardo a questioni di saldo, età, obblighi, onorari o imposizioni con il sottoposto di chi in fondo non era se non Colui di fronte al quale è inutile qualsiasi lamentela o richiesta o sconcerto, le toglieva di nuovo la poca volontà che a dire il vero le stava già rimanendo di uscire di casa. E ancor più se lì si imbatteva – come le era successo di certo in altre occasioni – nel suo ex marito, sempre pronto a fraintenderla, a equivocare le sue parole e i suoi desideri, a scoprire motivazioni maligne in qualsiasi gesto, impulso o movimento. E non perché fosse ancora specialmente accanita la sua avversione o eccezionale, per così dire, la sua amabile malevolenza, e neppure a causa del fatto che non erano in realtà minimamente cicatrizzate le ferite che non può fare a meno di lasciare, soprattutto più tardi, qualsiasi legame di intimità – ogni volta che, del resto, si evolvevano poco di media tutte le sue precedenti relazioni –, bensì, precisamente, la sua presenza non era che la replica e il compendio lì ineluttabilmente materializzati di qualsiasi altra relazione e di ciascuna di loro.

No, la prima cosa, con priorità persino alla messa in funzione della lavatrice – o forse anche solo immediatamente dopo –, sarebbe stata mettere su un po' di musica alla radio, scegliere qualcosa di allegro per divertirsi, qualcosa che intrattenesse sullo stile di quei programmi mattutini di ritmi contagiosi che trasmette come è naturale qualsiasi emittente tra le pubblicità, una sigla musicale gradevole e limpida che si armonizzasse senza dubbio con un giorno tanto splendido come quello che si era risvegliato.

Ecco, la cosa più ragionevole sarebbe stata precedere qualsiasi attività con un po' di musica prima di tutto – per allora, è chiaro, avrebbe dovuto almeno essersi alzata dal letto –; anche se, a essere sinceri, era certo che ogni volta che collegava la radio o la televisione negli ultimi, diciamo giorni, ma avrebbero potuto essere anche settimane, o forse mesi e, in ogni caso, molto tempo, finiva sempre invariabilmente maledicendo con furore la sua iniziativa di fronte alla sfilza implacabile di indifferenza, presunzione e stoltezza di cui orgogliosamente andavano fieri. E ciò che detestava sopra ogni altra cosa – poco meno, in realtà, che con tutta la sua anima – erano gli interminabili spropositi degli annunciatori, l'infinita e allegra stupidità dei loro commenti e la riduzione del tempo a quel *continuum* di vacuità che chiamano programmazione, a quel foglio ancora bianco che bisogna riempire costantemente in qualunque modo e con qualunque cosa, perciò la maggior parte delle emittenti – e soprattutto dei canali – le sembravano dopo poco solo un'intollerabile e noiosa apologia della canagliata, della stupidaggine e del cattivo gusto.

Così come d'altra parte quasi tutto il cinema e quasi tutti i luoghi di moda in cui, in fondo, le seccava entrare e cercare un posto o una persona per sbacucchiarla subito e scambiare la stessa serie grossolana di commenti e allusioni al cartellone, all'attualità e al viavai delle vite intime loro e di conoscenti, dell'ultima volta, giorni, o settimane, o forse mesi e in ogni caso molto, moltissimo tempo fa.

E volendo anticipare, osava addirittura prevedere – persino con scarso margine di errore sicuramente – ciò che avrebbe potuto offrirle dopotutto quella giornata. Avrebbe incontrato qualcuno, un amico vecchio o attuale – era uguale –, più invecchiato o, al contrario, trasformato e persino ringiovanito attraverso qualche cambiamento nello stile o nella fisionomia, e l'avrebbe invitata a cenare magari, in modo molto educato, con qualsiasi porcheria più o meno cara in un ristorante probabilmente selezionato ed esclusivo, o nuovo, o raffinato – definiscono raffinatezza qualsiasi stupidità del comportamento, la presentazione o l'etichetta – con lo sguardo sempre fisso all'orologio e all'ultima frase prima di entrare in una macchina che l'avrebbe portata, con gentilezza o con insistenza, fino a casa sua per consumare l'ultimo e ciò nonostante preliminare e repulsivo bicchiere della serata – loro conservano sempre qualche confessione per quel momento – di fronte a delle lenzuola di un giorno di sole splendidamente nauseabondo come quello che pur tuttavia ci sarebbe stato.

No, la verità era che la cosa migliore che poteva fare era ciò che stava realizzando non sapeva se da giorni o settimane o forse mesi o in ogni caso molto tempo: staccare tutti gli apparecchi, la radio e la televisione soprattutto, chiudere le finestre – le imposte e le persiane di certo per primi – e far passare il catenaccio, far scorrere il chiavistello – è ovvio – e la catenina dell'entrata, chiudere lo spioncino e dimenticarsi di tutto, di Enrique e di Julia, della depressione di Isabel e delle ricevute della Banca, del suo ex marito, della consegna del lavoro e del parcheggio della macchina, del rumore, della clinica, della noia delle code e della sporcizia delle persone nel precipizio di avarizia della loro distruzione. Gli infiniti rilievi, forse strettamente razionali – o geometrici? – del suo pensiero forse non impedirono tuttavia di ricorrere a una maniglia dorata per darle probabilmente un giro e per lasciare, inoltre, una porta con una doppia mandata di chiave chiusa dall'interno.

Capítulo 1

Traducción: aspectos generales, problemáticas y parámetros

En este primer capítulo se comentan los aspectos generales de la traducción y los problemas relativos a esta, además de considerar los parámetros relevantes a la hora de traducir. Si por un lado se puede afirmar que no existe un manual del perfecto traductor, dado que los que se dedican a este trabajo tienen que enfrentarse con situaciones diferentes dependiendo del tipo de texto, y las soluciones casi nunca son las mismas; por otro lado, es necesario definir unas características generales y poner de relieve los puntos de mayor dificultad para un traductor, porque sí existen algunos aspectos comunes que este último está obligado, si así se puede decir, a considerar cada vez que empieza a traducir un texto nuevo.

1.1. Aspectos generales

Según sostiene Eco (2003, p. 234), uno de los primeros significados del término latino *translatio* (traducción) es el de cambio, o transformación. Si a esto se le añade que no existe una traducción ideal o absoluta, sino solamente posibles traducciones diferentes, y todas válidas (Osimo 1998, pp. 22-23), se puede sostener que traducir no consiste en un acto mecánico de conversión de palabras, sino en un atento análisis del texto fuente antes de la decisión final.

En segundo lugar, cuando el traductor produce el texto en la lengua de llegada, nunca puede trabajar de manera objetiva, porque antes que ser autor del segundo texto, ha sido lector del primero (Osimo 1998, p. 19). Por tanto, todos los elementos que ha considerado relevantes para establecer cuál es la dominante del texto fuente son los que tienen mayor importancia para él.

Una vez aclarado que la traducción conlleva un cambio, es interesante considerar lo que afirma Osimo (1998, p. 7), es decir, que toda traducción es una forma de comunicación

escrita. No es relevante, en este contexto, reflexionar sobre lo que es la comunicación, simplemente se considera útil presentar la relación entre el proceso comunicativo y el de la traducción, porque dicha relación puede aclarar muchas de las decisiones del traductor. Si se analizan las diferentes maneras de concebir la traducción a lo largo de los siglos, lo que recurre con frecuencia es la voluntad de comunicar de forma distinta según la época. En efecto, a lo largo de los siglos pasados, el traductor ha desempeñado un papel de mayor o menor relevancia en los textos que producía, dependiendo de la cultura dominante, porque, a veces, se quería que un determinado mensaje llegara modificado al lector que no conocía la lengua del texto fuente (cf. Bassnett 2002). Todo esto iría a suportar la tesis de la traducción como forma de comunicación en la cual el texto en la lengua de partida nunca puede llegar inalterado a otra lengua. En muchos casos, la figura del traductor se ha considerado como un puente entre el texto fuente y el lector de la lengua de llegada. Por tanto, como afirma Osimo (1998, p. 29), es necesario determinar hasta qué punto el traductor se acerca al lector. De lo anterior se deduce que, como ya se ha comentado antes, el proceso de la traducción no está basado simplemente en un sistema de correspondencias entre las dos lenguas, sino que lleva a la creación de un texto nuevo. Para aclarar este concepto, se considera útil el ejemplo de Osimo (1998, p. 49), quien afirma que el traductor se encuentra en la misma situación tanto cuando pasa de una lengua a otra, como cuando tiene que expresar un pensamiento a través de palabras. En el caso de la traducción, así como en el caso de la transformación del “lenguaje mental” al lenguaje verbal, el traductor debe crear otra vez una ‘sustancia’ ya existente utilizando su propio idioma, es decir, que debe “generarla de nuevo”.

Además, según Eco (2003, p. 45), el traductor debe construir sus hipótesis traductivas antes de empezar el proceso mismo de traducción. Como consecuencia, la traducción es el resultado de una lectura atenta y profundizada del texto fuente, de su comprensión y también de su interpretación por parte del traductor. En este sentido se puede decir que el texto nunca puede resultar igual al original.

Podría por lo tanto surgir una pregunta, ¿No es posible traducir nunca? Primero, hay que tener en cuenta que, al pasar de una lengua a otra, el cambio que se produce no es sólo lingüístico sino que nos enfrentamos con otra cultura (Eco, 2003, p. 162), en la que hay elementos que no siempre pueden tener correspondencia en otro sistema cultural. Por tanto, es normal que en este pasaje algunos elementos se pierdan para intentar mantener otros. Sin embargo, esto no significa que la traducción sea imposible, sino que se presentan unas dificultades ante las cuales se debe tomar una decisión en lugar de otra. Mounin (en Bassnett, 2002) afirma que:

1. Personal experience in its uniqueness is untranslatable.
2. In theory the base units of any two languages (e.g. Phonemes, monemes, etc.) are not always comparable.
3. Communication is possible when account is taken of the respective situations of speaker and hearer, or author and translator. (p.43)

[...] Translation may always start with the clearest situations, the most concrete messages, the most elementary universals. But as it involves the consideration of a language in its entirety, together with its most subjective messages, through an examination of common situations and a multiplication of contacts that need clarifying, then there is no doubt that communication through translation can never be completely finished, which also demonstrates that it is never wholly impossible either. (p.44)

Tanto en el acto comunicativo como en el proceso de traducción, las implicaciones y los significados que se pueden comprender son distintos, y puede ser que, en el caso de la traducción, un traductor pueda no comprenderlos todos. Lo que sostiene, Mounin, por tanto, implica también que la comunicación nunca se concluye y, por consiguiente, nunca es imposible.

En base a lo que se ha comentado en este apartado, se puede concluir que primero, la traducción conlleva un cambio entre el texto de partida y el texto de llegada; y, segundo, que la transformación no supone la falta de traducibilidad, sino que presenta unas dificultades con las que el traductor tiene que enfrentarse. En el apartado siguiente afrontaremos este segundo tema.

1.2. Los problemas en la traducción

Como se ha comentado anteriormente, cada lengua pertenece a una cultura y la refleja. Por tanto, como sostiene Bassnett (2002, p. 22), a la hora de traducir hay que tener en cuenta los factores extralingüísticos además de los factores interlingüísticos e intralingüísticos, porque no existe una equivalencia total entre las palabras de dos lenguas. Una vez aclarado esto, que podría considerarse un problema de por sí, se puede afirmar que casi siempre durante la traducción se produce un residuo o pérdida, que se corresponde a aquella parte del texto fuente que no se puede expresar en la lengua de llegada. El problema surge porque el traductor tiene que decidir qué elementos desea mantener y qué elementos debe eliminar u omitir; lo que aparece como una elección por parte de quien traduce, es en realidad algo obligado y se basa en la decisión de la dominante del texto que se quiere mantener (Osimo, 1998, p. 23). Según Eco (2003, p. 93), traducir significa “limare via”, esto es eliminar algo para favorecer otros elementos, y a veces la pérdida puede ser compensada por el traductor. Bassnett (2002) añade que el

traductor a menudo enriquece o aclara el contenido del texto fuente gracias a su traducción. Por tanto, se podría sostener que el problema de la pérdida puede convertirse en algo positivo.

Otra dificultad relacionada con la diferencia entre culturas, está representada por los *realia*, es decir todos aquellos términos o expresiones que son peculiares de una lengua y que difícilmente son traducibles en otras lenguas. El problema, en este caso, puede solucionarse traduciendo la expresión original con una expresión perteneciente a la lengua de llegada que pueda tener un significado parecido. Otras veces, en cambio, según propone Osimo (1998, pp. 34-35), la expresión puede traducirse literalmente conservando el original, sin que el lector tenga problemas particulares aparte un sentido de extrañeza inicial. En los casos de mayor dificultad, se puede decidir poner una nota explicativa.

Un factor que no está directamente relacionado con las diferencias interculturales, sino que está relacionado con el autor del texto original, es lo que Eco llama “orizzonte del traduttore” (2003, p. 274). Con este término, el autor quiere referirse a las tradiciones y convenciones literarias que son propias de la época en la que el traductor vive, las cuales influyen sobre sus decisiones tanto voluntariamente como involuntariamente. En efecto, si un traductor elige ciertos términos en lugar de otros, no siempre lo hace conscientemente, sino que muchas veces está convencido de que una determinada palabra es la adecuada simplemente porque aquella palabra es la que en su época se utiliza en un determinado contexto. Es por esta razón que se habla de envejecimiento de las traducciones. La causa de este envejecimiento, no reside sólo en las diferencias intelectuales e interpretativas de los distintos traductores, sino también en el desarrollo cultural de una época, en los tabúes sociales, en las influencias histórico-culturales y en las modas del léxico (Osimo, 1998, p. 24). El horizonte del traductor, por tanto, que desde el punto de vista lingüístico representa un enriquecimiento para los traductores sucesivos, representa también un límite que se debe tomar en consideración en el proceso de traducción, aunque, quizás, no haya solución para este problema.

Además, en su actividad, el traductor debe enfrentarse con dos lenguas que conoce de manera distinta, porque una es la lengua que ha estudiado y de la que tiene una competencia activa, mientras que la otra es su lengua materna. A la hora de traducir, él debe compararlas, y los procesos que entran en juego son muchos y muy complejos. El traductor puede llegar hasta el punto en el que no sea capaz de mantener una distancia entre las lenguas, y cuando eso ocurre, pueden aparecer en su traducción calcos, tanto semánticos como sintácticos, los cuales impiden un buen resultado (Osimo, 1998, p. 52). Esta dificultad, en realidad, no constituye un verdadero problema si el traductor es

consciente del hecho de que esta posibilidad puede realizarse, y en este caso, basta con que haga un buen proceso de revisión, que puede consistir en dejar su trabajo sin leer durante unos días para recuperar la distancia necesaria, o en pedir a otra persona que lo lea y le dé consejos sobre los elementos que hay que cambiar.

Finalmente, un aspecto muy importante está relacionado con los instrumentos del traductor, que pueden representar una dificultad si los utiliza de manera no apropiada. Los diccionarios, de hecho, son unas de las herramientas imprescindibles para un traductor, pero hay que saber cómo utilizarlos; no es lo mismo consultar un diccionario monolingüe o un diccionario bilingüe, porque el primero, al explicar el significado de un término en la misma lengua de texto fuente, en general es más fiel y preciso. Sin embargo, para la traducción de algunos términos técnicos o específicos, los diccionarios bilingües a veces resultan útiles. De todos modos, el problema principal no reside en que los diccionarios no son instrumentos adecuados, sino en que o el traductor no siempre es humilde, o intenta sustituir su competencia con la de los diccionarios, que sólo deben representar un apoyo.

Después de haber analizado algunos de los problemas que pertenecen a este ámbito, es oportuno intentar proponer unas soluciones. El traductor cumple una labor continua de negociación durante su traducción, pero para hacerlo, antes tiene que haber examinado algunos factores que constituyen las bases de sus decisiones y que le permiten decidir su línea de trabajo.

El siguiente apartado se centra en los criterios relevantes para la traducción.

1.3. Los criterios relevantes para la traducción de textos

Existen algunos criterios a los que es preciso atenerse durante el proceso de traducción, si bien estos pueden diferenciarse según las tipologías de textos.

El primero de estos criterios es que el traductor debe conocer al autor del texto fuente y, mediante una lectura atenta detectar también la tipología textual de la obra. Esto supone que, si el traductor se encuentra ante un texto literario, su trabajo, por un lado, no estará condicionado por fórmulas fijas, como podría resultar en el caso de textos con un léxico muy específico (manuales, textos jurídicos, etc.), pero, por otro, tendrá, quizás, una dificultad mayor en interpretar todos los aspectos de la obra. Como sostiene Osimo (1998, pp. 54-55), en una traducción literaria el residuo será mayor a causa de los múltiples significados que los términos y las construcciones pueden tener o adquirir con

respecto a un texto puramente informativo.

En cuanto al autor del texto fuente, hay que decir que si el texto fuente es texto literario, conocer a su autor se hace imprescindible, porque permite comprender mejor, y justificar, su estilo y los temas que trata. En este sentido, puede ser interesante leer otras obras publicadas por el mismo autor y también las traducciones de estas, las cuales pueden ayudar a facilitar el proceso de traducción. Lo ideal sería poder contactar al autor del texto que se va a traducir porque, mediante una colaboración con este, el resultado sería más eficaz.

El segundo criterio que el traductor debe aplicar es el de detectar el destinatario del texto, además de conocer las intenciones de quien comisiona el trabajo. El primer punto es relevante porque el traductor debe intentar adecuar su traducción a partir del lector modelo del texto original; de hecho, si el autor quiere, por ejemplo, dirigirse al mundo académico, el traductor utilizará un registro y un estilo correspondientes en la lengua de llegada. A partir de esta consideración, el traductor puede luego enfrentarse a quien comisiona la traducción; es necesario que trabaje de manera que la intención del autor del texto original sea respetada y se armonice con lo requerido por parte del que comisiona el trabajo. Es necesario precisar que lo dicho arriba no equivale a decir que dependiendo de quien comisiona la traducción, el traductor podrá ser libre de modificar algunos elementos. Lo que se afirma es que el traductor intentará, si le es posible, poner de acuerdo las intenciones del autor y lo que requiere el que comisiona. Sin embargo, no siempre es posible cumplir con los requerimientos, debido a que a menudo es el traductor quien conoce de manera profundizada la lengua y la cultura de partida; además, quien comisiona a veces está interesado más a otros aspectos que al respeto del lector modelo del original. En estos casos, el traductor debe decidir si quiere insistir para que sus intenciones de fidelidad sean respetadas, o si quiere dejar el trabajo a otro traductor; en todo caso, para que se realice un buen resultado, las decisiones tienen que tomarse a partir del hipotético lector modelo del texto original.

De todos modos, es necesario precisar mejor lo que se ha dicho hasta ahora. Como se ha mencionado antes, si el texto fuente es un texto literario, es fácil que algunos de sus elementos no se puedan traducir, y estos pueden coincidir tanto con un *realia* perteneciente a la cultura de la lengua de partida como con la forma métrica de un poema. Ante estos casos, el traductor debe detectar la dominante del texto, es decir, todos aquellos elementos que, según un atento análisis, resultan ser los más relevantes y decidir su línea de trabajo. Gadamer (en Eco, 2003, pp. 92-93) sostiene que si el traductor tiene la intención de mantener un aspecto del texto original que considera importante, a veces

puede hacerlo sólo dedicando un espacio menor, o también omitiendo, otros aspectos que están presentes en el mismo texto. Dado que el traductor no siempre puede realizar en el texto de llegada todas las dimensiones que caracterizan al texto original, su trabajo supone una renuncia continua, esto es, se produce un residuo. No obstante, según afirma Bassnett (2002, p. 35), si doce traductores tradujeran el mismo texto, se producirían doce versiones distintas; sin embargo, el elemento dominante del texto, la invariante, resultaría ser la misma. En conclusión, si por un lado los residuos difieren dependiendo del traductor, por el otro, siempre hay elementos fijos que coinciden o, por lo menos, deberían coincidir, en las diferentes traducciones.

El último criterio que se considera imprescindible está relacionado con el concepto de fidelidad con respecto al texto fuente. Según Osimo (1998, pp. 45-46), el traductor debe permanecer fiel al texto fuente, que se trate de un texto con muchas repeticiones o no; y añade que la fidelidad es aún más importante que la detección del lector modelo, porque el destinatario debe leer el texto casi como si fuera el original, independientemente del estilo del autor. Dicho de otra manera, una traducción no debe decir más de lo que dice el texto original (Eco, 2003, p. 328).

Es fundamental, de todos modos, que el traductor sea capaz de justificar sus decisiones, es decir, que todas sus elecciones tengan una motivación y no constituyan el resultado de la falta de comprensión del texto original o de la omisión en buscar una solución (véase también Eco, 2003, p. 111). Si, por ejemplo, el traductor se encuentra ante términos que no existen en la cultura de la lengua de llegada, o si en el texto fuente aparecen expresiones que remiten a otras obras de manera casi implícita (Eco, 2003, p. 170 y p. 223), las opciones entre las que puede elegir son fundamentalmente dos: *target oriented* (es decir, dirigirse hacia el lector) o *source oriented* (es decir, dirigirse hacia el texto). Esto quiere decir que el traductor debe decidir si su intención es trabajar para que el lector encuentre ya la solución, o dejar que este decida de manera autónoma a partir del texto. En el primer caso, probablemente, intentará producir un texto en el que guía al destinatario, mientras que en el segundo caso el resultado será, por ejemplo, el de dejar la expresión inalterada y añadir una nota o un comentario. En ambos casos, lo importante es que el traductor sea consciente de sus decisiones.

Los criterios que han sido mencionados aquí constituyen los principales, aunque no todos, puntos que se deben considerar durante la traducción. Dependiendo también del texto, el traductor puede considerar más elementos que constituirán su línea guía.

1.4. Conclusiones

Las diferentes hipótesis que la teoría de la traducción propone deben considerarse una guía para el traductor, un punto de partida (cfr. Bassnett, 2002, pp. 79-81). En efecto, dado que la teoría y la práctica no siempre coinciden, debe ser el traductor mismo quien decide qué propuestas adoptar en los diferentes casos, en particular porque toda traducción es distinta. Como sostiene Eco (2003, p. 175 y p. 345 entre otras), el proceso de traducción se corresponde a una negociación por parte del traductor.

Es relevante que el traductor considere y adopte los criterios mencionados, también porque él tiene influencia en su cultura (Osimo, 1998, pp. 46-48), debido a que a veces los lectores del texto traducido no conocen la cultura y la lengua del autor. Por lo tanto, el texto traducido es la única versión que les permite conocer la obra original, y dependiendo de la elección de términos y estructuras por parte del traductor, el lector se creará unas ideas específicas. Por eso, si el traductor no cumple un análisis minucioso sobre el texto original y no sigue los criterios principales de las teorías de la traducción, las consecuencias pueden ser mayores de lo que imagina.

De todas maneras, aunque el traductor cumpla un trabajo de negociación, el tema de la fidelidad en la traducción tiene una importancia fundamental. Según afirma Eco (2003)

La conclamata “fedeltà” delle traduzioni non è un criterio che porta all'unica traduzione accettabile [...]. La fedeltà è piuttosto la tendenza a credere che la traduzione sia sempre possibile se il testo fonte è stato interpretato con appassionata complicità, è l'impegno a identificare quello che per noi è il senso profondo del testo, e la capacità di negoziare a ogni istante la soluzione che ci pare più giusta.

Se consultate qualsiasi dizionario vedrete che tra i sinonimi di *fedeltà* non c'è la parola *esattezza*. Ci sono piuttosto *lealtà, onestà, rispetto, pietà*. (p. 364)

Por lo tanto, cada vez que un traductor cumple un análisis profundizado del texto original y se esfuerza para mantener su significado y su estructura, está produciendo una buena traducción.

Capítulo 2

El autor y su obra

2.1. El autor

José Ángel González Sainz es originario de Soria, estudia Ingeniería y Ciencias Políticas en Barcelona, para licenciarse luego en Filología Hispánica. Desde 1982 es profesor en la Universidad de Venecia, y vive en Trieste. Colabora en periódicos y revistas como *El Mundo*, *El País*, *Letra Internacional*, y funda la revista *Archipiélago*. Además, traduce obras de Claudio Magris, Guido Ceronetti y Emmanuele Severino, entre otros. No se profundizará aquí sobre la vida del escritor, pero tener alguna información como las anteriores, sí puede ayudar a delinear un perfil de este autor. Lo primero que salta a la vista consiste en sus estudios; de hecho, antes de terminar su carrera universitaria y elegir su trayectoria profesional, González Sainz ha emprendido otros estudios, elemento que, quizás, muestra su curiosidad hacia la investigación en diversos ámbitos. Esta hipótesis está corroborada por su sucesiva colaboración en revistas y periódicos, y también por sus muchas profesiones: es profesor, traductor, pero también escritor y ensayista.

Entre los autores fundamentales que constituyen su base de inspiración como escritor están Faulkner, Melville, Proust, Cervantes, Machado y Benet, algunos de los cuales han inspirado también su búsqueda de un lenguaje complejo, matizado (*El Norte de Castilla*: en web). Sus publicaciones incluyen relatos, ensayos, novelas, y aunque la cantidad de su producción a lo mejor no es exagerada, la riqueza y la complejidad de su lenguaje, que contribuyen a la originalidad de este autor, obligan a enfrentarse a una de las prosas más difíciles de comprender y traducir.

Antes de analizar la obra elegida, es importante comprender la tipología de escritura que González Sainz ha intentado y sigue intentando reproducir, naturalmente con mucho éxito; esto iría a completar su figura de escritor y, además, resulta muy útil porque constituye uno de los datos fundamentales para una traducción de su obra que sea lo más fiel posible.

Lo primero que hay que destacar concierne su actitud hacia la literatura con respecto al

periodismo u otras tipologías de textos. De hecho, según González Sainz, solamente la primera tiene el poder de estimular el pensamiento más profundo en las personas, mientras que los textos con finalidad informativa están limitados al respecto (*Conferencia de J. A. González Sainz en la X Jornada de Literatura y Periodismo, 2008*, en Fundación Duques de Soria, <<http://www.fds.es/es/contenido/?iddoc=308&idsec=311&imp>>, último acceso 27/01/2010).

El autor hace referencia al ámbito literario en diferentes ocasiones, y afirma que, en lo que concierne a la escritura, sus precursores son muchos (ya se ha citado a algunos de ellos) pero no necesariamente pertenecen todos al ámbito de la literatura; por ejemplo, él llama la atención sobre algunos filósofos y pensadores, como Nietzsche y Sloterdijk, y añade que la literatura se alimenta de “todas las ramas del saber” y no sólo de literatura. Esta afirmación va a corroborar lo que se decía antes sobre la capacidad y voluntad de este escritor de abrir su perspectiva. Además, refleja su visión sobre la novela y sobre el fin del escritor. Según González Sainz, la novela y, más en general, el arte permiten el desarrollo del pensamiento sin obligar a una visión única de la realidad, a una solución. En cambio, ambas introducen nuevas ideas, reflexiones y lo hacen de distintas maneras, para que el lector pueda encontrar indicios según lo que busca y según cómo lo busca (J. A. González Sainz, 2004, pp. 5-6).

El escritor afirma que la literatura tiene entre sus tareas, si así se pueden definir, la búsqueda del porqué de las cosas, aunque no su explicación (J. A. González Sainz, 2008). Dicho de otra manera, según González Sainz la literatura tendría que ser:

Una literatura que se enfrente, con útiles con los que puede hacerlo – otra cosa es que, por los motivos que sea, lo consiga o no –, a la comprensión de nuestra existencia y nuestro destino; una literatura que [...] es pensamiento, sensibilidad, conocimiento e interpretación del mundo.

En este intento no se llega a una solución, sino que la inquietud permanece y el lector tiene que empezar todo otra vez (González Sainz, 2008); se podría afirmar, por lo tanto, que nos encontramos ante una búsqueda continua sin posibilidad de solución final. El escritor, de hecho, aspira, según sus palabras, a mejorar el ámbito de la “indagación y expresión de lo que somos los hombres” (González Sainz, 2008), es decir intenta contribuir en este sentido.

La visión de González Sainz sobre la literatura y su tarea sugiere también que en sus obras él no intenta proponer una lectura fácil e inmediata, sino todo lo contrario; y esto significa que su lector tendrá, posiblemente, características bastante específicas.

2.2. *Los Encuentros*

El texto que ha sido elegido para este trabajo de tesis no es una novela sino una serie de cuentos, separados pero relacionados a la vez. En efecto, aunque los personajes y las breves historias son diferentes, existe un tema común, que es el encuentro amoroso, casi nunca positivo, que siempre termina por ser un *desencuentro* y lleva consigo consideraciones y reflexiones de los mismos personajes sobre los temas de la existencia humana, conllevando una visión amarga y negativa de la vida.

Debido a que no hay muchas intervenciones o artículos del autor sobre este texto, se ha decidido contactarlo y entrevistarlo para profundizar sobre su visión de la obra y tener también unos consejos en cuanto a su traducción al italiano, debido también a su experiencia en el ámbito.

A continuación aparece el texto integral de esta entrevista (A= Valentina Spoladore y B= José Ángel González Sainz):

A: – El título de su libro es *Los Encuentros*. Quisiera saber de dónde llega esta idea y por qué ha decidido escribir sobre este tema.

B: – Bueno, *Los Encuentros* es un título que no es original, hay otros libros que se llaman *Los Encuentros*. Elegí ese título a propósito porque quisiera dar, tanto en el índice como en el título, la impresión de la mayor modestia y de la mayor simplicidad para que luego el texto fuera precisamente lo contrario. Ese juego de contrarios es un juego que aparece continuamente en el texto, entonces desde el título se juega con esas suposiciones: *Los Encuentros* como título muy sencillo, que ni siquiera es original, los títulos de los relatos son siempre lo más elementales posible y, sin embargo, la prosa es todo lo contrario, es una prosa de gran complejidad en sí misma, es el intento de crear una prosa, si no autosuficiente, por lo menos con una capacidad de suficiencia grande.

Los Encuentros juega también a otro nivel de oposición, en el sentido de que los argumentos, las tramas del libro son casi desencuentros, en este sentido todo juega con una especie de haz; y ¿Por qué decidí? Pues estos son un poco los temas clásicos de la literatura: el amor, el afán de encontrarse, en que nunca acaba uno de encontrarse lo suficientemente, que cuando se encuentra luego realmente es una pérdida, el juego del buscarse y perderse,

que es uno de los mecanismos fundamentales del sentimiento amoroso.

A: – Se inspiró usted a algo específico para su libro? y ¿De qué surgió su voluntad de escribir su primera obra?

B: – Bueno, en aquella época a mí me interesaron mucho varios filones narrativos. Uno, que es muy propio de la literatura española, que es este filón, digamos, desde Góngora hasta Benet, es el filón que intenta crear un lenguaje que tenga valor en sí mismo, muy poderoso y que muestra sus músculos poderosos, donde el argumento, la psicología del personaje, es muy secundaria en relación a la propia maquinaria lingüística, que es lo que supongo que es difícil de traducir. Entonces, en este sentido a mí me resultaban muy importantes en esa época los grandes estilos hipotácticos, los que la cultura española tiene en abundancia desde Agustín García Carlos, Juan Benet, Sánchez Ferlosio hasta el Siglo de Oro español. Pues he utilizado mucho esto, claro que en la época de los Siglos de Oro españoles hubo una gran necesidad de dar cuenta de muchas cosas muy duras, la conquista de un nuevo mundo que ahora nos puede parecer algo ya descontado pero antes era dar cuenta de algo completamente distinto. O bien, pues, dar cuenta los servicios de espionaje de todo lo que pasaba en el mundo. Entonces, ese hecho de ser el imperio mundial dio como resultado, a nivel de lenguaje, la creación de un lenguaje poderosísimo, es decir con una sintaxis muy compleja, muy variada. Entonces, a partir de ahí se creó un lenguaje muy poderoso... realmente. Sánchez Ferlosio nos habla de que esos eran grandes galeones para doblar el Cabo de Hornos, se ríe de los bajeles con los cuales nunca se podría doblar el Cabo de Hornos. Entonces, ese lenguaje poderosísimo que se crea en el Siglo de Oro y que llega hasta estos últimos autores que he mencionado me fascinó y después quise un poco intentar poner un granito de arena en ese sentido. Luego ya he ido poco a poco, si no abandonando, por lo menos alejándome de ese esfuerzo, el esfuerzo de la lengua como algo soberano en sí mismo, y todavía *Los Encuentros* están ahí.

A: – ¿Cómo definiría usted el género de su libro, también por el estilo y la tipología de lector? Es decir, ¿Se dirige a alguien en particular, pensaba usted en alguien cuando lo ha escrito?

B: – No, no, es una pregunta difícil de contestar porque probablemente tendría presente a un lector exigente, capaz de amar el lenguaje por si

mismo, más que interesarse por, digamos, el argumento de cada uno de los cuentos. Entonces, un guiño a un lector capaz de gozar la belleza de la prosa, o sea esa potencialidad lingüística en sí misma, más que por el argumento del cuento. Pero no eso que se dice, pensaba en mi perro o en mi amigo tal o en mi novia..

A: – ¿Cómo definiría el género del libro?, ¿Según usted pertenece a un género particular?

B: – No lo veo así encasillado en un género particular, sino en ese tipo de prosa. Benet habla del gran estilo, es decir un intento de seguir en esa línea. Porque hay un estilo elevado, un estilo alto, un estilo de prosa; entonces es un poco esa línea.

A: – ¿Qué mensaje quería enviar con su libro?

B: – No, mensajes o didactismos no hay, no hay absolutamente alguno. Lo que pasa es que supongo que cada libro, como va produciendo su prosa, su sentido fuerte de poiesis, no imitando o copiando la prosa de la realidad, que no sabemos nunca qué es la realidad, que es una copia, pero en la modalidad en que cada prosa va construyendo su lenguaje, o al revés que cada lenguaje va construyendo cada prosa, el autor, como es en mi caso, va en busca del sentido. El sentido es una ilación de cosas, el sentido es relación, es poner en relación cosas; el sentido puede estar en la obra, el autor va a buscarlo. La obra es un recipiente de sentido pero es el lector el único que es capaz de encontrar o de acoger un sentido. Eso es lo que me parece en estos argumentos. Es decir, luego no hay mensaje, no hay por supuesto ideología, no hay ningún discurso sobre sociopolítica, sobre ninguna pedagogía, pero sí que hay, no sé cuánto podría haber en *Los Encuentros*, una tentativa de relacionar las cosas, de relatarlas, de forma que a lo mejor en la obra pueda haber sentido, pero sentido que en todos casos tiene que ser el lector el que lo encuentre, en cada lectura. Veo así el problema del sentido; pero sentido no tiene nada que ver con mensaje; mensaje es un enunciado concreto grabado en sí mismo, el sentido es una significación que a veces se da a las cosas.

A: – Entonces el lector tiene que buscar el sentido...

B: – El lector tiene que sacar de ahí el sentido, sacar la prosa como he dicho.

A: – ¿Quiere usted remarcar algo más sobre el lenguaje que ha utilizado?

B: – Bueno, claro uno se acuerda de la época en que escribió, relativamente.

Yo recuerdo que en aquella época hice bastante trabajo en concreto sobre el lenguaje actual. Es decir, como solía leer mucho los libros de instrucciones, los anuncios de periódico, pues recogía como sintagmas, que luego utilizaba a mi modo; pues ahí hice un estudio de campo, pero no tanto como habla la gente de la calle, que ya sé que habla muy mal, que no hay que copiar nada de lo que dicen, pero sí como se va fraguando sintagmáticamente en los periódicos, las publicidades, ciertas cosas y sí que he aprovechado algo. Tenía listas enteras, cada vez que llegaban los periódicos, que es trabajo de campo. Eso por una parte; por otra parte, trataba de recoger rasgos sintácticos, modulaciones sintácticas, que a lo mejor no se usan mucho, trataba siempre a veces de distorsionar la frase de forma que se hiciera un poco difícil de leer, de forzar un poco las frases, estirar mucho los párrafos, como con una selección muy difícil, donde el lector se ahoga, hacer perder un poco el lector, un poco así.

A: – Si tuviera Usted que dar consejos para la traducción de su libro, ¿Cuáles serían?

B: – El primero es que no lo tradujeran, que nadie lo tradujera, a no ser que aceptase el juego, la lucha con la traducción, sabiendo que aunque los resultados sean los que sean, lo importante es haber luchado, haber jugado con él. Se tiende a querer más a sus últimos hijos, a mí me pasa muchísimo, y de este libro me siento un poco alejado, no sabría leérmelo otra vez.

A: – ¿Qué es para usted una buena traducción de este libro, o en general?

B: – Una buena traducción de este libro sería aquella capaz de reproducir esa fuerza lingüística muy soberbia, muy soberbia lo digo en todos los sentidos de la palabra, por una parte magnífica, por otra parte soberbia en el sentido del vicio capital. Pero habría que reproducir esa soberbia lingüística. Es muy difícil porque claro; la posibilidad de caer en ridículo siempre es logable, pero que funcionase todo como una gran maquinaria, o sea no es una motocicleta, es un motor poderoso, puede ser un motor que mueve poco pero es un motor poderoso. Ese poder de producir eso en otra lengua. Claro, en italiano tenéis el problema de la falta de traducción de los mismos autores que te he dicho, de Benet, de García Calvo, que hace que ese lenguaje sea difícil de revertirlo. En italiano no hay traducción, o muy escasa, de traducción de este tipo de prosa.

A: – Muchas gracias.

2.3. La tipología del texto

Después de la presente entrevista, en la cual el autor ya ha presentado su obra, es necesario profundizar un poco más sobre el texto. En primer lugar, es importante detectar la tipología; si es verdad que no existen categorías estrictas que permitan clasificar un texto de manera absoluta, debido a su unicidad, sí es posible delinear el tipo de texto, siguiendo unas líneas guía. La obra *Los encuentros* es, por tanto, texto literario, porque su función no es informativa o, mejor dicho, es más que informativa (Osimo, 1998, p. 56). En particular, un texto literario es muy connotativo. Además, se caracteriza por ser el reflejo evidente de la cultura y mentalidad del autor, de su estilo y manera de ver el mundo. Por tanto, a la hora de traducir este tipo de texto, las dificultades son mayores con respecto a las que se encuentran en un texto muy técnico o muy específico como puede ser un manual. Belloc (en Bassnett, 2002, pp. 120-121) ha propuesto una serie de criterios para la traducción de la prosa, y Carrasco (1999, pp. 1-2) afirma que en la traducción literaria existen muchas variables que deben ser consideradas, dependiendo de las lenguas de partida, de la de llegada y de las culturas que estas reflejan. Como consecuencia, se podría creer que el traductor es más libre en sus decisiones de traducción. En realidad, estas constituyen el resultado de largas reflexiones sobre una línea de trabajo que intente ser lo más fiel posible al autor del texto original y a sus intenciones. Por lo tanto, el ámbito literario puede reconocerse principalmente por la presencia de textos connotados y complejos, por una ausencia casi completa de fórmulas fijas y por la posibilidad de elegir diferentes maneras de traducción, todas posiblemente adecuadas.

En el presente caso, el lector se encuentra ante una serie de relatos que reúnen historias de amor distintas bajo el tema del encuentro/desencuentro. La elección por parte del autor de este tipo de narración, que no se ve repetida en sus obras sucesivas, quizás encuentre su explicación en la voluntad de centrar la atención más en la modalidad de escritura que en el contenido, aunque este último tampoco se deje al caso. La tipología del relato, a diferencia de la novela, permite al lector una distracción mayor con relación a la historia y un estudio mayor de los juegos del lenguaje, a los cuales la obra nunca renuncia.

2.4. La dominante

En el primer capítulo se ha mencionado el concepto de dominante, es decir el elemento o los elementos más importantes de una obra, los cuales constituyen la parte esencial del texto para el autor, y que el traductor debe detectar e intentar reproducir, si su cultura no lo obliga a un cambio. Lo primero que es necesario destacar es la relación parte-todo. En efecto, según sostiene Bassnett (2002, pp. 121-122), en un texto en prosa no se puede dividir cada capítulo de manera precisa, como sería posible hacer en un texto poético; como consecuencia, el traductor debe tener en cuenta la relación entre la frase y todo el texto; de no ser así, corre el riesgo de que su texto sea una explicación más que una traducción. Sin embargo, para que todo esto sea posible, es fundamental reconocer la dominante del texto, porque, como ya se ha dicho antes, una vez detectada, el traductor puede decidir qué elementos formarán parte del residuo, en caso de que se vea obligado a elegir. Además, la dominante es fundamental también porque normalmente es el reflejo de lo que el autor ha querido comunicar con su obra, aunque esto no significa que todo lo restante no sea relevante, ni tampoco que haya una única dominante en el texto.

En lo que concierne a *Los encuentros*, se podría pensar que, como nos encontramos ante un texto literario, el contenido representa lo imprescindible, y que el autor haya querido transmitir unas ideas, unos mensajes, a través de sus personajes. En realidad, según afirma el mismo González Sainz, la función del texto no es la de enviar un mensaje o de hacer reflexionar sobre algunos temas, sino que el verdadero protagonista es el lenguaje. El autor, de hecho, quiere experimentar y crear con su lengua, le gusta jugar, complicar, y crear efectos inesperados, nuevos. Podría afirmarse que la verdadera función de este texto es la de comunicar el poder de la lengua, pero también su riqueza y sus infinitas posibilidades de combinación.

Otra función podría ser la de reflejar la complejidad de la vida a través del lenguaje; de hecho, todos los relatos presentan personajes protagonistas que son complicados, ya sea por su excesiva predisposición al pensamiento, ya sea por su obsesión hacia algo o alguien. En efecto, cada una de las historias es sencilla, pero cada personaje complejo, y quizás el autor haya deseado de esta manera experimentar en ambas áreas: él juega con distintas combinaciones de personas e historias, de la misma manera en que juega con el lenguaje. Por tanto, el autor parece considerar esencial la experimentación en el texto, el elemento dominante que refleja su voluntad de utilizar la lengua de manera más expresiva para inventar historias siempre nuevas que no describan la realidad, sino mundos alternativos y ficticios (Christiane Nord, 1991, p. 71).

Sin embargo, hay que destacar que todo lo dicho en relación con la función del texto corresponde a la intención del autor; es decir, este último ha elegido la dominante y ha organizado su escritura para que resulte bastante clara la función principal de su obra. No obstante, debido a los numerosos estímulos presentes a lo largo de la obra, y al distinto conocimiento que tiene, no necesariamente cada uno de los lectores experimentará el mismo tipo de lectura. Una vez que el texto pasa del emisor al receptor, la comunicación ya se ha alterado.

2.5. El lector

Cuando se considera un texto para un análisis, se pone mucho relieve sobre el destinatario, al que se denomina 'lector modelo', es decir el tipo de lector al que el texto se dirige. En realidad, como afirma también Nord (1991, p. 51), la correspondencia entre texto y lector no es automática. Dicho de otra manera, un tipo de texto no está necesariamente dirigido a un tipo de lector, sino a diferentes lectores. Otra consideración que necesita ser mencionada es aquella relativa a la cultura del lector modelo, que no encuentra correspondencia en las diferentes lenguas, porque el tipo de lector al que se dirige un texto en su lengua de origen no es el mismo de la lengua en la que el texto ha sido traducido (Nord, 1991, p. 52), dado que se pasa de una cultura a otra.

De lo anterior se desprende que aunque el autor del texto original pueda haber pensado en un lector tipo para su obra, existen distintos lectores, también pertenecientes a diferentes culturas, que leen y reflexionan sobre el mismo texto; debido a que un texto literario es muy abierto a distintas interpretaciones, es muy probable que no exista un lector al que se dirige.

Este es precisamente el caso del presente texto que, según afirma el autor, no está pensado para alguien en particular, aunque él añade que todo lector que quiera aceptar el juego de la experimentación puede intentar leer la obra, y este podría coincidir con el lector modelo. El texto está ahí, con sus significados, reflexiones y desafíos, y es el lector quien debe descubrir todo, o parte de lo que ahí está; es él, sigue el autor, quien tiene que mantener el texto vivo y reanudar la comunicación. De hecho, el autor no pensaba en alguien cuando ha escrito su obra, así que se confirma lo dicho anteriormente, o sea, que en esta obra no existe una correspondencia entre el tipo de texto y el tipo de lector, aunque sí podría decirse que existe una relación entre la función del texto según el autor, y las expectativas del lector.

Es necesario añadir, a este propósito, que el tema del lector en otra lengua distinta de la original tiene particular relieve aquí; si se considera la traducción del texto original en lengua italiana, hay que notar, y lo hace también el mismo autor, que la dificultad de lectura y comprensión aumenta para el lector italiano, porque en esta cultura falta la tradición de autores a los que el autor se ha inspirado, ya sea porque no se han leído en español, ya sea porque la traducción de dichas obras no ha llegado a Italia. Como consecuencia, la comprensión será diferente y quizás lo será también la voluntad de ponerse en juego con el lenguaje. El traductor tendrá entonces que elegir una línea de trabajo muy diferente, dependiendo de si decide mantener la dificultad o facilitar el trabajo del lector (en este último caso se alejará mucho del tipo de escritura en lengua original y también de la dominante).

2.6. Estilo y registro

Para delinear de manera más detallada qué es lo que se entiende cuando se habla de estilo, quizás sea útil partir de una definición. Según el diccionario de María Moliner (2007, p. 1278), el estilo corresponde a una manera de hablar o escribir propia de un escritor; el estilo es personal, aunque existan categorías dentro de las cuales se pueden insertar un escritor y su estilo. En *Los encuentros*, por ejemplo, se puede hablar de estilo narrativo, en el que el autor elige la división en cuentos, cada uno con su historia pero al mismo tiempo todos sobre el tema del encuentro amoroso. Sin embargo, el estilo no termina allí; de hecho, el autor está caracterizado por una manera personal de organizar su discurso escrito. Primero, elige y emplea las palabras muy atentamente; cuando el lector encuentra una palabra estará seguro de que su presencia no es casual, sino estudiada. Él no escribe nada de manera casual y se preocupa de describir su realidad de la manera más detallada posible (no suele hacer uso de sinónimos o hipónimos); la riqueza semántica presente en este texto (así como en toda su obra) obliga al lector a permanecer concentrado durante su lectura, y le permite aprender continuamente algo diferente. Como consecuencia, el traductor también tiene que elegir sus términos con cuidado, sin emplear un término general si el autor no lo hace. Lo mismo se puede afirmar por lo que concierne a la sintaxis del texto; el autor prefiere frases largas con una subordinación nunca inmediata de comprender, debido al enlace continuo entre subordinadas o coordinadas distintas. Crea y experimenta, como ya se ha dicho, gracias al lenguaje, y el lector se pierde y debe volver a leer varias veces para llegar a comprender

el contenido.

En lo relativo al registro, no es posible afirmar que el nivel del lenguaje sea informal, por lo menos no siempre. De hecho, en los diálogos se observa un tono coloquial dependiendo de los personajes que intervienen; y, sin embargo, en todas las partes narrativas, también las que se focalizan en un personaje, se utiliza un registro diferente de lo que se encuentra en los discursos directos. Aparecen, por ejemplo, muchas metáforas, campos semánticos particulares, aunque quizás no corresponda completamente a la definición de registro formal en todos sus matices.

Como última consideración, se puede destacar la estrecha conexión presente entre registro y contenido a lo largo de la obra. En efecto, el primero refleja el segundo, en particular en los diálogos entre los personajes, donde el registro utilizado nos ayuda a delinear su perfil. Por lo tanto, es muy importante a la hora de traducir, que se reconozca la función de un determinado registro para reproducirla de manera adecuada en la lengua de llegada.

Los últimos temas se afrontarán en el capítulo siguiente, en el que se analizarán en detalle las decisiones de traducción del presente texto desde el punto de vista lingüístico.

Capítulo 3

El texto de llegada y las estrategias de traducción

En este tercer capítulo se analizarán las estrategias de traducción que han sido utilizadas para la realización del texto de llegada, a partir de una reflexión sobre las dos lenguas. En particular, se introducirán los factores más relevantes que afectan al proceso de traducción, para luego centrarse en el texto traducido y en todos los problemas y las dificultades que se han encontrado, además de las soluciones que han sido adoptadas y su justificación.

3.1. Las estrategias en traducción

Durante el proceso de traducción, normalmente se adopta una línea de acción que no es fija y depende de muchos factores; según afirma Berman (1985), existe una estrategia de traducción que está formada por una suma de decisiones que el traductor adopta y que dependen de elementos múltiples. Él afirma que no existen reglas fijas y absolutas; sin embargo, es necesario, en cierta medida, buscar una sistematización.

La macroestrategia, que puede identificarse como la suma de dichas decisiones, puede estar orientada hacia la cultura de la lengua de partida o hacia la de llegada; en el primer caso se habla de traducción *overed*, es decir, la que intenta mantener el texto de partida. En cambio, en el segundo caso se habla de traducción *covered*, la que construye el texto de llegada como si fuera un texto original más que una traducción (Juliane House, 1997).

Según esta última opción, el traductor cumple lo que podría definirse una deformación del texto original, por ejemplo, a través de una clarificación del texto, o de manera que resulte más largo del original. Otras tendencias que adoptan la misma opción son el empobrecimiento de la calidad del texto de partida o la destrucción de muchos elementos pertenecientes a la lengua de partida, como, por ejemplo, locuciones, ritmos, expresiones dialectales, etc. (Berman, 1985). Todo esto es causa de alteración del texto original, y aunque se pueda percibir de manera negativa, en realidad no puede clasificarse como

erróneo. Debe considerarse como una de las maneras en las que se procede en el trabajo de traducción.

Además, hay que destacar el hecho de que no todas las decisiones del traductor resultan observables y claras; de hecho, si el mensaje del texto original, si es que hay uno en particular, es diferente en el texto de llegada, quizás este elemento sea visible a la hora de examinar las dos obras. Sin embargo, existen muchísimos otros elementos que no siempre se pueden detectar, y se habla aquí de elementos más estilísticos, como la simplificación sintáctica o semántica, el cambio de sujeto, la generalización o la exageración de las características estilísticas del texto original (Jerzy Brzozowski, 2008). No se está afirmando con esto que el traductor puede transformar todo lo que no es evidente, en particular los elementos lingüísticos y de estilo, sino que él también puede a veces destacar mayormente una variación de contenido de la obra, y no darse cuenta de la variación de forma, que constituye quizás la parte de mayor dificultad para él. Por lo tanto, es importante que decida de manera consciente, y por eso es necesario que existan unas líneas guía sobre los factores de un texto que dificultan su trabajo. A esto hay que añadir el factor cultural, que es determinante para un buen trabajo, ya que el traductor no es consciente de todas las influencias de su lengua/cultura a la hora de traducir un texto.

Por lo tanto, durante el proceso de traducción el traductor cumple una serie de cambios, que pueden contrastar con el texto original porque se añade, se omite o se transforma el sentido; otra razón está relacionada con los *realia*, que no siempre el traductor reconoce, o que puede decidir estandarizar. Por último, están los cambios relativos al estilo, registro, tiempo verbal e idiolecto del autor y de los personajes, que también constituyen objetos de transformación (Osimo, 2010). Los cambios en la sintaxis forman de por sí un tema muy amplio, que se tratará más adelante en este capítulo.

En el capítulo precedente se han mencionado algunos temas relevantes para la traducción de un texto, es decir la tipología textual, la dominante, el lector modelo y el estilo de la obra. Se ha hablado en específico de cada uno de ellos haciendo referencia al texto elegido para la traducción, y se ha destacado el hecho de que no siempre, mejor dicho casi nunca, estos elementos coinciden perfectamente en los textos de partida y de llegada. Un ejemplo es que, después de determinar la dominante del texto original, el traductor debe individuar la misma en el texto de llegada, siempre intentando mantener la establecida por el autor pero considerando también el público que va a leer la obra traducida. En el caso específico del presente trabajo, se puede afirmar que la tipología textual no necesita cambios radicales, como en cambio ocurre en el caso de lector, dominante y estilo de la

obra. De hecho, en la cultura italiana no existen textos paralelos que actúen de referencia para la comprensión del estilo; como consecuencia, la dominante tampoco permanecerá la misma, debido a que está relacionada con el estilo. Sin embargo, el presente trabajo de traducción se ha realizado intentando mantener todos estos factores inalterados, para que el resultado fuera una traducción lo más fiel posible. Por lo tanto, aunque se tenga conciencia de los límites de cada traductor, según afirma Carrasco (1999), este ha sido el intento.

La siguiente parte estará dedicada a los factores de especificidad del texto de partida, a su identificación y categorización; todo esto estará ejemplificado por un *corpus* de casos significativos presentes en el texto, y sucesivamente se comentarán las estrategias adoptadas en ámbito de traducción. Dichos factores pueden dividirse en dos grupos principales: lingüístico y cultural. En el primer grupo hay que distinguir entre el nivel de la palabra y el nivel de la frase o del texto.

3.2. El léxico

El significado léxico de una palabra, según afirma Mona Baker (1992, p. 12) podría definirse como el valor específico de la misma en un sistema lingüístico específico y la personalidad que adquiere en dicho sistema a través de su uso. De hecho, cada palabra está dotada de algo que la diferencia de las otras, es decir su significado léxico (Baker, 1992, p. 12). La importancia del léxico en la lectura y, aún más en la traducción, es por lo tanto alta; por otro lado, debido a la unicidad de cada palabra, es difícil, casi imposible, reproducir el mismo efecto en otra lengua, o simplemente a través de sinónimos. La primera dificultad del traductor reside en esto: trabajar para que el valor de las palabras corresponda entre los sistemas lingüísticos; una palabra y su traducción pueden remitir a dos imágenes distintas en las dos culturas correspondientes, dependiendo de las características del objeto a las cuales hacen referencia dichas imágenes. Sin embargo, lo importante es que el valor de las dos palabras dentro de cada sistema lingüístico sea parecido; es decir, para que la traducción sea adecuada, en las dos lenguas los lectores deben atribuir a la palabra el mismo valor, deben tener la imagen de un objeto cuyas características esenciales sean parecidas (aunque los detalles de la imagen serán distintos para cada lector).

En el texto que ha sido traducido, se ha aplicado este principio, aunque no siempre el resultado ha sido de los mejores. Por lo tanto, las explicaciones que seguirán, se basarán en

lo que se ha comentado hasta ahora.

Otra consideración está relacionada con el campo semántico, que puede resultar muy útil a la hora de traducir (Baker, 1992, pp. 18-19); de hecho, si por un lado existen ciertas palabras que no pertenecen a un campo específico, por otro lado hay muchas otras que hacen referencia a una misma realidad, y el traductor, si conoce dicho campo, tiene la posibilidad de elegir, entre las diferentes acepciones de la misma palabra, la que tiene un valor específico. Además, este conocimiento representa una ayuda para el traductor, porque le permite desarrollar unas estrategias de acción frente al problema de la falta de equivalencia entre dos lenguas (cuyas causas se analizarán en este apartado junto con los problemas que se presentarán).

Como consecuencia, el significado léxico y el campo semántico representan dos elementos imprescindibles que es necesario considerar cuando se quiere traducir un texto. Es importante ahora analizar en detalle las características específicas del texto original relativamente al léxico, e ilustrar las estrategias que han sido utilizadas para la traducción al italiano.

3.2.1 Los nombres propios y los topónimos

El primer factor a nivel de léxico que se analiza son los nombres de persona y los topónimos. En general, no existen reglas fijas que dictan cómo traducir estas palabras, y, en efecto, en las traducciones, las elecciones no siempre son homogéneas. Existen nombres de ciudades que tienen una traducción en casi todas las lenguas, y otras ciudades que presentan una estandarización, debido a la casi total imposibilidad de pronunciarlas en su lengua original. De todos modos, tanto los topónimos como los nombres de personas, reflejan en parte la cultura de la lengua, y en cierta medida podrían considerarse *realia*; por lo tanto, lo mejor sería, según sostiene también Newmark (1988), mantenerlos en su lengua o, si esta difiere mucho de la lengua de llegada, añadir una nota de explicación. En uno de los relatos de González Sainz, aparecen cuatro nombres propios que identifican a personajes problemáticos para la protagonista: Enrique, Isabel, Luisa, Julia y Mercedes. A nivel de carga semántica, estos nombres no presentan rasgos peculiares; simplemente, representan su cultura, porque son nombres que se utilizaban, y se utilizan hoy también, en España. De esto se deduce que mantenerlos en español permitiría un reconocimiento por

parte del lector de la lengua original. Si se añade el hecho de que español e italiano son lenguas afines, el nombre Luisa existe y se usa en ambos países, resulta claro que la incidencia de la inalteración en la lectura es mínima, y permite el conocimiento de otra cultura. También los topónimos se han dejado en su forma original, a excepción de aquellos casos en que el léxico del italiano dispone de un correspondiente, como en los casos de *Milano*, *Nizza* y *Avignone*. Además, en la traducción, no se han alterado o adaptado los nombres de las calles en francés, que identifican el lugar en el que se encuentra el personaje, y que son: *Cours Jaurès* y *Rue de la République* (p. 7) y la *plaza de L'Horloge* (p. 12). Además, permanecen inalterados en la traducción los topónimos *Brihuega*, *Moncayo* y *Ebro* (p. 30); el primero está situado en la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha y en este lugar se ha combatido la batalla de Brihuega en el siglo XVIII. El Moncayo es una montaña que se sitúa hacia el norte de España y cuya altura es entre las mayores de la Península Ibérica. Por último, el Ebro es uno de los ríos principales de España, y su recorrido cubre la parte nororiental de la península. Así que, estos topónimos tienen matices culturales y es importante mantenerlos.

3.2.2 Los *realia*

Otro factor de especificidad del texto original consiste en la presencia de los *realia*, es decir palabras o expresiones que sólo existen en una cultura específica. Según afirma Calvi (2007), los diccionarios bilingües normalmente dan explicaciones, ponen traducciones o intentan encontrar equivalentes en la cultura de llegada; sin embargo, no siempre dichos diccionarios constituyen una ayuda para traducir los *realia*. Ante esta clase de elementos, las posibilidades de traducción pueden ser muchas, aunque las más comunes sean cuatro. El traductor puede transcribir la palabra y añadir una nota de explicación; puede convertir el *realia* a través de un calco (la palabra *rascacielos* del inglés *skyscraper*); puede utilizar una palabra de la lengua de llegada que indique un referente parecido en la cultura de llegada; y, como última opción, puede parafrasear el texto original.

Todas estas soluciones están admitidas y mucho depende también de la palabra en cuestión; lo que constituye la razón que está a la base de la decisión es casi siempre la línea de acción. Esto quiere decir que, si se ha decidido por ejemplo producir un texto fiel al original y, por lo tanto, dirigido hacia la cultura de partida más que hacia la de llegada, resulta claro que difícilmente se intentará producir un calco.

En el texto traducido, se han encontrado ejemplos de *realia*, y aunque en general el

español y el italiano no sean lenguas totalmente opuestas, se han tenido que solucionar algunos problemas relativamente a este ámbito. Un primer caso es el adjetivo *respingón* (p. 11), que se aplica especialmente a la nariz (María Moliner, p. 2571), y que sin embargo en el texto original se utiliza para caracterizar el sustantivo *sonrisa*. En italiano, se podría pensar en aplicar la misma traducción que se elegiría para la expresión *nariz respingona*, es decir *naso all'insù*; sin embargo, mientras que en español el mismo adjetivo puede aplicarse para describir la forma de la nariz o la sonrisa, en italiano la expresión *sorriso all'insù* no tiene sentido. Nos encontramos ante uno de los problemas de falta de equivalencia de los que habla Baker (1992, p. 21), en particular, el de una falta de lexicalización del concepto de la lengua de partida en la lengua de llegada. En efecto, en español el adjetivo considerado se refiere especialmente a las partes del cuerpo (RAE, <<http://lema.rae.es/drae/?val=respingon>>, último acceso, 28/07/2012), mientras que en italiano, *all'insù* se utiliza casi exclusivamente como locución para indicar el tipo de forma de la nariz. Por lo tanto, lo que en la lengua de partida tiene sentido aplicado a otras partes del cuerpo, en la lengua de llegada debe ser modificado o reproducido, intentando mantener una parte del significado original. En la traducción, se ha optado por *verso l'alto*, que es una expresión más neutral y en la que se pierde mucho del efecto original. Sin embargo, se ha considerado una solución aceptable con respecto a otras posibilidades, que quizás habrían implicado una pérdida mayor.

En otro relato, el problema ha sido el uso de una expresión perteneciente a la lengua y sobre todo cultura española, que no es fácil traducir en general, y en el contexto ha resultado aún más complicado. La expresión sería *irse a hacer puñetas*, cuya traducción italiana puede ser *andare a farsi fottere*. Sin embargo, la dificultad que se ha encontrado reside en el hecho de que en el texto original esta expresión aparece en forma de acortamiento por apócope: *ñetas* y *nietas* (p. 20). La opción que se ha elegido en la traducción ha sido *ere* y *iere*, es decir las letras finales de la expresión italiana correspondiente, que no conservan la misma carga y no tienen efecto inmediato para el lector italiano, debido a que existen otras expresiones parecidas que conllevarían efectos diferentes. Es decir, aunque se busque otra solución, es muy difícil encontrar una expresión cuya parte final sugiera la misma de manera directa como hace la versión original. En este caso la dificultad no reside en la falta de significados parecidos, sino en el efecto expresivo que en la lengua de llegada no es posible mantener si aparece sólo la parte final del sintagma.

Otro ejemplo está representado por la decisión de traducir la palabra *quiosco* (p. 21) del texto original con la palabra italiana *edicola*. Según el diccionario María Moliner (2007, p.

2466), *quiosco* significa principalmente:

1 Pequeña construcción que se instala en los parques o jardines, de forma cuadrada, redonda, octogonal, etc., que consta esencialmente de un techo, sostenido a veces sólo por columnillas; en algunas ocasiones, sirven para instalarse en ellos una banda de *música para dar conciertos públicos.

2 Pequeña construcción instalada en una calle o paseo en la que se venden periódicos u otras cosas; en algunos se sirven refrescos y están rodeados de mesas y sillas donde se sientan los consumidores.

En cambio, la palabra italiana *edicola* denota un lugar en el que se venden periódicos. En este caso, se ha empleado un término de significado más general, porque en italiano no existe un término específico correspondiente.

Una palabra que aparece en el texto original y que puede considerarse al mismo tiempo un *realia* y un falso amigo, es decir, según se afirma en el diccionario de la RAE: “Cada una de las dos palabras que, perteneciendo a dos lenguas diferentes, se asemejan mucho en la forma, pero difieren en el significado” (<<http://lema.rae.es/drae/?val=amigo>>, último acceso, 30/07/2012), es *parroquia* (p. 30). En la acepción del texto, de hecho, el término denota la clientela de una tienda, y es un falso amigo porque en italiano *parrocchia* sólo designa una comunidad de fieles. Por tanto, en la traducción al italiano, se ha debido elegir otro término, es decir *clientela*.

Un caso curioso está representado por la palabra *manzana* (p. 31), que puede designar el espacio urbano delimitado por calles, y tiene una correspondencia conceptual en italiano, pero en la traducción se pierde la característica de la forma a la que hace referencia el término español. En efecto, en español, se usa el mismo término para describir el fruto de color verde (en italiano *mela*); y la acepción del término con relación a un conjunto de casas y edificios de una ciudad hace referencia a la forma del fruto. En cambio, en italiano la traducción que corresponde a este concepto es *isolato*, que deriva del término *isola* (*isla*).

Otro término que ha sido difícil de traducir sin perder todos sus matices, y se duda sobre el éxito completo de la opción elegida, es la expresión coloquial *botarate* (p. 34), que en español se aplica a “una persona sin juicio o formalidad, que habla y obra sin pensar debidamente” (Moliner, 2007, p. 425). La dificultad traductiva reside principalmente en el hecho de que su uso es coloquial. Se ha optado por la traducción *balordo*, que es coloquial y conserva algunos de los matices del término español a la vez. En este caso, la pérdida se realiza independientemente de la decisión del traductor.

Más adelante en el texto aparece un *realia* que se podría definir de contenido, porque el autor cita las novelas de Benet. El personaje del relato prueba disgusto por dichas novelas, hecho irónico debido a que, como se ha afirmado antes, González Sainz se ha inspirado a Juan Benet, precisamente por su estilo muy cuidado y por su búsqueda de un nuevo tipo de lenguaje. Así que, en el texto, el lector español que conoce a Benet será capaz de entender la referencia irónica y todo lo que esta implica de manera indirecta. En cambio, para un lector italiano la ironía será más difícil de comprender. Por tanto, durante el proceso de traducción se ha considerado la hipótesis de poner una nota explicativa. Sin embargo, como el texto iba a complicarse, al final se ha optado por una traducción sin explicaciones.

Para concluir este apartado sobre los *realia*, se hace referencia a otro término español que ha sido difícil de traducir por la falta de palabras italianas que involucraran las mismas características. En el último relato, se ha encontrado el término *petimetre* (p. 61), que designa una persona joven que se preocupa excesivamente de seguir las modas, y tiene una connotación negativa. En italiano existen muchos términos que podrían expresar de manera parcial la denotación de este término, pero ninguno con correspondencia exacta. Al final se ha optado por *dandy*.

3.2.3 El léxico técnico

En el texto original aparece otro factor léxico que merece ser analizado, es decir el léxico técnico. Este se encuentra en algunos relatos y aunque no cubre demasiado espacio narrativo, ha, en todo caso, causado dificultades a la hora de traducir. En el primer relato, por ejemplo, el autor dedica un párrafo muy largo a la descripción del mecanismo de transporte y apreciación de los productos a la caja, es decir, al momento de la compra en un supermercado. En este caso, el léxico, aunque técnico (*acarreo, cinta transportadora, registradora* (p. 8), son algunos de los términos) no ha sido imposible de traducir, ya sea por el conocimiento relativo a la modalidad de las compras que todo el mundo tiene, ya sea porque no todos los términos son específicos; de hecho, se verifica una coordinación entre léxico específico y descripción detallada del mecanismo de funcionamiento. Así que aquí no ha sido demasiado complicado encontrar los términos para la traducción; lo mismo se puede decir por otra descripción que aparece en el relato, y que concierne a las herramientas utilizadas para limpiar el suelo. Este caso es bastante parecido al precedente, porque el autor menciona algunos objetos utilizados para limpiar, y los mezcla con la

descripción del proceso de limpieza. Ambas narraciones se repiten más de una vez durante el relato, y de esta manera el autor consigue entrelazar repetición formal y contenido, destacando lo repetitivo de la cotidianidad.

Sin embargo, en el relato *El transeúnte* se han encontrado dificultades mayores en cuanto al léxico técnico. En este cuento, se dedica una entera página a la descripción de una pistola y de sus partes, por lo cual ha sido necesario consultar diferentes medios para identificar y traducir los términos más técnicos. Algunos ejemplos menos problemáticos son: *calibre*, *proyectiles*, *empuñadura* (pp. 50-51); mientras que otros, más problemáticos son: *cañón*, *recámara*, *aleación*, *muelle de retroceso* (pp. 50-51), y otros. Aunque se pueda quizás afirmar que la precisión en la traducción del léxico relativo a la pistola *Star modelo PD* no es fundamental para la comprensión de la obra, si se adopta el principio de fidelidad, es importante efectuar un trabajo de búsqueda de los términos más precisos, dado que es lo que hace el autor del texto original. Además, esta atención al detalle, así como en los dos casos mencionados arriba, refleja el perfil del personaje que el autor intenta ofrecer con estas estrategias. Un ejemplo más de la conexión entre forma y contenido que caracteriza todos los relatos.

3.2.4 Los extranjerismos

Una breve mención merecen también las palabras extranjeras, su uso en el texto y su traducción. En la obra traducida, no aparecen muchos ejemplos relativos a este ámbito, por este motivo sólo se dedicará un pequeño espacio al tema. En todos los casos que se van a examinar, las palabras han entrado en el léxico de la lengua española; por lo tanto, se podría hablar de léxico importado más que de extranjerismos. A lo largo de la obra, aparecen las palabras *franco* (p. 6), y *moqueta* (p. 13). La primera hace referencia a la moneda que se utilizaba en Francia, Bélgica y Suiza, y tanto en español como en italiano, el término está ya incluido en el léxico de los dos idiomas. Por lo tanto, en la traducción, se ha utilizado el término de la lengua de llegada. En el caso de *moqueta*, en cambio, el español ha importado el término del francés *moquette*, para designar un tipo de tela que se emplea en la fabricación de alfombras, entre otras cosas. El italiano ha mantenido el término francés sin adaptación, por tanto, en la traducción se ha utilizado el término adaptado.

Un último ejemplo está representado por la palabra *Encargado* (p. 20), con la que se

indica a un agente diplomático; si se consulta el diccionario, la traducción italiana, *Incaricato*, tiene el mismo significado y se refiere a la misma profesión. Se menciona aquí porque en este caso ambos términos son el resultado de calcos del francés *chargé d'affaires*, que ha surgido de una transformación a la hora de ser adaptado. Los términos que se han comentado aquí demuestran también una fuerte tendencia de la lengua española hacia la adaptación de los términos extranjeros, fenómeno mucho menos visible en la lengua italiana.

3.2.5 Las figuras léxicas

Un factor que afecta al léxico es la presencia de figuras léxicas. Estas se pueden diferenciar en dos grupos principales: las figuras de expresión, como, por ejemplo, la aliteración, la asonancia y la rima, y las figuras de contenido, como, por ejemplo, la metáfora, la similitud y el oximorón. Todas ejercen su influencia a nivel de las palabras y su significado. En el texto se encuentran algunos ejemplos de estos recursos. Se encuentran, por ejemplo, el uso de aliteraciones que, en la obra, sirven para poner énfasis sobre las características de los personajes, como es el caso del fonema /s/ en *un ser demasiado solo como para estar solamente solo* (p. 46), “un essere troppo solo per essere solamente solo”. Otras veces se juega en la semejanza de los términos, como en el caso de la pareja *doce-dos*, que se emplea en el texto para justificar el equívoco sobre la hora de una cita, y que en la traducción no ha sido muy simple reproducir, debido a la mayor diferencia fonológica en italiano entre *dodici* y *due*. El siguiente ejemplo evidencia este último caso: *evidentemente había entendido las dos y media y no las doce y media* (p. 24), “evidentemente aveva capito le due e mezza e non le dodici e mezza”.

3.2.6 La fraseología

Se termina esta sección dedicada al léxico con el tema de la fraseología, un ámbito de estudio continuo y de difícil categorización. El diccionario María Moliner (2007, p. 1398) define la fraseología como el conjunto de las expresiones de una lengua (fijas o casi fijas) y que incluye, por ejemplo, modismos, refranes y frases hechas. Según Corpas (1996, p. 269), la fraseología es una disciplina que estudia las combinaciones de las unidades léxicas

que se definen estables y que tienen como límites mínimo y máximo dos palabras y la oración compuesta respectivamente. Estas unidades se caracterizan por algunos rasgos específicos y se dividen en grupos dependiendo de algunos factores.

Adoptando la división que propone (Corpas, 1996), la mayoría de los elementos fraseológicos está representada por locuciones. Estas se diferencian de las colocaciones porque sus componentes no pueden sustituirse (Bosque, 2001, p. 16) y forman una unidad (Baker, 1992, p. 63). Las locuciones, según afirma Corpas (1996, p. 88) no corresponden a enteros enunciados y, por lo general, desempeñan una función dentro de la oración. Por esta razón, se pueden distinguir los siguientes subgrupos: las locuciones nominales, las locuciones adjetivas, y las locuciones adverbiales.

En el texto que ha sido traducido, muchas de las locuciones presentes pertenecen al subgrupo de las locuciones adverbiales. Corpas (1996, pp. 99-102) sostiene que las locuciones adverbiales se manifiestan principalmente como sintagmas preposicionales, y están relacionadas a la clase adverbial por sus propiedades semánticas y funcionales. En general cumplen la función de elementos circunstanciales, porque expresan circunstancias ulteriores con respecto al evento denotado por el verbo o al contenido propositivo de la oración. Un ejemplo de locución adverbial que se ha encontrado en el texto está representado por el sintagma preposicional *a ciencia cierta* (p. 19). En la traducción al italiano se ha decidido traducirla mediante otra locución, esto es, *con certezza*, que también es una locución adverbial y cuyo significado es casi equivalente al de la locución española.

Otro ejemplo está representado por la locución *a las claras* (p. 25). Esta se ha optado por traducirla al italiano mediante el adverbio *chiaramente*, porque en italiano no existe una locución con significado correspondiente.

En cambio, la locución *a quemarropa* (p. 52) se ha traducido al italiano mediante la locución adverbial *a bruciapelo*, que tiene un significado correspondiente.

Para traducir la locución *a renglón seguido* (p. 31), se ha recurrido al adverbio *subito*. En este caso, se ha perdido el valor estilístico de la locución del español, porque, al ser más compleja, crea un efecto diferente en la oración; además, según sostiene el diccionario de la RAE es una expresión coloquial.

Un caso parecido lo encontramos con la locución *a todas luces* (p. 37), que conlleva también una imagen visiva. Esta se ha decidido traducirla al italiano mediante la locución *senza dubbio*, la cual expresa el mismo significado pero no mantiene la imagen de la española.

En cambio, ha sido posible encontrar una solución en el caso de *a todo trance* (p. 27),

que se ha traducido al italiano mediante *a tutti i costi*; aquí se ha conseguido mantener un significado parecido también por lo que concierne a las palabras *trance* y *costo*, porque ambas implican una dificultad o un sacrificio.

Un caso interesante está representado por la locución *de buenas a primeras* (p. 41), que en el diccionario de la RAE se clasifica como adverbial y que, como se puede observar, se compone de preposiciones y adjetivos. Esta combinación en italiano es muy rara, en efecto, la mayoría de las locuciones italianas contiene un sustantivo además de otros elementos. En italiano se ha propuesto la locución *a prima vista*.

Otra locución cuya imagen no ha sido posible mantener en italiano es *de par en par* (p. 46); esta hace referencia a puertas y ventanas (Corpas, 1996, p. 100). En italiano se ha optado por traducirla mediante *completamente*. También en el caso de la locución adverbial *de soslayo* (p. 17), se ha producido un cambio, ya que se ha optado por traducirla con *in modo indiretto*. Como se puede observar, la locución italiana no posee la misma musicalidad de la expresión original, además, es léxicamente más compleja.

El último ejemplo en el ámbito de las locuciones adverbiales, está representado por la locución *por duplicado* (p. 61), que se ha decidido traducir con la correspondiente italiana *per due*. En este caso, se ha conseguido mantener forma y contenido casi inalterados.

En el texto traducido aparecen también locuciones verbales, que expresan procesos y forman predicados (Corpas, 1996, pp. 102-104). Estas pueden tener diferentes formas de combinaciones, así que no son fijas.

El primer caso está representado por la locución *dar rienda suelta* (p. 14). Esta se ha traducido al italiano mediante la forma verbal compleja *lasciar andare*.

Otro caso es *darse de bruces* (p. 44), que tiene el significado de tropezarse con algo o alguien (Moliner, 2007, p. 441). En italiano se ha optado por traducirla con el verbo *scontrarsi*, porque en italiano no existe una locución correspondiente. Se pierde toda la riqueza de la expresión original, pero, por lo menos se mantiene el sentido.

Otra locución que aparece en el texto original, en la cual se describe la acción y se ofrece también su descripción visiva, es *echar un vistazo* (p. 19), que tiene el significado de examinar algo de manera superficial. En este caso, la traducción *dare un'occhiata* refleja la misma imagen, y se mantiene la misma composición verbo-sustantivo.

Una locución que se ha tenido dificultad para traducir y cuya expresividad original se ha perdido casi completamente en la propuesta traductiva, es *hacer de tripas corazón* (p. 59),

es decir, intentar no hacer evidente el miedo que alguien siente en determinadas situaciones, disimular. En italiano no se ha encontrado una expresión parecida y, una vez más, se han empleado dos verbos, es decir *sforzarsi di dissimulare*, expresión mucho más neutra que la original.

Otro ejemplo está representado por la locución *hacer oídos sordos* (p. 59), con la que se indica la situación en que alguien disimula y se da por no enterado de lo que se dice. La traducción al italiano podría ser *fare il finto tonto*, que no sería incorrecta, pero existe otra que se acerca más y al mismo tiempo tiene eficacia mayor con respecto al original, es decir, *fare orecchie da mercante*. Por tanto, se ha optado por esta última traducción, también porque en español existe la expresión *hacer alguien orejas de mercader*, cuyo significado es prácticamente el mismo que *hacer oídos sordos*.

La locución verbal *no dar abasto a* (p. 34), que está formada por verbo y sustantivo, y que indica la falta de posibilidad de producir todo lo necesario para algo, no tiene un correspondiente en italiano. Por tanto, se ha decidido traducirla mediante una expresión más neutra, y cuyo significado tampoco corresponde exactamente al original, es decir, *non fare in tempo a*.

El último caso que se quiere presentar es el de la locución *pisar los talones a alguien* (p. 47). Esta se ha decidido traducirla mediante la locución italiana *mordere i talloni*, la cual está formada por las mismas categorías léxicas, posee el mismo significado y sugiere la misma imagen de la expresión original.

3.3. La sintaxis

Si se pasa a observar el nivel gramatical, la primera diferencia que se puede detectar con respecto al nivel del léxico es, según afirma Baker (1992, p. 85), la menor libertad que tiene el traductor cuando trabaja con las estructuras de una obra. En efecto, si con las palabras puede decidir entre diferentes términos para encontrar el que más se acerque al original, a la hora de traducir en su propia lengua, normalmente debe respetar algunas reglas fijas, aunque en el caso de dos lenguas como el español y el italiano no se encuentran grandes dificultades, debido a su estructura parecida.

En esta sección se tratarán los aspectos gramaticales y sintácticos de la obra traducida, con particular atención a los aspectos peculiares que se han encontrado durante el proceso

de traducción, se presentarán algunos casos relevantes y se justificarán las propuestas traductivas.

3.3.1 Las figuras sintácticas

Antes de reflexionar sobre las estructuras sintácticas del texto, y sobre los marcadores del discurso que más se han utilizado, es interesante analizar la presencia de algunas figuras sintácticas presentes a lo largo de la obra. Ya a una primera lectura, se ha notado el uso de repeticiones, es decir la expresión de los mismos elementos o de elementos ligeramente diferentes en distintos puntos del texto (*Dizionario di retorica e stilistica*, p. 366). En la obra, estas repeticiones se utilizan cuando se describen a los personajes y también cuando se describen acciones repetitivas, como el movimiento de la comida cuando llega hacia la caja, el movimiento de la cajera durante su trabajo y los movimientos de la señora que limpia el suelo. En todos estos casos, la técnica de la repetición ha ayudado a memorizar y quizás haya destacado también la falta de cambio en los personajes durante el relato, su fosilización dentro de algunos aspectos de su propia vida debido al miedo de una alteración, de un paso radical. Esta repetición que el autor utiliza va al mismo tiempo en contra del lenguaje experimental que, como ya se ha dicho, caracteriza el resto de la obra. Esta estrategia se ha reproducido en la traducción también, sin que resulte extraña dado que se ha intentado producir el mismo lenguaje de experimentación del original.

Otra figura sintáctica que aparece en el texto original, en particular en el relato *La cita*, es el clímax, es decir, una progresión de palabras que disminuyen o aumentan de intensidad. (*Dizionario di retorica e stilistica*, p. 49). Esta estrategia se realiza mediante sintagmas repetidos a lo largo del relato. Un ejemplo está representado por las siguientes expresiones que aparecen en este orden: *el día era claro, caluroso* (p. 22; *il giorno era chiaro, caloroso*), *el día era cálido, bochornoso* (p. 23; *il giorno era caldo, afoso*), *el día era cálido, canicular* (p. 23; *il giorno era caldo, soffocante*). Como se puede notar, lo que al principio es un día de sol y percibido de manera positiva, poco a poco se transforma en un día muy cálido, hasta convertirse en canicular, sofocante. Otra vez, la estrategia del autor sirve para reflejar la sensación del personaje que espera a una persona que no llega, hasta que al final decide no esperar más. Una técnica parecida, aunque más fiel al verdadero clímax, es la progresión en la misma oración de sintagmas diferentes que crean

un efecto de acumulación emotiva de los personajes, que produce angustia en el lector. Un ejemplo es el final del último relato, donde el personaje desea olvidarse de alguna manera de todo lo que la preocupa y de su pasado. El autor, entonces, añade sintagmas preposicionales, introducidos por la preposición 'de', hasta que se crea un efecto de clímax por el aumento de intensidad producido. Aquí también se ha mantenido la misma técnica en la traducción, porque ha sido posible reproducir los mismos tipos de sintagmas:

(1) [...] y olvidarse *de* todo, *de* Enrique y *de* Julia, *de* la depresión de Isabel y los recibos del Banco, *de* su ex marido, *de* la entrega del trabajo y el aparcamiento del coche, *del* ruido, *de* la clínica, *del* tedio de las colas y la cochambre de las gentes en el despeñadero de avaricia de su destrucción. (p. 63)

[...] e dimenticare *di* tutto, *di* Enrique e *di* Julia, *della* depressione di Isabel e delle ricevute della Banca, *del* suo ex marito, *della* consegna del lavoro e del parcheggio della macchina, *del* rumore, *della* clinica, *della* noia delle code e della sporcizia delle persone nel precipizio di avarizia della loro distruzione.

Otra figura sintáctica que aparece con frecuencia en el texto original es la metáfora, es decir, la sustitución, en una expresión, de una palabra por otra, cuyo sentido literal es parecido al de la palabra que se ha sustituido (*Dizionario di retorica e stilistica*, p. 237). En el texto aparecen las expresiones, *las horas muertas* (p. 44) y *matar los minutos* (p. 19), ambas relacionadas al tiempo y a la muerte. En la traducción se ha intentado reproducir las mismas imágenes, pero, en el primer caso, se ha utilizado la expresión italiana *a tempo perso*; mientras que, en el segundo, ha sido posible reproducir de manera fiel el original con *ammazzare il tempo*.

Como última figura, se ha encontrado la sinécdoque en la expresión *pedir fuego* (p. 46); de hecho, dicha figura hace referencia a la sustitución de una palabra por otra más general o más específica (*Dizionario di retorica e stilistica*, pp. 438-439). En este caso, la palabra *fuego* es la general, y en italiano, debido a que no ha sido posible mantener la figura, se ha optado por otra expresión muy utilizada en la lengua, es decir, *avere da accendere*. De esta manera, aunque no se haya mantenido la forma, el efecto que se produce ante el lector italiano es parecido al del lector español. En todos estos casos, por lo tanto, se han utilizado traducciones parciales o semánticas, y ha sido posible evitar el empleo de figuras diferentes en italiano, que habrían alejado demasiado la traducción del original.

3.3.2 Los marcadores del discurso

En una lengua, según afirma Portolés (1998, p. 15), la comunicación verbal está formada por codificación e inferencias; esta segunda parte es la función principal de los marcadores del discurso. De hecho, el significado de dichas unidades es el 'de procesamiento' (Portolés, p. 75); dicho de otra manera, estos tienen que guiar las inferencias del lector sobre los distintos miembros del discurso. A este propósito, Portolés (cap. 9) propone una clasificación de los marcadores, según su función dentro de la oración; él divide dichas unidades en cinco grupos:

- Los estructuradores de la información, que permiten una organización de la información en el discurso;
- Los conectores, marcadores que entrelazan los miembros del discurso y según su significado dan instrucciones para guiar las inferencias;
- Los reformuladores, que permiten introducir de otra manera algo que se ha dicho anteriormente;
- Los operadores discursivos, que a través de su significado limitan las posibilidades del discurso del miembro en el que se encuentran;
- Los marcadores de control de contacto, que ponen de manifiesto las relaciones que existen entre quienes participan a la conversación.

Cada uno de estos grupos se divide a su vez en otros grupos más pequeños, y aunque no se profundice sobre todos ellos, a través de ejemplos del texto se explicará la función que desempeñan dentro de la oración.

En español, el marcador 'pues' puede tener tres valores: causal, consecutivo y comentador. En el texto original, se encuentran casos del primer tipo, como muestra el ejemplo siguiente:

- (2) Aunque quién sabe – se dijo – si incluso no habría sonado todavía, a pesar de que ahora ya más bien se inclinaba a pensar que, con toda probabilidad y fuera por el motivo que fuera, simplemente le habría pasado desapercibido su sonido, *pues* en cualquier caso no se puede decir tampoco que hubiese prestado excesiva atención mientras se admiraba ante la imagen múltiple y simultánea de aquel hombre de las gafas. (p. 19)

Anche se chissà – disse tra sé – se non avesse persino già suonato, nonostante tuttavia ora era portato a pensare che, con ogni probabilità e indipendentemente dal motivo, non se n'era semplicemente reso conto, *dato che* comunque non si può nemmeno dire che avesse prestato eccessiva attenzione mentre si sorprendevo davanti all'immagine molteplice e simultanea di quell'uomo con gli occhiali.

Como se puede observar, en la traducción se ha propuesto la expresión *dato che*, que posee valor causal.

A parte de este marcador que se caracteriza por su peculiaridad, los otros que se verán a continuación forman parte de grupos específicos y, en general, tienen un matiz único por lo que concierne a la información que transmiten. Por ejemplo, el adverbio *no obstante*, siguiendo la clasificación de Portolés, es un conector contraargumentativo, es decir, vincula dos miembros del discurso de tal manera que el segundo aporta una conclusión contraria a la del primer miembro (Portolés, p. 140). Esto se puede notar en la siguiente oración del relato *La cajera*

- (3) Sin que pareciera importarle su paso lo más mínimo, ésta se apresuró *no obstante* a trasladar de inmediato el cubo de agua negra y el movimiento circular de su fregona hacia el lugar por donde había cruzado, dejando de ese modo al descubierto el flanco recién frotado [...]. (p. 6)

Apparentemente senza dare la minima importanza al suo passaggio, questa si affrettò *tuttavia* a spostare subito il secchio di acqua nera e il movimento circolare dello spazzolone verso il luogo che aveva attraversato, lasciando in questo modo scoperto il lato sfregato [...].

En la traducción al italiano, se ha decidido traducir este adverbio mediante el adverbio con valor adversativo *tuttavia*.

Otro marcador que merece la pena mencionar es el conector aditivo *aparte*, que proporciona una argumentación ulterior a la precedente, sin contradecirla. En la obra original lo encontramos en el siguiente ejemplo:

- (4) *Aparte de que* probabilmente fuese sábado, como el primer día [...]. (p. 6)

Se si esclude il fatto che verosimilmente era sabato, come il primo giorno [...].

y, como se puede observar, en la traducción al italiano se ha optado por el conector *si* que introduce una oración condicional.

El texto original, además, presenta con frecuencia operadores discursivos, en particular, los de refuerzo argumentativo (Portolés, p. 143), como, por ejemplo, *en verdad* o *a decir verdad*. Estos se han traducido al italiano mediante las correspondientes expresiones *a dire la verità*, *a dire il vero* e *in verità*. Además, en cuanto al operador *en efecto*, que, según el diccionario María Moliner es: “frase frecuente con que se asiente a algo dicho por otro o se confirma algo ya dicho o que se suponía” (2007, p. 1103), en la traducción al italiano se ha optado por *di fatto*, que posee el mismo valor y el mismo significado.

Se concluye esta breve sección con el grupo de los digresores, que forman parte de los estructuradores de la información (Portolés, p. 139), y que se caracterizan por introducir un comentario que se aleja del discurso anterior, aunque permanezca dentro del mismo tema. En el texto original, se ha encontrado el digresor *por cierto* en la oración:

(5) No de otra forma, *por cierto*, le habría sucedido igualmente a él [...]. (p. 17)

Non sarebbe *certamente* successo in altro modo anche a lui [...].

este introduce un discurso lateral con respecto a la oración anterior y en la versión italiana se ha traducido con el adverbio *certamente*, que posee el mismo valor semántico.

Además de seguir una clasificación basada en el significado, los marcadores se dividen en clases gramaticales. Por lo tanto, se habla de conjunciones, adverbios e interjecciones (Portolés, cap. 3), que siguen reglas distintas dentro de la oración. Si se habla de conjunciones, por ejemplo, es importante notar que su posición es la inicial, mientras que si se hace referencia a los adverbios, estos pueden situarse en diferentes posiciones, aunque, dependiendo del marcador, pueden encontrarse en posición inicial más que final o medial.

El adverbio *sin embargo*, por ejemplo, aparece en posición medial unas veces, como se puede observar en la oración siguiente:

(6) nada autorizaba a suponer que no hubiese transcurrido *sin embargo* desde entonces un tiempo. (p. 6)

niente autorizzava a supporre che da allora non fosse *tuttavia* trascorso un tempo.

aunque, en general, aparece en posición inicial. Otro tipo de marcadores del discurso está caracterizado por las formas apelativas. Estas son distintas de las interjecciones porque conservan una variabilidad; las formas *mira* u *oye* pueden variar según número y persona, aunque carecen de flexión temporal y verbal (Portolés, p. 73). En el texto original se encuentra la forma apelativa *mire* (p. 38), en la tercera persona singular para indicar tratamiento de respeto. En la traducción no se ha conseguido encontrar una expresión parecida, porque en italiano no se utiliza la expresión visiva, sino auditiva, por lo tanto la forma apelativa española se ha traducido mediante la expresión italiana *senta*.

Hasta ahora se han analizado los marcadores del discurso sobre la base de sus funciones, del tipo de inferencia que aportan a nivel de significado, y de sus categorías. A todo esto hay que añadir el hecho de que estos marcadores pueden también introducir oraciones coordinadas y subordinadas, dependiendo de su significado y, por lo tanto, de la inferencia que procede de estas unidades.

3.3.3 Coordinación y subordinación

Si se pasa al análisis de las oraciones en el texto, lo primero que se nota es que estas son muy largas, lo cual implica complejidad en la comprensión y dificultades en la traducción. Además, predomina la hipotaxis, de modo que el lector, para comprender el significado global de una oración, debe leerla más veces, lo que, de hecho, es la finalidad del autor. En la traducción, se ha intentado reproducir esta modalidad, manteniendo las oraciones largas y complejas, para que también el lector italiano pueda perderse y jugar con el autor:

(7) Parecía como si hubiese escogido el día de mayor afluencia en el local –cada vez, es verdad, más increíblemente abarrotado a aquellas horas–, o por lo menos una de esas naturalmente poco improbables ocasiones en que una discusión, no por madrugadora menos acalorada, sobre una precedencia en la tanda o una pretensión de privilegio en el trato, descarga enconos tenazmente acrisolados durante años de vecindad y malevolencia por dos clientas y divide al instante a los asiduos en partidarios acérrimos de una u otra de las partes en litigio, en favor o en contra de la cual esgrimen atávicas

desavenencias y secretas afinidades al fin confrontadas por el menor y más insustancial de los detalles. (p. 37)

Sembrava che avesse scelto il giorno di maggior affluenza nel locale – incredibilmente sempre più affollato, è vero, a quelle ore –, o per lo meno una di quelle naturalmente poco improbabili occasioni in cui una discussione, non meno infervorata per il fatto di essere mattiniera, riguardo una precedenza nel gruppo o una pretesa di privilegio nel modo, scarica un astio tenacemente affinato durante anni di vicinanza e malevolenza da due clienti e divide all'istante gli assidui in sostenitori acerrimi di una o dell'altra parte in litigio, in favore o contro cui brandiscono atavici dissapori e segrete affinità che alla fine si confrontano attraverso il minore e più inconsistente dei particolari.

Frecuente es también el procedimiento de la parataxis. En este ámbito predomina el tipo sindético, es decir, las oraciones coordinadas se vinculan entre ellas mediante la presencia de un nexos, con respecto al tipo asindético, es decir, las oraciones coordinadas carecen de nexos (cfr. Gómez Torrego 2007). El siguiente es un ejemplo del primer tipo:

(8) Aparte de que probabilmente fue sábadu, como el primer día, y *de que* quizá también, como aquella vez, el tren hubiera llegado con un retraso no tan desagradable por lo excesivo cuanto inequívoco y abrumador a causa de la ya de por sí prolongada longitud del trayecto, y *de que* –por señalar tan sólo otras presumibles coincidencias – en las calles haría poco también por aquellos días que habrían estrenado sus escotes las muchachas y adelantado sus mesas los cafés al auge primaveral de las aceras, nada autorizaba a suponer que no hubiese transcurrido sin embargo desde entonces un tiempo [...]. (p. 6)

Se si esclude il fatto che verosimilmente era sabato, come il primo giorno, *e che* forse – come quella volta, il treno aveva di nuovo un ritardo sgradevole non tanto perché eccessivo, quanto perché inequivocabile e irritante a causa della lunghezza del percorso già di per sé estesa, *e che* – solo per indicare altre coincidenze supponibili – anche in quei giorni per le strade mancava poco prima che le ragazze mettessero in mostra le proprie scollature *e* i bar mettessero fuori i tavoli al culmine primaverile dei marciapiedi, niente autorizzava a supporre che da allora non fosse tuttavia trascorso un tempo [...].

La siguiente oración, en cambio, representa un ejemplo de coordinación de tipo asindético:

(9) [...]desconectar todos los aparatos,[...] cerrar las ventanas [...], correr el pasador [...], tapar la mirilla [...]. (p. 63)

[...]staccare tutti gli apparecchi, [...] chiudere le finestre [...], far scorrere il chiavistello [...], chiudere lo spioncino [...].

Debido a que el uso de la hipotaxis es muy frecuente en el texto de González Sainz, la siguiente sección se centrará en las oraciones subordinadas que aparecen en el texto, y en su correspondencia en la lengua de llegada.

Primero, si se sigue la división que propone Gómez Torrego, las oraciones subordinadas se dividen en sustantivas, de relativo y circunstanciales, según la función que desempeñan. Las circunstanciales se dividen, a su vez, en adverbiales, y no adverbiales (Gómez Torrego, p. 232). A este último grupo pertenecen las oraciones finales, causales, condicionales, concesivas, comparativas y consecutivas. En el texto aparecen sobre todo oraciones no adverbiales, por lo tanto, a continuación se presentarán algunos casos de estos tipos de construcciones comentando las propuestas traductivas.

Las oraciones causales son muy frecuentes en la obra original, cuyos nexos son, entre otros, *porque*, y la locución *a causa de*, que se encuentra en el siguiente ejemplo:

(10)[...] el tren hubiera llegado con un retraso no tan desagradable por lo excesivo cuanto inequívoco y abrumador *a causa de* la ya de por sí prolongada longitud del trayecto [...]. (p. 6)

[...] il treno aveva di nuovo un ritardo sgradevole non tanto perché eccessivo, quanto perché inequivocabile e irritante a causa della lunghezza del percorso già di per sé estesa [...].

Otro tipo de subordinadas circunstanciales no adverbiales que aparecen bajo diferentes formas son las oraciones concesivas, que indican una oposición con respecto a la oración principal, sin que se excluya su cumplimiento. El nexo más utilizado, que se encuentra con frecuencia a lo largo de la obra, es la conjunción *aunque*; además, aparecen la locución *a*

pesar de que, y las construcciones preposicionales *a no ser que* y *por mucho que*. Las últimas dos, en particular, se han traducido utilizando *sempre che*, y *per quanto*, como en los ejemplos siguientes:

(11) *A no ser*, por el contrario –agregó– *que* quiera uno obstinarse, sin fundamento ni provecho alguno desde luego, en ser deportado al disparadero estéril de una por lo demás dudosa y vana rebeldía. (p. 26)

Sempre che, al contrario – aggiunse –, una persona non voglia ostinarsi, senza alcun fondamento né vantaggio indubbiamente, ad essere deportato nella strettoia sterile di una d'altronde dubbiosa e vana ribellione.

(12) Porque *por mucho que* lo intentara, tampoco conseguía en realidad recordar cuándo ni con qué medio –una llamada telefónica, una conversación, un recado– había establecido verdaderamente aquella cita. (p. 27)

Perché *per quanto* ci provasse, in realtà non riusciva nemmeno a ricordare quando né con che mezzo – una chiamata telefonica, una conversazione, un messaggio – aveva stabilito davvero quell'appuntamento.

Un tipo de oraciones subordinadas adverbiales que aparecen con frecuencia en el texto original son las temporales, introducidas sobre todo por las locuciones *antes de que* y *a medida que*. Estas se han traducido con las correspondientes italianas *prima che* y *a mano a mano che*:

(13) Más de tres veces se hizo repetir el empleado aquella vez un destino, una hora de salida y un tipo de suplemento *antes de que* una impresora electrónica estampase en el acto unas cifras que él debió luego comprobar por menudo. (p. 7)

Più di tre volte l'impiegato si fece ripetere quella volta una destinazione, un orario di partenza e un tipo di supplemento *prima che* una stampante elettronica imprimesse subito delle cifre che egli dovette poi verificare in modo dettagliato.

(14) Por más que me haya puesto a pensarlo ya desde hace tiempo, sobre todo *a medida que* se decantaba con fuerza la ambivalencia de mi sentimiento inicial hacia él, no he logrado distinguir con algún asomo de certeza el momento en que debí advertirlo por

primera vez. (p. 41)

Per quanto mi sia messo a pensarci sopra già da tempo, soprattutto *a mano a mano che* si decantava con forza l'ambivalenza del mio sentimento iniziale verso di lui, non sono riuscito a distinguere attraverso un qualche indizio di certezza il momento in cui dovetti notarlo per la prima volta.

Las oraciones subordinadas condicionales presentan estructuras diferentes; una de estas es la construcción condicional introducida por *de* y el verbo en infinitivo. En el texto de González Sainz aparece este caso, y como en italiano no existe una estructura parecida, se ha decidido traducir esta construcción condicional utilizando el introductor *si* y expresando la flexión verbal, como muestra el ejemplo siguiente:

(15) Tanto la poca calderilla francesa [...] como la hora ya de sobras cumplida [...] no le iban a dispensar para aquellas casi tres horas más que la compra de alguna escueta frugalidad en uno de esos prolíficos despachos de pastas que menudean por doquier – y que, *de halagar algo*, sería más el olfato [...] que el paladar [...]. (p. 7)

Sia i pochi spiccioli francesi [...] che l'ora trascorsa già da un po' [...] non gli avrebbero concesso durante quelle quasi tre ore niente di più che l'acquisto di qualche sobria frugalità in uno di quei ricchi negozi di pastine che si trovano frequentemente dappertutto – e che, *se soddisfano qualcosa*, sarebbe senza dubbio più l'olfatto [...] che il palato [...].

Otra peculiaridad del español es la manera de expresar el tiempo, es decir, la formación de las subordinadas temporales, entre las cuales están las que expresan una acción simultánea. En texto, en particular, se encuentra la subordinada temporal *al+infinitivo*; esta estructura se emplea con expresiones de movimiento e indica una simultaneidad instantánea (Santos, p. 89). En italiano, en cambio, debido a que dicha construcción no existe, se ha decidido traducirla mediante la conjunción *mentre*, seguida de un verbo en indicativo. Por lo tanto, en la traducción se ha producido un cambio de este tipo:

(16) Le faltó tiempo *al entrar* para buscarla al punto con la mirada [...]. (p. 14)

Non ebbe tempo *mentre entrava* di cercarla rapidamente con lo sguardo [...].

Antes de terminar este apartado, es interesante ver muy brevemente el uso de los adverbios en el texto; de hecho, este ha sido un problema a la hora de traducir, porque mientras que en español la forma de los adverbios puede ser variada, en italiano terminan casi todos en *-mente*, así que, para evitar que la oración fuera demasiado repetitiva en algunos puntos, se ha tenido que sustituirlos por otros elementos con el mismo significado. Un ejemplo se encuentra en el segundo relato, donde sólo aparece un adverbio en *-mente* español, mientras que los otros tienen formas distintas; en cambio, en italiano se ha intentado buscar expresiones sustitutivas:

(17) No podía faltar ya mucho, efectivamente, para que sonara la hora convenida en el reloj de la torre, aunque a decir verdad, ninguna convicción podía sin embargo abrigar a ciencia cierta que corroborara de veras no sólo aquella impresión, sino tampoco – si bien se miraba – la contraria. (p. 19)

Non poteva mancare molto, in effetti, al suono dell'ora convenuta sull'orologio della torre, anche se a dire il vero non poteva avere nessuna convinzione che confermasse con certezza davvero non solo quell'impressione, ma nemmeno – a ben guardare – quella contraria.

3.3.4 Las perífrasis verbales

Se verán ahora algunos de perífrasis verbal. Primero, hay que aclarar el significado de este término y su uso general; de hecho, según afirma Gómez Torrego (2002, pp. 192-197), la perífrasis es un tipo de construcción formada por dos o más verbos, de los que el primero se define auxiliar y el segundo auxiliado; este último debe aparecer en las formas no personales del verbo, es decir, infinitivo, participio o gerundio. La característica principal de esta construcción es el hecho de que los verbos que la componen son considerados al final como una unidad única, un solo predicado. Además, si los verbos auxiliados se sustituyen por otros elementos, el significado del auxiliar no permanece igual; por lo tanto, para mantener el mismo matiz de la estructura, es necesario que esta sea fija, sólo pueden interponerse preposiciones o la conjunción *que* entre el auxiliar y el auxiliado. Las perífrasis se pueden clasificar según la acción verbal o según la modalidad.

El primer caso está representado por la perífrasis aspectual *ir+gerundio*. Si el aspecto es

oristo, es decir si está conjugada en pretérito indefinido, esta perífrasis focaliza el evento desde el inicio hasta el final. En italiano no existe una perífrasis correspondiente, por lo tanto, no he traducido dado que el verbo en pretérito indefinido expresa el mismo valor aspectual, como muestra el ejemplo siguiente:

(18) [...] y se les *fue volviendo* sobre todo enteramente insoportable la pavorosa consunción final de las despedidas tras un silbato en un andén en perspectiva. (p. 13)

[...] e gli diventò soprattutto completamente insopportabile il pauroso sfinimento finale dei congedi dopo un fischio in un binario in prospettiva.

Otro caso es el de la perífrasis *acabar de+infinitivo*. Esta hace referencia a un proceso terminado o a una acción que puede definirse inmediata porque ha tenido lugar hace poco tiempo; es entonces una perífrasis perfectiva. En el texto, se encuentra la siguiente oración:

(19) Pero ahí está ya efectivamente, [...] haciendo ademán de inquirir algo [...] al que *acaba* justamente *de entrar*. (p. 52)

Ma eccolo effettivamente già lì, [...] facendo cenno di domandare qualcosa [...] a colui *che è proprio appena entrato*.

En italiano, por lo tanto, debido a que no existe una perífrasis correspondiente, en la traducción se ha utilizado el tiempo compuesto del verbo *entrar*; además, el adverbio *appena* permite expresar la inmediatez de la acción.

Otra perífrasis verbal que aparece en el texto es *llevar+infinitivo*. Expresa un significado durativo/progresivo e indica una acción en desarrollo en el tiempo. Un ejemplo aparece a continuación:

(20) Además, le daba la impresión de que *llevaba* ya días, o tal vez semanas, [...] o, en cualquier caso, mucho tiempo *sin poner* un pie en la calle [...]. (p. 54)

Inoltre, aveva l'impressione *che fossero* giorni, o magari settimane, [...] o, a ogni modo, molto tempo *che non metteva* un piede in strada [...].

En la traducción italiana aparece, sin embargo, otra estructura, es decir el verbo *essere* seguido de una cantidad de tiempo y la conjunción *che* seguida de otro verbo.

Un último caso que se ha encontrado en el texto está representado por la perífrasis *venir a+gerundio*, que expresa un valor de aproximación. Un ejemplo que aparece en el texto es el siguiente:

(21) [...] y los documentos necesarios para darse de alta en una entidad hospitalaria de carácter privado a la que desde hacía ya tiempo, [...] *venía* por cierto *queriéndose* afiliar. (p. 55)

[...] e i documenti necessari per iscriversi in un ente ospedaliero privato al quale già da tempo, [...] *voleva* davvero *associarsi*.

Como en italiano no existe la posibilidad de traducir con una perífrasis este mismo valor aspectual, se ha optado por utilizar el verbo léxico en imperfecto. Este, por tanto, es otro caso en el cual se puede afirmar que queda un residuo en la traducción debido a diferencias sintácticas entre los dos idiomas.

CONCLUSIÓN

En el presente trabajo, se ha presentado la traducción italiana del texto español de González Sainz, *Los encuentros*. Podría afirmarse que se ha cumplido un ejercicio de traducción, una experimentación en este ámbito, utilizando también los criterios propuestos en la literatura de la traductología. En el comentario a la traducción, se han presentado los aspectos principales de la traducción, las dificultades y los problemas generales ante los cuales puede encontrarse un traductor. En la segunda parte de este capítulo se ha introducido al autor, sus obras precedentes y sucesivas, además de sus intereses, de manera que se delineara un perfil específico del mismo. Luego, se ha pasado a comentar las propiedades de la obra *Los encuentros*. Se ha analizado su temática, y se ha introducido el estilo de la obra, además de presentar una breve entrevista que el traductor ha tenido la oportunidad de hacer al autor, y en la cual es el autor mismo que presenta su obra desde todas las perspectivas.

En el capítulo 3 se ha analizado los aspectos lingüísticos más relevantes de la obra original para luego comentar y justificar sus propuestas traductivas. Se ha empezado por el léxico, presentado, entre otros, los topónimos, los *realia*, los términos peculiares y técnicos, además de las figuras léxicas que se han encontrado a lo largo del texto y se han justificado las opciones traductivas elegidas.

En la segunda parte del capítulo 3 se han presentado los aspectos sintácticos más relevantes que se han encontrado en el texto original. Se han tratado las figuras retóricas que tienen relevancia en la sintaxis, los marcadores del discurso, las diferentes construcciones subordinadas y algunas perífrasis verbales, presentando las opciones de traducción propuestas.

En conclusión, durante el proceso de traducción se ha intentado respetar la fidelidad al original, para que la intención del autor se mantuviera inalterada también en su traducción al italiano. Sin dudas puede que otros trabajos produzcan un resultado mejor que el presente, porque siempre es posible mejorar las traducciones. Sin embargo, se ha intentado demostrar la dificultad que existe también entre lenguas afines, porque lo que se ve implicado no es simplemente una lengua frente a otra, sino también dos culturas, dos historias y mundos diferentes.

Glosario

ESPAÑOL	ITALIANO	INGLÉS
a ciencia cierta	con certezza	for sure
a duras penas	con molta difficoltà	hardly
abarroado	gremito	crammed
aborrecimiento	avversione	loathing
abrumador	irritante	onerous
abuhardillado	mansardato	sloping ceiling
acarreo	spostamento	transport
acatamiento	rispetto	observance
acechar	spiare	lie in wait for
acicate	incentivo	incentive
acodarse	appoggiare i gomiti	lean one's elbows on sth
acolchar	ammorbidire	pad
acopios	provviste	provisions
acorralar	mettere alle strette	put somebody on the spot
acosar	tormentare	hound
acrisolado	affinato	refined
acuciado	di fretta	short of time
ademán	modo	gesture
adolecer	essere privo	lack
agobio	affanno	breathlessness
agraviarle	offenderlo	insult
agriarse	inacidirsi	turn sour
aguante	tolleranza	patience
agüero	presagio	omen
ahínco	impegno	application
ahuyentar	respingere	dispel
ajetreado	mosso	hectic
al cogollo	nel cuore	to the heart
aleación	lega	alloy
aledaño	limitrofo	neighbouring

alelado	tonto	dazed
aliciente	incentivo	incentive
ambage	circonlocuzione	circumlocution
amortiguar	attenuare	absorb
anaquel	scaffale	shelf
apabullante	che intimidisce	overpowering
aparatosamente	in modo ostentato	ostentatiously
apelmazado	pesante	heavy
apiñarse	ammassarsi	accumulate
aplazar	rinvviare	defer
aplomo	disinvoltura	aplomb
apocado	indolente	indolent
apoderarse de	impossessarsi di	take possession
apostasía	apostasia	apostasy
apremiar	incalzare	put pressure
apuntalar	puntellare	underpin
aquilatar	avvalorare	assay
arraigado	radicato	deeply rooted
arredrar	spaventare	intimidate
asearse	prepararsi	get ready
asechanza	trappola	trap
asomo	segno	sign
atildamiento	sottolineatura	underlining
atosigar	inquietare	trouble
atropello	precipitazione	rush
atuendo	aspetto	outfit
aturdimiento	lentezza	bewilderment
auge	culmine	peak
avizarar	scrutare	peer
azorado	spaventato	embarrassed
baldón	insulto	insult
bellota	ghianda	acorn
berrido	urlo	bawling
botarate	balordo	blockhead
bregar	resistere	struggle
brote	gemma	shoot
cábala	cabala	cabala

caballero	signore	sir
cabello suelto	capello sciolto	loose hair
cacharros	stoviglie	pots and pans
cachaza	flemma	slowness
calderilla	spiccioli	small change
carraspeo	schiarimento di voce	clear one's throat
chacinero	salumiere	butcher
chanza	scherno	derision
chapurrear	farfugliare	slur
charcutería	salumi	delicatessen
chasis	telaio	chassis
chifladura	mania	mania
chillón	stridulo	shrill
chiquillo	bambinetto	kid
cochambre	sporcizia	filth
cocinillas	impiccione	meddler
complacencia	tolleranza	indulgence
compleción	costituzione	constitution
comprobante	scontrino	receipt
crispado	esasperato	exasperated
culata	calcio	breech
cursilería	sdolcinatezza	schmaltz
de picadura	rullato	pipe tobacco
de refilón	di sfuggita	a sidelong glance
de rondón	in modo sfacciato	unannounced
de sobras	abbondantemente	plenty of
de sopetón	all'improvviso	out of the blue
de soslayo	di sbieco	sidelong glance
de todas todas	in tutto e per tutto	every inch
dechado	modello	paragon
dejar por sentado	dare per scontato	assume sth
desacato	imprudenza	imprudence
desamparado	indifeso	defenceless
desangelado	grossolano	rough
desavenencias	dissapori	disagreement
desazón	inquietudine	uneasiness
desazonado	agitato	uneasy

desbarajuste	scompiglio	disorder
descabelladamente	assurdamente	crazily
desenvolverse	cavarsela	manage
desenvueltamente	sfrontatamente	self-assured
desgañitarse	sgolarsi	shout oneself hoarse
desgastado	logoro	worn out
desguarnecido	indebolito	undefended
designio	proposito	plan, intention
despego	disaffezione	detachment
despeñadero	precipizio	precipice
despilfarrador	sperperatore	spendthrift
desquite	ripicca	revenge
desurdirse	districarsi	untangle
disonante	stonato	dissonant
disparatadamente	assurdamente	crazily
dispensar	concedere	give
displicente	disgustato	disdainful
embaldosado	piastrellato	tiled floor
embarullado	confuso	confused
empaque	clase	class
empecinarse	ostinarsi	persist
empedernido	incorreggibile	inveterate
emplazamiento	ubicazione	location
en derredor	attorno	around
en el acto	subito	instantly
en la recámara	in canna	chamber
enardecido	esaltato	inflamed
encono	astio	spite
endeble	fragile	feeble
engatusar	lusingare	sweet-talk
engreimiento	superbia	conceit
enlace	coincidenza	connection
enmohecer	ammuffire	become moldy
enranciar	irrancidire	turn rancid
enrevesado	complicato	complicated
enseres	utensili	equipment
ensimismado	assorto	absorbed

entornar	socchiudere	leave ajar
entrañable	gradevole	pleasant
entumecimiento	torpore	numbness
envergadura	portata	magnitude
escarceo	tentativo	trial
escarnio	scherno	derision
escatimar	lesinare	skimp on
escudriñar	scrutare	scan
escueto	sobrio	succinct
escurrir	strizzare	wring
esmerado	scrupoloso	painstaking
esparcimiento	divertimento	leisure activity
espeluznante	raccapricciante	terrifying
espolear	stimolare	spur
estorbar	ostacolare	obstruct
estrafalario	strambo	bizarre
estropajoso	sbrindellato	wiry
estruendo	fragore	din
fantasmagoría	fantasmagoria	phantasmagoria
fleco	frange	fringe
franco	franco	franc
frasco	contenitore	bottle
frotar	sfregare	rub
guarismo	cifra	figure
hacer acopio	accumulare	amass
hacer cuesta arriba	costare fatica	find very difficult to do sth
hacer de tripas corazón	dissimulare	pluck up courage
hacinar	accumulare	pile up
halago	lusinga	flattery
halagüeño	promettente	promising
hilvanar	coordinare	link
hollín	fuliggine	soot
hundido	sfinito	exhausted
indefectiblemente	immancabilmente	invariably
ineluctablemente	inevitabilmente	ineluctably
ínfula	presunzione	presumption
irreprochable	irreprensibile	irreproachable

jadeo	affanno	pant
ladear	inclinare	tilt
llavines	serrature	lock
lozanía	vigore	freshness
marrullero	ingannatore	devious
modorra	sonnolenza	drowsiness
mofa	beffa	mockery
mohín	smorfia	grimace
morigerado	morigerato	restrained
mudanza	cambiamento	move
mugriento	sudicio	filthy
mus	carte	mus
no dar abasto a	non fare in tempo a	not to be able to
osadía	insolenza	impudence
para remate	per giunta	crow it all
paradero	recapito	address
parroquia	clientela	customers
pasmado	sbalordito	amazed
patas de gallo	zampe di gallina	crow's feet
pejiguera	seccatura	annoyance
pegiagudo	ingegnoso	tricky
pertrechos	attrezzatura	equipment
petimetre	dandy	dandy
petulancia	petulanza	smugness
pitido	fischio	whistle
por doquier	dappertutto	everywhere
por el rabillo del ojo	dalla coda dell'occhio	out of the corner of sb's eye
por encima del hombro	con disprezzo	Look down on sb
porfiadamente	con insistenza	stubbornly
postergar	rinvviare	postpone
postración	abbattimento	deep depression
precavido	prudente	cautious
punzante	acuto	sharp
ramplonería	volgarità	vulgarity
ranura	fenditura	slot
ratificar	confermare	confirm
rebasar	lasciare indietro	overtake

recalar	comparire	appear
recalcitrante	recalcitrante	recalcitrant
reconcentrado	segreto	reserved
recovecos	meandri	twists and turns
redomado	dissimulato	concealed
refunfuñar	bofonchiare	grumble
regentado	diretto	managed
repatear	disturbare	annoy
repisa	mensola	shelf
resquicio	spiraglio	glimmer
retahíla	sfilza	stream
saliente	saliente	prominent
saña	crudele insistenza	brutality
sarta	sfilza	string
solapa	risvolto	lapel
somero	superficiale	superficial
sórdido	sordido	sordid
sosiego	calma	piece
suficiencia	superiorità	arrogance
taladradores a compresión	martelli pneumatici	pneumatic drills
terciado	a metà	half
tienda de ultramarinos	negozio di alimentari	grocery store
torpe	maldestro	clumsy
transbordo	cambio	switch
trastabillar	inciampare	stumble
ufano	presuntuoso	arrogant, smug
umbral	soglia	threshold
vaharada	zaffata	whiff
ventanilla	sportello	window
vericuetto	luogo impervio	winding path
visor	mirino	sights
zozobra	angoscia	anxiety
zumbido	ronzio	buzzing

Bibliografía

- Baker, M. (1992), *In other words : a coursebook on translation*, New York, Routledge.
- Bassnett, S. (2002), *Translation Studies*. London/New York, Routledge.
- Bassnett, S. y A. Lefevre. (1998), *Constructing cultures: essays on literary translation*. Clevedon, Multilingual Matters.
- Berman, A. (1985), “La traduction comme épreuve de l'étranger”, en *Texte, revue de critique et de théorie littéraire n°4*, Université de Toronto, Canada. pp. 67-81
- Berman, A. (1999), *La Traduction et la lettre, ou l'Auberge du lointain*, Seuil, Paris.
- Bosque, I. (2001), “Sobre el concepto de "colocación" y sus límites”. En *LEA: Lingüística española actual*. Vol. 23,1. pp. 9-40.
- Bosque, I. y V. Demonte (coord.). (1999), *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid, Espasa Calpe.
- Brzozowski, J. (2008), “Le problème des stratégies du traduire”, en *Meta : journal des traducteurs*, vol. 53, n° 4. pp. 765-781.
- Calvi, M. V. (2007), ‘Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de autonomía y sus derivados’, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, pp. 49-69.
- Carbonell y Cortés, O. (1999), *Traducción y cultura. De la ideología al texto*. Salamanca, Ediciones Collegio de España.
- Corpas Pastor, G. (1996), *Manual de fraseología española*. Madrid, Gredos.
- Eco, U. (2003), *Dire quasi la stessa cosa*. Milano, Studi Bompiani.
- Gil de Carrasco, A. (1999), “Práctica de la traducción literaria”. En *Aproximaciones a la traducción*. Madrid, Instituto Cervantes. En línea: <http://cvc.cervantes.es/lengua/aproximaciones/carrasco.htm>. pp. 1-11
- Gómez Torrego, L. (2007), *Análisis sintáctico*. Madrid, Ed. SM.
- Gómez Torrego, L. (2002), *Gramática didáctica del español*, Madrid, Ed. SM.
- González Sainz, J. A. (2008), Conferencia presentada durante la *X Jornada de Literatura y Periodismo*. Fundación Duques de Soria. En línea:

<<http://www.fds.es/es/contenido/?iddoc=308&idsec=311&imp>>

González Sainz, J. A. (1989), *Los encuentros*. Barcelona, Anagrama.

González Sainz, J. A. (2004), “Por una literatura fuerte”, en *La novela española ante el siglo XXI*, Madrid, Centro Cultural de la Villa de Madrid. Pp. 63-72.

House, J. (1997), *Translation Quality Assessment. A Model Revisited*, Tübingen, Narr.

Jakobson, R. (1959), “On Linguistic Aspects of Translation”, en R. A. Brower (ed.) *On Translation*, Cambridge Mass., Harvard University Press. pp. 232-239.

Luque Nadal, L. (2009), “Los culturemas: ¿unidades lingüísticas, ideológicas o culturales?”. *Language Design*, 1. pp. 1-28

Mounin, G. (1971), *Los problemas teóricos de la traducción*. Madrid, Gredos.

Newmark, P. (1988), *A textbook of translation*, New York, Prentice-Hall International.

Nida, E.A. y C.R. Taber. (1986), *La traducción. Teoría y práctica*. Madrid, Ed. Cristiandad.

Nord, C. (1991) *Text analysis in translation : Theory, methodology, and didactic application of a model for translation-oriented text analysis*, Amsterdam, Rodopi.

Osimo, B. (2004), *Il manuale del traduttore*. Milano, Hoepli.

Osimo, B. (2007), *Propedeutica della traduzione*. Milano, Hoepli.

Ramos Calvos, A. (1999), “Teoría y práctica de la traducción literaria”. *Mirandum*, III.8. São Paulo. En línea: <http://www.hottopos.com/mirand8/anaramo.htm>. pp. 1-18

Santos García, J. F. (1993), *Sintaxis del español*, Madrid, ed. Universidad de Salamanca y Santillana.

Valero Garcés, C. (1995), *Apuntes sobre traducción literaria y análisis contrastivo de textos literarios traducidos*. Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares.

Sitografía

El Norte de Castilla, <<http://elcastellano.elnortedecastilla.es/autores/gonzalez-sainz-jose-angel>> [último acceso 04/07/2012].

Soitu.es, <http://www.soitu.es/soitu/2008/04/08/info/1207660303_931930.html> [último acceso, 04/07/2012].

Wikipedia, <<http://www.wikipedia.org>> [último acceso 27/07/2012].

Diccionarios consultados

Bárberi Squarotti, G. e Molinaro, C. (2004), *Dizionario di retorica e stilistica*, Torino, UTET.

Devoto, G. e Oli, G. (2007), *Dizionario della lingua italiana*, Milano, Edmond Le Monnier S.p.A.

Moliner, M. (2007), *Diccionario de uso del español*, Madrid, ed. Gredos.

Oxford dictionary, <<http://oald8.oxfordlearnersdictionaries.com/>> [último acceso, 01/09/2012].

RAE, <<http://www.rae.es/rae.html>>, [último acceso, 05/08/2012].

Sabatini, F. e Coletti, V. (1999), *Dizionario di italiano*, Firenze, Giunti Gruppo Editoriale.

Wordreference, <<http://www.wordreference.com/>> [último acceso, 01/09/2012].